



EL
MONJE
DE
MOKA



DAVE EGGERS



El monje de Moka

DAVE EGGERS

Traducción de
Cruz Rodríguez Juiz



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@LiteraturaRandomHouse



@megustaleerebooks



@LitRandomHouse

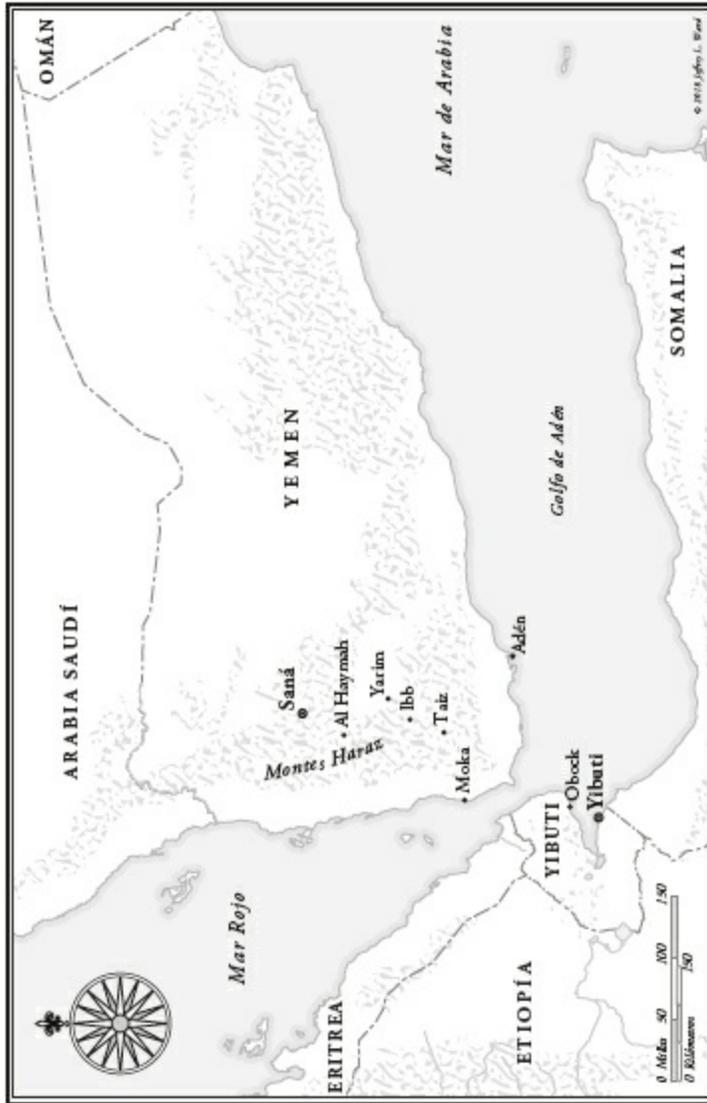


@litrandomhouser

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

¿Y por qué? Porque se dejaba presionar por todo y por todos. ¿Por ejemplo? Bien, por ejemplo, en cuanto a lo que significaba ser un hombre. En una ciudad. En un siglo. En transición. En medio de la masa. Transformado por la ciencia. Bajo un poder organizado. Sometido a tremendos controles. En unas condiciones determinadas por la mecanización. Tras el último fracaso de las esperanzas radicales. En una sociedad que no era una comunidad y devaluaba a la persona. Debido al poder multiplicador del número, que convertía al yo en algo insignificante. En un mundo que gastaba miles de millones en el ejército contra el enemigo extranjero pero no pagaba un céntimo para mantener el orden en casa. Que permitía la violencia y la barbarie en sus propias grandes ciudades. Y al mismo tiempo, la presión de millones de seres humanos que han descubierto lo que pueden conseguir los pensamientos y los esfuerzos concertados. Igual que los megatones de agua dan forma a los organismos en el fondo del océano. Como las mareas pulen las piedras. O como los vientos horadan los acantilados. La hermosa supermáquina que abre las posibilidades de una nueva vida para la humanidad innúmera.

SAUL BELLOW, *Herzog*[\[1\]](#)



PRÓLOGO

Mokhtar Alkhanshali y yo convenimos en vernos en Oakland. Él acaba de regresar de Yemen, tras escapar con vida por los pelos. Ciudadano estadounidense, Mokhtar había sido abandonado a su suerte por su gobierno para esquivar las bombas saudíes y a los rebeldes hutíes. No tenía manera de salir del país. Los aeropuertos estaban destruidos y las carreteras de salida resultaban impracticables. No se planearon evacuaciones, no se prestó ayuda. El Departamento de Estado dejó en la cuneta a miles de estadounidenses de origen yemení, que se vieron obligados a apañárselas solos para huir de una guerra relámpago: la aviación saudí arrojó en Yemen decenas de miles de bombas fabricadas en Estados Unidos.

Espero a Mokhtar (pronunciado Mook-tar) frente a la cafetería Blue Bottle de la plaza Jack London. El resto del país está pendiente del juicio que está celebrándose en Boston, donde dos jóvenes hermanos han sido acusados de detonar diversos artefactos durante el maratón de la ciudad, que han causado nueve muertos y cientos de heridos. Por encima de Oakland sobrevuela un helicóptero de la policía, que vigila una huelga de estibadores en el puerto. Estamos en 2015, catorce años después del 11S y el séptimo de gobierno del presidente Barack Obama. Como país, hemos progresado desde la intensa paranoia de la época Bush; en cierta medida el acoso a nuestros compatriotas musulmanes ha remitido, pero cualquier delito cometido por un estadounidense musulmán reaviva las llamas de la islamofobia durante unos cuantos meses.

Cuando llega Mokhtar, me parece mayor y más contenido que la última vez que lo vi. El hombre que hoy baja del coche viste pantalones chinos y chaleco

de punto. Lleva el pelo corto y engominado y la perilla acicalada. Camina con calma preternatural, el torso apenas se mueve mientras las piernas lo transportan al otro lado de la calle y hasta nuestra mesa en la acera. Nos estrechamos la mano y observo que en la derecha luce un gran anillo de plata, de delicada filigrana y enorme rubí engastado.

Entra en el Blue Bottle a saludar a los amigos que trabajan allí y a sacarme una taza de café etíope. Insiste en que espere a que se enfríe antes de bebérmelo. El café no debería tomarse demasiado caliente, dice; el calor enmascara el sabor, retrae las papilas gustativas. Cuando por fin nos acomodamos y el café se ha enfriado, comienza a contarme la historia de su cautiverio y liberación en Yemen, me habla de su juventud en el distrito Tenderloin de San Francisco –en muchos sentidos, el más conflictivo de la ciudad– y de cómo, mientras trabajaba de portero en un bloque de pisos de lujo del centro, descubrió su vocación por el café.

Mokhtar habla rápido. Es muy divertido y profundamente sincero, e ilustra sus anécdotas con fotografías que ha sacado con el móvil. A veces pone la música que escuchó durante un episodio en particular del relato. A veces suspira. A veces le asombra su vida, su buena suerte, ser un niño pobre del Tenderloin que ahora disfruta de un éxito considerable como importador de café. A veces se ríe, sorprendido de no estar muerto, dado que sobrevivió a un bombardeo saudí en Saná y fue secuestrado por dos facciones diferentes cuando Yemen sucumbió a la guerra civil. Pero fundamentalmente quiere hablar de café. Mostrarme fotografías de cafetos y caficultores. Hablar de la historia del café, de las historias de hazañas y aventuras que han conducido al café a su actual condición de combustible de gran parte de la productividad mundial y mercancía global de setenta mil millones de dólares. La única ocasión en que ralentiza el discurso es cuando describe la preocupación que causó a familiares y amigos al quedar atrapado en Yemen. Sus grandes ojos se

humedecen y Mokhtar hace una pausa, se queda un momento mirando las fotos del teléfono antes de recuperarse y continuar.

Ahora, que estoy terminando este libro, han pasado tres años desde nuestro encuentro de aquel día en Oakland. Antes de embarcarme en este proyecto, era bebedor ocasional de café y escéptico en lo tocante al café de especialidad. Me parecía demasiado caro y consideraba que cualquiera que se preocupara tanto por la preparación del café o su origen, o que hiciera cola por ciertos cafés preparados de determinados modos, era tonto y pretencioso.

Pero visitar cafetales y caficultores por todo el mundo, desde Costa Rica a Etiopía, me ha educado. Mokhtar me ha educado. Visitamos a su familia en el Central Valley californiano y recolectamos bayas de café en Santa Bárbara, en la única plantación cafetera de Norteamérica. Mascamos qat en Harar y, en las colinas que se alzan sobre la ciudad, paseamos entre algunos de los cafetos más antiguos del planeta. Al volver sobre sus pasos en Yibuti, visitamos un campo de refugiados polvoriento y desastrado cerca del puesto costero de Obock y vi a Mokhtar pelear por recuperar el pasaporte de un joven estudiante de odontología yemení que había escapado de la guerra civil y no tenía nada, ni siquiera identidad. En las montañas más remotas de Yemen, Mokhtar y yo bebimos té azucarado con botánicos y jeques y escuchamos los lamentos de quienes no tenían ningún interés en la guerra civil y solo anhelaban la paz.

Después de todo esto, los votantes estadounidenses –gracias a sus colegios electorales– eligieron presidente a un hombre que había prometido impedir la entrada de musulmanes en el país «hasta que descubramos lo que ocurre». Tras la investidura, intentó por dos veces prohibir a los ciudadanos de siete países de mayoría musulmana viajar a Estados Unidos. La lista incluía Yemen, quizá un país más incomprendido que cualquier otro. «Espero que en los campos

tengan wifi», me dijo Mokhtar tras las elecciones. Era una broma macabra que circulaba por la comunidad musulmana estadounidense, basada en la suposición de que Trump, a la primera ocasión –si, por ejemplo, un musulmán provocaba un atentado terrorista en territorio nacional–, propondría el registro o incluso el internamiento de los musulmanes de Estados Unidos. Cuando hizo la broma, Mokhtar llevaba una camiseta con el lema HAZ CAFÉ, NO LA GUERRA.

El sentido del humor de Mokhtar invade cuanto hace y dice, y confío en haber capturado en estas páginas ese humor y la forma en que moldea su manera de ver el mundo, incluso ante los mayores peligros. En un momento dado de la guerra civil yemení, una milicia capturó y encarceló a Mokhtar en Adén. Como se ha criado en Estados Unidos y se ha empapado de la cultura pop americana, se le ocurrió pensar que uno de sus captores se parecía a Karate Kid; cuando Mokhtar me relataba el episodio, siempre llamaba Karate Kid al captor. Al emplear este apodo no pretendo subestimar el peligro que corrió Mokhtar, pero me parece importante reflejar la actitud de un hombre casi imposible de inmutar y que considera la mayoría de los peligros meros impedimentos temporales a otras preocupaciones más fundamentales: localizar, tostar e importar café yemení, y el progreso de los agricultores por los que lucha. Y además sospecho que su captor se parecería al Ralph Macchio de principios de los ochenta.

Mokhtar es a un tiempo humilde con respecto a la historia que habita e irreverente frente al lugar que ocupa en ella. Pero la suya es una historia a la antigua. Trata esencialmente del Sueño Americano, que sigue extremadamente vivo y extremadamente amenazado. Su historia también habla del café y de cómo ha intentado mejorar la producción cafetera de Yemen, el país donde empezó a cultivarse hace quinientos años. También trata del barrio del Tenderloin, un valle de desesperación en una ciudad de imponente riqueza como San Francisco, de las familias que lo habitan y luchan por hacerlo con

seguridad y dignidad. Trata de la curiosa preponderancia de los yemeníes en el negocio de las licorerías en California y la sorprendente historia de los yemeníes en el Central Valley. Y de cómo su trabajo en California remite a su larga historia agrícola en el Yemen. Y de cómo el comercio directo puede cambiar la vida de los agricultores, granjeándoles influencia y prestigio. Y de cómo americanos como Mokhtar Alkhanshali, ciudadanos estadounidenses que mantienen fuertes lazos con los países de sus antepasados, con celo emprendedor y esfuerzo perseverante tienden los puentes indispensables entre el mundo desarrollado y el mundo en vías de desarrollo, entre los países que producen y los que consumen. Y de cómo estos constructores de puentes personifican con exquisitez y coraje la razón de ser de este país, un lugar de oportunidades radicales y bienvenida incesante. Y de cómo cuando nos olvidamos de que ahí se encuentra la clave de lo mejor de este país, nos olvidamos de nosotros mismos: una mezcla de personas unidas no por el aislamiento, la cobardía y el miedo, sino por una exuberancia irracional, por un empuje global a escala humana, por la inherente rectitud de avanzar, seguir siempre adelante, movidas por un coraje ilimitado e implacable.

NOTA A PROPÓSITO DEL LIBRO

El presente libro es una obra de no ficción que describe los acontecimientos tal como los vivió y los recuerda Mokhtar Alkhanshali. Durante la fase de investigación, a lo largo de casi tres años, me entrevisté durante cientos de horas con Mokhtar. Siempre que ha sido posible, he corroborado sus recuerdos con la ayuda de otros que también estuvieron presentes, o con documentación histórica. Todos los diálogos se recogen tal como Mokhtar o algún otro de los participantes los recuerda. Se han cambiado algunos nombres. En todos los casos, cuando el diálogo tiene lugar en Yemen, debe entenderse que transcurre en árabe. He procurado, con la ayuda de Mokhtar, reflejar fielmente en inglés el tono y el espíritu de las conversaciones.

EL MONJE DE MOKA

LIBRO I

LA CARTERA

Miriam le regalaba cosas a Mokhtar. Normalmente, libros. Le regaló *Das Kapital*. Le regaló Noam Chomsky. Cultivaba su mente. Alimentaba sus aspiraciones. Salieron durante un año más o menos, pero tenían poco futuro. Él era un estadounidense musulmán de origen yemení y ella, medio palestina, medio griega y cristiana. Pero era bella, y fiera, y luchó por Mokhtar más que él mismo. Cuando Mokhtar le dijo que quería un título universitario y estudiar derecho, ella le compró una cartera. Un maletín de abogado, fabricado en Granada, primorosamente confeccionado con el cuero más suave, con remaches y hebillas metálicas y elegantes compartimentos interiores. Tal vez, pensó Miriam, el objeto conduciría al sueño.

Las piezas iban encajando, pensó Mokhtar. Por fin había ahorrado suficiente para matricularse en el City College de San Francisco y empezaría el curso en otoño. Después de dos años en el City, estudiaría dos más en la San Francisco State University y luego tres en la facultad de derecho. Cuando terminase tendría treinta años. No era ideal, pero sí un programa asequible. Por primera vez en toda su vida académica, experimentaba algo parecido a la claridad y el ímpetu.

Necesitaba un ordenador portátil, de modo que le pidió un préstamo a su hermano Wallead. Wallead era más joven –se llevaban menos de un año y por eso decían que eran gemelos irlandeses–, pero tenía la vida resuelta. Después de trabajar durante años de portero de un rascacielos residencial llamado

Infinity, Wallead se había matriculado en la Universidad de California, en Davis. Y había ahorrado suficiente para pagar el portátil de Mokhtar. Wallead cargó el MacBook Air nuevo a la tarjeta de crédito y Mokhtar prometió devolverle los mil cien dólares a plazos. Mokhtar metió el portátil en la cartera de Miriam; encajaba a la perfección y quedaba abogadesco.

Mokhtar se llevó la cartera a la cena benéfica por Somalia. Corría el año 2012 y Mokhtar y un grupo de amigos habían organizado una cena en San Francisco para recaudar dinero para los somalíes afectados por la hambruna, que ya se había cobrado cientos de miles de vidas. Estaban en Ramadán, de modo que todos comieron abundantemente mientras escuchaban a los oradores, estadounidenses de origen somalí, hablar de las dificultades que afligían a sus compatriotas. Se recaudaron tres mil dólares, casi todos en metálico. Mokhtar guardó el dinero en la cartera y, de traje y con el maletín de cuero cargado con un portátil nuevo y un fajo variopinto de billetes, se sintió como un hombre de acción, resolutivo.

Porque se sentía lleno de energía y era impulsivo por naturaleza, convenció a otro de los organizadores, Sayed Darwoush, para transportar la recaudación esa misma noche a Santa Clara, a una hora en coche más al sur. Una vez en Santa Clara irían a la mezquita y entregarían el dinero a un representante de Islamic Relief, la organización humanitaria de ámbito global que distribuía ayuda en Somalia. Otro de los organizadores le pidió que llevara una nevera con las sobras de *rooh afza*, una bebida paquistaní rosada que se prepara con leche y agua de rosas.

–¿Seguro que tienes que ir esta noche? –preguntó Jeremy.

Jeremy pensaba a menudo que Mokhtar asumía demasiadas responsabilidades y demasiado pronto.

–No hay problema –dijo Mokhtar.

«Tiene que ser esta noche», pensó.

Así que Sayed condujo y durante el trayecto por la 101 fueron reflexionando sobre la generosidad que se había demostrado esa noche, y Mokhtar pensó en lo bien que sentaba tener una idea y verla realizada. Pensó, también, en cómo sería tener un título de derecho, ser el primero de los Alkhanshali de América con un doctorado en jurisprudencia. Cómo terminaría por licenciarse y representar a solicitantes de asilo, a otros americanos de origen árabe con problemas migratorios. Algún día se presentaría a unas elecciones.

A medio camino de Santa Clara, le venció la fatiga. Organizar la cena le había llevado semanas; ahora el cuerpo exigía descanso. Mokhtar apoyó la cabeza en la ventanilla.

–Cierro los ojos un momento –dijo.

Cuando se despertó, estaban en el aparcamiento de la mezquita de Santa Clara. Sayed le sacudió por el hombro.

–Despierta –le dijo.

La oración comenzaba en unos minutos.

Mokhtar bajó del coche, adormilado. Sacaron la nevera de *rooh afza* del maletero y corrieron hacia la mezquita.

Solo después de la oración, Mokhtar reparó en que se había dejado fuera la cartera. En el suelo, al lado del coche. Se había olvidado el maletín, con los tres mil dólares y el portátil nuevo de mil cien dólares, en el aparcamiento, a medianoche.

Corrió hacia el coche. La cartera había desaparecido.

Buscaron por todo el aparcamiento. Nada.

En la mezquita nadie había visto nada. Mokhtar y Sayed buscaron toda la noche. Mokhtar no durmió. Sayed se fue a casa por la mañana. Mokhtar se quedó en Santa Clara.

No tenía sentido quedarse, pero le resultaba imposible volver a casa.

Telefoneó a Jeremy.

–He perdido la cartera. He perdido tres mil dólares y un ordenador portátil por la maldita leche rosa. ¿Qué le digo a la gente?

Mokhtar no podía contar a los cientos de personas que habían donado dinero para aliviar la hambruna somalí que su aportación había desaparecido. No podía contárselo a Miriam. No quería imaginar lo que habría pagado Miriam por la cartera, lo que pensaría de él: perder cuanto tenía, todo de una vez. No podía contárselo a sus padres. No podía contarle a Wallead que estarían pagando mil cien dólares por un ordenador que Mokhtar no iba a utilizar jamás.

A los dos días de perder la cartera, otro amigo de Mokhtar, Ibrahim Ahmed Ibrahim, viajaba a Egipto para comprobar en qué había quedado la Primavera Árabe. Mokhtar lo acompañó en coche al aeropuerto, a medio camino de casa de sus padres. Ibrahim estaba acabando los estudios en Berkeley; obtendría el título en cuestión de meses. No supo qué decirle a Mokhtar. «No te preocupes» no parecía suficiente. Desapareció en la cola del control de seguridad y voló a El Cairo.

Mokhtar se sentó en una de las butacas de cuero negro del atrio del aeropuerto y permaneció allí varias horas. Vio el ir y venir de la gente. Las familias de salida o de entrada, camino del hogar. Los empresarios con maletines y planes. Se quedó en la terminal internacional, un monumento al movimiento, sentado, vibrando, sin ir a ninguna parte.

PORTERO DEL INFINITY

Mokhtar se hizo portero. No. Embajador de Vestíbulo. Era el término que preferían en el Infinity. Significaba que Mokhtar era portero. Mokhtar Alkhanshali, primogénito de Faisal y Bushra Alkhanshali, hermano mayor de Wallead, Sabah, Khaled, Afrah, Fowaz y Mohamed, nieto de Hamood al Khanshali Zafaran al Eshmali, león de Ibb, descendiente de la tribu Al Shanan, principal rama de la confederación tribal Bakil, era portero.

El Infinity era un grupo de cuatro edificios residenciales, cada uno con vistas a la bahía de San Francisco, a la ciudad bañada de sol y las colinas de la East Bay. En los bloques del Infinity vivían médicos, millonarios de las nuevas tecnologías, atletas profesionales y jubilados pudientes. Todos iban y venían por el relumbrante vestíbulo del Infinity y Mokhtar les abría las puertas para que pasaran sin tener que esforzarse.

Ya no contaba con la opción del City College. Después de perder la cartera, Mokhtar tuvo que conseguir trabajo a jornada completa. Omar Ghazali, amigo de la familia, le había prestado los tres mil dólares para realizar la donación a Islamic Relief. Pero Mokhtar tenía que devolverle el dinero y, entre eso y los mil cien que debía a Wallead, la universidad tendría que esperar indefinidamente.

Wallead le ayudó a conseguir el puesto de portero; era el mismo que había ocupado él unos años atrás. Entonces Wallead había ganado veintidós dólares a la hora y ahora Mokhtar, su hermano mayor, ganaba dieciocho. Cuando

Wallead era portero, los trabajadores estaban sindicados, pero el sindicato se había desmantelado y ahora dirigía el edificio una peruana atildada llamada María, que repiqueteaba por los suelos relucientes subida a tacones de aguja. A María le había gustado el pulcro aspecto de Mokhtar y le había ofrecido el empleo. Mokhtar no podía quejarse, ganaba dieciocho dólares a la hora cuando el sueldo mínimo en California era de ocho con veinticinco.

Pero no estaba estudiando, ya no tenía una ruta definida hacia la universidad. Pasaba los días en el vestíbulo de la Torre B del Infinity, abriendo puertas a los residentes y los diversos miembros del sector servicios que alimentaban y masajeban a los residentes, la gente que paseaba a los perrillos minúsculos, que limpiaba los pisos e instalaba los candelabros nuevos. Mokhtar siempre se llevaba un libro –estaba intentándolo de nuevo con *Das Kapital*–, pero leer resultaba casi imposible para un Embajador de Vestíbulo. Las interrupciones eran constantes, el ruido, enervante. El vestíbulo quedaba a pie de calle y el vecindario estaba en proceso de cambio, levantaban un edificio nuevo cada mes, estaban transformando South of Market en una especie de mini-Manhattan. El estruendo de la construcción era arrítmico y le desquiciaba los nervios.

El ruido era una cosa, pero el principal impedimento a la lectura, o al pensar, lo representaba la puerta misma. El vestíbulo era una caja de cristal, un hexágono transparente, y el Embajador de Vestíbulo debía mantenerse alerta ante cualquier humano que se acercara desde cualquier ángulo y atento a las puertas dobles que daban a la calle. La mayoría de los que se acercaban eran conocidos –residentes, trabajadores de mantenimiento del Infinity, repartidores–, pero también recibían visitantes esporádicos. Invitados, entrenadores, agentes inmobiliarios, terapeutas, operarios de mantenimiento. Mokhtar tenía que estar presto a saltar sobre cualquiera que se aproximara a la puerta.

Si era un repartidor, Mokhtar podía levantarse, sonreír y abrir la puerta sin prisas. Pero si era un residente, Mokhtar disponía de un par de segundos para saltar de la silla de detrás de la recepción, correr a la puerta (sin aparentar que corría desesperadamente), abrirla, sonreír y ceder el paso. Si la mano del vecino tocaba la puerta antes que la suya, malo. Mokhtar tenía que llegar el primero, mantener la puerta abierta, lucir una sonrisa amplia, tener una pregunta preparada y plantearla con alegría y sin malicia: «¿Cómo ha ido el footing, señorita Agarwal?».

Todo esto era nuevo. Era cosa de María. Cuando estaban sindicados y Wallead era Embajador de Vestíbulo, el trabajo se definía como «sedente», con lo que quería decirse que el Embajador de Vestíbulo no tenía que levantarse cada vez que alguien entraba o salía. Pero la llegada de María lo había cambiado. Ahora el trabajo exigía una vigilancia constante, la habilidad de levantarse de un brinco y cruzar el vestíbulo con elegancia y celeridad.

No importaba que cualquiera pudiera abrir fácilmente la puerta por sí mismo. Esa no era la cuestión. La cuestión era el toque personal. Tener un hombre sonriente con un pulcro traje azul abriendo la puerta indicaba tanto lujo como consideración. Les decía a los residentes que aquel era un edificio de cierta distinción, que ese individuo arreglado y atento del vestíbulo no solo recogía sus paquetes y garantizaba que los invitados fueran bien recibidos y las visitas inesperadas aprobadas o vetadas, sino que además se tomaba la molestia de abrirles la puerta, de decirles «Buenos días», «Buenas tardes», «Buenas noches», «Parece que va a llover», «No coja frío», «Disfrute del partido», «Disfrute del concierto», «Que tenga un buen paseo». Ese hombre encantador saludaría a su perro, saludaría a sus nietos, saludaría a su nueva novia, saludaría al arpista que habían contratado para que amenizara la cena.

Esto último era verdad. Era una persona de verdad. Había un arpista de verdad, que dirigía una compañía llamada I Left My Harp in San Francisco.

Mokhtar llegó a conocerlo bien. Por unos cientos de dólares acudía con el arpa y tocaba mientras la gente comía, mientras los demás bebían. Una pareja que vivía en una de las plantas superiores lo contrataba una vez al mes. Era simpático. Como lo era el que reparaba las arañas: era búlgaro y solía pararse a hablar con Mokhtar. La nutricionista de mascotas llevaba mechas azuladas en el pelo y un brazo cargado de tintineante joyería de plata. Cada día cruzaba aquellas puertas un desfile caleidoscópico. Una docena más o menos de entrenadores personales, y Mokhtar tenía que conocerlos a todos, cuál de ellos mejoraba la salud y la longevidad de qué residente. Los asesores de arte, los compradores personales, las niñeras, los alfombristas, los médicos particulares. Los repartidores de comida china en bicicleta, los de pizza en coche, los de la tintorería a pie.

Pero fundamentalmente llegaban mensajeros. El de FedEx, el de UPS, el de DHL, que traían paquetes de Zappos, Bodybuilding.com, diapers.com. A algunos les gustaba hablar, otros llegaban apurados, siempre tarde, solo necesitaban una firma, «Gracias, tío». Algunos conocían a Mokhtar por su nombre, otros no se molestaban en averiguarlo. A algunos les gustaba charlar, quejarse, cotillear. Pero el volumen de paquetes que cruzaba aquella puerta... costaba de creer.

«¿Qué tenemos hoy?», preguntaba Mokhtar.

«Anacardos de Oregón», respondía el mensajero.

«Filetes de Nebraska; habría que meterlos inmediatamente en la nevera.»

«Unas camisas de Londres.»

Mokhtar firmaba el recibo y guardaba los paquetes en el almacén de detrás de la recepción y, cuando el residente entraba al vestíbulo, levantaba un dedo y una ceja contenta y anunciaba que había llegado un paquete. La alegría era mutua. Una vez uno de los vecinos mayores, James Blackburn, abrió una caja y le enseñó a Mokhtar un par de plumas Montblanc nuevas.

–Las mejores plumas del mundo –afirmó el señor Blackburn.

Mokhtar, siempre educado, admiró las plumas y preguntó un par de detalles. A los pocos meses, en Navidad, se encontró un regalo en el mostrador, y al desenvolverlo descubrió una pluma idéntica. Regalo del señor Blackburn.

Para la mayoría de los residentes el dinero era nuevo y estaban acostumbrándose a la vida en el Infinity. Si querían una relación más formal, Mokhtar se adaptaba. Si querían charlar, charlaba, y de vez en cuando había tiempo y ganas para mantener una conversación. Quizá mientras esperaban al coche en el vestíbulo. Mokhtar tenía que levantarse y aguardar junto a la puerta, listo para cuando llegara el vehículo, de modo que quedaban unos minutos incómodos, en que los dos observaban fijamente la calle.

–¿Un día ajetreado? –podía preguntar un residente.

–No mucho –respondía Mokhtar.

Era importante no parecer nunca aturullado. Un Embajador de Vestíbulo debía proyectar un aire de competencia serena.

–¿Te has enterado de que el nuevo pitcher de los Giants se ha mudado a la Torre B? –decía el residente; entonces llegaba el coche y ahí quedaba la cosa.

Pero en ocasiones profundizaban. Con James Blackburn profundizaron. Incluso antes de la pluma Montblanc, había mostrado interés por Mokhtar.

–Eres un tipo listo, Mokhtar. ¿Qué planes tienes?

Mokhtar lo apreciaba. James, un jubilado blanco de sesenta y tantos años, era un tío majo al que también incomodaban sus encuentros. Si daba por sentado que Mokhtar anhelaba algo mejor que trabajar de recepcionista y portero estaría menospreciando su actual ocupación, que, que él supiera, para Mokhtar constituía un triunfo personal. Por otro lado, si daba por sentado que aquel era un triunfo personal para Mokhtar, se derivaban toda una serie de asunciones todavía más peliagudas.

La mayoría de los residentes no preguntaban. No querían saber. El trabajo,

la presencia de Mokhtar, suponía un recordatorio de que había quienes vivían en torres de cristal y quienes les abrían las puertas. ¿Le habían visto leyendo *Los condenados de la tierra*? Mokhtar no ocultaba sus lecturas. ¿Le habían visto en las noticias, participando ocasionalmente en una protesta en demanda de mejoras en las relaciones entre la policía y la comunidad árabe y musulmana de San Francisco, o liderándola? Mokhtar había recibido atención pública alguna vez y en ocasiones creía que tenía futuro como organizador, representando a árabes y musulmanes a mayor nivel. ¿Como concejal? ¿Alcalde? Algunos residentes del Infinity conocían su labor de joven activista y para la mayoría constituía un enigma incómodo. Mokhtar sabía que preferían un portero algo más dócil, algo menos interesante.

Pero estaba James Blackburn.

—¿Dónde has crecido? —preguntaba—. ¿Naciste aquí o fuera del país?

EL NIÑO QUE ROBABA LIBROS

El recuerdo más temprano de Mokhtar sobre San Francisco era el de un hombre defecando en un Mercedes. Ocurrió el día que su familia llegó a Tenderloin. Mokhtar tenía ocho años, era el mayor de los por entonces cinco hermanos. Durante años la familia había vivido en el vecindario de BedStuy, en Brooklyn, donde su padre, Faisal, regentaba el Mike's Candy and Grocery: un colmado propiedad del abuelo de Mokhtar, Hamood. Pero Faisal no quería vender alcohol, nunca se había sentido cómodo haciéndolo. Tras años de planificación y angustiosa deliberación, finalmente Faisal y su esposa Bushra se liberaron. Se mudaron a California, donde a Faisal le habían prometido trabajo de conserje. Prefería verse sin un chavo y empezar de cero a seguir bajo el dominio de su padre vendiendo licores.

Encontraron piso en el distrito de Tenderloin, considerado el más problemático y pobre de la ciudad. El día que llegaron a San Francisco, Mokhtar viajaba en el asiento trasero con sus hermanos cuando pararon en un semáforo. Miró un Mercedes que tenían al lado y, justo mientras contemplaba el coche, su pintura inmaculada y cromados relucientes, un hombre harapiento saltó al capó, se bajó los pantalones y defecó. Estaban a una manzana de donde iban a vivir.

Pasaron de un piso espacioso en Brooklyn, de una vida que Mokhtar recordaba sin estrecheces –donde los niños tenían su propia habitación, repleta de juguetes– a un piso de una habitación en el 1036 de la calle Polk,

situado entre dos tiendas de pornografía. Mokhtar y sus cinco hermanos dormían en el dormitorio y sus padres en el salón. Las sirenas ululaban toda la noche. Los adictos gemían. La madre de Mokhtar, Bushra, tenía miedo de salir sola por el barrio y mandaba a Mokhtar a hacer la compra al colmado de la calle Larkin. En uno de sus primeros recados, alguien arrojó una botella en su dirección, que se estrelló contra la pared por encima de su cabeza.

Mokhtar se acostumbró al tráfico de drogas, que se realizaba al aire libre, día y noche. Se acostumbró a los olores: heces humanas, orina, marihuana. A los aullidos de hombres, mujeres y bebés. Se acostumbró a esquivar agujas y vómitos. Hombres viejos y otros más jóvenes practicando sexo en el callejón. Una mujer de sesenta años pinchándose. Una familia sin hogar mendigando. Un yonqui anciano de pie en mitad del tráfico.

En San Francisco se daba por sentado que la policía consideraba el Tenderloin la zona de confinamiento de las actividades ilegales de la ciudad; de igual modo que se había designado el Fisherman's Wharf como zona de cuarentena para turistas, habían reservado las treinta y una manzanas del Tenderloin como zona de la ciudad para el crack, las metanfetaminas, la prostitución, los delitos menores y la defecación en público. Incluso el nombre –Tenderloin significa «solomillo»– tenía un origen malvado: a principios del siglo XX, el vecindario sobornaba tan bien a los policías y políticos locales que estos solo comían los mejores cortes de ternera.

Pero en el Tenderloin también vivía una comunidad de verdad. Era uno de los barrios más asequibles de la ciudad y, desde hacía décadas, atraía a familias recién llegadas de Vietnam, Camboya, Laos y Oriente Próximo. Entre ellas, algunas yemeníes: en el Tenderloin residían varios centenares de yemeníes, la mayoría, empleados en conserjerías. Entre las variopintas legiones que abandonaban sus países de origen para instalarse en Estados Unidos, los yemeníes habían sido de los últimos en llegar, solo habían

inmigrado en número significativo a finales de la década de los sesenta, empleados principalmente en las granjas del valle californiano de San Joaquín y en las fábricas automovilísticas de Detroit. Al principio casi todos los inmigrantes yemeníes habían sido hombres, la mayoría de la provincia de Ibb, una región agrícola. Llegaban a California a recolectar fruta, pero en los años setenta, cientos de yemeníes que habían trabajado en el campo comenzaron a conseguir empleos de conserje en San Francisco. Pagaban mejor y tenían otras ventajas. Con el tiempo los yemeníes terminaron representando el veinte por ciento del sindicato de conserjes, Local 87, con sede central en el Tenderloin.

También era este el plan de Faisal: trabajar en el sector de las conserjerías o, al menos, empezar por ahí. Consiguió un empleo, pero no le duró mucho. Su supervisor, acostumbrado a tratar con altivez a los trabajadores inmigrantes – la mayoría de Nicaragua y China, la mayoría sin papeles–, le faltaba al respeto. El padre de Mokhtar era orgulloso y consciente de sus derechos, de modo que se marchó y consiguió trabajo de guardia de seguridad en el Sequoias, un rascacielos residencial, en el turno de noche. Allí trabajó los primeros años que Mokhtar pasó en San Francisco. Su padre tenía un horario extraño, a veces trabajaba dieciocho horas diarias.

Lo que dejaba a Mokhtar libre para vagabundear. Podía curiosear en los escaparates de las tiendas de vídeos para adultos, podía obviar al descamisado que gritaba obscenidades desde la otra acera. Podía pararse en uno de los colmados yemeníes: los yemeníes gestionaban la mitad de los ultramarinos locales, incluso uno que se llamaba Amigo's. Podía dejarse caer por Sergeant John Macauley Park, un minúsculo parque infantil enfrente del club de estriptís New Century. Calle adelante, en la esquina de O'Farrell y Polk, había un mural en un lateral de un edificio, una escena submarina con

ballenas, tiburones y tortugas. Durante años, Mokhtar supuso que el edificio sería algún tipo de acuario y solo mucho después descubrió que se trataba del Mitchell Brothers O'Farrell Theatre, uno de los clubes de estriptís más antiguos y famosos del país (supuestamente, creador de los *lap dances* de contacto). El barrio contaba con treinta y una licorerías y algunos lugares donde los niños podían jugar sin peligro, pero en aquellas manzanas desesperadas vivían miles de niños, y crecían rápido.

Para cuando empezó la secundaria, Mokhtar aprendía rápido, hablaba rápido, atajaba siempre por el camino más corto y había trabado amistad con un puñado de chicos que hablaban y actuaban igual de rápido. En el Tenderloin esquivaban a los yonquis y a las putas y, cuando podían, se aventuraban fuera, conscientes de que a escasas manzanas en cualquier dirección existía un mundo completamente distinto. Al norte quedaba Nob Hill, uno de los vecindarios más caros de Estados Unidos, sede de los hoteles Fairmont y Mark Hopkins. Unas manzanas al este estaba Union Square, con sus comercios lujosos, sus tranvías y sus joyerías.

Había turistas por todas partes y, donde había turistas, había diversión. Mokhtar y sus amigos solían ir al Fisherman's Wharf a dar direcciones ininteligibles a los visitantes europeos. O a preguntar direcciones sin sentido. Elegían a un turista y preguntaban: «¿Sabe cómo se va al Miau Miau? ¿Y a Ackakakakaka?». Pasaban por delante del ventanal de cualquier restaurante, un lugar que no podían permitirse ni en sueños, y plantaban los culos desnudos en el cristal. Cuando necesitaban dinero, iban a la fuente de Ghirardelli Square y robaban las monedas del fondo.

Mokhtar sabía que su familia era pobre, pero ciertas privaciones tenían solución. Sabía que no podían permitirse una Nintendo 64 –había pedido una para su cumpleaños año tras año y al final desistió–, pero el Circuit City estaba a pocas manzanas de su casa y era lo bastante transitado y caótico para

que sus amigos y él pudieran fingirse compradores en potencia que estaban probando un juego. Normalmente disfrutaban una hora de Mario Kart antes de que los echaran.

Los vecinos de Mokhtar estaban muy unidos. Su bloque de la calle Polk estaba lleno de familias yemeníes, que cuidaban unas de otras. Las familias acudían a la misma mezquita, los niños jugaban a fútbol en los pasillos y, por razones que a Mokhtar se le escapaban, la mayoría estudiaban en Treasure Island. Iban un montón de niños del Tenderloin, un montón de niños sin opciones. A la Treasure Island Middle School. Casi sonaba romántico. Treasure Island en sí era extraña, una inexplicable amalgama artificial de contradicciones. La construyó la marina en 1936 hundiendo 287.000 toneladas de piedra y más de 38.000 metros cúbicos de tierra en la bahía de San Francisco, justo al lado de una isla natural llamada Yerba Buena, entre San Francisco y la East Bay. La isla, que fue base militar durante la Segunda Guerra Mundial, por entonces no se llamaba Treasure Island. El nombre se lo pusieron después, cuando desmantelaron la base y las autoridades, con la esperanza de darle uso comercial, la bautizaron en honor a un libro sobre piratas asesinos: *La isla del tesoro*.

Pero allí no floreció el comercio de posguerra, por razones sensatas, pero no insalvables. Primera, el misterio de lo que podría haber enterrado en la isla; la marina no aclaraba qué tipo de desechos peligrosos podría haber almacenado y nadie parecía dispuesto a acometer la investigación y el tratamiento pertinentes. Segunda, la preocupación creciente acerca de dónde podría acabar la isla, que se eleva solo entre cien y doscientos centímetros sobre el nivel del mar, dentro de veinte años, habida cuenta de la subida del nivel de las aguas.

En el colegio, a Mokhtar le costaba evitar los problemas. Quizá le atrajeran. Quizá fuera uno de los líderes. Había niños negros, samoanos, latinos, yemeníes, y los chicos, incluso con trece años, bebían y fumaban hierba, actividades que practicaban en el recinto escolar, un remendado de patios de cemento con estrechos edificios tipo rancho, poco más que provisionales. Fue la época de los grandes atajos. Sus padres sabían que Mokhtar estaba descarriándose. Intentaban que lo admitiera, pero conseguía escapar de cualquier aprieto a fuerza de labia. En séptimo, se cansaron de escucharle.

–Todo son excusas –le dijeron.

Pero sus profesores sabían que tenía cabeza. A Mokhtar le encantaba leer. En casa, tenía incluso una biblioteca. En el piso no había espacio para librerías, pero en un estante de la minúscula alacena de la cocina, debajo de las latas y encima de la balda de la pasta y el Sazón Goya, Mokhtar fundó un hogar para los libros que se encontraba. O robaba. Para conseguirlos también tomaba atajos: no tenía dinero para comprarlos, pero los quería consigo, en casa, alineados como estarían en una casa normal. Algunos los sacó prestados, indefinidamente, de la biblioteca pública. La colección fue creciendo. Cinco libros, luego diez, después veinte, y enseguida el estante de la alacena empezó a tener buena pinta, como si ese rincón oscuro de la cocina fuera un refugio para aprender.

Y como Mokhtar no tenía cuarto propio, ni siquiera un rincón propio de un cuarto, la biblioteca era el único lugar que consideraba suyo. Coleccionaba libros de *Pesadillas*, anime, *Las crónicas de Narnia*, *El señor de los anillos*. Pero ninguno tanpreciado para él como Harry Potter, que vivía debajo de una escalera aunque no fuera su sitio, puesto que había sido elegido para grandes cosas. Cuando Mokhtar se cansaba de ser pobre, de pasar por encima de adictos sin hogar, de dormir con seis hermanos en la misma habitación, su

mente vagaba y se permitía la posibilidad de que tal vez él fuera como Harry, parte por el momento de este mundo penoso, pero destinado a algo más.

SABIO CONSEJO DE GHASSAN TOUKAN

PRIMERA PARTE

El programa extraescolar al que asistía Mokhtar, en la mezquita Al Tawheed de la calle Sutter, estaba dirigido por los Toukan, una familia de palestinoamericanos. Ghassan Toukan, solo siete años mayor que Mokhtar, era uno de los tutores, y Mokhtar sabía que lo sacaba de quicio. A Mokhtar le iba mal en la escuela y le iba mal en las clases extraescolares. Distraía a todo el mundo. No le importaba. Y no consideraba a Ghassan Toukan, que parecía brillar de forma natural en todo lo que hacía, la solución.

–Mokhtar –imploraba Ghassan–, siéntate. Haz los deberes. Haz algo.

Ghassan incordiaba a Mokhtar todos los días con las mismas cosas, por todo. Por el comportamiento. Por los deberes. Las maravillosas ventajas de completar los citados deberes. Mokhtar no podía tomárselo en serio. No podía tomarse nada en serio. Estudiaba los primeros cursos de secundaria en Treasure Island, una antigua base militar en mitad de la bahía de San Francisco. Era una escuela para los olvidados. Nadie iba a salir de aquella escuela e ir a algún sitio que importara.

De modo que, en las clases particulares de Toukan, Mokhtar era un agente del caos. Y encontró un cómplice afín en un niño llamado Ali Shahin. El padre de Ali era imán de otra mezquita, pero Ali, como Mokhtar, tendía a distraerse. Juntos agotaban la paciencia de Ghassan. Interrumpían. Molestaban. No

trabajaban, y los más pequeños veían que no trabajaban, con lo que perturbaban el precario equilibrio académico que intentaban generar los Toukan.

–¡Mokhtar! –gritaba Ghassan.

Todos los días gritaba el nombre de Mokhtar. Le mandaba sentarse, atender, aprender.

En cambio, Mokhtar y Ali se escabullían de la mezquita. Paseaban por el Tenderloin, atentos a no toparse con el padre de Mokhtar. Tras años trabajando de guardia de seguridad y después de varios años tratando de entrar en el MUNI, la red de autobuses y tranvías de San Francisco, Faisal había conseguido un empleo. Dejó su puesto de guardia nocturno en el Sequoias y ahora tenía un horario racional y fijo, con buenas prestaciones para una familia de nueve –Bushra y él habían añadido dos miembros más a la prole– y un cargo que encajaba con su personalidad. Le gustaba conducir y le encantaba hablar.

Para Mokhtar, sin embargo, el trabajo nuevo de su padre suponía un problema. Lo encorsetaba. Lo ponía paranoico. Las rutas de su padre variaban según el día y Mokhtar nunca recordaba por dónde tenía que pasar cada día en particular. De modo que sus atajos exigían cierta precaución. Mokhtar y sus amigos podían estar urdiendo algún chanchullo cuando de repente uno de ellos alzaba la vista. «¿Ese de ahí no es tu padre, Mokhtar?» Su padre rondaba su infancia como rondaba por la ciudad: era una especie de conciencia móvil de dieciocho metros.

Mokhtar y Ali volvían a la mezquita, a Ghassan y sus intentos de controlarlos. Y entonces un día Ghassan estalló. Les dijo a los cuatro chicos, Mokhtar, Ali y otros dos problemáticos, Ahmed y Hatham, que se sentaran.

Ghassan señaló a Hatham.

–¿De qué trabaja tu padre?

–Es taxista –dijo Hatham.

Señaló a Ahmed.

–¿A qué se dedica tu padre?

–Es conserje.

Señaló a Mokhtar.

–Conductor de autobús –dijo Mokhtar.

–Bien –dijo Ghassan. Sabía que el padre de Ali era imán, pero el chaval también le preocupaba. Le preocupaban todos aquellos muchachos–. Vuestros padres emigraron y no han tenido opciones. ¿Queréis ser taxistas? ¿Limpiar váteres? ¿Conducir un autobús?

Mokhtar se encogió de hombros. Ahmed y Hatham se encogieron de hombros. No tenían ni idea de cómo querían ganarse la vida. Solo tenían trece años. Mokhtar solo sabía que quería una Xbox.

–Os trajeron aquí para que vosotros tuvierais oportunidades –dijo Ghassan–. Y las estáis echando a perder. Si queréis hacer otras cosas cuando seáis mayores, tenéis que centraros.

YEMEN

Los padres de Mokhtar estaban de acuerdo, de modo que lo mandaron a Yemen. Creían que necesitaba cambiar de entorno, sumergirse en el legado de sus ancestros, un poco de aire fresco. Mokhtar pasó del piso de un solo dormitorio de su familia en el Tenderloin a la casa de seis plantas de su abuelo Hamood en Ibb. Allí, tenía su propio cuarto. Su propia planta. La casa tenía docenas de habitaciones, un balcón con vistas a un valle frondoso en el centro de la ciudad. En realidad era un castillo, construido de la nada por Hamood.

Hamood no era solo un patriarca; en la familia Alkhanshali resultaba imposible escapar a su influencia. Y aunque rozaba los setenta años, todavía recorría más de cien kilómetros diarios, de Saná a Ibb o de Ibb a los pueblos, para asistir a bodas y funerales y mediar en disputas tribales. Ya no era alto – la edad lo había encogido, lo había consumido –, pero conservaba la agilidad mental; era ingenioso y duro. Aunque estaba prácticamente retirado, mantenía su papel de eminencia gris de Ibb. Cuando entraba en un salón de bodas, todo el mundo se ponía en pie. Unos le besaban la mano, otros le besaban la cabeza, señal de sumo respeto.

Hamood, el quinto de ocho hermanos, había nacido en la década de 1940 en Al Dakhla, un pueblito del interior de Ibb. Desde pequeño, se había sabido el favorito de su padre. Cuando todavía era un niño de solo nueve o diez años, su padre se había embrollado en una disputa por tierras con otro miembro de la tribu que contaba con el favor de las fuerzas dirigentes. La disputa lo mandó a

prisión y allí su salud se deterioró rápidamente. Consciente de que se acercaba el final, citó en su celda solo a uno de sus hijos, Hamood, un favoritismo que agrió la relación de este con sus hermanos, en particular con los varones mayores. Tras la muerte del padre, esos hermanos lo condenaron al ostracismo y se negaron a concederle parte de las tierras paternas.

Hamood, que tenía trece años, decidió montárselo por su cuenta. Descalzo y con una mochila por todo equipaje, dejó Ibb y se fue caminando a Arabia Saudí. Una historia que contaba con frecuencia a Mokhtar.

–Son casi quinientos kilómetros –apuntaba Mokhtar.

–Y los caminé descalzo –insistía Hamood.

No obstante, antes de partir, pidió un burro. Informó a sus hermanos de que se marchaba, de que por fin se lo quitarían de encima, y lo único que quería era un burro que le hiciera compañía y le ayudara a cargar.

–Un burro vale más que tú –le replicaron los hermanos.

De modo que Hamood partió sin el burro.

En Arabia Saudí, una tierra rebosante del dinero del petróleo y mucho más rica de lo que nunca sería Yemen, Hamood vendió agua al borde de los caminos. Limpió restaurantes. Aceptó todos los empleos que encontró y ahorró para enviarle dinero a su madre viuda. Y con cada remesa adjuntaba una nota que rezaba: «De parte del chico que vale menos que un burro».

A punto de cumplir veinte años, regresó a Yemen y se casó con una joven llamada Zafaran, que se había criado en el pueblo de al lado. Juntos emigraron a Sheffield, Inglaterra, donde Hamood tenía entendido que pagaban bien en la siderurgia. Con el tiempo se marcharon a Detroit, donde los yemeníes trabajaban fabricando automóviles. Hamood trabajó en la cadena de montaje de Chrysler, instalando airbags, hasta que, pasados unos años, siguió a unos amigos yemeníes a Nueva York. Con los ahorros compró un colmado en Harlem y lo hizo rentable. Compró otro en Queens y, a pesar de tener que

lidar con las bandas callejeras y la mafia, no se desanimó. La tienda de Queens también prosperó y al poco Hamood empezó a prestar dinero a hijos y primos –entre ellos, Faisal–, todos los cuales abrieron comercios de comestibles y licorerías en Nueva York y California, todos los cuales reportaban beneficios a Hamood y le permitieron vivir prácticamente retirado con cincuenta años.

Compró dos hectáreas en Ibb y entregó a los constructores un plano que había dibujado él mismo. Era un proyecto desconcertante, incluso para las excéntricas costumbres arquitectónicas yemeníes. Hamood quería una casa que fuera como la casa de sus sueños, la casa que había imaginado durante más de cincuenta años, desde niño en Arabia Saudí. Acababa de llegar al país, todavía iba descalzo y bregaba cada día por llevarse algo a la boca, cuando se topó con un castillo en una colina. Él recordaba un castillo. Tal vez fuera un hospital o una mezquita, pero nunca lo olvidó. Juró que un día se construiría un sitio así. De modo que lo dibujó de memoria y, cuando terminó, el resultado se parecía al castillo de la colina. Para el interior, hizo lo que se le antojó. No observó ningún precepto arquitectónico, ninguna costumbre yemení. Algunas estancias eran mucho mayores de lo normal, otras mucho menores. Algunas plantas tenían cuatro baños cuando no se necesitaba ninguno. Había balcones por doquier, pero las entradas y las salidas nunca estaban donde cabía esperar. «Si alguna vez un ladrón intentara robar algo en esa casa –decía Zafaran–, se perdería y no sabría salir.»

Empezó a edificar la casa en 1991 y nunca la terminó. Cuando Mokhtar llegó y durante el año que pasó en Yemen siempre hubo obreros trabajando. A cualquier hora del día había cinco artesanos añadiendo detalles a medida, todos según las especificaciones de Hamood: una puerta nueva tallada en una teca exótica, baldosas importadas para el salón de la quinta planta, vidrieras de colores para el balcón de la cuarta. Las paredes estaban cubiertas por su

colección de dagas, espadas y sombreros, pistolerías y pistolas de vaquero. Tenía una Beretta, una selección de Colt .45 y diversas pistolas que había visto en películas de James Bond y John Wayne. Hamood había visto todas las películas que había rodado John Wayne y coleccionaba pistolerías y sombreros, calzaba botas vaqueras... quería cualquier cosa que hubiera llevado Wayne.

Cuando Mokhtar llegó a Ibb, justo después de octavo, no tenía el menor interés ni en John Wayne ni en Yemen. Echaba de menos el ajetreo de San Francisco. Hamood lo inscribió en una escuela local, privada y rigurosa, y le obligaba a ir caminando, cuarenta y cinco minutos de ida y otros tantos de vuelta. Mokhtar hablaba un poco de árabe, pero en la escuela nadie sabía inglés. Era el único americano. No llevaba la ropa correcta. No conocía las respuestas adecuadas a los saludos habituales. No conocía la manera yemení de andar, actuar, sonreír o dejar de sonreír. Para encajar, decidió convertirse en superyemení. Trabajó el árabe, limó el acento, se vistió como los chicos yemeníes, con sarong, sandalias y el tipo apropiado de chaqueta. Intentó asimilar y dominar las costumbres locales, pero los bochornos no tenían fin.

Un día la abuela de Mokhtar, Zafaran, lo mandó a por pollo. Mokhtar estaba acostumbrado a las tiendas estadounidenses, donde el pollo había sido procesado a cientos de kilómetros, troceado y plastificado, sin el menor parecido a un ser vivo. Esta vez tuvo que pedirle un pollo al carnicero del centro de Ibb, cosa que hizo con bastante éxito. El carnicero agarró un pollo vivo y le hizo otra pregunta a Mokhtar, que, aunque no la entendió, consideró preferible contestar afirmativamente. El carnicero se sorprendió y se encogió de hombros, cogió el pollo, le cortó la cabeza y lo metió en una bolsa de plástico, todavía sangrando prodigiosamente y cubierto de plumas.

Cuando Mokhtar volvió a casa de Hamood y Zafaran cargado con la pesada bolsa de plástico con un pollo sanguinolento, Zafaran lo miró fijamente. Luego se echó a reír. Mokhtar intuyó que le llamaría bobo, porque a menudo lo llamaba bobo (Zafaran llamaba bobo a todo el mundo, era su palabra favorita en inglés: *dummy*).

–Bobo –dijo Zafaran.

Mokhtar dejó el pollo en la cocina con una de las criadas y se fue al salón, donde Hamood estaba atendiendo a los invitados. Siempre tenían invitados a almorzar, no hacía falta que los invitaran. Mokhtar estaba disfrutando de la comida con los vecinos cuando Zafaran entró de pronto y contó la historia del pollo.

–Bobo –dijo Zafaran–. ¡Qué bobo!

Todos se rieron.

Pero pronto Zafaran y Hamood comenzaron a confiarle tanto tareas pequeñas como otras importantes. «Ve al banco a canjear este cheque», le decía Hamood, y le entregaba un talón de tres millones de riyales, unos quince mil dólares. Mokhtar regresaba por las calles de Ibb cargado con una saca enorme de dinero como un ladrón de bancos de dibujos animados. Hamood tenía negocios por todo Ibb y Yemen. Se llevaba a Mokhtar a hacer las rondas, le enseñaba cómo se comportaba un hombre de negocios, cómo debía andar y hablar un líder. Las tareas que inventaba para él eran espléndidas y remotas. Una vez le dio un fajo de billetes e instrucciones para ir a Taiz, a dos horas de distancia, y regresar con seis toneladas de una piedra concreta que necesitaba para el patio de la casa. Mokhtar volvió por la noche encabezando una caravana de tres camiones de plataforma llenos.

Cuando Mokhtar cometía un error, Hamood se enfadaba solo si su nieto se inventaba una excusa. «Admite el error y corrígelo», le decía. Hamood tenía

mil proverbios y máximas. Su favorito era «Guarda el dinero en la mano, no en el corazón». Lo utilizaba mucho.

–¿Qué significa? –preguntó Mokhtar.

–Significa que el dinero es efímero, pasa de persona a persona. Es una herramienta. No le abras paso al corazón ni al alma.

Mokhtar pasó un año con Hamood y Zafaran y volvió a Estados Unidos cambiado. No reformado completamente –en el instituto siguió prefiriendo los atajos–, pero había estudiado árabe clásico, había descubierto su herencia yemení y, aunque Hamood confiaba en que se convirtiera en imán o abogado, había empezado a verse cortado por el patrón de su abuelo, un hombre de empresa. Un hombre al que le gustaba moverse.

No mucho después de volver de Yemen, Mokhtar vestía chalecos de punto y trabajaba en Banana Republic. Sus amigos del Tenderloin estaban desconcertados. Los compañeros del primer ciclo de secundaria, sorprendidos por la transformación, comenzaron a llamarle Rupert, como el elegante oso de dibujos animados. A Mokhtar no le importó. Tenía quince años y un trabajo del que se enorgullecía. Cuando volvió de Ibb con ganas de trabajar, vio una oferta en Banana Republic, se presentó y consiguió el empleo.

Sus padres no se lo creían. Nadie se lo creía. Un chico del Tenderloin trabajando en Banana Republic. Y no un Banana Republic olvidado en el fondo de un centro comercial, sino la tienda enseña del centro de la ciudad. Cuando consiguió el puesto, esperaba que lo escondieran en la trastienda, y allí empezó, pero enseguida lo pasaron a la planta principal, a vender camisas y pantalones a turistas y hombres de negocios.

Para Mokhtar había llegado el momento de una evolución radical. Conoció a su primer gay. Mokhtar había vivido años en San Francisco y nunca había conocido a un tío gay. O quizá sí, probablemente, pero no lo sabía. No había conocido a hombres abiertamente gays como sus jefes y colegas del Banana Republic. Lo acogieron, le enseñaron qué combinaba con qué, cómo doblar un cárdigan de ochos jaspeado, cómo colgar unos pantalones Kentfield de algodón y corte estrecho. Mokhtar se gastaba la mayor parte del sueldo en

ropa: camisetas panaderas de punto vintage, zapatos de cuero de ciento treinta dólares, pantalones de corte inglés por encima del tobillo.

El efecto de su apariencia en el mundo era profundo. Caminaba por la ciudad no como un pobre chaval del Tenderloin, con ropa holgada que lo envolvía en presunciones negativas, sino como Rupert, el oso de dibujos pijo, que era bien recibido en todas partes. Se convirtió en alguien en quien confiaban los adultos con los que trataba –en el instituto, en la mezquita, en cualquier tienda en la que entrara– y al que querían a su alrededor.

Lo llamaban «señor». Lo llamaban «caballero».

Al año de trabajar en Banana Republic se enteró de una vacante en el Macy's de Union Square, en la zapatería de mujeres, y aunque tenía diecisiete años y no sabía nada de calzado femenino, ni de mujeres, ni de Macy's, presentó una solicitud y, encarnado en Rupert, consiguió el empleo. Las comisiones eran mayores que en Banana Republic, de modo que se cambió a Macy's y el primer día, aguantando la respiración, sostuvo el pie tembloroso de una treintañera con minifalda.

–Os recomiendo el puesto encarecidamente –les decía a sus amigos.

Se suponía que no debían pedir citas a las clientas, y no tuvo que hacerlo. Lo perseguían a él. Allí estaba Mokhtar a diario, bien vestido y arrodillado ante ellas, sosteniéndoles los pies desnudos. Las clientas eran Cenicienta, Mokhtar era Cenicienta. Era el intruso del baile. No conocía el mundo de ellas. Llegaban un par de mujeres agarradas a sendos bolsos Gucci, toqueteaban los zapatos, charlaban de las vacaciones en Madrid o Cannes o San Bartolomé. Un lunes oía a una mujer contarle a una amiga que su hijo quería estudiar en la USC, que tenían una escuela de cine excelente, y el martes, al escuchar hablar a otra madre sobre la creatividad de su hijo, Mokhtar se explayaba con gran autoridad sobre lo bueno y selectivo que era el programa

de la facultad de cine de la USC. «Probablemente el mejor del país», sentenciaba.

El Tenderloin le enseñó a pensar rápido, a hablar deprisa. Tenías que escuchar y asimilar. Si parecías ignorante, te la metían. Al par de días de trabajar en Macy's, conocía las marcas Cole Haan, Betsey Johnson, Coach, Vince Camuto, Michael Kors, y ganaba unos doscientos dólares diarios en comisiones. Hacía una media de veinte horas semanales, después de clase y los fines de semana, y había mujeres que creían, o se permitían creer, que Mokhtar era mayor de lo que aparentaba. Estaban las hermanas veinteañeras de Alemania. Las treintañeras de Nueva York. Mokhtar y otro dependiente de la zapatería las sacaban por ahí, o se dejaban sacar por ahí, les enseñaban lugares de la ciudad que de otro modo no conocerían. Ninguna de esas citas llegó a nada, pero Mokhtar aprendió. Aprendió cómo era viajar, tener dinero para comprar cosas, para comprar billetes de avión al Caribe, a Europa. Cuando vayas a París, le decían las mujeres, ¿tienes que visitar L'Abeille! Y no vayas a Jackson Hole en enero. Diciembre o febrero, pero enero, jamás. Gracias por el consejo, decía él, y todas las noches regresaba a su casa, a dormir en la cama de arriba de una de las dos literas del único dormitorio del piso familiar de la calle Polk.

A los dieciocho, sabía que esa gente que había ido a la universidad y podía vivir donde quisiera no tenía nada que a él le faltara. No eran más listos, eso estaba claro. No eran más rápidos. No eran ni siquiera más despiadados. En todo caso, eran más blandos. Pero tenían ventajas. O expectativas. O asunciones. Daban por sentado que irían a la universidad. Daban por sentado que encontrarían empleos acordes a su crianza y educación. En el mundo de Mokhtar no era así. En el instituto algún profesor le había mencionado la universidad, le había dicho que podría sacarse una carrera, que tenía cabeza,

pero en casa no se hablaba mucho del tema. No existían precedentes ni tenían dinero.

RUPERT VENDE HONDAS

A los pocos meses de graduarse en el instituto, Mokhtar vio una oferta de trabajo como mozo de coches. Honda de San Francisco, un concesionario de la avenida Van Ness, buscaba aparcacoches.

Mokhtar presentó la solicitud y terminó sentado enfrente de un hombretón llamado Michael Li. Rápidamente descubrió que Li había sido marine, había servido en la primera guerra del Golfo y ahora dirigía la planta de ventas del concesionario. Le preguntó a Mokhtar sobre coches y su experiencia laboral, y Mokhtar le habló de Banana Republic y Macy's y exageró un poco sus conocimientos sobre coches. Tenía dos tíos cerca de Bakersfield, Rafik y Rakan, que le habían enseñado cuatro cosas sobre coches. Mokhtar conocía algunos términos: alternador, doble quad, carburador. Li asintió, escuchó, preguntó. La entrevista se alargó más de lo que era normal para contratar a un aparcacoches y al final Li soltó: «¿Alguna vez te has planteado vender coches?». Acababan de perder a un socio de ventas, dijo. ¿Le apetecía intentarlo?

Mokhtar estaba preparado. Siempre estaba preparado. Cualquier chico del Tenderloin estaba siempre preparado. La mente le trabajaba tan rápido que a los pocos minutos de hablar con Li ya había intuido en el ambiente cierta posibilidad y, mientras respondía a las preguntas sobre cómo doblar camisas y vender zapatos, sobre cómo aparcar coches, otra parte de su mente estaba valorando la probabilidad de que el marine le ofreciera otro tipo de trabajo.

Mokhtar no podía contárselo a la gente: no podía contar que era capaz de oler una oportunidad y prepararse mentalmente para aprovecharla. No lo comprenderían. Pero sabía que si alguien dejaba el menor resquicio, si la puerta se entornaba ni que fuera un centímetro, era capaz de abrirse paso hablando.

Que es lo que hizo con Li. Por supuesto, claro que se había planteado vender coches, dijo. Se puso en modo trola. De hecho, se lo había planteado a menudo. En particular, Hondas, aseguró. Los Hondas eran vehículos fiables. ¡Y qué valor de reventa! Miró afuera y escupió opiniones aleatorias pero lo bastante generales para ser ciertas sobre el Accord, el Civic y aquella extraña caja sobre ruedas llamada el Element. Habló de estrategias de ventas como el ABC, Always Be Closing. ¿De dónde lo había sacado? Lo empleó, quedaba bien, y Li siguió asintiendo. A la media hora de escuchar parlotear a Mokhtar, Li lo contrató como socio menor de ventas.

Mokhtar tenía diecinueve años.

Se llevó a casa una docena de folletos, estudió los diversos modelos de vehículos y sus características y regresó sintiéndose invencible. Ahora que Mokhtar trabajaba con él, Li se transformó en otro hombre: ya no era el tipo que lo había entrevistado. Aquel tipo había sido amabilísimo. Había hablado con voz tersa y delicada, extraña para un cuello tan grueso y una mandíbula tan cuadrada. Pero aquel era el Li de las entrevistas, y también el que trataba con los clientes: su voz te rodeaba de puntillas y su sonrisa era amistosa, la pose, relajada. Pero fuera de horas, a puerta cerrada, para hablar de cuotas o inventarios, Li era marine.

–¡Tienes que controlar la puta conversación, Mo! No cedas el control a esos hijos de puta. ¡Que los cabrones no la controlen! Quien controla la conversación, controla el trato, ¿lo pillas?

Mokhtar no rechistaba. El tío era una torre con el porte de una estatua. De

modo que Mokhtar intentaba controlar la conversación. Pregúntales, decía Li. Preguntas que exijan un sí por respuesta.

–Que te digan que sí. Consigue que digan sí, joder. ¿Entendido?

Mokhtar lo entendía. Había visto a un candidato fuera, un hombre de mediana edad con una gorra de los 49ers. Se acercó con parsimonia.

¿Este año los 49ers están jugando bien?

Claro.

Justin Smith es brutal, ¿eh?

Y tanto.

¡Y Frank Gore! ¡Menudo tío! Ese sí que juega como es debido.

Exacto.

(Ahora mira al coche, un Accord negro. Que sigan los síes.)

¿Le gusta el coche?

Claro.

¿En este color?

Sí.

El negro es el mejor. Siempre luce, de día y de noche. ¿Le gustaría montarse para verlo por dentro?

Claro.

¿Le gusta el salpicadero?

Sí.

¿Y la tapicería?

Sí.

Fíjese en el velocímetro digital. ¿Le gusta?

Sí.

Y mire qué sistema de sonido. ¿Le gusta Tupac? ¿Coldplay?

Coldplay.

A mí también. ¿Fue al concierto del año pasado? ¿En Shoreline? Ah, mire

qué GPS. ¿Le gusta?

Sí.

¿Quiere dar una vuelta con el coche?

Claro.

¿Le gusta la aceleración?

Sí.

¿La dirección?

Sí.

¿Cómo toma las curvas?

Claro.

¿El velocímetro digital?

Sí.

Si le consigo un precio justo, ¿cree que querrá volver a casa al volante de esta preciosidad?

Tras la prueba de conducción, la venta dependía de Li. Así lo habían pactado. Li había decidido que Mokhtar sería el vendedor joven, el chaval ambicioso que sabía de coches, que adoraba los coches, pero no sabía nada de precios. Los números no eran su fuerte. De modo que Mokhtar atrapaba al candidato, conseguía que se enamorase del vehículo, de amante de los coches a amante de los coches, conduciendo un rato, enseñando algunas maniobras, circulando por South of Market, una delicia. Luego lo devolvía a la oficina y Li entraba en acción.

El segundo mes Mokhtar vendió dos coches. El tercer mes, nueve. Enseguida Li le dejó encargarse de los números, plantear las ofertas. Primero tuvo que aprender a calar a la gente. Sabía de ropa, sabía cuándo alguien podía permitirse una camisa bonita, unos buenos zapatos. Los zapatos eran la clave, pero a veces engañaban. Todos los que trabajaban en tecnológicas calzaban deportivas, y el techo del calzado deportivo era bajo. Pero aprendió

el funcionamiento. A algunos de los más ricos les gustaban los coches sencillos y pagar en metálico. Los que tenían aspiraciones querían un vehículo cargado de extras y financiado. En cualquier caso, el precio podía inflarse. Había cuatro casillas –precio total, tipo de interés, cuota mensual y entrada–, y podías jugar con todas hasta conseguir el precio que necesitabas. Pero primero iba la oferta, la cifra base, y todo consistía en cómo la presentaras.

–Haz la oferta y cierra el pico –decía Li–. Haz la oferta y el primero que habla pierde, ¿lo pillas? El primero que abra la puta boca, pringa.

Mokhtar daba una cifra, 32.500 dólares, y miraba fijamente al cliente sentado al otro lado de la mesa. Solo lo miraba. No hacía nada raro: no estaba intentando hipnotizar a nadie. Pero tenías que confiar en la cifra. La cifra era la cifra. Era la mejor cifra que podías ofrecer. Y siempre hablaba primero el cliente. Siempre.

–Deja que el cabrón hable primero, ¿me oyes? El primero que abra la puta boca, pierde.

Al cabo de un tiempo Mokhtar vendía una media de doce coches mensuales y se sacaba tres mil dólares al mes en comisiones. Se compró ropa y zapatos nuevos. Dio el resto a sus padres. Sus padres estaban orgullosos y no veían ninguna razón por la que debiera desviarse del camino que había tomado. Vender coches... ganaba más de lo que habría conseguido trabajando tras el mostrador de cualquiera de los colmados yemeníes. Más que si estuviera empujando una fregona.

Pero al año, Mokhtar notó un gusanillo. Quería otra cosa, algo más. Algunos de sus amigos pensaban ir a la universidad o ya estaban estudiando una carrera, y él también quería dar el paso. Quizá solo estuviera buscando una excusa.

Había un viejo en el aparcamiento. Un viejo viejísimo. Mokhtar no entendía cómo se las había apañado para conducir hasta allí, bajarse del coche y

pasearse por el aparcamiento. Aparentaba al menos noventa años. Mokhtar se dirigió hacia él y, cuanto más se acercaba, mayor le parecía. Tendría, fácil, ciento diez años. Iba vestido al estilo de los viejos y quería un coche nuevo. Quería cambiar su vieja ranchera Chevy por un Accord, dijo, pero no le gustaba el precio que marcaba el Accord. A Mokhtar le habían hablado de esos hombres, tipos que habían leído algún artículo en la *Revista del Consumidor* o en internet y llegaban al concesionario con un precio arbitrario en mente. Ese precio nunca era el que marcaba la pegatina. A veces estaba quinientos dólares por debajo. A veces, mil quinientos. Normalmente, mil. Era la cifra habitual. Querían un descuento de mil dólares sobre cualquiera que fuera el precio marcado. Y ese viejo no era distinto. Le dijo a Mokhtar que quería el coche, pero que le rebajaran mil dólares. Mokhtar le respondió que se lo consultaría a su jefe y entró a ver a Li.

—Claro —dijo Li—. Prepara el papeleo.

Mokhtar regresó afuera y le dijo al viejo que tenían un trato. Le rebajarían mil dólares del precio marcado.

El hombre se entusiasmó, se estrecharon la mano y Mokhtar lo acompañó adentro y le presentó a Li.

—A partir de aquí me ocupo yo —dijo Li, y Mokhtar volvió al aparcamiento.

Una hora después Mokhtar vio al viejo al volante de su nuevo Accord y le saludó, convencido de que ese día habían hecho algo bueno. Li le había impresionado, por la manera en que un negociador brutal podía mostrar cierto respeto, cierta piedad, por un anciano, declarar una tregua en las interminables escaramuzas de las comisiones y atreverse a descontar mil dólares porque sí. Al viejo no le quedaba mucho en este mundo; no valía la pena molestarse.

—Te has enrollado —le dijo Mokhtar a Li.

Li lo miró raro y señaló el contrato. Las cifras eran el embrollo habitual de cobros añadidos, tasas y sinsentidos, y Mokhtar comprendió que Li no había

descontado nada. El coche le había costado al viejo exactamente lo que Li había querido cobrarle. Había descontado los mil dólares de la cifra inicial, pero los había vuelto a añadir de inmediato.

Lo cual le facilitó marcharse. Mokhtar había participado en cientos de tratos y siempre implicaban algún malabarismo, pero aquel fue distinto. Ese día Mokhtar se fue a casa y, unos días después, se despidió mediante un mensaje de texto. Sabía que no estaba siendo profesional y que demostraba la pérdida de decoro y buenas maneras en el mundo laboral, pero estaba hartó. Es lo que le escribió a Li en el mensaje, solo tres palabras: «Estoy hartó, hijo».

AGONISTAS EN RICHGROVE

Bakersfield no encabeza la lista de lugares a los que iría un joven para iniciar su odisea personal. Pero Sitr, la abuela materna de Mokhtar, vivía cerca de Richgrove y tenía un sofá disponible. Mokhtar planeaba dormir gratis en ese sofá mientras estudiaba en el Bakersfield College. Necesitaba tiempo para concentrarse en los estudios sin gastar dinero, de modo que viajó cuatro horas de autocar hacia el sur del estado.

No fue una decisión enteramente suya. A su padre, Faisal, no le gustó que dejara de trabajar en Honda. En opinión de Faisal el empleo estaba bien remunerado, tenía futuro y Mokhtar había renunciado a él sin motivo. Una prueba más de su carácter impaciente, o incluso perezoso. Sus padres querían saber que tenía un plan. O conseguir y conservar un empleo, decían, o ir a la universidad. Dejar un buen trabajo para seguir durmiendo bajo su techo no era una opción aceptable.

—Vente a vivir aquí una temporada —le dijo su abuela—. Apúntate a algún curso.

Mokhtar necesitaba airearse, un cambio. Hizo el equipaje y se matriculó en cuatro clases: ciencias políticas, historia mundial, sociología y estudios cinematográficos. Se mudó a casa de Sitr, justo detrás de la estación de servicio Fastway de la 99 Sur.

Sitr y su marido, Ali, habían comprado el Fastway en los años ochenta. El negocio estaba en pleno Central Valley, rodeado de explotaciones frutícolas:

viñas al otro lado de la carretera, aguacates y almendras un poco más adelante. Cuando Sitr y Ali la compraron, era la única gasolinera en varios kilómetros y dio beneficios desde el principio. Para los recolectores, casi todos procedentes de México y otros países latinoamericanos, Fastway era el lugar donde compraban el almuerzo, la cerveza de después del trabajo o la gasolina de las camionetas. La gasolina no era rentable –ninguna gasolinera podía sacar beneficios solo con la gasolina–, pero atraía a los clientes al colmado, que era donde estaba el negocio. Comida, lotería, licores.

Ali y Sitr edificaron detrás de la gasolinera y allí vivieron felizmente durante veinticinco años. Sus hijos y sus nietos se criaron trabajando en la tienda, hablaban árabe en casa, inglés en la escuela y español en la tienda. Mokhtar había ido a visitarlos varias veces desde que su familia se mudara a California. Llevaban una existencia rural: tranquila, seca y calurosa. Sus tíos Rakan y Rafik le habían enseñado a conducir en las estrechas carreteras que cortaban los campos de ciruelas y uvas. Y como en Yemen se espera de cualquier joven un dominio básico del rifle, le llevaron al 5 Dogs Range para enseñarle a disparar.

Cuando Mokhtar llegó esta vez, hacía diez años que había fallecido el abuelo Ali, pero el negocio seguía boyante, continuaba siendo propiedad de Sitr y lo dirigían Rakan y su yerno Taj. Taj y su mujer, Andrea, también vivían con sus cuatro hijos detrás de la gasolinera. Vivían apretados, pero hicieron sitio para Mokhtar. El primer mes Mokhtar durmió en el sofá, hasta que Rakan encontró y resucitó una cama vieja del garaje; años atrás la había utilizado Khitam, hija de Andrea. Era rosa, pero Mokhtar la agradeció e intentó echar una mano en el Fastway. Sacaba la basura. Aplastaba los cartones. Ayudaba a Olga, la deslenguada cocinera mexicanoamericana que preparaba burritos y empanadas y bocadillos para los jornaleros.

Los peones que acudían al Fastway solían llevarle a Sitr cajas de uvas,

naranjas, ciruelas, arándanos y almendras –según la temporada– y ella les daba hierbas, especias e higos que cultivaba en el recinto. Sitr adoraba Richgrove. Le recordaba a Yemen: el Yemen cálido y fértil que había conocido de niña. En Ibb crecía de todo, le contaba a Mokhtar. Melones, higos, limones, manzanas, almendras. De todo. Sus antepasados yemeníes eran campesinos de la provincia de Ibb, de modo que tenía sentido que los yemeníes de Ibb se instalaran en California. Era donde Sitr debía vivir.

Sitr había conocido a César Chávez y Dolores Huerta. Había conocido a Nagi Daifullah, un agricultor yemenoamericano mártir de la causa de los trabajadores del campo. Cuando César Chávez empezó a organizar a los trabajadores agrícolas, los yemeníes del Central Valley lo apoyaron. En 1973, Daifullah, yemení de Ibb, capitaneó una huelga del sindicato United Farm Workers. Con su dominio del inglés y el español devino un nexo crucial entre los trabajadores hispanoparlantes y los de lengua árabe. En agosto del mismo año, en el punto álgido de la lucha del UFW contra los amos de las explotaciones y las fuerzas del orden, Daifullah estaba delante de un bar celebrando una pequeña victoria sindical. Se le acercó un policía del condado de Kern y tuvieron unas palabras. El policía golpeó a Daifullah en la cabeza con una linterna y lo arrastró por la calle hasta matarlo. Chávez en persona encabezó el cortejo fúnebre, siete mil trabajadores del campo, por Delano.

Ahora Mokhtar estudiaba en la universidad con los hijos y las hijas de esos trabajadores. Las clases del Bakersfield College estaban bien, pero se aburría enseguida. Para algunos residentes de Richgrove, Bakersfield era la gran ciudad, pero Mokhtar no encontraba nada que hacer. No tenía coche ni dinero que gastar. No conectó con los otros estudiantes. Había una persa en su clase de sociología que le intrigaba y un puñado de musulmanas que lo encontraban intrigante, pero por lo demás no tardó en comprender que su destino no estaba en Bakersfield. Pasado un semestre se marchó. Regresó con sus padres, que

ahora vivían en Treasure Island, a escasas manzanas de donde había estudiado el primer ciclo de secundaria.

Estaban descontentos con él. Había dejado el trabajo en Honda. Había dejado la universidad. Y ahora dormía bajo su techo.

Pero en Yemen había esperanza. Era 2011 y el país había sucumbido a la catapulta de esperanzas de la Primavera Árabe, así que Mokhtar se sumó a la comunidad yemenoamericana de Bay Area para celebrar el progreso logrado y tratar de articular las posibilidades a su alcance. En abril, Mokhtar y un grupo de jóvenes yemenoamericanos organizaron una manifestación y dos mil estadounidenses de origen yemení desfilaron por San Francisco para apoyar las peticiones de cambio democrático yemeníes. Poco después, formó parte de una delegación yemenoamericana invitada a Washington, D.C., para hablar con el Departamento de Estado y la Casa Blanca. Mokhtar tenía veintiún años, era el benjamín de la delegación, compuesta por diecinueve representantes de once estados, y no tenía nada que ponerse. Solo había tenido un traje en toda su vida y estaba gastado.

Mohamed Mugali, el imán de la mezquita de la calle Siete de Oakland, lo llevó al Men's Wearhouse y sufragó sus gastos. Mokhtar no tenía dinero para el vuelo a D.C., de modo que Mugali y un grupo de activistas se lo pagaron. Mokhtar se presentó en el aeropuerto de San José a las seis de la mañana, solo para descubrir que Mugali, novato en la compra por internet, había reservado el billete de Mokhtar con origen en San José, Costa Rica, en lugar de San José, California.

La aerolínea se apiadó de él y esa noche llegó a D.C. Al día siguiente la delegación –llamada Yemeníes por el Cambio– se dirigió al Departamento de Estado y perfiló lo que consideraban las dos opciones tradicionales para los

países árabes de Oriente Próximo, a saber, dictadura militar (Libia, Irak, Egipto) y teocracia de derechas (Irán, Arabia Saudí).

Su presentación se titulaba la Tercera Opción y apuntaba a la plaza Tahrir de El Cairo, a las decenas de miles de jóvenes activistas egipcios que querían democracia, que no deseaban ningún mal a Occidente, que anhelaban un país independiente basado en una constitución –nueva– y el imperio de la ley.

El Departamento de Estado se mostró cortésmente interesado. Luego la delegación planteó una petición. Estados Unidos debía dejar de apoyar a Alí Abdalá Saleh, el presidente de Yemen, a quien entregaban doscientos millones de dólares anuales en armas.

El Departamento de Estado se quedó perplejo, pero la delegación fue invitada a la Casa Blanca, donde expuso más o menos lo mismo ante un reducido grupo de consejeros del presidente Obama en política exterior. Los resultados no quedaron claros, pero la delegación salió de la avenida Pennsylvania satisfecha y con la sensación de que la habían escuchado, y Mokhtar y otros dos delegados, Mugali y Hesham Hussein, un ingeniero químico de California, fueron a visitar el monumento a Lincoln.

–¿Veis lo que podríais tener en Yemen? –dijo Hussein.

Estaba a los pies del monumento, hablándole a una videocámara: estaba filmando un mensaje en vídeo para los manifestantes de Saná. Confiaba en inspirarlos.

–¿No os gustaría disfrutar de esta libertad en Yemen? –preguntó a la cámara, y explicó la labor de la delegación, que ese día había sido recibida en audiencia por el Departamento de Estado y por la Casa Blanca.

Mokhtar se consideraba satisfecho. Estados Unidos podía cometer errores terribles en el extranjero, en particular en Oriente Próximo, y la delegación no conseguía acordar cómo tratar la cuestión de los ataques con drones, pero a la vez existía cierta apertura, la capacidad de decir lo que quisieras: era un

hecho y para Mokhtar, en cuanto que estadounidense, un motivo de orgullo. Entonces, por el rabillo del ojo, vio que se les acercaba un hombre de uniforme. De azul y con una placa. «No, por favor», pensó Mokhtar.

–Perdón –dijo el hombre. Tenía la cara sonrosada y risueña–. Hola, ¿qué tal?

Mokhtar, en su inglés más norteamericano, contestó que bien. Intuía hacia dónde iría la conversación, pero rogó equivocarse.

–Esto... ¿En qué idioma estabais hablando? –preguntó el agente.

Mokhtar miró atentamente la placa. No era un policía de D.C. Era otra cosa. Tampoco pertenecía al Servicio Secreto, sino a algún cuerpo policial especializado en monumentos.

Mokhtar respondió que estaban hablando árabe.

–Árabe, ¿eh? –dijo el policía, y su mirada pareció traslucir momentáneamente que se hallaba frente a un posible peligro–. ¿Les importaría mostrarme alguna identificación?

Para entonces Hussein había parado de grabar. Le entregaron los carnets al policía, que bajó corriendo las escaleras del monumento a Lincoln hasta un coche negro. Mokhtar supuso que estaría contrastando sus nombres con una base de datos de sospechosos de terrorismo. A esas alturas la mayoría de los visitantes al monumento estaban muy pendientes de lo que ocurría, lanzaban miradas de soslayo al trío de Mokhtar. Algunos turistas se habían marchado apresuradamente, posiblemente por el temor a que se desencadenara una situación violenta entre los agentes de la ley y un grupo de extremistas.

Mokhtar se acordó de su padre, que, sin duda, ya constaba en alguna lista. Pocos años atrás Faisal y Bushra iban en coche por Treasure Island buscando casas para alquilar cuando los paró la policía. Alguien los había visto dando vueltas por la isla, se había fijado en el hiyab de Bushra y había pensado que podían estar reconociendo la zona para un posible atentado. Al final habían

pedido amables disculpas a Faisal y Bushra, pero a Mokhtar no le cabía la menor duda de que sus nombres, quizá también el suyo, constaban en alguna oscura base de datos de la que no se purgarían jamás.

Al cuarto de hora el policía regresó a los pies de Lincoln.

–Perdón por la molestia. Ya pueden marcharse. O quedarse.

Entonces Mokhtar, aunque sabía que no era buena idea complicar la situación ni alargarla ni un minuto más hacia lo desconocido, no logró reprimirse.

–Agente –dijo Mokhtar–, ¿y si le dijera que soy ciudadano estadounidense y que acabamos de salir del Departamento de Estado y de la Casa Blanca, donde nos han pedido que hablemos con ellos? ¿Y que después de un día tratando con gente importante y enorgulleciéndome de nuestra democracia esto es lo que resumirá mi experiencia en D.C.? Porque es lo que acaba de pasar. ¿Qué diría Lincoln si estuviera vivo?

Mokhtar siguió un rato en la misma línea, hasta que la expresión del policía se dulcificó. No tenía mirada de fanático ni de ignorante. Tenía la mirada de un hombre que cumple órdenes y posee una información limitada.

–Bueno, lo lamento –dijo el agente.

Se disculpó varias veces más y parecía sincero. Bajó corriendo las escaleras de vuelta al coche y arrancó.

EL BOTÓN

Durante los años siguientes Mokhtar careció de plan. Dormía bajo el techo de sus padres en el hogar de Treasure Island y tenía trabajos temporales. Pasaba horas en la Universidad de Berkeley, ayudando a organizar a los estudiantes a favor de causas cruciales para los estadounidenses musulmanes y árabes. Pasaba tanto tiempo allí que la mayoría de los estudiantes, Ibrahim Ahmed Ibrahim, por ejemplo, pensaban que estaba matriculado. Pero no seguía ningún curso, ni allí ni en ninguna parte. Veía a sus compañeros pasar a segundo, tercero, a los últimos cursos. Los veía graduarse. Vio licenciarse a Miriam. Perdió años indeciso, inactivo.

Trabajó una temporada para Omar Ghazali, un próspero corredor de frutas. Omar se había criado en Yemen y había emigrado a Estados Unidos en 2004 sin nada, ni siquiera un proyecto en la cabeza. Durante un tiempo condujo un taxi, luego trabajó de guardia de seguridad, después de mozo de hotel y, por último, probó suerte comprando y distribuyendo productos agrícolas californianos. Compraba en el Central Valley y vendía en San Francisco. Al poco, gran parte de la fruta que se vendía en Chinatown pasaba por sus manos. También en The Mission. Si alguien necesitaba diez mil naranjas para la tarde del día siguiente, él se las conseguía. Diez toneladas de cerezas de Stockton de un día para otro: también las conseguía. Transformó un pequeño negocio en una operación multimillonaria.

Contrató a Mokhtar en el almacén de Oakland, cargando camiones. A veces

hacía repartos. Cobraba a los morosos. Aprendió que las mejores cerezas californianas se exportaban a Japón y reportaban hasta un dólar por fruto. Aprendió que importaba de qué explotación provenía el producto: que una naranja de Stockton sabía distinta de una del sur del estado. Aprendió, también, que en realidad Omar no le necesitaba. Le había dado trabajo por hacer un favor a un yemení como él y, cuando Mokhtar tuvo ahorrado suficiente para pagarse las clases en el City College, pudo despedirse.

Mokhtar reunió los ahorros y se matriculó. Luego Miriam le regaló la cartera. Y él se compró el portátil con el dinero que le prestó Wallead. Recaudó dinero para aliviar la hambruna somalí. Después lo perdió. Omar le prestó el dinero para Islamic Relief, y ahora Mokhtar debía cuatro mil cien dólares.

Así pues era portero y se sentaba a diario, bullendo por dentro, tras su mostrador del Infinity. Pensando en el tiempo que se le escapaba. En los amigos que cursaban posgrados. En su hermano pequeño Wallead a punto de licenciarse por la Universidad de California en Davis. Mokhtar tenía veinticinco años y cuatro créditos universitarios a su nombre.

Era portero. Un portero que escuchaba las estupideces y vulgaridades de los residentes del Infinity. Hacía poco una mujer se había pasado quince minutos al teléfono, en el vestíbulo, enzarzada en una conversación lasciva. Sabía que Mokhtar podía escucharla, no distaban más de metro y medio. No le importó, o quizá le pareció entretenido o atractivo hablar gráficamente delante de él. ¿Era peor o mejor que la residente que había considerado importante contarle que acababa de recibir unas porcelanas valoradas en ochenta mil dólares? ¿Para qué necesitaba saberlo Mokhtar? En vacaciones, la mujer le regaló veinte dólares y una galleta.

Pero Mokhtar agradecía el sueldo. Daba gracias por trabajar en un lugar limpio y seguro, en un empleo que no era difícil ni peligroso. Tenía amigos en la cárcel. Tenía amigos trabajando en las tiendas del Tenderloin con una pistola al alcance de la mano. Y Ali Shahin, el chico del programa extraescolar de Toukan, el hijo del imán, estaba muerto. Había ido a La Meca y, a las semanas de volver a San Francisco, lo habían encontrado cerca de Candlestick Park con cinco tiros en la cabeza. Nadie sabía quién había sido.

Mokhtar se sentaba tras su mostrador del Infinity consciente de que podría haber sido él. Ali y él conocían a la misma gente. Habían visto las mismas cosas, les seducían las mismas tentaciones. Mokhtar, vivo y a salvo en el Infinity, se sentía agradecido. Pero quería más. Solo que no sabía el qué.

Justin quería importar olivas. Justin Chen era un amigo que Mokhtar había hecho en Berkeley, uno de los numerosos universitarios que daban por sentado que Mokhtar estudiaba allí. De vez en cuando Justin pasaba a sentarse un rato en el sofá de cuero blanco del vestíbulo del Infinity. María no permitía que los Embajadores de Vestíbulo recibieran visitas de sus amigos, pero Justin podía pasar por un mensajero en bicicleta, y Mokhtar y él mataban media hora flotando el primero entre el mostrador y la entrada con su traje azul para abrir las puertas del Infinity mientras Justin hablaba de aceite de oliva.

Justin estaba terminando el grado en estudios de paz y conflictos, pero lo que de verdad quería era cultivar olivos. Mokhtar le escuchaba, entre divertido y exasperado. ¿Qué sabía Justin de aceite de oliva? Justin quería comprar tierras en California, cultivar olivos, embotellar aceite. Aceite de oliva «de especialidad», lo llamaba. Había estudiado la cadena de suministros y tenía ideas para mejorarla. Mokhtar no sabía qué decir. Justin no tenía familiares que trabajaran la tierra en California. ¿Por qué olivas? ¿Antes no había querido ser poli? ¿Y de dónde sacaría el dinero para un olivar?

A veces Miriam pasaba a verlo. Miriam había terminado la universidad y estaba ayudando en la tienda de sus padres, Ted's Market and Deli, en Howard con la Once. A veces se encargaba de los repartos y, cuando coincidían cerca del Infinity, se quedaba con Mokhtar y echaba el rato hasta que aparecía María.

Su noviazgo duró un año, puede que menos. Los obstáculos eran evidentes. Mokhtar venía de una familia yemení conservadora: la yemení era la comunidad árabe más insular. Prácticamente no se tenía noticia de ningún yemenoamericano que se hubiera casado con alguien de fuera de su comunidad. La mayoría de las amistades yemeníes de Mokhtar, hombres y mujeres, se habían unido mediante matrimonios concertados con yemeníes del país de origen. Era lo habitual: volvías a Yemen, te casabas con quienquiera que eligieran tus padres, nativos de Ibb o Saná o Adén, de familias que se conocían desde hacía siglos. Rara era la ocasión en que dos yemenoamericanos se conocían y se casaban, e inaudito que un yemenoamericano se casara con una mujer cuya madre era palestina, cuyo padre era un griegoamericano devoto de Jerry García y, ambos, cristianos. Imposible.

De modo que Mokhtar y Miriam habían tenido cuidado. Se lo habían tomado con calma, castamente, siempre atentos a la presencia del padre de Mokhtar recorriendo la ciudad en autobús. Cuando, tras semanas de flirteo, por fin admitieron que se gustaban en un sentido romántico, pasearon toda la noche por la ciudad y al final terminaron en Ocean Beach, adonde Mokhtar quería llevarla desde hacía tiempo. Era una noche despejada, la arena todavía estaba templada por el sol diurno y todo fue bien hasta que dieron las tres de la madrugada y se pusieron a esperar el autobús que los llevaría a casa. Mientras este se acercaba, Mokhtar se acordó —¿cómo podía haberlo olvidado?— que estaban en la línea de su padre, la 5 Fulton, y que si los pillaba juntos se

montaría un drama memorable. Así que se alejaron corriendo de la parada y caminaron un montón de kilómetros para acompañar a Miriam a casa.

Ahora a Mokhtar le importaba más su amistad. Miriam era una luchadora y él también quería serlo. Ella luchaba por él. Luchaba contra todas las injusticias. La indignaba la situación palestina y la indignaban las políticas migratorias del Departamento de Estado estadounidense. Animaba a Mokhtar a hacerse oír. A involucrarse. Miriam no tenía miedo. Cualquier mal, local o global, solo la envalentonaba. Lo que no soportaba era el estancamiento y el silencio, y cada vez que la veía, sentados en el vestíbulo del Infinity charlando de sus sueños, o de sueños aplazados, Mokhtar se sentía más fuerte, más inspirado y peor por su vida presente, abriendo puertas a ricachones desconocidos.

En especial porque existía el botón. Estaba justo al lado del teléfono y llevaba ahí desde siempre. Cuando lo apretaba, se abrían las dos hojas de cristal a casi siete metros de distancia. Era un sistema rápido, silencioso, elegante. Apretando el botón, Mokhtar podía ver a un invitado acercándose por la acera y tener la puerta abierta y lista para recibirlo. Mejor aún, el botón abría las dos hojas. A mano, Mokhtar no podía. Eran demasiado grandes y pesadas. Sin embargo, con el botón, el residente podía cruzar una entrada de cristal portentosamente amplia y acogedora, despejada. Podía entrar en el edificio, donde Mokhtar, su Embajador de Vestíbulo, lo saludaría. Estaría encantado de recibirlo. No le costaba nada alzar la vista y decir hola. Pero saltar desde detrás del mostrador y salir corriendo, ansioso y jadeante, solamente para abrir una puerta que podía abrirse con un botón... era un ultraje evidente y un insulto a su orgullo. En particular cuando los residentes cruzaban el vestíbulo, montaban en el ascensor y subían a apartamentos muy por encima de él, a lugares que jamás había visto.

LIBRO II

LA ESTATUA

Un día Miriam le envió un mensaje. «¿Alguna vez miras al otro lado de la calle?» Mokhtar no sabía de qué hablaba. «En el edificio de enfrente hay una estatua de un yemení bebiendo café», le dijo Miriam. Acababa de entregar un pedido de la tienda de su padre en el edificio de enfrente del Infinity y, en el patio, había visto una estatua enorme de un hombre vestido con zaub llevándose a los labios una gran taza de café. «Tiene que tener algún sentido. Puede que sea lo tuyo.» Miriam quería decir: «Tienes veinticinco años, Mokhtar. Ponle rumbo a tu vida».

Mokhtar había estado trabajando a menos de cuarenta metros de la estatua, pero nunca la había visto. Era enorme, tenía seis metros de altura. El hombre caminaba mientras se tomaba una taza gigantesca de café. Mokhtar no estaba seguro de su fidelidad histórica, el hombre parecía una mezcla de etíope y yemení, pero ¿por qué tenía el zaub cubierto de preciosas florecillas? Daba la impresión de que fuera vestido con una cortina de baño o un muumuu. Ningún árabe que se precie llevaría flores por encima del zaub.

Pero Mokhtar entró en el edificio, en el vestíbulo de enfrente del suyo, donde, en fotografías enmarcadas y con textos explicativos, se exponía una historia completa del café en Estados Unidos. El edificio había sido construido por los hermanos Hills, Austin y R. W., quienes a finales del siglo XIX habían fundado una empresa de importación de café llamada Arabian

Coffee and Spice Mills. Los hermanos importaban a California café de todo el mundo y lo tostaban para distribuirlo por el Oeste.

Pero mantenerlo fresco suponía un reto. Cada día que pasaba en el océano, el tren o la carretera, el café envejecía. La situación cambió en 1900, cuando R.W. descubrió cómo extraer el aire de los paquetes. Lo que pasó a conocerse como envasado al vacío, un método que mantenía los granos frescos más tiempo y pronto revolucionó el negocio del café. Los hermanos Hills alcanzaron un éxito fenomenal y fueron fundamentales para popularizar el café en Estados Unidos. La versión gráfica de la estatua se convirtió en su famoso logo y la empresa prosperó durante cien años. A la larga, mucho después de que fallecieran los hermanos y heredaran la empresa descendientes y desconocidos, Nestlé compró Hills Bros. Después la vendió a Sara Lee. Que la vendió a Massimo Zanetti Beverage USA. La empresa abandonó San Francisco en 1997 y trasladó la sede al sur, a Glendale.

Pero la estatua se quedó, y Mokhtar salió del patio aturdido. Café y Yemen. Un recuerdo fantasma le asaltó. Esa noche, en Treasure Island, le mencionó la estatua a su madre. Ella se rio.

—Hemos tenido café en la familia durante siglos —dijo su madre—. ¿No te acuerdas de la casa del abuelo en Ibb? Tenía cafetos en el patio. Todavía los tiene. ¿No sabes que los yemeníes fuimos los primeros en exportar café? Básicamente, inventamos el café. ¿No lo sabías?

Mokhtar se lanzó a investigar como un poseso. En casa, en su teléfono, se zambulló en el tema y rápidamente se topó con un debate que venía de largo sobre los orígenes del café y las disputas entre Etiopía y Yemen, que reivindicaban su descubrimiento.

Había un consenso bastante general en que en el mito más antiguo sobre el

origen del café participaba un pastor etíope llamado Kaldi. Por lo visto Kaldi estaba en el campo con las ovejas, dejándolas que pastaran cualquier hierba que encontraran. Por la noche dormía con ellas y todo fue bien hasta que una noche, ya tarde, cuando las ovejas deberían estar descansando, se las encontró de pie y despiertas. Más que simplemente despiertas: saltaban, brincaban y balaban. Kaldi se quedó perplejo. Creyó que quizá estuvieran poseídas. Pero enseguida se hizo evidente que las ovejas se habían comido las bayas de unos arbustos cercanos. Bayas de café. Y cuando Kaldi probó las bayas, tuvieron el mismo efecto: le insuflaron vigor y agudeza mental. Había descubierto el grano de café.

Espera. No. Granos de café, no, puntualizó Mokhtar. Las cabras se habían comido el fruto del café. Los granos del café estaban dentro de la fruta, que crecía en frondosos arbustos verdes. En su punto más maduro, el fruto del cafeto era rojo y recordaba a una uva. Mokhtar miró las fotos de internet, montañas de cerezas rojas como enormes cuentas de rojo rubí. ¡El café era una fruta! Mokhtar recordó arrancar unas bayas rojas de un árbol pequeño del jardín de su abuelo. Bayas comestibles. Recordó comer la carne de la fruta, que era dulce, y escupir las semillas. ¡Las semillas eran el café! Todo cobró sentido. El café era una fruta de un árbol, un árbol que normalmente florecía una vez al año, y dentro de cada fruto se escondía el grano de café. Las dos mitades del grano eran lo que estábamos acostumbrados a ver: un granito pequeño, ovalado y partido por una línea cóncava por el medio. Las dos mitades de un grano, envueltas en un fruto carnoso del tamaño de una uva.

Pero primero había que separar el grano de la fruta. Estaba la piel roja. Después la carne blanca. Luego, pegado a los granos, un mucílago y después la membrana plateada. El grano del interior era verde, en ocasiones amarillo, y duro como una semilla. ¡Un cafeto podía crecer de cualquier grano de café sin tostar! Por supuesto. ¿Alguien más lo sabía? ¿Alguien lo recordaba? Si

Mokhtar no lo sabía, ¿quién? ¿Y quién conocía el papel desempeñado por los yemeníes?

Pocos sabían que el café había nacido en Arabia. Existían dos tipos de café, robusta y arábica, pero el arábica se consideraba muy superior y se llamaba así porque procedía de Arabia, en concreto, de lo que los romanos llamaban Arabia Felix, es decir, Arabia Feliz. Esto es: Yemen. Según cuenta la leyenda fue en Moka, una ciudad portuaria de la costa yemení, donde se preparó infusión de café por primera vez. Durante siglos, después de las andanzas del pastor Kaldi, los etíopes habían mascado las bayas y preparado una bebida aguada, pero fue Alí Ibn Omar al Shadhili, un santón sufi que vivía en Moka, el primero en preparar una bebida similar a lo que hoy denominamos café y que entonces se conocía como *qahwa*. Él y el resto de los monjes sufíes solían beberlo durante las ceremonias de alabanza a Dios, que se prolongaban hasta altas horas de la noche. El café les ayudaba a alcanzar una suerte de éxtasis religioso y, como los sufíes eran viajeros, llevaron el café a todos los rincones del norte de África y Oriente Próximo. Los turcos convirtieron *qahwa* en *kahve*, que en otras lenguas se transformó en *café*.

Al Shadhili se hizo famoso como el Monje de Moka y su ciudad se convirtió en el principal punto de partida de todo el café cultivado en Yemen y destinado a lejanos mercados. Moka en sí era una zona costera seca y yerma, inapropiada para cultivar café, pero no obstante la palabra *moka* devino sinónimo de café. El café crecía en el interior del país, en las montañas, gracias a un ingenioso sistema de terrazas e irrigación. Las bayas se transportaban a Moka para su procesado y exportación y Moka se transformó en un próspero centro comercial, no solo de café, sino también de otros frutos y bienes. Pero el café atraía el tráfico comercial al puerto, y se consideraba tan valioso que exportar las plantas constituía delito. Se había arrestado y

ejecutado por alta traición a los hombres que habían intentado zarpar con un plantón.

Las primeras cafeterías, llamadas *qahveh kaneh*, surgieron en Arabia y eran famosas por acoger discusiones acaloradas, música y, en algunos casos, actividades mal vistas en ciertos ámbitos: prostitución, juego y críticas al gobierno local. A menudo los gobernantes cerraban las cafeterías porque las consideraban el origen de las revueltas. En 1511, Khair-Bey, por entonces gobernador de La Meca, tuvo noticias de que unos versos que lo satirizaban habían nacido en las cafeterías y, por consiguiente, decretó que se cerraran todas. Pero la prohibición no duró mucho. La demanda era demasiado grande.

¿Quién sabía todas esas cosas?, se preguntaba Mokhtar. Podía preguntar por la calle dónde había nacido el café y, quizá, le contestarían que en París. Tal vez África. Quizá dijeran que en Colombia o Java. Pero ¿quién respondería que en Yemen? En la actualidad lo único que el mundo conocía de Yemen era el terrorismo y los drones. Desde el atentado contra el *USS Cole* frente a la costa de Adén, Mokhtar había visto al país de sus padres convertirse de Arabia Feliz en lo que algunos consideraban una de las mayores amenazas mundiales, refugio de florecientes células de Estado Islámico y Al Qaeda y objetivo de los incesantes ataques de drones estadounidenses destinados a neutralizar dichas amenazas.

Y el comercio cafetero en Yemen estaba prácticamente acabado. Aunque en Etiopía había nacido el primer cafeto y en Yemen el primer cultivo y el primer comercio organizado del café, durante los últimos cincuenta años Etiopía había conseguido dominar la región. Etiopía era ahora el cuarto productor de café del mundo, mientras que Yemen había caído en el olvido, sus exportaciones eran insignificantes y se consideraban de una calidad extremadamente impredecible. A mediados del siglo XIX Yemen exportaba setenta y cinco mil toneladas de café al año y, llegado el siglo XX, solo

producía once mil, de las cuales únicamente un cuatro por ciento alcanzaba la calidad del café de especialidad. Y más allá de los problemas de calidad, Yemen presentaba muchas más dificultades para los viajeros occidentales. Las regiones cafeteras de las montañas estaban gobernadas por tribus y milicias locales cuyos movimientos solían poner en peligro a visitantes, exportadores y cualquiera en general. Ante la opción de comerciar con los etíopes o con los yemeníes, la mayoría de los especialistas en café consideraban Etiopía una apuesta más fácil y segura.

El segundo factor era el qat. Mokhtar sabía lo que era, le gustaba. En Estados Unidos el qat era ilegal, pero en Yemen formaba parte de la vida cotidiana de prácticamente cualquier hombre. El qat, una hoja larga que al masticarse en cantidades significativas producía un leve efecto narcótico, se daba en climas similares al café, pero resultaba mucho más rentable. Así, el incentivo para que el campesino yemení cultivara café era escaso. La mayoría del café se exportaba a Arabia Saudí con discretos beneficios, mientras que el qat garantizaba precios mayores y se vendía a nivel local. Dadas las realidades del mercado, el café había quedado relegado a un grupo relativamente pequeño de agricultores yemeníes apasionados pero mal preparados.

La preparación era el último factor y el más importante. Como para la mayoría de los agricultores el café no resultaba rentable, en Yemen hacía mucho tiempo que se habían olvidado los delicados procesos de cultivo y recolección del café de alta calidad. Ahora se recolectaba y almacenaba sin grandes miramientos y el café yemení, pese a haber sido el primero en cultivarse en todo el mundo, se consideraba de menor calidad que el resto o la mayoría de ellos.

EL PLAN

PRIMERA PARTE

Mokhtar estaba agradecido a Miriam y se lo recompensó aburriéndola, a ella y a Justin, Jeremy y toda su familia de Treasure Island, con emocionantes actualizaciones diarias de sus planes para convertirse en importador de café. Lo puso todo por escrito. No en un papel normal. Utilizó un gran rollo de papel blanco, del tipo que suele colgarse de un caballete, y cargó con el rollo de papel blanco todos los días durante meses, apuntando notas y planes y desenrollándolo para los amigos, explicándoles no solo la historia del café yemení, sino su función en la resurrección del mismo. Comenzó por un análisis FODA (en 2013, todo proyecto serio arrancaba con un análisis FODA).

En «Fortalezas» escribió:

- Mayor diversidad genética del café
- Microclima ideal
- Mayor altitud
- Relevancia histórica

Como «Oportunidades» escribió:

- Relevancia histórica
- Nadie más se dedica al café de especialidad en Yemen
- Encontrar y recuperar variedades antiguas

En «Debilidades» escribió:

- Sin infraestructuras
- Falta de datos

- Multitud de defectos
- Sin trazabilidad

Como «Amenazas» escribió:

- Al Qaeda
- Gobierno corrupto
- Piratas del mar Rojo
- Violencia tribal
- Andrew Nicholson (?)

¿Quién era Andrew Nicholson? Cada vez que Mokhtar investigaba sobre el café en Yemen, se topaba con ese nombre: Andrew Nicholson. Por lo visto era un estadounidense de Luisiana que, por las razones que fueran, se había mudado a la capital de Yemen, Saná, y se había puesto a exportar café yemení con el nombre de Rayyan, «puerta del paraíso» en árabe. Nicholson parecía ocupar el territorio que Mokhtar esperaba habitar. Pero contar con otro estadounidense en el negocio, en Saná, podría suponer una gran ayuda. Economías de escala, compartir contactos, recursos, camaradería.

—Ya está —le dijo a Miriam—. Resucitaré el arte cafetero yemení y le devolveré su preeminencia mundial.

«Dios mío», pensó Miriam.

Pero le apoyó. Todo el mundo le apoyó. En particular su amigo Giuliano. Mokhtar le había conocido en su primer año de instituto. Giuliano era un bicho raro: un adolescente que se había convertido él solo al islam. Se había criado en una familia católica italiana de North Beach, sus padres estaban divorciados. No tenían mucho dinero, pero la familia vivía feliz y Giuliano era un niño curioso y alegre. A sus padres les desconcertó profundamente —pero tampoco les sorprendió demasiado— cuando su único hijo les anunció que iba a convertirse al islam. Tenía quince años y había aprendido casi todo lo que sabía de su nueva fe leyendo *El islam para tontos*.

La atracción por la religión comenzó unos años antes, cuando empezaron a

tomarlo por árabe. «Pareces musulmán –le decían–. ¿Eres árabe?» Los araboparlantes le saludaban con un «Salam aleikum» sincero o casual. Finalmente Giuliano se contempló en el espejo para intentar captar lo que los otros veían. «Tiene que haber algo –pensaba–. A lo mejor parezco de Oriente Próximo.» Fue el principio, el extraño catalizador para su entrada al islam: dando un rodeo, se convirtió en musulmán porque muchos daban por hecho que lo era. De manera que estudió el islam y se convirtió. El islam permite al seguidor que declare personalmente su adhesión a la fe musulmana, que se convierta en musulmán mediante el compromiso personal, sin ninguna ceremonia formal, de modo que un día Giuliano se declaró musulmán y pasó su primer ramadán en un Burger King.

Sin embargo, el islam era solo uno de los puntos de conexión de Giuliano con Mokhtar. Mientras estudiaban secundaria ninguno de los dos tenía demasiado dinero para gastar, de modo que compartían la habilidad para procurarse entretenimiento gratis en la ciudad. Solían ir al muelle a meterse con los turistas; buscaban dólares perdidos. Pero sobre todo hablaban de libros y comida. Giuliano, criado por italianos, sabía de comida e invitaba a Mokhtar a risotto casero con su familia. Charlaban de Heródoto y Edward Said y fingían entender la *República* de Aristóteles. Mokhtar y Giuliano eran autodidactas y, a través de la comida, se interesaron por partes del mundo y de la historia hasta entonces desconocidas. Iban al restaurante del padre de Giuliano –tuvo uno una temporada breve, Michaelangelo's; fracasó y volvió a trabajar de camarero– y en la carta vieron pasas secadas al sol, lo que los empujó a investigar: ¿dónde crecían las pasas?, ¿en la Toscana?, ¿eso estaba en Francia o en Italia?

Aprendieron historia, filosofía y, libres de vigilancia durante largos períodos, crecieron rápido. Cuando tenía diecinueve años, Giuliano se enamoró de una paquistanamericana llamada Benish. Era guapa y de ojos

castaños, oriunda de San Francisco como él; se conocieron recién acabar el instituto y aunque querían casarse Giuliano sabía que a sus padres, y a los de ella, les parecería demasiado pronto. O peor: Giuliano asumía que se toparían con alguna brecha cultural insalvable. ¿Permitiría el padre paquistaní que su hija se casara con un italiano de diecinueve años convertido al islam? ¿Le esperaban problemas graves, alguna disputa de honor? (Embebido de amor, la cabeza se le perdía por extraños lugares.) Pero los padres de Giuliano consintieron de inmediato y, cuando Giuliano preguntó al padre de Benish, este dio su consentimiento y pidió nietos. Giuliano y Benish se casaron en casa de la novia –Mokhtar llevó incienso y mirra– y se mudaron a un piso de North Beach. Su primer hijo, Saudah, nació tres años después.

Para entonces Mokhtar trabajaba en el Infinity y Giuliano era chófer de Uber. Se relajaban después del trabajo levantando pesas en el 24 Hour Fitness y, antes del ejercicio, tomaban café. Giuliano había crecido rodeado de café y enseñó a Mokhtar cómo les gustaba a los italianos: de pie en la barra, los italianos sorbían expreso con muy poco azúcar y siempre sin leche. Llevó a Mokhtar al nuevo Blue Bottle Coffee del edificio Ferry. «Es lo más parecido que tenemos a un expreso italiano de verdad», le dijo Giuliano, y se plantaban allí, tratando de parecer italianos mientras se tomaban dos o tres expresos a fin de prepararse para levantar pesas.

El Blue Bottle estaba a un tiro de piedra del edificio de Hills Bros., donde se había importado, tostado y distribuido café para todo el Oeste de Estados Unidos. Mokhtar tenía la impresión de que las coincidencias comenzaban a acumularse y de que cada vez resultaba más evidente e irrefutable que aquel era su destino, que había encontrado su vocación. No. Era más que una

vocación. En aquellos primeros tiempos Mokhtar hablaba de «misión» y se cuidaba mucho de no decirse guiado por Dios. Pero lo creía.

Se imaginaba recorriendo el paisaje yemení, llevando conocimientos y riqueza a los campesinos y marchándose con hermosas bayas rojas para exportar. Su nueva vida transcurriría entre aviones, caballos y barcos, y su historia se sumaría al panteón de exploradores cafeteros, aquellos que desencadenaron la proliferación del cultivo cafetero y la popularidad de la bebida por todo el orbe. Mientras se paseaba por ahí cargado con su rollo del FODA, se imaginaba parte del continuo histórico del café, una vívida cronología animada por una sucesión de pillos aventureros que resultaban ser todos, casi sin excepción, unos ladrones.

Primero estuvo Bada Budan. Un santón musulmán del distrito de Chikmagalur, en Karnataka, India, que en el siglo XVI peregrinó a La Meca. En el viaje de regreso, mientras cruzaba Yemen, conoció el café, que entonces llamaban «el vino del islam». Encantado, quiso llevarlo a India, pero no estaba permitido. Los árabes le vendían cuantos granos tostados pudiera pagar y transportar, pero no le daban ningún plantón, ni siquiera una baya.

Así que las robó. Se ató siete bayas a la barriga y las cubrió cuidadosamente con una túnica holgada cuyos pliegues ocultaban el tesoro. En India, plantó las semillas en las montañas de Chandragiri y, de aquellas siete bayas, nacieron millones de plantas de arábica. En la actualidad India es el sexto productor mundial de café y Baba Budan está considerado un santo.

También los holandeses querían zarpar de las costas yemeníes con un cafeto. El café había llegado a Europa por primera vez en 1615, cuando se exportó de Moka a Venecia con fines medicinales. Con el tiempo penetró en la sociedad y se expandió por todo el continente, pero los venecianos conservaron el monopolio del comercio con Moka. Lo cual no sentó bien a los holandeses, que por entonces eran una potencia naval a nivel global. Era

absurdo que una mercancía tan valiosa fuera cultivada y controlada por tan pocos en un pequeño puerto de Arabia. Por tanto, en 1616, un holandés llamado Pieter van den Broecke, que había visitado Moka mientras trabajaba para la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, robó unos plántones de Moka y los sacó a escondidas hacia Holanda, donde los trasplantaron en el Jardín Botánico de Amsterdam.

Los plántones prendieron en el jardín, pero el clima holandés no era adecuado para cultivar la planta a gran escala. No fue hasta 1658 cuando llevaron el café a la colonia holandesa de Ceilán y más tarde a Java, también territorio holandés, donde prosperó. Rápidamente Java se convirtió en el principal proveedor de café para Europa y la primacía de Moka declinó.

Los holandeses cuidaban de su monopolio igual que habían hecho los yemeníes, protegían diligentemente las plantaciones de Java e interceptaban la exportación de plántones o bayas. Durante medio siglo Holanda disfrutó del control del mercado europeo, hasta que los franceses entraron en el negocio a través de una curiosa autolesión económica por parte del alcalde de Amsterdam. En 1713 el alcalde de Amsterdam regaló un cafeto al rey Luis XIV. Insistió en que se trataba de un presente, no del arranque de una industria, y durante años los franceses respetaron el acuerdo y la planta no salió del recinto del Jardin des Plantes de París. Los visitantes podían admirarla de lejos, y la mayoría lo hacían sin plantearse robos ni subterfugios. Un tal Gabriel de Clieu, sin embargo, tenía otros planes.

De Clieu era oficial de la marina francesa y estaba decidido a llevar el café a las Antillas, territorio francés que se consideraba un homólogo de Java para el cultivo del café. De Clieu zarpó en 1723 en una corbeta llamada *Dromadaire*, pero a las dos semanas de travesía, fueron atacados por piratas frente a las costas tunecinas. No obstante, el *Dromadaire* iba bien armado y gracias a sus veinticuatro cañones consiguió repeler a los piratas. Estaban a

escasos cientos de millas de Martinica cuando una tormenta dañó el navío y empezó a entrar agua. Para no hundirse tuvieron que arrojar parte del cargamento por la borda, entre otras cosas, una porción considerable del agua potable para la tripulación. Durante el resto del viaje, se racionó estrictamente el agua y De Clieu tuvo que compartir su pequeña ración con el cafeto, gota a gota. Ya en Martinica, plantó el arbusto, que engendró cientos de plántones más que se distribuyeron por toda la isla. A partir de ahí el cultivo del café creció casi exponencialmente y sustituyó al anterior cultivo comercial de la isla, el cacao. De Clieu se convirtió en un héroe y Francia consiguió el monopolio cafetero en el hemisferio occidental. Al menos, durante un tiempo.

Francisco de Melo Palheta era teniente coronel de la armada brasileña cuando Brasil todavía estaba bajo control portugués. Los portugueses anhelaban entrar en el mercado del café, en rápida expansión, y veían Brasil como el entorno perfecto para cultivar cafetales. Pero no habían conseguido echarle mano a ninguna planta.

Para entonces, los franceses estaban cultivando café no solo en Martinica, sino también en la Guayana Francesa y, en 1727, dicha colonia se embrolló en una disputa fronteriza con la Guayana Holandesa, que se extendía justo al otro lado del río Oiapoque. Para zanjar la cuestión, ambas colonias solicitaron la intercesión de Brasil, aparentemente imparcial, y este envió a Francisco de Melo Palheta. Palheta tenía ya cincuenta y siete años, pero seguía siendo un hombre romántico y atractivo cuyos encantos ejercían ciertos efectos en las mujeres que lo conocían. Viajó a Cayena, capital de la Guayana Francesa, donde se reunió con los gobernadores coloniales holandés y francés y resolvió el problema de la frontera. Pero aquel no era su objetivo principal. Durante la estancia en Cayena, conspiró para sacar del país un plantón. Sin embargo, las explotaciones donde crecía el café estaban bien custodiadas y Palheta era un personaje conocido, por lo que no podía dejarse ver merodeando por allí.

En su defecto, se dedicó a seducir a la esposa del gobernador, Marie-Claude de Vicq de Pontgibaud. La dama quedó tan prendada de él que, en una cena oficial celebrada en honor del brasileño para agradecerle la intermediación en el acuerdo fronterizo, le regaló un ramo de flores dentro del cual había escondido bayas de café suficientes para poner en marcha su propia plantación.

Palheta plantó sus primeros cafetos en la región brasileña de Pará, y siete años más tarde tenía miles de arbustos florecientes. Estas plantas serían el cimiento de la industria cafetera brasileña, que para 1840 representaba el cuarenta por ciento de la producción mundial. Uno de los mayores mercados de Brasil eran las prósperas colonias norteamericanas. Los holandeses habían introducido el café en Norteamérica en el siglo XVII y se hizo bastante popular, siempre codo con codo con el té. Pero conforme fueron recrudeciéndose las tensiones entre las colonias y la Corona británica y a medida que los impuestos sobre el té se volvieron más onerosos, los colonos comenzaron a considerar el té un emblema del yugo británico.

El 16 de diciembre de 1773 cientos de colonos, la mayoría vestidos de nativos americanos, salieron al encuentro de cuatro naves de la Compañía Británica de las Indias Orientales en el puerto de Boston y arrojaron por la borda todo el cargamento de té de los barcos. Beber té en Estados Unidos nunca volvería a ser lo mismo. El café devino el estimulante preferido de la nueva nación, importado esencialmente por holandeses; de ahí que en lenguaje informal en Estados Unidos se llame *java* al café. Su popularidad creció por rachas hasta el siglo XX, cuando la producción masiva, la mejora de las técnicas de empaquetado y almacenamiento –en las que Hills Bros. desempeñó un papel decisivo– y el incremento de la demanda desencadenado por las dos guerras mundiales conspiraron para convertir a Estados Unidos en el líder mundial del consumo de café. Inaugurado el siglo XXI, los estadounidenses

consumían el veinticinco por ciento del café del mundo, y ya en 2014 el café era uno de los productos agrícolas más valiosos del planeta, un negocio de setenta mil millones de dólares, con plantaciones en Colombia, Vietnam, Camboya, Kenia, Uganda, Guatemala, México, Hawái, Jamaica y Etiopía.

Pero Yemen, la región donde había empezado el cultivo del cafeto, ahora era un actor menor y ampliamente ignorado del mercado mundial del café. Mokhtar creía que podía cambiarlo. Pero primero tenía que ir a ver a Ghassan Toukan.

SABIO CONSEJO DE GHASSAN TOUKAN

SEGUNDA PARTE

Ghassan Toukan tenía una gran ascendencia sobre Mokhtar. En cualquier charla sobre dinero o emprender un negocio, Mokhtar primero pensaba en Ghassan.

Tras el período en que impartió, o intentó impartir, clases particulares al joven Mokhtar Alkhanshali, Ghassan ingresó en la Universidad Estatal de San José con la idea de aprender todo lo necesario para fundar su propia empresa tecnológica. Pero el camino era lento y los profesores de la época, la mayoría de ellos reconvertidos del campo de las matemáticas, no seguían el ritmo. No podían enseñarle lo que quería saber. Ghassan abandonó la universidad y fundó una consultoría, donde montaba y mejoraba ordenadores para los amigos. En paralelo, trabajaba en una tienda de telefonía móvil de la calle Market, en San Francisco. Sus padres esperaban que se sacara un grado, quizá incluso un posgrado. Les horrorizaba ver a su hijo sin carrera y vendiendo móviles en una turbia manzana en pleno Market.

Pero Ghassan tenía proyectos. Con la ayuda de un amigo construyó una plataforma de comercio electrónico y creó su propia empresa, que fue comprada por un gigante del comercio electrónico por una importante suma. Ghassan todavía no podía vivir de rentas, pero le había ido espléndidamente y a Mokhtar no le había pasado por alto. Ghassan y Mokhtar habían mantenido el

contacto a lo largo de los años y, ahora que se le había ocurrido la idea del café, Mokhtar quería hablarla con el emprendedor de más éxito que conocía.

Quedaron en el Four Barrel Coffee de Mission. Ghassan llegó el primero, convencido de que Mokhtar se retrasaría, pero este, en contra de su costumbre, fue puntual. Y apareció cargado con una imagen enmarcada. «¿Ha venido con un cuadro?», se preguntó Ghassan. Efectivamente. Mokhtar había acudido a la cita con una estampa enmarcada. Era enorme.

–Mira –dijo Mokhtar, y se la enseñó.

Se trataba de la reproducción de un periódico en inglés de 1836. En primera plana se mostraba un grabado del antiguo puerto de Moka. Mokhtar inició un largo y tortuoso monólogo sobre el café, Yemen, el puerto de Moka, sus distintas grafías (por cierto, ¿Ghassan prefería escribir Moka o Moca?), cómo había descubierto su conexión con todo el asunto y cómo pensaba convertirse en importador-exportador de café y resucitar el antiguo arte y la preeminencia del café en la tierra de sus ancestros. Ghassan no sabía qué decir. Mokhtar hablaba sin orden ni concierto.

–¿Tienes un plan de negocio? –preguntó Ghassan.

Mokhtar reveló su plan de negocio con la misma floritura que había dedicado al periódico enmarcado. Era un fajo de papel multicolor de dos centímetros y medio de grosor, una peculiar mezcla de manifiesto, lección de historia, saco de las ideas y arenga.

–Y esto –dijo Mokhtar, señalando una página repleta de puntos de lista.

Los puntos por sí solos, daba a entender Mokhtar, constituían un plan de negocio, un gran plan.

Ghassan le echó un vistazo. Intentó leerlo. Al final suspiró y dijo:

–Mokhtar, tengo que serte sincero. Es el plan de negocio más cutre que he visto en la vida.

No obstante, sabía que Mokhtar había dado con una buena idea. Vio la

pasión en su mirada, en las páginas. Había que rehacer de cero el plan de negocio, pero quizá no fuera en vano. Tendrían que cambiar el nombre. El Monje de Moka estaba mal comoquiera que lo escribiera. ¿Quién era el monje? ¿Mokhtar era el monje? ¿Por qué de repente ahora Mokhtar era un monje?

–No. No soy yo –dijo Mokhtar–. Es un tipo de un libro... Era un monje que vivió hace cientos de años en el puerto de Moka que...

–Déjalo. Déjate de monjes –recomendó Ghassan–. Nada de monjes. Céntrate en el café. Concéntrate en el negocio. Bien pensado, tienes que elegir. ¿Eres empresario o activista? Al menos de momento, tendrás que elegir.

Las páginas de Mokhtar estaban repletas de aspiraciones educativas, de lenguaje soñador sobre colaboraciones entre culturas, sobre mostrar al mundo la belleza de Yemen, un Yemen más allá del terrorismo y los drones.

–Esto no es una ONG –dijo Ghassan–. Monta un negocio de verdad y el resto vendrá luego. Cuando los clientes se aficionen al producto aprenderán de Yemen. Y mientras darás trabajo a yemeníes de verdad. Harás algo tangible. Y te ganarás la vida. Y no tendrás que pedir donaciones. Y no tendrá nada que ver con el islam. No estás vendiendo granos de café islámico. Vendes café yemení. Haz lo que te digo, hazlo bien, y el resto vendrá solo.

Ghassan se marchó, y pasados unos días peregrinó a La Meca y de allí viajó a Japón –era la temporada de floración de los cerezos y adoraba las flores de los cerezos–, y no paró de pensar en Mokhtar y su plan de negocio.

Ghassan sabía de café. Hacía años que había sido abducido por el mundo del café de especialidad; en San Francisco resultaba casi imposible evitarlo, costaba no convertirse cuando menos en un diletante, igual que era imposible no adquirir conocimientos pasivos sobre tecnología o vino. Pero con el café, Ghassan no pasaba de cliente; nunca se había interesado por su vertiente empresarial. De hecho, se había pasado años convenciendo a docenas de

amigos para que no abrieran una cafetería. Mokhtar no era el único que había acudido a él en busca de consejo para un negocio y, en el curso de los años, un número alarmante de quienes le solicitaban ayuda planeaban montar una cafetería.

No, les había dicho Ghassan a todos y cada uno.

Querían crear espacios comunitarios, prender la chispa de la siguiente Ilustración, atraer a la gente a un ambiente de...

No. No, no, no, decía él. No.

Así pasaba el tiempo: convenciendo a antiguos trabajadores tecnológicos, por lo demás cuerdos y exitosos, para que no montaran cafeterías. Prácticamente resultaba imposible que dieran beneficios, les contaba. ¿Y en San Francisco? Alquileres altos y márgenes bajos. La clientela daría problemas. Un tipo de barba vigorosa sentado durante seis horas a una mesa entretenido con el portátil y una sola taza de café, cuyo margen sería de cuánto, ¿veinte céntimos? No podía funcionar. La única manera de ganar dinero con el café, les decía a los aspirantes a dueños de cafetería, consistía en comprarlo verde, tostarlo y venderlo: controlar la cadena de suministro, adquirir las bayas en el punto de origen. Ahí estaban los márgenes.

Pero nadie quería hacerlo.

Nadie hasta Mokhtar. De modo que mientras Ghassan llegaba y partía de Arabia Saudí, y mientras paseaba bajo los cerezos en flor de Kioto, llegó a la conclusión de que quizá Mokhtar hubiera tenido una buena idea. Sabía que se suponía que el café yemení era bueno, pero difícil de sacar del país. Si un yemenoamericano viajaba a Yemen, ¿no sería el puente natural entre las montañas inaccesibles y el caos político yemení y el mercado mundial para sus bayas?

Después de tanto tiempo en el efímero mundo del software, Ghassan buscaba algo más tridimensional. El café podía olerse, saborearse y tocarse. Y

era una materia prima a prueba de recesiones. Junto con la gasolina, tal vez fuera uno de los productos más a prueba de recesiones. Combustible para las máquinas, combustible para las personas.

–Pero tómatelo en serio –le dijo aquel día en Mission a Mokhtar–. Al menos tienes que saber de lo que hablas.

PRETENSIONES PASADAS

Mokhtar conocía el Blue Bottle. Giuliano lo había llevado al Blue Bottle. Llevaba años oyendo hablar del lugar y por todo San Francisco crecían nuevos Blue Bottle. Desde que había empezado a hablar de su futuro en el mundo del café, la gente le repetía que fuera al Blue Bottle, que lo estudiara, y pensaba hacerlo, pero primero, porque era un hombre amante de la investigación y la erudición, profundizó y descubrió otra historia de aventuras, a otro hombre que arriesgó la vida para llevar el café de un lugar a otro.

En 1683 el Imperio otomano estaba de la cúspide del poder, ocupaba una franja inmensa de la Europa central y oriental. Los turcos otomanos, tratando de tomar Viena, rodearon la ciudad con tres mil soldados. La ciudad difícilmente resistiría el asedio otomano a menos que un enviado vienes lograra cruzar las líneas enemigas y conseguir la ayuda del ejército polaco, apostado a 455 kilómetros. Los polacos podían atacar por la retaguardia y los vieneses de frente.

Los vieneses eligieron entre la tropa a un joven polaco llamado Franz George Kolshitsky, que había conocido el mundo árabe y hablaba turco y árabe. Los vieneses lo vistieron con el uniforme de un soldado turco y lo mandaron cruzar las líneas enemigas de noche. El joven alcanzó a las tropas polacas y entregó el mensaje. Los polacos acudieron en ayuda de Viena y, juntos, repelieron el asedio otomano. Al retirarse, los turcos abandonaron gran parte de lo que habían traído consigo, entre otras cosas, veinticinco mil

tiendas de campaña, cinco mil camellos, diez mil bueyes y quinientos sacos de unos granos verdes y duros.

Los polacos supusieron que sería pienso para los camellos, pero Kolshitsky estaba mejor informado. Eran granos de café; había visto que en el mundo árabe los tostaban y los tomaban en infusión. En recompensa a su heroísmo, le permitieron quedárselos y con ellos abrió la primera cafetería de Centroeuropa, llamada Zur Blauen Flasche (The Blue Bottle). Allí preparaba café tal como había aprendido en Estambul y esperaba que llegara el éxito. Pero este no llegaba. La nueva bebida no gustó a los vieneses. Era demasiado fuerte, demasiado amarga. Para suavizarla y salvar el negocio, Kolshitsky le añadió una cucharada de crema y una pizca de miel. Atrajo multitudes. El brebaje fue copiado y diseminado. Kolshitsky había inventado el café vienés y había introducido en Europa las cafeterías.

Unos trescientos veinte años después, apareció un americano llamado James Freeman que, entre todos los excéntricos cafeteros, parecía particularmente dotado para ser el rey. Antes había sido clarinetista profesional, segundo de la sinfónica de Modesto, California. También preparaba café casero por afición, era un purista al que frustraban las infinitas modificaciones del café: con leche y especiado, cortado con caramelo. Quería recuperar las esencias, permitir que los clientes degustaran el café preparado delante de ellos, taza a taza. Soñaba con construir un gran tostadero que combinara elementos de un horno de adobe con un tambor rotatorio y movido por una persona (o un perro, anotó) corriendo por una cinta anexa. Presentó el proyecto a diversos funcionarios de urbanismo y salud de Oakland, que lo recibieron con desconcierto y frialdad.

Al final Freeman se contentó con tostar en un Diedrich IR-7 fabricado en Sandpoint, Idaho, y movido por corriente eléctrica normal. Abrió su negocio en el Hayes Valley de San Francisco, donde inauguró una forma muy metódica

y lenta de preparar el café, en la que cada taza supone una tarea única, gota a gota. El pequeño negocio pronto pasó de curiosidad local a lugar de culto. Lo bautizó como Blue Bottle.

Las oficinas de Blue Bottle estaban ahora en la plaza Jack London de Oakland. Todos los domingos organizaban una cata abierta al público, donde todo el mundo podía ir a presenciar las catas o participar en ellas, analizando los sabores de varios cafés.

La primera vez Ghassan no pudo ir, así que Mokhtar se llevó a Omar Ghazali, a quien todavía debía tres mil dólares y que, confiaba Mokhtar, tal vez viera la oportunidad de negocio. Omar sabía de fruta y el café era una fruta, y Omar sabía de empresas emergentes y sabía de Yemen. Con el dinero de la empresa frutera, Omar había invertido en un negocio de camisetas, en una operación ovejera y en un sistema de tarjetas telefónicas. Estaba abierto a nuevas oportunidades.

Ese domingo al llegar se encontraron con otra docena de asistentes y, aunque Mokhtar se temía que sería una reunión extremadamente pretenciosa, descubrieron a un grupo acogedor y sin ínfulas. El personal del Blue Bottle había dispuesto una cuarentena de tazas en una mesa alta, cada una de las cuales contenía un café distinto, cada uno de un tueste y variedad diferente. A continuación, mostraron cómo valoraban el sabor y la calidad de cada café tomando una cucharada de cada taza, llevándosela a los labios y luego, en lugar de bebérsela sin más, la sorbían. Tenía algo que ver con oxigenar el café, con extraerle todo el aroma. Así iban sorbiendo de cada taza, lo agitaban un poco en la boca y luego, usando otra taza más alta que llevaban consigo, escupían cada cucharada.

Mokhtar no dijo nada. Se limitó a observar. Pero intuyó que Omar quería

sonreír, reírse o salir de allí para no volver jamás. Entonces el hombre que dirigía la cata pasó taza por taza sorbiendo –ruidosamente– y escupiendo después, y realmente resultaba imposible imaginar que aquello condujera a una valoración más precisa del café. ¿Por qué no se lo bebían? ¿Por qué no probaban más de una cucharada? ¿Y los sorbos no los distraían a algún nivel elemental?

Pero le tocó su turno y Mokhtar acercó la cuchara a la taza que tenía delante. Dejó que un charquito de líquido marrón llenara la cuchara y se la llevó a los labios, preguntándose qué clase de ruido emitirían sus sorbos. Cuando sorbió, emitió un sonido rápido y agudo y, aunque esperaba toparse con la risa de alguno de los presentes cuando levantara la vista, nadie se rio, y Mokhtar agitó el café en la boca e intentó pensar en qué sabía.

¿Tostado? Anotó «tostado». ¿Afrutado? Ese día había escuchado mucho la palabra, de modo que apuntó «afrutado». Cerca alguien dijo que captaba notas de chocolate y Mokhtar aseguró que él también. La clase oscilaba entre lo práctico y lo impenetrable. Duró una hora y abarcó demasiada información para asimilarla toda: se habló de varietales, notas de sabor y primer crack y segundo crack, de tostados claros y tostados oscuros y de Guatemalas y las cinco capas del fruto del café.

A Mokhtar le dolía la cabeza y le pesaba el ánimo. Era un hacha asimilando vastas cantidades de información y regurgitándolas rápidamente, pero aquello era excesivo. Aun así, al acabar se sintió obligado a acercarse al hombre que había impartido la clase, Thomas Hunt, para exponerle sus planes. Le contó que pertenecía a una familia yemení que había cultivado café durante siglos y que pronto regresaría a Yemen para resucitar el arte cafetero yemení e introducirlo en el mercado del café de especialidad. Thomas, aunque lo alentó discretamente, también le mencionó que el café yemení tenía reputación de

sucio y desigual y que sacarlo del país había supuesto un desafío para muchos exportadores experimentados antes que Mokhtar.

«Puedo hacerlo mejor –pensó Mokhtar–, y sacarlo del país.»

No tenía ninguna razón para creer que fuera cierto ni posible.

Mokhtar regresó al Blue Bottle a la semana siguiente y esta vez se llevó a Justin, que todavía meditaba una incursión en el aceite de oliva, y los dos tomaron notas, cataron y aprendieron un poco más, y una vez más, al terminar la clase, Mokhtar se quedó y volvió a presentarse a Thomas y reiteró su intención de resucitar el café yemení y sacarlo a la palestra mundial del café de especialidad, crear una cooperación transnacional, presentar al mundo una idea distinta de Yemen, un Yemen alejado de los drones y Al Qaeda. Y esta vez, ya fuera porque se creyó a Mokhtar o porque quería quitárselo de encima endosándoselo a otro, Thomas le habló de un tal Graciano Cruz, un panameño que estaba haciendo lo mismo pero con el café de Etiopía, Perú y El Salvador.

–Deberías hablar con él –dijo Thomas.

–¿Cómo? –preguntó Mokhtar, convencido de que aquel nombre, Graciano Cruz, pertenecía al siguiente guardián de los secretos de su periplo de héroe.

–Te mandaré su correo electrónico –dijo Thomas.

Pero Thomas no le mandó su correo electrónico.

Mokhtar iba cada semana al Blue Bottle, cataba, aprendía y se quedaba, y copiaba cuanto se escribía en cualquier pizarra, y todas las semanas, después de cada sesión, le pedía a Thomas la dirección de correo electrónico de Graciano Cruz y cada vez Thomas respondía «Perdón, se me ha olvidado» y que se la mandaría al día siguiente –porque insistía en que Mokhtar y Graciano deberían hablar, compartían misión y, desde luego, deberían conocerse–, pero todas las semanas volvía a olvidarse.

Mokhtar siguió yendo al Blue Bottle, ahora también entre semana, y Thomas

y el resto del personal lo acogieron e incluso lo pusieron a trabajar en la cata pública, y pronto Mokhtar consiguió dominar lo esencial.

LO ESENCIAL

La planta del café. Mokhtar conocía la planta del café.

Coffea arabica. Estaba a medio camino entre un arbusto y un árbol y podía llamársele de cualquiera de las dos maneras. Algunos lo llamaban mata. Podía alcanzar hasta doce metros de altura, pero no era lo ideal: lo ideal era un arbusto menor, de entre dos y tres metros. Necesitaba una cantidad de agua considerable y se desarrollaba bien al sol, pleno o parcial, y en la mayoría de los climas florecía dos veces al año, con unos delicados pétalos blancos similares a ciertas orquídeas. Y cuando florecía, producía unas bayas que iban del amarillo al verde y al rojo y que, recogidas en el punto óptimo, daban el mejor café. Pero los granos se escondían en el centro de la llamada cereza del café. Esta cereza, oblonga, brillante y suave como una uva, se componía de cinco capas. Estaba la cáscara o cubierta exterior roja. Por debajo seguía la pulpa, una capa comestible e incluso jugosa, más dura y magra que una uva pero de consistencia no muy diferente. Más adentro había una capa finísima llamada mucílago y, por debajo, el pergamino. Debajo del pergamino se encontraba otra membrana finísima llamada piel plateada y, por último, en el centro de todo, estaba el grano, que en realidad era una semilla doble cuyo color variaba del verde al caqui.

El cafeto medio producía unos cuatro kilos y medio de bayas durante una cosecha tipo, y en la mayoría de los países las cerezas se arrancaban a mano una a una y se depositaban en cestas que transportaba un recolector. Era tan

solo el inicio del proceso, uno de los más complicados en cualquier cosecha: probablemente el viaje más complejo del campo a la mesa de cualquier alimento conocido por el ser humano.

Los árboles, en primer lugar, necesitaban la misma cantidad de cuidados y seguimiento que cualquier planta grande: había que abonarlos, protegerlos de plagas y podarlos para que las ramas bajas produjeran la mayor parte del fruto (y así los recolectores no tuvieran que subirse a escaleras, y, además, las ramas altas producían menos).

Cada árbol sano producía cientos o incluso miles de cerezas y estas maduraban dos veces al año, pero no al mismo tiempo. Es decir, que cualquier árbol contenía bayas de una amplitud desquiciante de maduraciones y las mejores (y habría quien diría que las únicas) eran las rojas, recogidas en su punto óptimo de maduración: cuanto más rojas, mayor contenido de azúcar y mejor sabor. Por tanto, los recolectores debían tener criterio. Tenían que seleccionar las bayas rojas, dejar las amarillas y las verdes para que madurasen y retirar las que se habían pasado de maduras. Un buen recolector era capaz de llenar un cesto de trece kilos en una hora y aproximadamente una docena de cestos diarios, lo que significaba unos ciento sesenta kilos al día. Idealmente los cestos contenían solo bayas rojas, miles de cerezas rojas. Era el resultado de una jornada de trabajo que exigía ojos, dedos y muñecas expertas.

Esas cerezas se transportaban a un almacén central para procesarlas. Una plantación pequeña –existen miles de pequeñas plantaciones en todo el mundo, muchas de ellas de solo unas cuantas hectáreas– enviaba las cerezas a una planta de tratamiento externa, mientras que las plantaciones mayores las procesaban en sus dependencias, pero en cualquier caso se trataba de separar las cinco capas del grano. Y para ello existían básicamente dos métodos, húmedo y seco.

El procesado húmedo era el más común, del que se obtenía lo que solía denominarse café lavado. En este proceso, las cerezas rojas pasaban por una máquina despulpadora para retirar la cáscara y la pulpa. Quedaba todavía el mucílago, una capa viscosa y resbaladiza, alrededor del grano. Los granos se empapaban en agua y luego se dejaban fermentar de varias horas a varios días. Así el mucílago se secaba y era más fácil desprenderlo del grano. Lo cual exigía más agua. Los granos volvían a lavarse hasta dejarlos verdes y limpios. Estos granos verdes después se secaban entre cuatro y ocho días, ya fuera exponiéndolos al sol y el aire libre o mediante secadoras mecánicas. El procesado húmedo obtenía cierta uniformidad en la calidad del grano, un rasgo deseable en el café de especialidad, pero requería una cantidad de agua extraordinaria y quizá insostenible.

El procesado natural o en seco era el método más antiguo, supuestamente originario de Yemen, donde seguía practicándose. Como su nombre indica, no requiere agua. Las cerezas se secaban en camas planas, normalmente una especie de celosía como una malla metálica, y cuando estaban secas se trillaban: pasaban por una máquina rudimentaria que retiraba todas las capas del grano. Como los granos no se lavaban, conservaban parte del mucílago, y como permanecían más tiempo dentro del fruto absorbiendo sus sabores, el procesado en seco resultaba en un sabor más frutal pero mucho menos predecible. Durante generaciones esta había sido la cara y la cruz del café yemení: podía ser maravillosamente rico o de una calidad tan irregular que ocultaba sus méritos.

Una vez procesados los granos, se ensacaban y se dejaban reposar. Necesitaban reposar, aprendió Mokhtar, porque para la fruta el procesado era traumático —¡traumático para la fruta!— y, tras un trauma semejante, los granos necesitaban tiempo para recuperarse. Recuerda que siguen vivos, le dijeron a Mokhtar. Recuerda que son semillas. Todavía podían dar una planta. De modo

que el período de reposo podía prolongarse entre tres y seis meses. Los caficultores menos preocupados por la calidad almacenaban mucho más tiempo los granos y aun así conseguían un café aceptable, pero la mayoría de los expertos convenían en que el almacenaje no debía superar el año: los granos debían tostarse durante el año posterior a la cosecha.

Pero primero había que seleccionarlos.

En la mayoría de los casos, en todas las plantaciones o plantas de tratamiento, se sucedían fila tras fila de seres humanos, normalmente mujeres, que seleccionaban los granos a mano. Su tarea era simple pero intensa: cogían montones de grano, cientos de granos individuales, y, meticulosamente, apartaban los defectuosos. Un grano malo, decían los expertos, podía ser como una manzana podrida, podía estropear todo el lote.

¿Qué constituye un grano malo? A menudo los defectos eran obvios. Algunos granos estaban rotos. Había que retirar los trozos. Algunos granos estaban podridos. O habían fermentado. O estaban rancios. Normalmente los defectos eran evidentes. Las clasificadoras, sentadas frente a mesas o bancos, inspeccionaban pila tras pila de granos y retiraban los censurables. Este proceso requería días y exigía un nivel de concentración y mimo que sorprendería a los miles de millones de bebedores de café que dan por sentado que los granos solo son granos, que los echan todos juntos, que los tuestan a la vez. Pero en realidad se recolectaba y elegía cada grano con una atención al detalle y un compromiso con la uniformidad pasmosos.

Después seguía el transporte. Los granos verdes seleccionados se etiquetaban, empaquetaban y transportaban. En el Blue Bottle, Mokhtar aprendió el método de empaquetado y transporte del café de especialidad, donde cada cosecha se registraba cuidadosamente y se exportaba en cantidades pequeñas (por kilos, no por toneladas). En el café de especialidad, se conocía la plantación. Se conocía a los agricultores. En los sacos constaba

el nombre el país, de la región: Antigua, Guatemala, por ejemplo. Y después la variedad: por ejemplo, Bourbon, Typica. A menudo también el nombre de la plantación o el caficultor, un nivel de intimidad e información similar al del vino o el queso de calidad.

Estos sacos, seguidamente, se enviaban a los tostaderos. El Blue Bottle era un tostadero. Royal Grounds era un tostadero. Intelligentsia era un tostadero. Eran individuos o empresas –los tostaderos podían ser grandes o pequeños, multinacionales o aficionados microscópicos– que compraban los granos verdes crudos y los calentaban hasta que se parecían a lo que nosotros relacionamos con el café.

Durante el último siglo más o menos, lo que la mayoría de la gente sabía sobre el tostado era que se trataba de un proceso que se aplicaba al café y que los franceses lo hacían de un modo y los italianos de otro. En el Blue Bottle, sin embargo, Mokhtar pudo presenciar cómo se realizaba: en unas máquinas gigantes alemanas que escupían calor y reclamaban atención constante. Los tostadores vertían los granos por un conducto a un gran horno con forma de tambor, donde los granos rotaban y se removían sin parar para garantizar que se tostaran igual por todas partes. Pero ¿se tostaban igual todos los granos? En absoluto. Todos los granos eran diferentes. Pero en todos los casos, se consideraba anatema tostarlos en exceso.

Un buen café debía tostarse delicada y ligeramente, a lotes pequeños. Un tostado fuerte escondía la grandeza de un café o lo malograba, del mismo modo que quemar un bistec estropearía un buen trozo de carne. El café tostado tenía más de ochocientos componentes de aroma y sabor y conseguir extraer una parte considerable de los mismos exigía la pericia de un artesano. Mokhtar observaba trabajar a los tostadores del Blue Bottle y el proceso le recordaba al de contemplar a un gran chef o soplador de vidrio: la tarea requería destreza y precisión, pero también manipular fuego, válvulas y

palancas. Y en conjunto duraba solo unos minutos. El tueste medio tardaba diez minutos y cada segundo era crucial. Periódicamente, en pleno tostado, el tostador retiraba algunos granos, comprobaba el color, el tamaño, las grietas. Eran unos minutos intensos, y las más de las veces el tostador, incluso terminado el proceso, pensaba que podría haberlo hecho mejor. A poder ser, después se dejaban reposar los granos tostados. Estos alcanzan el pico aromático a los tres días del tueste y, a partir del séptimo, comienzan a declinar. Lo ideal es moler el café tres días después de tostarlo, y es mejor prepararlo recién molido.

En todo este largo proceso participaban diferentes personas. Agricultores que plantaban y vigilaban y cuidaban y podaban y abonaban los árboles. Recolectores que caminaban entre las hileras de plantas, en el aire de las montañas, arrancando las cerezas, únicamente las rojas, y colocándolas una a una en cubos y cestos. Trabajadores que las procesaban, casi siempre también a mano, y retiraban con los dedos el mucílago de cada grano. Había personas que secaban los granos. Que los giraban sobre las camas de secado para garantizar que se secaran de forma homogénea. Luego estaban las que seleccionaban los granos secos, las que separaban los granos buenos de los malos. Después las personas que ensacaban los granos ya seleccionados. Los metían en sacos que los mantenían frescos, sacos que los conservaban sin añadir sabores ni olores indeseables. Personas que cargaban los sacos en camiones. Personas que descargaban los sacos de los camiones y los metían en contenedores y barcos. Las personas que bajaban los granos de los barcos y los subían a los diferentes camiones. Las personas que cogían los sacos de los camiones y los repartían por los tostaderos de Tokio, Chicago y Trieste. Las personas que tostaban cada lote. Las personas que empaquetaban lotes más pequeños en bolsas más pequeñas para que las compraran quienes querían molerse y prepararse el café en casa. O las personas que molían el café en la

tienda y luego lo preparaban meticulosamente y servían el café de filtro, el expreso o el capuchino.

Así pues, cualquier taza servida de café podía haber pasado por veinte manos distintas, del campo a la mesa, y sin embargo solo costaba dos o tres dólares. Incluso una taza a cuatro dólares era un milagro, habida cuenta de la cantidad de personas involucradas y cuánta atención y experiencia se prodigaba a los granos disueltos en una taza de cuatro dólares. Tanta atención y experiencia, de hecho, que incluso a cuatro dólares la taza, era probable que alguna –o quizá muchas, o cientos– de las personas que intervenían en ese largo proceso estuviera siendo timada, mal pagada, explotada.

EL MERCADO Y LAS TRES OLAS

El problema, comprendió Mokhtar, era el mercado de materias primas. El café era una materia prima, y el precio que pagaban a la inmensa mayoría de los caficultores y al que se vendía en el mundo lo dictaba el mercado de materias primas. Si el Mercado anunciaba que el café iba a un dólar la libra, entonces dicho precio estipulaba lo que los productores de cualquier parte, desde Guatemala a Ruanda o Vietnam, podían cargar por la cosecha. Por supuesto, el productor no recibe ese dólar. Ese es el precio que pagan los conglomerados – Nestlé, Procter & Gamble, Philip Morris y Sara Lee– que compran el cuarenta por ciento del café mundial. El pequeño agricultor medio en, pongamos, Colombia en realidad podría vender su café a treinta centavos la libra. Y no directamente al conglomerado. No, primero tendría que vender la cosecha a un usurero, un agente local que presta dinero a los agricultores hasta la cosecha y, en esencia, los mantiene endeudados a perpetuidad. Los usureros mezclan y reúnen las cosechas de pequeños productores y venden el conjunto a agentes regionales. Estos agentes operan en toda Colombia, compran cosechas de docenas o cientos de campesinos y las combinan en una única masa indiferenciada llamada, por ejemplo, Café Colombiano. Después venderán la descomunal y munificente cosecha regional a un conglomerado internacional al precio de materia prima.

Este sistema se inició con la primera ola del café, un período en el que Hills Bros. desempeñó un papel decisivo. Durante esa primera ola la

popularidad del café se disparó, el café se convirtió en un negocio multimillonario sujeto a todas las ventajas y los inconvenientes de la producción en masa. El envasado al vacío facilitó conservar el producto fresco y transportarlo a lugares remotos, pero también alejó todavía más al cliente del tostador. Satori Kato, un japoamericano, patentó el café instantáneo en 1903, lo que permitió a Nestlé, Maxwell House y Folgers comercializar el café más como un producto que aporta cafeína que un alimento con cualidades organolépticas. El café producido en serie era barato pero sabía mal, lo que obligó a los consumidores a añadir azúcar y leche y un sinfín de codicilos secundarios para hacerlo digerible.

La segunda ola del café fue una reacción a la espiral descendente de los precios y la calidad del café. En la década de 1960, Alfred Peet abrió un pequeño tostadero y cafetería en Berkeley, California, donde volvió a centrarse en la procedencia de los granos y la manera de tostarlos mejor. Una taza de café en su cafetería costaba más que en el restaurante de la misma calle, pero era muy superior. La clientela lo agradeció, convirtió la apuesta en un éxito y permitió que otros emprendedores, como Howard Schultz de Starbucks, expandieran el alcance de la segunda ola cafetera.

Como Peet, Schultz era un empresario con conciencia social y se esforzaba no solo por recalcar el origen de sus cafés, sino por pagar mejor a los productores. A medida que Starbucks devino un fenómeno mundial y enfatizó el espacio social de la cafetería –en ocasiones por encima del propio café–, muchos en el mundo cafetero quisieron regresar una vez más a las esencias, recuperar un enfoque artesano del tostado y la preparación, donde el énfasis recaería de pleno en el café.

Empezó la tercera ola cafetera. Los tostaderos de esta tercera generación por lo general no pertenecían a cadenas y se gestionaban de forma individual. Resaltaban los orígenes de sus cafés no solo por países y regiones, sino por la

finca de donde procedían. Por los nombres de quienes los cultivaban. La tierra, la altitud y la sombra influían en el gusto del café. Tostaban los granos en su propio local y preparaban el café acto seguido. Preferían el método de vertido, taza a taza, que otorgaba a cada taza una especificidad única, manual, similar a la que disfrutaría un cliente tomándose un Cabernet nuevo en su bodega de origen.

Y la comparación con el vino, Mokhtar lo sabía, constituía la clave para conseguir que funcionara esa tercera ola. Cuando un cliente contemporáneo quería beber vino en un restaurante, pedía la carta de vinos. En esta constaban no solo tipos de vino –Cabernet, Pinot Noir, Chardonnay–, sino docenas de opciones para cada uno de ellos. Un cliente con criterio podía preferir no solo un Malbec, no simplemente un Malbec argentino, sino un Malbec de la bodega Vines of Mendoza del valle de Uco, donde la tierra y el agua y la mayor altitud se consideraban idóneas para el cultivo de esa variedad aterciopelada. Como el vino llevaba tiempo beneficiándose de ese nivel de especificidad y erudición por parte de la clientela, los vinicultores tenían más control sobre los precios. Si producían vino de alta calidad, podían cargar precios elevados. Por tanto la elaboración del vino devino una suerte de meritocracia, algo que no podía decirse del café, encadenado desde 1882 a la fijación de precios de las materias primas.

La tercera ola ofrecía liberar a los productores del mercado de materias primas. Podía haber, por ejemplo, un agricultor etíope sujeto desde hacía veinte años al precio marcado de dólar la libra, una cifra que lo condenaba, a él y a sus empleados, a la pobreza. Pero si dicho agricultor conseguía cultivar un café excepcional podía entrar en una competición regional o mundial y, si su producto obtenía puntuaciones altas, podía atraer la atención de un tostador

de esa tercera ola, como Intelligentsia Coffee & Tea de Chicago o Stumptown Coffee Roasters de Portland. Y entonces podía ocurrir algo extraordinario. Podían comerciar directamente.

Así como la tercera ola se construyó sobre el trabajo fundamental de la segunda, la comercialización directa se benefició de la importante labor de quienes abogaban por un comercio justo. Mientras que estos habían dado pasos de gigante para asegurar que los productos que se consumían en el primer mundo no los produjeran personas explotadas en el mundo en desarrollo, el comercio directo dio un paso más allá. Cuando el caficultor etíope comercia directamente con los tostadores de Intelligentsia, desaparecen todas las trampas del mercado de materias primas. Se eliminan todas las incógnitas. El tostador puede viajar a la plantación etíope, conocer a sus propietarios, empleados y recolectores, inspeccionar los árboles y la planta de tratamiento y ver por sí mismo lo que está comprando. Si la calidad es alta y las prácticas correctas, entonces tostador y productor pueden pactar precio sin interferencias por parte de usureros, agentes, conglomerados internacionales ni mercado de materias primas. El trato directo siempre pagará más de lo que el agricultor etíope había obtenido vendiendo el grano en el pasado. Liberado de la voluntad despiadada del mercado global, el productor podía vender el café a tres dólares la libra, a diez dólares, a veinte. Hay varietales singulares en todo el mundo –El Salvador, Hawái, Panamá– que se venden a cuarenta dólares la libra. El efecto fue inmediato y profundo. Si mediante la comercialización directa los agricultores obtienen un dólar más por libra, la transacción ha modificado radicalmente su vida y la de sus recolectores y empleados. Si el agricultor obtiene cuarenta veces el precio del mercado de materias primas, entonces lo que ha sido un intento de equilibrar se convierte en una profesión... y todos los implicados pueden vivir con dignidad y orgullo.

El último paso consistía en convencer al cliente para que lo pagara. Un cliente acostumbrado a pagar dos dólares por una taza de café se sorprenderá ante la idea de pagar cinco por una taza de café etíope de comercio directo. Pero si el cliente sabe que cinco dólares es el precio que debería costar una taza de café –el precio correcto que garantiza que todos los que participan en la creación de esa taza de café sean tratados con humanidad y reciban la posibilidad de vivir dignamente–, ¿se resistirá o aceptará?

Mokhtar pensó en la diferencia que podía significar para Yemen. Sabía que en Yemen el cultivo del café era tan trabajoso y el producto se vendía tan barato –casi siempre a usureros y agentes que lo transportaban por tierra a Arabia Saudí– que resultaba prácticamente impracticable para cualquier agricultor. Años atrás, la mayoría de los agricultores habían sustituido el café por qat. Aunque necesitaba más agua, el qat era mucho más rentable y la mayoría se consumía dentro del país. Participaban muchas menos personas en la comercialización y era un negocio sencillo. Producías qat en Yemen, vendías qat en Yemen.

Así, la única forma en que Mokhtar podía resucitar el café de Yemen pasaba por elevar el precio que se pagaba por el café yemení por encima del que se pagaba por el qat. Para ello, tendría que tratar directamente con los agricultores y fijar un precio basado en lo que podría conseguir de los tostaderos de especialidad internacionales. Y para obtener un precio mayor de esos tostaderos de especialidad, tenía que elevar drásticamente la calidad del cultivo cafetero en Yemen. Y tendría que empezar sin haber pisado un solo cafetal yemení.

EL PLAN

SEGUNDA PARTE

Ahora Mokhtar tenía un plan nuevo. Un plan mucho mejor y más definido que la versión cutre que le había presentado a Ghassan. Redactó la nueva versión, que tituló MONJE DE MOCA. Todavía no le había cambiado el nombre y no había decidido cómo escribir «Moka». Pero idear un nombre nuevo estaba en la lista de proyectos. Tenía mucho que hacer.

«Visión: Dotar a los caficultores yemeníes de conocimientos y herramientas para desencadenar cambios positivos en la calidad de su café y de su vida.»

Había visto algunos planes de negocio y solían empezar así: con la Visión resumida en una frase. Cualquier explicación más allá de una frase se consideraba dispersa. Tras la Visión, la Misión permitía extenderse. Escribió:

«Misión: Crear una empresa cafetera sostenible y viable económicamente en Yemen con el propósito de mejorar la calidad, regularidad y producción de granos de café que serán el vehículo para cambiar las vidas de campesinos y productores mediante la implementación de prácticas empresariales éticas y socialmente responsables.

Valores centrales:

- Priorizar al agricultor
- Honestidad y transparencia
- Altas exigencias éticas en todo
- Responsabilidad y rendición de cuentas

- Calidad por encima de cantidad».

Después de la Misión acostumbraba a seguir algo tipo «Áreas Estratégicas de Interés», así que Mokhtar las expuso.

«Áreas Estratégicas de Interés: Nuestra principal área de interés es el mercado del café de especialidad. Queremos que nuestros agricultores produzcan café arábica de alta calidad, suma regularidad y secado al sol con una trazabilidad clara. Nuestros caficultores emplearán métodos más efectivos de cultivo, cosecha y tratamiento sin perder su legado ancestral y tradicional, sino buscando el punto de encuentro entre lo mejor del pasado y del presente.»

Le mostró el plan a Ghassan.

–Mejor –dijo Ghassan.

Mokhtar por fin había contactado con Graciano Cruz y habían entablado una amistad por internet. Graciano le habló a Mokhtar de una reunión en Los Ángeles a la que acudirían tostadores y comerciantes de café de especialidad de todo el mundo. «Conozco a los que organizan la conferencia –le dijo Graciano–. Les diré que me conoces.»

Mokhtar no quería ir solo y pensó que quedaría más profesional acompañarse de un cómplice. Llamó a Giuliano, pero este no quería ir en coche hasta L.A. Justin tampoco quería conducir hasta L.A. Nadie quería conducir tanto y Mokhtar no tenía dinero para el avión, de modo que pasó a ver a Rafik, un tío suyo por parte de madre. Rafik había sido policía en Oakland, pero ahora vivía en Richgrove con Sitr, Taj y Rakan.

Rafik era un hombre que se reinventaba constantemente. Tenía solo seis años más que Mokhtar, pero ya había vivido una docena de vidas. Había sido guarda jurado en el Museo de la Diáspora Africana. Chófer de UPS. Conductor de autobús para la AC Transit. Incluso había vivido un año con la familia de Mokhtar en Treasure Island. Finalmente había ingresado en la academia de policía, donde se había distinguido, había sido condecorado por su puntería y

elegido para pronunciar el discurso de despedida de su promoción. Patrulló durante seis años las calles de Oakland, pero se lesionó la espalda y se había retirado por invalidez. De vuelta en Richgrove, estaba considerando sus opciones. Tal vez abriera una hamburguesería o plantara un viñedo. Quizá una cafetería.

Mokhtar le preguntó si querría acompañarlo a la conferencia sobre cafés de especialidad. Rafik, que se consideraba un gourmet, aceptó. Así pues, Mokhtar, aspirante a importador/ exportador de café, condujo cuatro horas hasta Richgrove, recogió a Rafik, y los dos juntos recorrieron el resto del trayecto en coche hasta Los Ángeles mientras Mokhtar le inflaba la cabeza a su tío con las potenciales maravillas del café yemení, cómo podía salvar el sector comercial del país y anunciar al mundo que Yemen tenía más que ofrecer aparte de ataques con drones y qat. Pero ninguno de los dos tenía ni idea de lo que les esperaba en la conferencia, ni tan siquiera de si iban vestidos para la ocasión o les pedirían credenciales o alguna otra prueba de que tenían derecho a estar allí. Ni siquiera tenía tarjetas de visita.

El tipo de la puerta, un joven barbudo de amplia sonrisa, les preguntó por su afiliación. Mokhtar dijo que pertenecía a Monje de Moca, una operación transnacional yemení-estadounidense. (Todavía no había cambiado el nombre ni optado por una grafía.)

–Vale –dijo el barbudo.

–Estamos recuperando el café yemení –dijo Mokhtar, y se extendió varios minutos, demasiados, considerando que ni siquiera había entrado todavía en el edificio.

Solo una vez dentro comprendió Mokhtar que estaba fuera de lugar. Los tres mayores exportadores de café etíope habían recorrido más de catorce mil kilómetros para conocer a los principales compradores del mercado estadounidense de café de especialidad. Había representantes de Stumptown,

Intelligentsia y Blue Bottle. Mokhtar no era caficultor etíope ni comprador estadounidense de café y cualquier esperanza de fundirse, o pasar inadvertido, entre los cientos de asistentes se desvaneció rápidamente. Solo había veinte personas.

Mokhtar y Rafik asistieron a los debates y las catas, fingiéndose a gusto. Pero Mokhtar, incluso tras los meses en el Blue Bottle, se sentía fuera de lugar, a pesar incluso de haberse pasado dos horas la noche anterior viendo un documental sobre el comercio mundial del café. El documental, titulado *Black Gold*, se centraba en el comercio del café etíope, y resultaba desesperante. Al demostrar cómo el mercado de materias primas marcaba un tope bajo para lo que podían ganar los agricultores con su café, evidenciaba cuánto había que hacer para que las reglas del juego fueran justas también para los productores.

Pero aparecía un hombre que servía de inspiración, un etíope llamado Tadesse Meskela, inmerso en una cruzada para cambiar dicho paradigma. Meskela había conseguido organizar a miles de campesinos etíopes y, gracias a la exportación del café de especialidad, había mejorado significativamente los precios por kilo. Pero por cada mil campesinos a los que podía ayudar, existían otros diez mil que no podían competir y vivían en la pobreza. En Etiopía, un trabajador del café venía a cobrar un dólar al día. Mokhtar ya sabía que en Yemen las condiciones eran mucho mejores, que los sueldos rondaban los diez dólares diarios. Etiopía estaba en una situación difícil: tenía más café, y por tanto menos carestía, reputación de calidad irregular y entregas poco fiables. Pero en el documental, Meskela se mostraba elocuente y apasionado. Viajaba por el mundo en representación de los campesinos etíopes y sus éxitos no eran pocos, tanto en el mercado como en los corazones y las mentalidades. Había fundado un hospital y una escuela para sus agricultores.

Y estaba en la conferencia, a escasos metros de Mokhtar.

–Ese es Tadesse Meskela –le dijo Mokhtar a Rafik.

Rafik no tenía la menor idea de quién era Tadesse Meskela.

–Voy a presentarme –dijo Mokhtar.

A Rafik no le importó.

Pero Mokhtar era tímido y Meskela nunca se quedaba solo. Al final, durante el almuerzo, Mokhtar lo vio comiendo con otros dos etíopes. Cuando se le acercó, Meskela levantó la mirada, sorprendido. Aparte de los etíopes, Mokhtar era el único asistente que no era blanco.

–Hola, señor –saludó Mokhtar.

–¿De dónde eres? –preguntó Meskela.

–Del otro lado del río. Yemen.

–¡Yemen! –exclamó Meskela–. Me encantan los yemeníes.

Y se pusieron a hablar. Había muchas similitudes en las dificultades y las oportunidades a las que se enfrentaban, convinieron. Hablaron de calidad, cadena de distribución, mejores prácticas y planes. Meskela le contó a Mokhtar que había asistido a una conferencia en el Yemen.

–¿La Conferencia sobre Arábicas Naturales de Saná? –preguntó Mokhtar.

Meskela se quedó impresionado. Charlaron de lo mucho que se parecía Harar, en Etiopía, a Yemen. En Harar también estaban teniendo problemas con el qat y luchaban por convencer a los campesinos para que sustituyeran el qat por café.

–Hagas lo que hagas, ayuda a los agricultores –le aconsejó Meskela. Para entonces ya se cogían de las manos, un gesto normal para los hombres de Yemen y Etiopía–. Si lo haces por dinero, no durarás.

Le dio a Mokhtar su tarjeta, que curiosamente era tres veces más grande que cualquier otra que hubiera visto Mokhtar en la vida.

–Si vas a Etiopía, ven a verme –le dijo Meskela.

El hombre que organizaba la conferencia se llamaba Willem Boot, era un holandés carismático de cincuenta y pocos años y conocía a todos los presentes. Resultó que había coescrito un informe sobre la situación del café yemení que se publicaría al año siguiente. El informe era un encargo del Instituto de Calidad del Café (CQI, por sus siglas en inglés) financiado por la Agencia Estadounidense para el Desarrollo Internacional o USAID. Mokhtar dio un codazo a Rafik. En una conferencia sobre café etíope en Los Ángeles habían ido a toparse con el hombre mejor situado para ayudarles con el café yemení.

En un descanso entre sesiones y catas, Mokhtar consiguió unos minutos a solas con Willem Boot, y como quería darle la impresión de que sabía de lo que hablaba, pero como hablaba demasiado rápido y todavía no sabía de lo que hablaba, lo acribilló con una mezcla aleatoria de palabras y frases que tenían una vaga relación de pasada con la realidad.

–Quiero mejorar y modernizar radicalmente la cadena de suministros hasta el campesino varietal del origen del proceso natural de...

Al rato decidió dejar de hablar.

Boot lo miró con compasión. Saltaba a la vista para ambos que Mokhtar tenía pasión, pero necesitaba información de primera mano; todo lo que sabía era a través de terceros. Boot le informó de que su empresa, Boot Coffee, ofrecía servicios de consultoría a futuros importadores y exportadores, así como cursos para obtener la certificación Q Grader.

–Vale –dijo Mokhtar, aunque no sabía lo que era un curso para obtener la certificación Q Grader.

Todos los servicios o cursos eran de pago, añadió Boot, pero las matrículas estaban al alcance de cualquiera que se tomara en serio montar una empresa.

–Bien –dijo Mokhtar, aunque no tenía dinero ni forma de conseguirlo.

Mokhtar anotó el correo electrónico de Boot y prometió mantenerse en

contacto.

Boot no supo qué pensar: ¿se trataba de un joven diletante, una especie de estafador, o lo suyo era genuino? ¿Y cómo había obtenido acceso a la conferencia para productores etíopes y compradores estadounidenses? Parecía la típica circunstancia que podía haber propiciado Graciano Cruz. Decidió que preguntaría a Graciano por el tal Mokhtar. Entretanto, no esperaba volver a saber de él.

Pero tuvo noticias suyas al día siguiente. Mokhtar quería contratarlo como asesor. El único pero, dijo Mokhtar, era que no sabía si podría viajar a Holanda. Mokhtar había supuesto que Boot Coffe, propiedad de un holandés, estaría en Amsterdam.

«¿Para qué vas a ir a Holanda? –replicó Boot–. Vivo en Mill Valley.»

ROBARLES EL CAFÉ A LOS HOLANDESES

Mill Valley se encontraba al norte de San Francisco, pero Mokhtar nunca había estado allí. Pertenecía a Marin, un condado exótico y desconocido para él a pesar de que estaba solo quince kilómetros del Tenderloin. Era verde y frondoso, y se extendía a la sombra del monte Tamalpais, una montaña de foresta perenne que se elevaba setecientos sesenta metros por encima de la costa del Pacífico. El hogar de Willem y Catherine Boot se encontraba en una carretera ventosa a la salida de la avenida Miller, una de las principales vías de la ciudad, pero parecía apartado del mundo. Era una casa de adobe de dos plantas engalanada de glicinas, bambú y rosas silvestres que podría haber encajado en Grecia o la Toscana.

Aquel primer día, Mokhtar se llevó a Omar consigo. Después de la conferencia de Los Ángeles, lo había telefoneado y le había esbozado las posibilidades de aplicar a Yemen lo que había aprendido sobre el comercio del café en Etiopía. A Omar le interesó. Él también quería conocer a Willem. De modo que los tres se sentaron fuera, a una mesa larga y maciza, del tipo de las que salen en las películas italianas, donde las diversas generaciones comen queso y prosciutto mientras los niños corretean por debajo. A la luz moteada del sol, Mokhtar y Omar empezaron a conocer a Willem, un hombre nacido entre café.

Su padre, Jacob, había sido uno de los primeros europeos en participar en la segunda ola del café, mucho antes de que se popularizaran los cafés de

especialidad. En la década de 1970, cuando la producción masiva estaba rebajando la calidad del café que llegaba al público, Jacob Boot intentaba que los holandeses se engancharan al tostado doméstico y la preparación individual. Había trabajado de director regional de un tostadero holandés llamado Neuteboom, y de niño Willem visitaba las instalaciones a menudo, hundiendo las manos en barriles repletos de granos verdes. Pero paralelamente Jacob soñaba con fabricar y vender un tostador casero para que la gente pudiera controlar y valorar el proceso en su cocina particular. Había inventado una máquina llamada Golden Coffee Box, en la que había invertido los ahorros de toda una vida. Vendió su casa y abrió un negocio híbrido donde, en un local de alquiler, los clientes podían aprender sobre granos de alta calidad y en cuya rama industrial fabricaba y vendía la Golden Coffee Box.

Eran los años setenta, un período en que europeos y norteamericanos preferían la comida rápida y barata. Jacob quería que la gente se ralentizara, que se interesara por el origen de los comestibles. Su negocio, con sede en Baarn, una ciudad de la provincia de Utrecht, no fue un éxito arrollador, pero las ventas de la Golden Coffee Box y de los cafés que Jacob tostaba le bastaban para ganarse la vida. Con el tiempo, cuando Willem ya tenía catorce años, se incorporó al negocio paterno y aprendió a encajar a cada cliente con unos perfiles organolépticos concretos. Un cliente artístico probablemente preferiría la luminosidad de un café keniano. Un fumador tal vez necesitara algo más fuerte, quizá un grano de Sumatra. Un cliente mayor elegiría un meloso Magarogype mexicano.

El negocio era pequeño y el local nunca estaba muy concurrido, y a Jacob le gustaba así. Tenía tiempo para conversar con los clientes, para escucharlos, para descubrir maneras de emparejarlos con el café adecuado. La atención de Jacob al detalle, su pasión por cada rasgo y minucia del café, eran ilimitadas. Willem observaba a su padre distraer a los importadores con preguntas sobre

los orígenes de los granos que tostaba. Si los granos procedían de Java, quería saber de dónde, de qué cafetal, de qué altitud, quiénes los cultivaban. La mayoría de los importadores no tenían ni idea.

Sin embargo, con el paso de los años Jacob fue agotándose, cada vez le costaba más atender al día a día y Willem fue encargándose de más tostados. Jacob le enseñó lo que sabía y Willem dispuso del tiempo y la maquinaria para experimentar, para acumular unos conocimientos tan amplios que, después de licenciarse, entró a trabajar en una subsidiaria alemana de Probat-Werke, un fabricante alemán de máquinas torrefactoras. La empresa lo destinó a California, y allí conoció a su mujer, Catherine, oriunda del valle de Napa. Con el tiempo se mudaron a Mill Valley y fundaron Boot Coffee, un tostadero e instituto de formación donde cultivadores, tostadores, académicos y demás aspirantes podían aprender de café. Willem se convirtió en asesor, formaba a tostadores y caficultores y descolló como solicitado juez para competiciones en todo el mundo, desde Centroamérica a Etiopía o Papúa Nueva Guinea.

Aquel primer día en Mill Valley, Willem ya tenía un plan para Mokhtar.

–Si vas en serio –dijo Willem– deberías sacarte el Q Grader. Deberías ir a la conferencia de la Asociación Americana del Café de Especialidad. Se celebra en Seattle. Después, ve a Yemen.

–Vale –dijo Mokhtar, calculando ya el coste.

–Si quieres mejorar el café que exporta Yemen –siguió Willem– tienes que saber diferenciar el buen café del malo. Y, que yo sepa, serás el primer Q Grader para café arábica que además es árabe.

–Genial –dijo Mokhtar, que seguía sin saber lo que era un Q Grader–. ¿Cuánto cuesta el curso?

El curso costaba dos mil dólares. Y contratar la asesoría de Willem exigiría

una iguala de cinco mil. Mokhtar y Omar no pasaron por alto lo irónico de que dos yemeníes, herederos directos del ancestral comercio cafetero, tuvieran que pagar a un holandés para que les enseñara el oficio.

Tras la reunión, Mokhtar y Omar se subieron cada uno a su coche y Mokhtar siguió a su amigo unos cuantos kilómetros en dirección oeste, hacia la autopista 1. Se detuvieron en un apartadero con vistas al Pacífico y cumplieron con las oraciones del mediodía. Cuando se levantaron, Mokhtar dijo que era demasiado dinero. No podía pedírselo a Omar. Ya le había prestado tres mil dólares cuando había perdido la cartera. No obstante, Omar sacó el talonario y extendió un cheque por cinco mil dólares a nombre de Mokhtar. Una línea de crédito, lo llamó.

A Mokhtar nunca le había pasado nada semejante. Su familia y sus jefes o profesores lo habían animado cuando se le había ocurrido alguna idea o incluso un plan, pero nadie había dado nunca un paso comparable. Nunca había visto tanto dinero junto. Aceptó el cheque, se subió al coche, miró cómo Omar se alejaba y, solo y abrumado, se echó a llorar hasta no poder más.

LOS APRENDICES

Mokhtar contrató a Willem y su Boot Coffee, pero la relación no era exactamente formal. La iguala de cinco mil dólares en realidad se limitaba a franquearte la entrada y, una vez dentro, Mokhtar hizo lo mismo que había hecho en el Blue Bottle, infiltrarse tan sutil pero concienzudamente que al cabo de una semana la mitad del personal del Boot Coffee no sabía si trabajaba allí o no.

Todos los días, Mokhtar salía temprano por la mañana tratando de evitar el tráfico para conducir una hora en dirección norte, cruzar el puente de Richmond y girar al sur hacia Mill Valley y llegar siempre cuando abría el Boot Coffee. Hacía cualquier cosa que le pidieran. Recados al Safeway o el Whole Foods. Limpiaba las máquinas y barría el suelo. Observaba. Escuchaba. Willem y Catherine viajaban a menudo, a Panamá, Nicaragua, Europa, y en su ausencia Willem dejaba el negocio a cargo de su joven plantilla: Stephen Ezell, Jodi Wieser y Marlee Benefield.

Stephen no era mucho mayor que Mokhtar y ya había conseguido la clase de reinención personal que perseguía Mokhtar. Era un oriundo de Florida que había estudiado filosofía en la universidad, había trabajado de camarero y tocado en varios grupos hasta que decidió mudarse con su hermano a Bay Area. Un día estaba repasando las ofertas de trabajo cuando seleccionó tres particularmente intrigantes. Una era de restaurador de muebles, la otra para retirar riesgos biológicos y la última «una oportunidad en el mundo del café de

Mill Valley». Stephen había trabajado brevemente en un Starbucks en 1999, así que mandó el currículum.

Y aunque llevaba menos de un año en el Boot, Stephen, con su barba de color herrumbroso y sus maneras estudiadas, tenía aire de aprendiz del Viejo Mundo. Se ocupaba de casi todos los tostados del Boot, convirtiéndolos en una delicada mezcla de arte y ciencia, con un grado de precisión e instinto que Mokhtar dudaba de poder reproducir algún día.

Si Stephen era el joven aprendiz, Jodi Wieser era la oficial de primera: le sacaba unos años de formación a Stephen. Joven y flaca, con gafas y pelo rubio rojizo, irradiaba serena competencia. Se había criado en Dallas y durante el instituto había trabajado de barista en una cafetería de lujo donde una taza de café costaba cuatro dólares... eso, en 1996. Terminada la universidad, se había trasladado a África con una ONG, primero a Mali y luego a Costa de Marfil. Regresó a Estados Unidos, aprobó un máster en estudios interculturales y volvió a África, esta vez a Uganda, donde ayudó a fundar una organización sin ánimo de lucro, Fount of Mercy, que trabajaba con viudas del sida, huérfanos y exniños soldado.

Marlee Benefield, una amiga de Jodi del posgrado, con el rostro juvenil y la actitud alegre de una monitora de campamento estival, se sumó al proyecto africano. Cuando Jodi volvió a instalarse en Estados Unidos, se puso a buscar empleos con perspectiva internacional en Craigslist. Vio el anuncio de Willem. «Imprescindible amar el café», especificaba. Entró en Boot Coffee en 2008 y obtuvo la certificación Q Grader en 2010. Marlee la siguió poco tiempo después y empezó a vender tostadores y cursos de tostado. Comparados con Willem, los tres, Jodi, Marlee y Stephen, eran unos recién llegados y todos seguían el ejemplo del jefe: eran expertos pero no esnobs, se tomaban en serio su trabajo sin tomarse demasiado en serio a sí mismos.

No obstante, lo único en que Willem se mostraba inflexible era en que Mokhtar tenía que convertirse en Q Grader. Mokhtar también lo pensaba, aunque todavía no sabía exactamente lo que significaba el título y además estaba el pequeño detalle de que tampoco sabía mucho del sabor del café. Algo que no había compartido con nadie, mucho menos en el Boot, pero hasta entonces Mokhtar solo se habría bebido unas docenas de tazas de café en la vida. Los expresos que había tomado con Giuliano, los sorbos que había probado en el Blue Bottle. Lo que había despertado su interés por el café era su historia, el orgullo por el protagonismo de Yemen en su cultivo y expansión. En el Boot, sin embargo, Mokhtar se entretuvo en saborear el gusto y discernir las variedades, los métodos de preparación y sus permutaciones. En el Boot por fin pudo bajar la guardia, admitir todo lo que ignoraba.

Se familiarizó con las bebidas, exóticas hacía veinte años y ahora comunes. Estaba el expreso, que contenía básicamente la misma cantidad de granos que una taza de café, pero molidos muy fino y concentrados en muchísima menos agua. Estaba el *café au lait*, mitad café y mitad leche calentada mediante vapor. Estaba el *macchiato*, un expreso doble coronado de espuma. Había preparaciones tomadas de bebidas populares en el extranjero o basadas en ellas. El expreso romano era un expreso acompañado de una rodaja de limón, que no debía confundirse con el guillermo, uno o dos expresos vertidos sobre rodajas de lima. Argelia había dado al mundo el mazagrán, una bebida fría que se preparaba con café y hielo y, a veces, con ron, azúcar o limón, servida en vaso alto. Existían varios cafés con queso, queso sumergido en una taza de café caliente que se comía después, cuando la mezcla se cuajaba. En el mundo de habla hispana tenían el guarapo con queso, preparado con Gouda o Edam. Entre los suecos se llamaba *kaffeost* y se empleaba el queso finlandés *leipäjuusto*. Estaba el café con hielo y el *cold-brew*. La corbata negra tailandesa, una mezcla de té negro (helado), azúcar y leche condensada,

tamarindo aplastado, anís estrellado, agua de azahar y un expreso doble. Estaba el café irlandés (con whisky), el café inglés (con ginebra) y el café calipso (con Kahlúa y ron). En Senegal preparaban *café touba*, donde los granos se mezclaban con *selim* y otras especias durante el tostado y se añadía azúcar al café caliente, lo que resultaba en una bebida muy dulce y aromática. En Australia tenían el *ice shot*, un expreso en vaso de *latté* relleno con hielo.

En la periferia había algunas cosas raras, ninguna más extraña que el *kopi luwak*, también llamado café de civeta. En Sumatra cultivaban café desde hacía ciento cincuenta años, pero solo recientemente se había descubierto que la civeta, un mamífero gatuno indígena de la isla, era algo así como un entendido en café. La civeta era experta en elegir las bayas más maduras para comer y después resultó que sus heces realizaban todo el procesado que normalmente exigía un hombre, una máquina y mucha agua. Es decir, mientras la cereza del café pasaba por el aparato digestivo de la civeta, se desprendían la piel, la pulpa y el mucílago, y quedaba el grano pelado, que el animal no digería. Alguien tuvo la idea de recoger esos granos y separarlos de las heces: de recoger heces de civeta y extraer los granos de café y tostarlos, molerlos y beberlos. El tracto digestivo de la civeta aportaba al café un gusto inusual y peculiarmente apetecible: suave y almizcleño. El *kopi luwak* tuvo éxito y sus proveedores pudieron subir los precios. Willem no se sorprendió. Le gustaba repetir una expresión acuñada por George Howell, un famoso tostador de café: «Café de culo para los que piensan con el culo», decía.

Willem, Stephen, Jodi y Marlee recibieron con agrado la ayuda de Mokhtar. El Boot Coffee estaba tan desbordado de visitantes que tener a uno más rondado por ahí no se notaba demasiado. Un desfile desconcertante de nacionalidades recorría las clases, catas y asesorías: coreanos y uzbekos, japoneses y croatas

y rusos. Montones de alemanes, montones de holandeses, algunos franceses, algunos canadienses, unos cuantos malasios, muchos chinos y australianos. Se reunían en torno a la mesa redonda, catando, anotando y dibujando en la pizarra. Las sesiones duraban horas y carecían de toda pretensión. La gente hasta se reía. Se respiraba una relajación y una franqueza que habría sorprendido a cualquiera que asumiera que una cata, donde se puntuaban y analizaban cafés, resultaría insufrible. Con todo, las frases que se pronunciaban podían sonar algo encopetadas.

«Detecto el clásico jazmín y rosa.»

«Me ha parecido un tanto metálico.»

«He notado un poco de manzana Fuji.»

«He captado todo un ramillete.»

«Prometía tantos aromas que el regusto me ha decepcionado.»

Completada la cata y la puntuación, a menudo le tocaba recoger a Mokhtar, vaciar el café sobrante por el desagüe y limpiar los mostradores. Le gustaba quedarse hasta tarde, estar a solas con el café cada vez más frío, con las máquinas en reposo y sus calibradores y botones, los granos en sus contenedores meticulosamente etiquetados: el espacio era un híbrido de cocina, laboratorio químico y fundición. Cuando todos se habían marchado, Mokhtar podía coger una cuchara limpia e ir pasando de taza en taza mientras leía las notas y la puntuación de cada una.

Necesitaba probar lo que saboreaban los demás.

APROBAR EL Q

No era un Q Grader y sabía que tenía que serlo. Un Q Grader era en esencia un experto en la calidad del café arábica excepcionalmente cualificado para valorarlo. Un R Grader era un experto en robusta, pero se consideraba mucho menos prestigioso. Un Q Grader había completado un curso exigente y aprobado rigurosos exámenes para demostrar que sabía distinguir entre un café bueno y uno malo, entre un café bueno y uno excelente. Ser Q Grader se parece a ser sumiller de vinos o gran maestro de ajedrez. Como gran parte del énfasis de la tercera ola cafetera en la calidad y la pericia, el programa Q Grader era muy nuevo, se había creado en 2004. Diez años después, seguía habiendo solo dos mil Q Graders en todo el mundo. Y Willem estaba en lo cierto: ninguno de esos dos mil era árabe. Lo cual parecía plantear un reto evidente que Mokhtar debía superar. Tuvo una visión, se imaginó regresando a Yemen, llegando a Saná y recorriendo el país convertido en el primer Q Grader árabe. En un hombre importante.

Las clases costaban dos mil dólares y no podía pedirle más dinero a Omar. Buscó mentalmente a otros donantes y pensó en su tío Muteb, el hermano menor de su padre. Muteb, un emprendedor, vivía en Modesto, donde regentaba el negocio familiar de colmados, expandiendo la operación de Hamood mediante una ristra de establecimientos a lo largo de las autopistas 99 y 5. Muteb lo entendería.

Mokhtar no le contó a Muteb a qué iba. Simplemente le dijo que tenía

novedades. Cuando llegó, Mokhtar desplegó todo el instrumental mientras Muteb, su esposa Layla y sus siete hijos, todos menores de catorce años, observaban, desconcertados. Mokhtar había llevado tres variedades de Etiopía, la cafetera Chemex, una pequeña báscula digital, una tetera de cuello de cisne, un molinillo de café y una máquina para palomitas de maíz que pensaba utilizar para tostar los granos de café al estilo etíope, sobre una sartén plana.

Pesó los granos de café y los tostó, el aroma exuberante inundó la habitación. Cuando se enfriaron, sacó el molinillo.

–¿Qué haces? –preguntó uno de los niños.

–Muelo café en grano. Si no, solo son granos de café. Los muelo para obtener un polvo fino que se disuelva en el agua. Es fundamental emplear una molienda media.

–¿Y eso qué significa?

–Molienda media es lo contrario a fina o gruesa. Cuando se emplea una Chemex, es preferible una molienda media.

Se lo había enseñado Stephen.

–¿Qué es una Chemex?

Mokhtar les mostró un recipiente de cristal, una jarra transparente, de unos veinticinco centímetros de altura y estrecha por el centro, por lo que recordaba a un reloj de arena abierto por arriba.

–Echaré el café por aquí. Por la parte de arriba, y luego los filtros retendrán los posos pero dejarán pasar el café.

–¿Eso es el filtro?

–Es un filtro especial –explicó Mokhtar.

Aunque era sencillo, solo un cuadrado de papel de filtro en realidad, pero la clave estaba en manipularlo bien. Mokhtar cogió el trozo de papel de filtro y lo plegó a un cuarto de su tamaño, luego le dio forma de embudo: era crucial

que un lado fuera triple y otro sencillo. Mokhtar mojó el embudo bajo el grifo para humedecerlo y luego lo insertó en la boca de la jarra de cristal.

–¿Ahora echarás el agua? –preguntaron los niños.

De pronto se mostraban impacientes.

–El agua tiene que estar a la temperatura correcta. Veamos cómo va.

Había puesto el agua a hervir en la pequeña tetera de cuello de cisne hasta que alcanzara una temperatura ideal de entre 90 y 96 grados centígrados. La Chemex descansaba sobre una tarima minúscula con lector digital.

–Avisadme cuando el agua llegue a noventa y cuatro grados.

Mokhtar echó el café molido con una cuchara sopera en el embudo y lo repartió homogéneamente.

–¡Está a noventa y cuatro! –informó uno de los niños.

–Atentos –dijo Mokhtar mientras vertía el agua por el embudo en tres fases.

En la primera, vertió agua sobre el filtro para empapararlo y eliminar cualquier sabor a papel. Luego vertió el agua justa para embeber el café molido.

–¿A qué esperas? –preguntaron los niños.

–Tengo que esperar cuarenta y cinco segundos. Se llama floración, cuando el café libera los primeros gases.

Esperaron los cuarenta y cinco segundos y luego Mokhtar vertió cuidadosamente el agua restante, dibujando círculos sobre la molienda hasta que vació la tetera.

–¿Y ahora?

–Ahora miramos cómo va goteando.

El agua empapó el café molido, lo emulsionó y goteó a través del filtro hasta la mitad inferior de la Chemex. Mokhtar obtuvo suficiente café para tres tazas y, una vez listo, extrajo el filtro, lo tiró a la basura orgánica y sirvió café para Muteb, Layla y él mismo. Muteb y Layla le dieron unos sorbos educados,

y mientras tanto Mokhtar les habló de la historia del café yemení e insinuó sus planes para importar granos del hogar de sus antepasados. Sin embargo, al final de la presentación Muteb y Layla no habían comprendido la relación entre la elaborada presentación del café que acababan de presenciar y lo que Mokhtar pretendía hacer con su vida. Su sobrino tenía veinticinco años y carecía de empleo o título universitario. El trabajo más estable que se le conocía había sido de portero. Muteb no veía cómo servir café iba a ayudarlo a alcanzar las metas de su vida.

–¿No deberías estar en la facultad de derecho? –preguntó.

De vuelta en el Boot Coffee, Willem había trazado un plan. Había coescrito el informe sobre el café yemení para el Instituto de Calidad del Café con otro experto, Camilo Sánchez, y Camilo y Willem creían que, con financiación del CQI, podrían organizar un viaje a Saná. Reuniría a productores yemeníes y compradores internacionales y tal vez forjaran algunas conexiones para aliviar los apuros de la industria cafetera del país.

Mokhtar podía acompañarlos y hacerles de traductor y puente cultural, pero, lo más importante, después de la conferencia, los tres podrían recorrer el país en lo que Willem denominó una caravana del café. Se adentrarían en uno o dos terrenalos por las regiones productoras de café de Yemen para conocer a los agricultores, tostar granos y catar cafés. Identificarían las regiones donde crecían bayas de la mejor calidad y donde podrían ayudar a los campesinos mediante formación y posibles asociaciones. Además, lo pasarían en grande.

Sería la culminación de los servicios de asesoría de Willem y luego dependería de Mokhtar continuar la labor en Yemen.

–Pero primero tienes que ser Q Grader –le recordó Willem.

Estaban en abril de 2014 y planeaban viajar en mayo. El Boot Coffee organizaría un curso para Q Graders antes de la conferencia de Saná, de modo que a Mokhtar no le quedó más remedio que volver a pedirle ayuda a Omar. Adquiriría así una deuda inmensa con un solo hombre, pero Omar no lo dudó: pagó la matrícula y Mokhtar se inscribió.

El profesor no era un misterioso desconocido de tierras lejanas, sino Jodi Wieser, con quien Mokhtar llevaba meses trabajando.

–Estoy nerviosa –admitió Jodi ante la clase.

Había impartido docenas de sesiones para convertirse en Q Grader, pero nunca como profesora principal, y la presión, dado el coste de las clases y las grandes distancias que habían salvado los estudiantes para cursarlas, era extraordinaria.

Formaban un grupo de procedencias remotas de cuyo éxito dependían muchas cosas. Había dos estudiantes de México que regentaban el Buna Café Rico en Ciudad de México. Parecían los más experimentados y seguros de sí mismos. Los otros dos estudiantes encarnaban la presión de alto riesgo que sentían tantos de los inscritos. Una era una mujer de treinta años que se había presentado dos veces al examen Q y había suspendido. Si esta vez no aprobaba, tendría que repetir todo el curso. Y esta vez, estaba embarazada. Un factor que Jodi confiaba en que le fuera de ayuda: quizá la mayor sensibilidad olfativa jugara a su favor. El último estudiante era un kuwaití que había llegado una semana antes para asistir a unas clases de Willem. Durante el curso con Jodi, se lo veía preocupado. Había venido desde muy lejos, decidido a convertirse en el primer Q Grader de Kuwait, igual que Mokhtar quería ser el primer Q Grader yemení.

Aunque en ocasiones los alumnos perseguían alcanzar cierto estatus –un modo de elevarse por encima de sus colegas del mundo del café de especialidad o parecerlo–, Jodi basaba el curso en el impacto real que el

título podía tener en productores, campesinos, en todos los eslabones de la cadena de producción. Era la motivación original del curso. Lo había promovido el Instituto de Calidad del Café como un medio para empoderar a los caficultores. En muchas regiones productoras, en particular antes de la tercera ola cafetera, los agricultores no sabían demasiado de su café. Con frecuencia ni siquiera lo bebían, sobre todo, en Yemen. Como no sabían gran cosa sobre la calidad de su propio producto, quedaban a merced de los agentes y el mercado de materias primas. Pero si los caficultores se convirtiesen en expertos Q Graders, sabrían lo que tenían. Si tenían un café magnífico, podrían valorarlo y encontrar compradores dispuestos a pagar un precio mucho mayor por un café de alta gama del que pagarían por uno de calidad desconocida.

El CQI, pues, se había propuesto conducir a los cursos de Q Grader al mayor número posible de agricultores. Cuando productores, molineros, exportadores, tostadores y vendedores al detalle compartían la misma conversación sobre el mismo café, entonces podía producirse el empoderamiento real. Si un productor ruandés sabe cómo mejorar su café y puede catarlo y valorarlo, puede llevarlo hasta por encima de los 90 puntos. En una escala que llegaba hasta 100, cualquier café en la franja de los 90 se consideraba extraordinario y, por tanto, el caficultor ruandés podría transformar su negocio de materia prima de baja gama a merced del mercado mundial a un negocio de especialidad que le permitiría tratar directamente con los tostaderos de su elección.

Era lo esencial de lo que dijo Jodi el primer día. Contó que había ido a una plantación de Panamá y había hecho una cata con el propietario, que unos años antes se había sacado el título de Q Grader. Juntos habían catado doce variedades locales y, para cada caso, las puntuaciones entre uno y otro habían diferido un máximo de un punto. Compartir un lenguaje internacional para

valorar la calidad del café suponía contar con una poderosa herramienta económica.

El curso era duro y los exámenes aún más. Solo el cincuenta por ciento de los que se presentaban aprobaban a la primera. El examen constaba de veintidós partes, cada una de las cuales parecería una locura de especificidad al público general o al entusiasta del café.

La parte más accesible y concreta era la prueba de Conocimientos Generales, cien preguntas tipo test sobre el cultivo, la cosecha, el procesado, la clasificación, el tostado y la preparación del café. El resto de las pruebas, no obstante, requerían un nivel de sensibilidad sensorial estrafalario.

Estaba la prueba de Habilidades Olfativas, en que el alumno tenía que distinguir con los ojos vendados treinta y seis aromas diferentes, tales como guisantes verdes, jarabe de arce, ternera guisada, mantequilla y rosa de té.

La prueba de Habilidades Catadoras demandaba que el alumno identificara y puntuara varios cafés, africanos y asiáticos, suaves e intensos, procesados y naturales, y tales puntuaciones tenían que mantener la coherencia con las precedentes. Si previamente se había puntuado un café con 94, el estudiante, en la cata a ciegas, tenía que puntuar con un margen de dos puntos de la valoración establecida.

Para Triangulaciones, el alumno recibía seis juegos de tres tazas. Dos de las tres tazas eran idénticas, la tercera era distinta. El estudiante debía detectar la discordante. La prueba de Identificación de Ácidos Orgánicos comenzaba con ocho juegos de cuatro tazas de café. Dos tazas de cada juego llevaban algún tipo de ácido: fosfórico, málico, cítrico o acético. El estudiante tenía que ser capaz de detectar qué taza había sido alterada y con qué ácido. Para la prueba de Identificación de Tuestes de Muestra, el alumno empezaba con cuatro tazas

de café y debía discernir cuál estaba demasiado tostado, cuál falto de tueste y cuál estaba perfectamente tostado.

La prueba de Clasificación de Café Tostado Arábica exigía que el alumno tomara una muestra de cien gramos de granos tostados y reconociera los *quakers* –granos inmaduros que no se han tostado correctamente– y también si la muestra era comercial, *prémium* o de especialidad.

Durante sus meses en el Boot, Mokhtar había rondado las clases que cursaban otros. Había catado cafés y presenciado docenas de catas. Pero cuando le tocó pasar el examen se sentía como si empezara de cero. Y Jodi estaba inquieta por él. Y por el kuwaití. Y por la embarazada. Jodi quería que todos aprobaran.

Tras las pruebas, los alumnos recibieron los resultados. Los dos mexicanos aprobaron sin problemas. La embarazada aprobó. Pero el kuwaití no, y cuando llegó el turno de comunicarle el resultado a Mokhtar, Jodi titubeó. Se rascó el cuello, clavó la vista en el suelo. No podía mirarle a los ojos.

–No has aprobado –dijo Jodi–. Has suspendido siete pruebas.

Mokhtar dejó una pausa. Calculó.

–¿O sea que he aprobado quince pruebas?

Estaba exultante. No sacaba tan buenas notas desde el primer ciclo de secundaria.

Pero no había tiempo para repetir el examen antes de viajar a Yemen. Volvería como un joven con una idea, pero todavía sin ser el Hombre Importante que había imaginado que sería a su regreso. Solo entonces les explicó a sus padres en qué andaba metido. Les enseñó una fotografía de su instrumental cafetero, el mismo equipo que había llevado a casa de Muteb.

El café no les pareció una ocupación seria.

Cuando le contó a su hermano Wallead que volvía a Yemen, su hermano preguntó:

—¿De verdad? ¿Quién se ha muerto?

LIBRO III

HAMOOD Y HUBAYSHI

–No le cuentes a nadie a qué has venido.

Fue el consejo de su abuelo Hamood.

–Di que has venido por un trabajo para la universidad.

–Pero si no voy a la universidad –repuso Mokhtar.

–Eso no lo saben.

El riesgo de regresar a Yemen, le explicó su abuelo, eran las intromisiones. Los parientes querrían participar. O aconsejarle. O los amigos de los parientes querrían participar o aconsejarle. Personas varias se apuntarían a la idea, se entrometerían, la reformularían o, peor todavía, intentarían copiarla, solo que más rápido y más barato.

Mokhtar reservó el vuelo a Saná diciéndole a todo el mundo menos a su abuelo que iba para un trabajo de investigación sobre la historia del café en Yemen. No había nada menos interesante para todos sus conocidos en Yemen que la idea de un universitario ocupado en una investigación. Lo dejarían campar a sus anchas.

Y se daba por sentado que un estudiante no tenía dinero, de modo que eso tampoco supondría un problema. Los yemenoamericanos regresaban de Estados Unidos con maletas repletas de dinero, dispuestos a repartirlo generosamente. Mokhtar tenía que ser discreto, parecer joven y desempleado y pasar desapercibido. Tenía que ejecutar un plan extremadamente específico –

cuya primera parte consistía en transformar el café yemení– y que afectaba a su abuelo, a la provincia de Ibb y a Willem Boot.

Primero iría a Ibb, a tres horas al sur de la capital, donde vivía Hamood. Hamood le presentaría a sus conocidos del negocio agrícola de la región. Luego, más o menos una semana después, Mokhtar tenía que volver a Saná para asistir al taller del Instituto de Calidad del Café con Willem y Camilo. Después arrancaría la caravana del café.

Todo dependía de la caravana. Mokhtar la consideraba el medio ideal para familiarizarse con el café de Yemen. Estaría con Willem y Camilo, dos de los mayores expertos mundiales en calidad cafetera. Mokhtar los observaría, aprendería de ellos y, mientras, serviría de puente con los campesinos yemeníes, les hablaría en su misma lengua, compartirían una misma historia. La caravana del café lo pondría en contacto con todos los caficultores yemeníes y además viajaría rodeado por un séquito que los impresionaría y le otorgaría la clase de prestigio que lanzaría su carrera en el mundo del café yemení.

Entretanto, el Departamento de Estado estadounidense aconsejaba a los viajeros que evitaran Yemen. Pero Willem viajaba a instancias del gobierno de Estados Unidos, así que no podía ser tan grave.

Mokhtar conocía a los hutíes, un grupo rebelde del norte de Yemen. Se habían levantado contra el gobierno de Alí Abdalá Saleh seis años antes de la Primavera Árabe. Participaron en las manifestaciones antigubernamentales de 2011, pero después de que Saleh fuera destituido y Abdo Rabu Mansur Hadi alcanzara la presidencia, habían mantenido su postura crítica frente al gobierno y se les suponía aliados de Irán. Mientras, Saleh, expulsado por la Primavera Árabe, planeaba regresar al poder. Además estaba Al Qaeda de la Península Arábiga, que se había fortalecido durante el vacío de poder tras la Primavera Árabe, considerada la franquicia de Al Qaeda más peligrosa del

mundo. Para Mokhtar todo parecía parte del interminable batiburrillo político de Yemen y, por el momento, nada tenía que ver con sus objetivos inmediatos. Tenía que llegar a Ibb.

Un primo lejano, recién casado en la capital, pasó a recogerlo en uno de los coches de Hamood con su flamante esposa en el asiento del acompañante, y Mokhtar y los recién casados viajaron tres horas hasta casa de los abuelos, Hamood y Zafaran. En aquel momento Zafaran había vuelto a Estados Unidos, vivía en California, así que Mokhtar podría disfrutar a solas de Hamood, el John Wayne de Yemen.

Cuando los recién casados dejaron a Mokhtar, Hamood salió a recibirlo a la ornamentada puerta de la finca. Mokhtar lo encontró envejecido. Encorvaba un poco más la espalda y cargaba más el peso en uno de los bastones tallados a mano que tanto le gustaban. Mokhtar y Hamood recorrieron los terrenos de la finca, paseando junto a las guayabas y las higueras bajo el cielo azul.

—¿No le has contado a nadie lo que haces? —preguntó Hamood.

—A nadie.

—Bien.

Llegaron a la hilera de cafetos que abrigaban la tapia del complejo.

—¿Los recordabas? —dijo Hamood.

Mokhtar tocó las hojas lustrosas. Los recordaba. Cuando de adolescente había vivido con Hamood y Zafaran, había visto aquellas plantas a diario, pero nunca había caído en la cuenta de que eran café. Había utilizado las cerezas de proyectiles y, en alguna ocasión, había mascado las capas exteriores del fruto, pero ahora, por primera vez después de dieciocho meses de investigación, tocaba de verdad un cafeto sabiendo que lo era.

Las hojas le sorprendieron por su lustre y firmeza. Tenían los bordes sinuosos, las superficies se ondulaban. Eran hojas fuertes, de un intenso verde irlandés, y bajo cada ramillete se cobijaban las bayas de café. La variedad de

los frutos era desconcertante. En cualquier grupo de quince bayas se encontraban quince estadios distintos de maduración. Algunas eran verde brillante, otras verde amarillento, algunas tiraban a naranja y unas pocas a fucsia, y, por último, tres o cuatro eran rojas. Arrancó una cereza roja brillante del árbol, consciente de la resistencia del tallo: el café no entregaba su fruto de buena gana.

Constató con alarma la gran cantidad de mano de obra que requería el café, algo que Mokhtar ya había leído y había escuchado de Willem, Jodi, Stephen, Camilo y Tadesse. Acercarse a uno de los árboles, aislar un ramillete de frutos, examinar las quince bayas del ramillete y luego arrancar solo las tres o cuatro cerezas que estuvieran a punto ese día, cada una de las cuales se resistiría un poco, llevaba tiempo. Era como comprar fruta en el mercado, dedicabas tiempo a cada manzana o melón, buscabas golpes, examinabas el color. Un recolector haciendo lo propio con cada baya de cada arbusto suponía un trabajo considerable. Hacerlo bien exigía tener buen ojo y buena resistencia física.

Mokhtar se sentó al lado de Hamood, que había apoyado el bastón en el murete de piedra.

–Si piensas seguir adelante –dijo Hamood– tendrías que conocer a Hubayshi.

Hifdih Allah al Hubayshi era el principal comerciante local de café, una figura predominante del negocio desde hacía cincuenta años. Controlaba miles de millones de riyales –millones de dólares–, dijo Hamood, pero no se le notaba. Era un hombre justo y con un alto sentido ético en un negocio que se consideraba feroz.

–¿Le conoces? –preguntó Mokhtar.

–Nunca le he visto –dijo Hamood.

Hubayshi no parecía rico. Hamood había mandado a Mokhtar a que lo conociera, le había dado la dirección y poco más. Cuando Mokhtar llegó solo, encontró a un hombre harapiento, a cargo de un pequeño colmado del centro de Ibb. Tendría la edad de Hamood, pero aparentaba muchos más años. Mokhtar se presentó, confiando en que ser el nieto de Hamood impresionara a Hubayshi, que se asociarían de inmediato. Pero recibió escaso respeto y atención. Hubayshi era brusco y precavido.

–¿Eres estudiante? –preguntó.

–Sí, señor –respondió Mokhtar.

No pareció que Hubayshi le creyera. La conversación terminó enseguida y Mokhtar regresó a casa de Hamood con el ánimo agitado. El hombre más influyente en el negocio regional del café no quería saber nada de él. ¿Y qué significaba que el principal caficultor yemení pareciera un vagabundo?

De momento no importaba. Mokhtar tenía asuntos más apremiantes. Willem llegaría a Yemen dentro de unos días y Mokhtar tenía que estar preparado. El Instituto de Calidad del Café organizaba una conferencia con la colaboración de la USAID, con el objeto de que la reunión reforzara los lazos entre los productores yemeníes, los corredores de Bolsa y los comerciantes internacionales. Mokhtar participaría en un panel con Willem y Camilo y, a través del primero, conocería a los actores del café yemení y la distribución internacional, y después arrancarían la caravana del café. Willem sabía qué regiones quería visitar, pero Mokhtar resultaría esencial para poder acceder a determinadas áreas tribales. Mokhtar se imaginaba vívidamente el viaje, a los tres recorriendo valles y colinas, reuniéndose con campesinos y colectivos, recolectando, tostado y catando, sentando las bases para su futuro en el

negocio. Pero primero Mokhtar tenía que establecerse en la capital y su abuelo no tenía casa en Saná. Su madre le sugirió que hablara con el tío Mohamed.

Mohamed era de Ibb, había trabajado muchos años de electricista en Arabia Saudí y hacía poco que se había jubilado en Saná. De escasos medios, vivía con su mujer, Kenza, en un edificio propiedad de los hermanos de ella, Taha y Yasir, y dependían del dinero que enviaba su hijo Akram, conserje del Museo Judío Contemporáneo de San Francisco. Sus envíos pagaban las facturas de Mohamed y Kenza y las tres hijas y los tres hijos menores que todavía vivían con ellos. La casa estaba en el centro de Saná, de modo que a través de la madre de Mokhtar acordaron que este se instalara una temporada a pesar de que disponían de poco espacio y tendría que dormir en el suelo.

Cosa que hizo. Llegó a primeros de mayo y rápidamente decidieron que desenrollaría una manta por la noche, dormiría en un rincón del salón y, por la mañana, volvería a enrollar la manta, guardaría la ropa debajo de una silla y, en términos generales, intentaría volverse invisible. A cambio, buscaría la manera de contribuir a la economía familiar sin avergonzar a sus tíos. En lugar de darles dinero, Mokhtar compraba comida y productos básicos del hogar, limpiaba y ayudaba a las niñas con los deberes. Durante las comidas, Mokhtar y Mohamed hablaban de política. Todo el mundo hablaba de política en Yemen; nunca faltaban novedades, y Mohamed había presenciado la violencia política de primera mano.

En las décadas de 1970 y 1980, mientras crecía en Ibb, Mohamed había visto duros enfrentamientos entre el gobierno yemení y quienes querían convertir la región en un Estado socialista. Los socialistas, beneficiarios del significativo apoyo financiero y militar de la Unión Soviética, intentaron purgar la región de estructuras tribales e hicieron especial hincapié en eliminar a los jefes locales. Uno de sus objetivos era el jeque Mohamed Nashir al Khanshali, líder tribal de Al Dakh en la provincia de Ibb y, cómo no,

hermano del abuelo Hamood. En 1986, Al Khanshali iba conduciendo su coche cuando le alcanzó un misil lanzado desde un bazuca y murió. Mohamed lo vio. Sacó el cadáver carbonizado de Al Khanshali del interior del vehículo.

Cuando Mokhtar llegó en mayo de 2014, hacía mucho que los marxistas habían desaparecido, pero la guerra tribal en Yemen seguía en pleno desarrollo. Históricamente, Yemen, cuando no estaba siendo colonizado o invadido por potencias extranjeras, desde los otomanos a los británicos, se enfrascaba en luchas internas. No fue hasta 1990 cuando Yemen se convirtió en la primera democracia parlamentaria multipartidista de la península Arábiga. En 1993 se celebraron elecciones y en 1999 el mariscal de campo Alí Abdalá Saleh fue elegido presidente del país recién unificado. Su popularidad no duró mucho y la Primavera Árabe inundó el país con sus sueños de un Oriente Próximo más democrático y equitativo. Presionado desde dentro de Yemen y por la comunidad internacional, Saleh terminó dimitiendo. Lo sustituyó Abdo Rabu Mansur Hadi, pero para entonces el vacío de poder de un año resultado de la Primavera Árabe había envalentonado a los movimientos insurgentes. Por un lado los hutíes, un grupo rebelde que tomaba el nombre de su líder, Hussein al Huti, estaban descontentos con el gobierno de Saná –que, en su opinión, históricamente tenía olvidada su región– y habían ido lanzando incursiones y conquistando terreno en el norte. Por otro lado, en el sur, con la capital en Adén, corrían rumores de secesión.

Mientras, crecía la presencia y la amenaza de Al Qaeda en Yemen, conocida como Al Qaeda de la Península Arábiga (AQAP). Al Qaeda llevaba operando en el país veinticinco años, desde 1992, cuando bombardeó un hotel en Adén frecuentado por marines; mataron a dos personas. Siguió el ataque de 2000, frente a la costa de Adén, contra el *USS Cole*, que se cobró diecisiete vidas. En

2007 un coche bomba acabó con la vida de ocho turistas españoles y dos chóferes yemeníes en la provincia de Marib y, un año después, otros doce civiles fueron víctimas de otro coche bomba frente a la embajada estadounidense: Bengasi antes de Bengasi. En 2009, un terrorista suicida de Yemen murió en Yeda mientras intentaba asesinar al jefe del contraterrorismo saudí. (El aspirante a asesino había detonado una bomba que llevaba oculta en el ano, que lo mató pero únicamente hirió al ministro saudí.) En 2011, AQAP tomó Zinjibar, una ciudad del sur de Yemen. En 2012, coordinó un ataque suicida cerca del palacio presidencial de Saná, donde perecieron más de un centenar de soldados yemeníes.

Estados Unidos, con la cooperación yemení, llevaba años atacando a AQAP con drones, que para los yemeníes se habían convertido en algo cotidiano. En abril de 2014 se habían confirmado al menos cuatro ataques con drones, responsables de la muerte de entre treinta y siete y cincuenta y cinco personas, entre ellas, y según qué informe se leyera, de cuatro a diez civiles. El 19 de abril, pocas semanas antes de la llegada de Mokhtar, los drones de la CIA habían atacado un camión que transportaba supuestos combatientes y había matado a una decena de ellos, pero también a tres que pasaban por allí.

No obstante, en la primavera de 2014 existían razones para un optimismo cauto. El presidente Hadi acababa de supervisar la Conferencia para el Diálogo Nacional y, tras diez meses de discusiones, los delegados habían acordado las bases para una nueva constitución. Al poco, una comisión presidencial había aprobado un plan para transformar Yemen en una federación de seis regiones.

Faltaba por ver si así se aplacaría a los rebeldes hutíes del norte. De momento Mokhtar tenía que ocuparse de Willem, que llegaría dentro de unos

días de California. Valorar los riesgos era difícil y muy subjetivo. La capital no estaba considerada particularmente segura para los occidentales, pero la mayoría de las embajadas internacionales seguía operando en Saná y todavía había miles de turistas y trabajadores extranjeros por todo el país. Los vuelos comerciales despegaban y aterrizaban en la capital, lo cual indicaba al menos cierto grado de confianza en la estabilidad relativa de Yemen. Pero por otra parte, las advertencias del Departamento de Estado sobre los viajes a Yemen eran funestas. No estaba muy claro cómo ni por qué la conferencia de la USAID se mantenía según lo planeado.

Además estaba el aviso reciente a través de un vídeo del líder de AQAP Naser al Wuhayshi de que darían caza a los «cruzados» de países como Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Durante la semana previa a la conferencia habían intentado secuestrar en Saná a ciudadanos rusos y alemanes. El 5 de mayo, la víspera de la llegada de Willem, un contratista de seguridad francés, guardaespaldas de la delegación de la Unión Europea en Yemen, fue asesinado y otro resultó herido cuando varios pistoleros abrieron fuego contra su coche en el barrio diplomático de la capital. El mismo día, un agente de seguridad murió a manos de dos motoristas armados frente al instituto de lenguas del Ministerio de Defensa. En total, entre marzo y abril habían muerto asesinadas cincuenta y tres personas.

Willem Boot había visitado zonas de riesgo con anterioridad, y Camilo, colombiano, no era ajeno a los escenarios peligrosos y los gobiernos inestables. Pero en modo alguno podrían haberse preparado para lo que se encontraron en Saná. Antes de partir de Estados Unidos, Willem recibió un correo electrónico de Garda-World, la empresa encargada de la seguridad de la conferencia. En mayúsculas, el correo insistía en que el receptor lo abriera,

imprimiera los archivos adjuntos, firmara y devolviera todos los formularios. El correo incluía asimismo una guía de seguridad en Yemen de veintiséis páginas, con instrucciones extremadamente detalladas y alarmantes que abarcaban un amplio abanico de posibles situaciones: un ataque terrorista, encuentros con muchedumbres hostiles, potenciales cartas bombas y secuestros, que la guía denominaba asaltos extorsivos o secuestros a corto plazo. Un documento, titulado Preparación para el Aislamiento (ISOPREP), pedía una lista de dos páginas con las características personales, la letra y los nombres de los familiares de Willem para que las autoridades pudieran identificarlo en caso de secuestro. La guía aseguraba: «No hay por qué exagerar los problemas de seguridad, basta con ir un paso por delante de la oposición. Dedicar un poco de tiempo y esfuerzo a la seguridad personal de cada uno puede disuadir a los terroristas y desviar su interés hacia objetivos más accesibles y fáciles».

Cuando Willem aterrizó en Saná, lo recibió un agente de seguridad privada irlandés que le informó de que se ocuparía de su bienestar durante su estancia en Yemen. El guardaespaldas lo condujo a dos enormes todoterrenos blindados aparcados frente al aeropuerto, tras lo cual Willem no volvió a verlo.

En uno de los vehículos esperaban el conductor y otro guardaespaldas, armado con una metralleta. El segundo vehículo los siguió con otros tres guardias de seguridad armados hasta los dientes. El que viajaba con Willem le entregó un sobre, que contenía un teléfono móvil e instrucciones para encenderlo y llamar a un número concreto, a un tal Khaled. Willem intentó encender el móvil, pero no funcionaba.

Los coches atravesaron la ciudad a toda velocidad, sin detenerse en los controles. En el hotel, guardias armados protegían la verja de entrada y el vestíbulo. Willem supuso que estaba a salvo, de modo que subió las maletas a

la habitación, las deshizo y, a falta de una ocupación mejor, empezó a preparar café. Se había llevado consigo la Chemex y dos cafeteras de émbolo grandes.

Esa noche Mokhtar salió de casa de su tío, paró un taxi y dio al conductor la dirección del hotel. Para él fue sencillo, no llevaba guardaespaldas, ni móvil ni sobre, nada de agentes de seguridad irlandeses. Cuando Mokhtar y Willem se encontraron en el vestíbulo y este le relató su trayecto hasta el hotel, algo cambió sutilmente en su relación. Willem era su maestro, pero ahora estaban en Yemen. Necesitaba a Mokhtar tanto como este a él.

Decidieron hacer una prueba, solo una salida corta a cenar, para calibrar así los riesgos de seguridad para los escasos extranjeros de viaje en la ciudad. Mokhtar dispuso que el chófer de su abuelo, Samir, condujera el Lexus beige de la familia. Samir llegó al hotel a última hora de la tarde y Willem, Camilo y Mokhtar subieron al coche. A las pocas manzanas, los pararon en un control. Las ventanillas tintadas del vehículo ocultaban la presencia de Willem y Camilo en el asiento trasero, de modo que hablaron Samir y Mokhtar y consiguieron permiso para pasar. En el segundo control también funcionó.

El tercer control era distinto. Los soldados de este no llevaban el uniforme reglamentario. Vestían pañuelos y ropas diferentes y casi de inmediato enfocaron las linternas a las ventanillas y descubrieron a Willem y Camilo.

—¿Quiénes son esos? —preguntaron los soldados—. ¿Qué hacen aquí?

Les ordenaron abrir todas las ventanillas y puertas.

—Hemos salido a cenar —explicó Mokhtar.

Pero había perdido el control de la conversación. Estaba nervioso y Willem captó un cambio en el tono de su voz. Mokhtar sonaba vacilante, inseguro.

Los soldados, que mascaban qat y parecían inquietos, inspeccionaron los pasaportes de Camilo y Willem y registraron el vehículo. Willem pensó en

secuestros, en que se los llevarían y los venderían. Mokhtar estaba pensando en lo mismo: no en que le secuestrarían, sino en que sus dos amigos y mentores, de los que se sentía absolutamente responsable mientras estuvieran en su país, estaban a punto de convertirse en moneda de cambio o algo peor. Semanas atrás, en Mill Valley, habían salido juntos a cenar, Mokhtar, Willem y Catherine, y su hijo Vincent. Catherine había expresado sus temores respecto al viaje y Mokhtar había adivinado en su mirada que estaba muy preocupada. Le cogió las manos por encima de la mesa y le dijo: «Ahora Willem forma parte de la tribu Al Khanshali y lo protegeremos con nuestras vidas». Ella se lo agradeció, algo más tranquila, y le pidió: «Tú asegúrate de que no se traiga a casa una segunda esposa».

Mokhtar les rogó a los soldados:

–Por favor. Solo quiero enseñarles comida yemení auténtica.

Con todo, cada vez que uno de los soldados miraba a Willem o Camilo, Mokhtar daba por supuesto que estaba calculando el precio de reventa de los dos extranjeros.

–De verdad que solo hemos salido a cenar –insistió Mokhtar, e incluso dio el nombre del restaurante, apuntando que la comida era mucho mejor que la del hotel–. Veníos con nosotros. Venid al restaurante. Os invito a cenar.

Al final los soldados cedieron. Dejaron pasar al grupo de Mokhtar y, ya en el restaurante, delante de una cena bastante intranquila, Mokhtar más o menos esperaba ver aparecer al menos a uno de los soldados. Pero no se presentó ninguno.

En Yemen era común secuestrar extranjeros, tanto en los buenos tiempos como en los malos. En la mayoría de los casos los secuestros los motivaban las ansias de dinero o de intercambiar prisioneros de una tribu, o el deseo de que

el gobierno atendiera a sus demandas y necesidades. Secuestraban a visitantes de Europa y Asia y los retenían con la esperanza de llamar la atención sobre los fallos del tendido eléctrico de su región, por ejemplo. Casi sin excepción, trataban bien a los rehenes y los liberaban ilesos. Un año antes, una pareja holandesa, secuestrada delante de casa en uno de los barrios más seguros de Saná, estuvo retenida seis meses y salió indemne. La pareja alabó el trato recibido y se cuidó mucho de recordar cuánto seguía gustándoles Yemen. Era el coste extraño pero aceptado de viajar por el país: la posibilidad inminente de que lo secuestraran a uno para solventar algún problema de las infraestructuras regionales.

Pero la era de Al Qaeda había supuesto un cambio radical. En 2009 se encontraron los cadáveres mutilados de dos enfermeras alemanas y una maestra surcoreana, y este y otros incidentes subrayaron la marcada diferencia entre el estilo yemení y el de Al Qaeda. Mokhtar lo tenía presente. No podía poner a Willem en peligro ni permitir que se arriesgara. Del restaurante regresaron al hotel alterados, pero todavía comprometidos con la caravana del café.

La noche siguiente Willem, Mokhtar y Camilo fueron a cenar a casa de la presidenta estadounidense de la ONG, financiada por la USAID, que supervisaba todo el proyecto agrícola de Yemen. Vivía cerca del hotel de la conferencia, pero insistió en que se desplazaran en un convoy de tres vehículos con seguridad armada. Los todoterrenos cruzaron las verjas del hotel y entraron en el edificio de la anfitriona por otra verja, pasando ante otra pareja de guardias armados. Habían recorrido una manzana.

Antes de cenar, la anfitriona sirvió whisky a Willem y Camilo y té a Mokhtar, y conversaron sobre el futuro del café en Yemen y del país en sí. No

era optimista. Había estado en Afganistán y la situación de Yemen era mucho peor. No eran solo los hutíes, dijo. Para los estadounidenses los hutíes eran más de lo mismo y, pese a sus eslóganes de «Muerte a América», su comportamiento hasta la fecha, para un ejército rebelde que iba sitiando lentamente la ciudad, había sido más o menos civilizado. Para cualquier estadounidense u occidental, en realidad, el problema era Al Qaeda.

Les dijo que no volvieran a salir del hotel y que viajar fuera de la ciudad era impensable. De todas maneras no obtendrían el permiso de salida, y ella no podía ayudarlos a conseguirlo.

La caravana del café acababa de morir. Willem y Camilo estaban en Yemen en calidad de invitados de la USAID y Estados Unidos no podía seguir responsabilizándose de su seguridad. Tenían que marcharse.

Al día siguiente, Willem y Camilo cogieron un vuelo en Saná rumbo a Etiopía.

Mokhtar yacía en el suelo de la casa de sus tíos con la vista clavada en la pared. Willem se había marchado y él no tardaría en comprar el vuelo de vuelta. Todo había terminado antes de comenzar. Regresaría a California. De todos modos, tenía que presentarse de nuevo al examen de Q Grader. Tal vez terminara la universidad. Y siempre le quedaba la facultad de derecho. Pero para todo ello necesitaba dinero. Pensó en el Infinity. Podía dormir bajo el techo de sus padres en Treasure Island y volver a trabajar como portero. Ahorrar dinero durante tres o cuatro años. Se licenciaría con cuántos, ¿treinta años? Cayó la noche. Cuando a las cuatro de la madrugada llamaron a la oración, aún no se había dormido.

UN SUEÑO CON DISTINTO DISFRAZ

Por la mañana, sus primos pequeños se despertaron, desayunaron y se fueron al colegio, y Mokhtar no tenía adónde ir. No tenía ninguna reunión, ningún plan. El taller sobre café se había cancelado y estaba solo. No sabía nada, así que nada podía hacer. No sabía gran cosa de variedades y cultivos, de tipos de tierra o irrigación. No tenía dinero y sus héroes se habían marchado.

Aquel día vagó por Saná, sintiéndose pisoteado pero al mismo tiempo liberado del peso de los sueños. Había tenido un sueño, y los sueños pesaban, requerían podas y cuidados constantes. Ahora el sueño se había esfumado y Mokhtar recorría las calles como un hombre que no tuviera nada que perder. Podía hacer cualquier cosa. Podía no hacer nada. Hasta podía quedarse allí, en Yemen. Pasó frente a la Universidad de Saná y entró por ninguna razón en particular, vagó por los corredores viejos y oscuros hasta que vio el anuncio de un festival agrícola para el día siguiente. Estarían representados todos los cultivos de Yemen: plátanos, mangos, higos, miel, café.

No esperaba demasiado, pero decidió asistir. No tenía nada más que hacer. Volvió a casa de Mohamed y Kenza y pasó otra noche en vela. De madrugada, no obstante, pensó en un árbol frutal que había conocido de niño. Crecía en pleno Tenderloin. En el barrio había pocos árboles, puede que ninguno, excepto aquel frutal. Estaba en la calle Ellis, a una manzana de la iglesia Glide Memorial, donde los sintecho y los más vulnerables de la ciudad hacían cola para recibir alimento y cobijo. Era un limonero. Mokhtar lo había descubierto

de pequeño, un limonero de verdad en mitad del Tenderloin. Al principio pensó que era falso: la fruta estaba demasiado prístina, demasiado amarilla, con la piel demasiado tersa. Pero entonces arrancó un limón del árbol y lo olió; era de verdad. Se lo llevó a casa y lo cortó; estaba succulento, vivo.

Se quedó dormido en el suelo de Mohamed y Kenza pensando en el limón y el árbol sin tener la más remota idea del porqué.

Cuando al día siguiente llegó al festival, casi se echa a reír. En comparación, la reunión de la USAID había sido una nadería. El Festival Agrícola de la Universidad de Saná se celebraba al aire libre, era enorme y, lo más importante, de ámbito nacional, acogía a cualquiera que cultivara cualquier cosa en Yemen. Había quien plantaba almendras, miel y guayaba, productores de trigo, suministradores de equipamiento agrícola y pesticidas. También toda la gente del café. Mokhtar se hinchó de orgullo recordando lo fértil que era su país.

Disfrazado de Rupert, pasó mesa por mesa sin saber muy bien cómo presentarse. ¿Iba con la USAID? En realidad, no. ¿Con el Instituto de Calidad del Café? No. ¿Era un estudiante, tal como le había recomendado su abuelo? «No les digas que quieres comprar», le había aconsejado Hamood. Willem le había dicho lo mismo. «No prometas nada.»

Una cooperativa cafetera le enseñó sus granos, partidos y de una calidad extremadamente irregular. No pudo abstenerse de comentarlo. Y luego no pudo evitar enseñarles fotos, en el teléfono, de cuál era el aspecto que debían tener las cerezas, todas de un rojo rubí, ni una sola verde. Les mostró una fotografía de una cama de secado etíope repleta de bayas rojas. Los de la cooperativa no habían visto nada igual.

Mokhtar salió del festival con un bolsillo lleno de tarjetas de visita y

números de teléfono. De Loof Nasab, botánico y trabajador de una ONG veterana. Y de Yusuf Hamady, presidente de la Cooperativa Al Amal, en Al Haymah. Esa noche, acostado en el suelo de Mohamed y Kenza, atento a los sonidos nocturnos de Saná, pensó que podía organizar su propia caravana. Sin Willem, tendría que explicarse solo. No podría seguirlo, no podría aprender mientras observaba en silencio. Tendría que hacerse pasar por alguna eminencia, por alguien digno de ocupar el tiempo de los campesinos.

Al día siguiente telefoneó a todos los números que había reunido, dejó mensajes e intentó concertar citas. Habló con Yusuf Hamady. Mokhtar le pidió que le enseñara la plantación al día siguiente. Yusuf aceptó, de modo que Mokhtar telefoneó a Loof Nasab. ¿Le apetecería acompañarlo a una visita a Al Haymah? Loof aceptó. Loof, pensó Mokhtar, podría ser una especie de Willem yemení, un mentor, un experto. Conocía las regiones y sabía de café. Por lo demás, Mokhtar sabía muy poco de él e intentó no preocuparse por si seguiría siendo de ayuda o se convertiría en un obstáculo. Tenía muy presentes las palabras del abuelo: «No te fies de nadie. No te asocies con nadie. Sé discreto».

Mokhtar se despertó al alba. Yusuf y él habían quedado con Loof a las seis, en la rotonda del edificio Panasonic de Saná. Mokhtar se levantó, se lavó, recogió su manta en un rincón del salón de Mohamed y Kenza y emprendió el meticuloso proceso de adoptar un aspecto concreto. La imagen importaba, los accesorios eran cruciales. Tenía que compensar su juventud con las guarniciones de un hombre de prestigio.

Primero, el reloj. Cualquier hombre de buena posición en Yemen tenía un reloj impresionante. El de Mokhtar era de fabricación suiza, de plata y macizo.

No lo bastante caro para despertar envidia ni ganas de robarlo, pero era el reloj de un ejecutivo, de un viajero del mundo.

A continuación, las gafas. Acababa de descubrir que era miope. Un día, hacía unos años, se había probado las gafas de un amigo en broma y el mundo se había vuelto de alta definición. Estaba en Treasure Island, bajándose del autobús por la noche, y al ponerse las gafas vio el perfil nítido de la ciudad, las estrellas, las ondas de cada ola de la bahía. Se había comprado una montura hexagonal, metálica, fabricada en 1941. Se enganchaban por detrás de la oreja y le daban aire de erudito familiarizado con la aventura.

Después, el cuaderno. En Oakland, había ido con Justin a una tienda que vendía productos de cuero hechos a mano; Mokhtar quería un cuaderno resistente pero con aspecto antiguo que pudiera sacar en los momentos clave para anotar los detalles cruciales de las visitas a las plantaciones. Eligieron un cuaderno recargado que se cerraba con una cinta de cuero. Daba igual que al final no usara demasiado el cuaderno ni el bolígrafo. Era mucho más fácil apuntar las anotaciones en el móvil, donde podría recopilarlas y mandarlas por correo electrónico.

No obstante, el elemento más determinante del uniforme era el anillo. El anillo hundía sus raíces en la historia yemení, el café, la Primavera Árabe que había conducido a la caída del presidente Saleh. Mokhtar lo había comprado unos años atrás y Tawakkol Karman, por entonces la ganadora más joven del Premio Nobel y primera mujer árabe, yemení, en conseguirlo, había desempeñado un papel decisivo para que acabara en el dedo de Mokhtar. En 2011 Karman, que había obtenido el Nobel por su labor organizativa durante la Primavera Árabe yemení, viajó a San Francisco para dar una conferencia en la Boalt School of Law de la Universidad de Berkeley. Mokhtar era su traductor y, en la recepción posterior, conoció a uno de los organizadores,

Mohamed Alemeri. Alemeri lucía un anillo con intrincadas filigranas de plata alrededor de una cornalina.

«Sé de dónde viene el anillo», comentó Mokhtar. En Saná había una barriada, Jawhash, donde los plateros, que históricamente solían ser judíos, llevaban siglos elaborando aquellos anillos. Cuando se lo contó a Alemeri, este se quedó de piedra. Y siguiendo la costumbre árabe –fíjate en algo, alábalo y te lo ofrecerán– insistió en que Mokhtar aceptara el anillo. «No puedo», dijo Mokhtar. Se enfrascaron en un tira y afloja hasta que intervino Tawakkol Karman. Dijo: «Acepta el anillo». De modo que Mokhtar lo aceptó, y supo que en Yemen le sería de utilidad; podía señalar la cornalina color rubí para mostrar la coloración idónea de las cerezas del café.

También cogió una navaja. No una jambiya, la daga tradicional que se llevaba en el cinturón, por encima de la barriga, sino un cuchillo estadounidense de treinta centímetros que llevaba en una vaina lateral de cuero que le había prestado Hamood. Tenía un aspecto mezcla de Indiana Jones y estudiante de agricultura. Estaba listo.

Salió del piso de Kenza y Mohamed a las seis de la mañana y se dirigió a la rotonda donde había quedado con Yusuf, justo a la salida de Saná, bajo el edificio Panasonic. Al llegar vio a Loof y miró alrededor, y de inmediato localizó a Yusuf, director de la Cooperativa Al Amal. Lo saludó, después vio a Ali Mohamed, jefe de marketing y ventas de otra cooperativa. «No –pensó Mokhtar–. No, no, no.»

¿Había concertado Mokhtar dos citas simultáneas? En efecto, pero se resistía a admitirlo aún. Habló con Yusuf. Este le dijo que habían quedado ese día, a esa hora, en ese lugar. Pero ¿qué hacía allí Ali Mohamed? Con las prisas del día anterior debía de haberse citado también con él. Mokhtar se

acercó, con el ánimo por los suelos. Ali Mohamed insistió en que habían acordado ese día, esa hora, esa rotonda.

Mokhtar regresó junto a Yusuf y le planteó la posibilidad de visitar las dos fincas el mismo día. ¿Tal vez podían ir primero a la cooperativa de Yusuf y luego a la plantación de Ali Mohamed?

—Están a horas de viaje de distancia —le dijo Yusuf—. Y para hacerlo bien, tendrías que pasar el día con nosotros.

Mokhtar se maldijo. ¿Qué clase de idiota programa a la vez sus dos primeras visitas a cafetales yemeníes? Había sembrado la duda en las dos primeras cooperativas con las que pretendía trabajar. Tenía que elegir.

Eligió a Yusuf. Lo había conocido en la Universidad de Saná y parecía el más serio.

Mokhtar volvió con Ali Mohamed y se disculpó, tendrían que quedar en otro momento. Cuando quieras, le dijo. Te compensaré. Ha sido un error, cosas que pasan.

Ali Mohamed se marchó, y Mokhtar pensó que el cooperativista se había levantado antes del amanecer para estar allí a las seis de la mañana y ahora tenía dos horas de coche por delante, y todo para nada.

—¡Perdón! —volvió a gritarle cuando el vehículo aceleró.

Mokhtar y Loof regresaron con Yusuf y se subieron a la camioneta. Dentro conocieron a Mohamed Basel, la mano derecha de Yusuf. Yusuf, alto, delgado y con gafas de montura metálica, era el presidente de la Cooperativa Al Amal, y Mohamed, más bajo, burlón y con el carrillo lleno de qat, se encargaba de ventas y marketing.

Charlaron relajadamente de Saná y las carreteras y su encuentro en la universidad. Yusuf se había criado en el pueblo al que iban y había estudiado

en la Universidad de Saná y luego en la academia de aviación yemení. Había pilotado jets para el ejército del aire yemení, pero ahora había vuelto para dirigir la cooperativa. Era un hombre sincero y de aspecto sensible, no parecía tanto un expiloto militar como un profesor adjunto de poesía clásica.

Salieron de la capital y la ciudad dejó paso a las poblaciones de casas bajas del extrarradio de Saná, y la autopista fue ensanchándose, con alguna que otra gasolinera y tienda a los lados. Al poco, la carretera se redujo de cuatro a dos carriles y comenzó a serpentear en bandas estrechas, la camioneta se aferraba al asfalto al subir y bajar los angostos pasos de montaña. La caída era de treinta metros, después de trescientos. La arquitectura se quitó siglos de encima y la evidencia de un control o gobierno central fue desapareciendo sin pausa.

La mayoría de los hombres con los que se cruzaron, viejos, jóvenes y adolescentes, llevaban rifles automáticos. Estaban en territorio tribal, y cuando Mokhtar comenzaba a acostumbrarse –ni en Saná ni en Ibb había visto nunca a tantos hombres tan armados–, bordearon una colina cerrada y se encontraron rodeados. Doce hombres armados cortaban la carretera.

Hamid detuvo la camioneta. Los hombres estaban nerviosos, apuntaban los AK-47 hacia las ventanillas. «¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí?», gritaron. En la ladera estaba apostada otra veintena de hombres con lanzacohetes antitanque y rifles de asalto G3 de fabricación alemana.

–¿Qué ocurre? –preguntó Mokhtar.

–No te preocupes. Disputas tribales –dijo Loof.

Los hombres exigieron la documentación a todos los pasajeros de la camioneta.

Mokhtar entregó el carnet por la ventanilla.

La tribu de Mokhtar había estado envuelta en una disputa tribal unos diez años atrás. En aquella época él estaba en Estados Unidos, pero la noticia

corrió por todo Yemen y la diáspora yemení. Por lo visto un joven de su tribu, los Al Khanshali, había ido a Saná al volante de un flamante Land Cruiser muy cotizado. Lo había aparcado una noche y a la mañana siguiente había volado, se lo habían robado. Por el vecindario corrió la voz de quién había sido responsable del robo y su propia tribu, los Al Akwa, dejó claro que no toleraría semejante comportamiento. Quienquiera que fuera el ladrón no sabía a quién le había robado el coche ni el poder de la tribu. Los líderes de las dos tribus se reunieron e hicieron las paces. Como muestra de contrición y respeto, los Al Akwa encabezaron una procesión que incluyó no solo el vehículo robado, sino, como compensación, otro coche y un cargamento de vacas. Sus líderes recitaron un poema de disculpa y respeto, y el líder de los Al Khanshali otro de aceptación del regalo.

Loof explicó que estaban ante una situación similar: una disputa tribal que se zanjaría pacíficamente a pesar de la apariencia de un estallido de violencia inminente. Loof no estaba preocupado, tampoco Yusuf ni Hamid. Pero un control armado aislado de camino a Al Haymah suponía una novedad, una manifestación del vacío de poder, que podía beneficiar a Saleh. La sensación en la familia de Mokhtar era que Saleh intentaba desestabilizar el país para justificar que Yemen lo necesitaba.

Mientras los miembros de la tribu examinaban los documentos de identidad, Yusuf le explicó a Mokhtar que estaban buscando a miembros de la tribu rival. Se había cometido un asesinato y clamaban venganza. Si cualquiera de sus apellidos correspondía a la tribu enemiga, las consecuencias serían graves.

–No te preocupes. Nosotros no tenemos nada que ver –dijo Yusuf.

Unos minutos después les devolvieron los carnets y Hamid arrancó de nuevo, y en la camioneta todos se comportaron como si no hubiera pasado nada.

Entraron en Al Haymah y, en una gasolinera llamada Abu Askr, giraron a la derecha –Mokhtar ni siquiera había visto que partiera un camino– y descendieron hacia un valle. Era una pista de tierra tosca, plagada de baches y cubierta de escombros. Mokhtar se golpeó la cabeza con el techo de la camioneta y se rio, pensando que no se repetiría, pero se repitió. Una docena de veces. Tuvo que apoyar una mano en el techo y otra en el marco de la puerta para no golpearse la cabeza con la ventanilla. El conductor no parecía ceñirse a ninguna estrategia. A veces aceleraba como si simplemente quisiera abrirse camino, acabar de una vez, pero luego aminoraba, se paseaba como un camello por baches y hoyos.

Mokhtar estaba mareado y el calor apretaba, tenía ganas de parar, necesitaba detenerse, aunque solo llevaban dos horas en la camioneta. Pero debía mantener la fachada de rutina. Era un tipo indefinido de representante del Instituto de Calidad del Café o de la USAID, o de ambos, y se suponía que había recorrido miles de kilómetros por carreteras parecidas. A la vuelta de cada curva el paisaje era espectacular, con unas montañas dentadas gris pizarra listadas por unos jardines aterrazados imposibles. La arquitectura era sencilla, adobe blanco y marrón, edificios de construcción recia y bien conservados, pero a menudo colgados de picos o riscos en apariencia inalcanzables. Por debajo de los pueblos, las laderas lucían un verdor que Mokhtar atribuyó al café.

–Casi todo es qat –le aclaró Yusuf.

Diez años antes, le explicó, el ochenta y cinco por ciento de lo que veían habría sido café. Veinte años antes, todo habría sido café. Pero el qat iba ganando terreno año tras año.

Atravesaron varias aldeas y, en cada una, tuvieron que reducir la velocidad a ritmo de paseo y los lugareños salieron a averiguar lo que ocurría, quiénes eran aquellos hombres.

Como Mokhtar y Loof llevaban indumentaria formal y se daban aires urbanitas, los aldeanos que se acercaban a la camioneta deducían que pertenecían a Naciones Unidas, la USAID o alguna otra entidad internacional.

Atravesaron una media docena de aldeas antes de llegar a Bait Alam, donde Hamid paró la camioneta. Era media mañana y ya pasaban de los treinta grados.

Mokhtar se apeó, guiñó los ojos al sol y descubrió que una docena de aldeanos rodeaba la camioneta. De pronto se arrancaron a cantar.

–La paz sea contigo, honorable invitado –cantaban–. ¡Bienvenido a la tierra de Bait Alam, donde los ríos crecen y las frutas maduran por ti! ¡La tribu de los Al Hamdan da la bienvenida a todos cuantos crucen sus tierras en paz!

Era un *zamil*, un canto tradicional de bienvenida típico de los pueblos yemeníes: cada uno era distinto y a menudo se adaptaba a invitados y ocasiones concretas. Mokhtar sonrió y les agradeció el recibimiento y los hombres de la aldea, en cuanto terminaron, formaron una fila. El más anciano los contó, uno a uno.

–¿Qué pasa? –preguntó Mokhtar a Hamid.

–Están sorteando quién será tu anfitrión –explicó Hamid.

–Ven –dijo Yusuf, y lo cogió de la mano.

Mokhtar siguió a Yusuf por un marcado repecho hacia las colinas. Unos cuantos escalones de piedra conducían a las terrazas de los cafetos y, por primera vez, Mokhtar pisó un cafetal de verdad. Tocó las hojas. Las olió. Intentó parecer profesional y quizá hasta preocupado por algún defecto que hubiera detectado. «Aquí empezó todo», pensó. La euforia duró un minuto más o menos.

–Eso no es café –dijo Yusuf.

Mokhtar había examinado atentamente un olivo.

–Ya lo sé –repuso, tratando de recuperarse–. Pero la vegetación que rodea

al cafeto afecta a la salud de la planta.

Improvisó, y solo más tarde descubriría que era cierto. Yusuf asintió con respeto y siguieron caminando.

–Los cafetos son esos –dijo Yusuf.

Entonces Mokhtar tocó las hojas y vio una constelación de cerezas rojas y verdes debajo del ramillete. La ladera estaba cubierta por una ondulante red verde brillante de plantas de *Coffea arabica*, que crecían frondosas en lo que parecía una tierra árida. Olía a jazmín, el tenue susurro de la brisa se colaba entre el tupido follaje.

–Bueno, ¿qué te parece? –preguntó Yusuf.

–¿Bien? –dijo Mokhtar.

No sabía qué esperaba Yusuf. Siguieron caminando y enseguida se les sumó una multitud creciente de campesinos y recolectores que les iban preguntando:

–Los gusanos se comen las hojas. ¿Qué deberíamos hacer?

–¿Qué opináis de los pesticidas?

–¿Qué os parece la tierra?

–¿Qué es esta cosa blanca alrededor del tronco de esta planta?

Mokhtar no tenía ni idea. No era agrónomo. Era la primera plantación de café en la que había estado. Aunque no tenía intención de admitirlo. Pero Loof era agrónomo e intervino.

–Es sodio –respondió a propósito de los anillos blancos–. La planta está recibiendo demasiada sal.

Empezó a responder a las preguntas, tocando las hojas, agachándose, inspeccionando la tierra. Tenía respuestas para todas las consultas y Mokhtar activó el cerebro memorístico del Tenderloin, procesó todo lo que decía Loof, listo para regurgitarlo después. Loof abordó las virtudes de la poda, explicando que cada árbol era como una familia, cada rama era un hijo y una planta solo podía mantener un número limitado de ramas sanas, había que

podar las ramas inviábiles. Señaló las diferentes varietales, nombres que la mayoría de los campesinos y recolectores no conocían.

–Esto es Tufahi –dijo–. Esto es Dawiri. Esto es Udaini.

Los agricultores se habían limitado a cultivar café, el café que se había generalizado durante la segunda ola. Yusuf era consciente de que en el ancho mundo había algo, algo que estaba cambiando, una nueva atención a las regiones y varietales, pero su cooperativa no tenía suficiente información ni forma de conseguirla. No sabían qué varietal era cuál, dónde crecía mejor, cómo recolectar y tratar las cerezas de las diversas variedades y, sobre todo, quién pagaría por ellas.

Mokhtar fue cauteloso. Intuía que en algún momento podría ayudar con la cadena de distribución y confiaba en poder conectar a los agricultores con los compradores de gama alta de Estados Unidos, Europa y Japón, pero de momento no podía decirlo. Su abuelo le había grabado en la mente: «No hagas promesas a menos que puedas cumplirlas. Y no las hagas hasta que tengas los fondos para cumplirlas».

Por el momento, pues, Mokhtar se limitó a caminar junto a Yusuf y Loof y escuchar. Escuchó a Loof hablar de la mejor manera y época de recolectar las cerezas. Mokhtar se fijó en su forma de hablar, en sus peculiaridades, y las memorizó para emplearlas en el futuro. E intentó no rezagarse mientras Yusuf y los campesinos y recolectores mayores, incluso los ancianos, subían y bajaban por las terrazas como conejos. A él tenían que auparlo en los barrancos y sostenerlo al pisar los escalones resbaladizos. Le faltaba el aire y tenía que parar a recuperar el resuello. Su torpeza divertía a los lugareños.

–¿Quién es ese? –preguntó Mokhtar.

Se había fijado en un hombre sentado a solas bajo un cafeto extraordinariamente alto y sano.

–Malik –dijo Yusuf–. Nuestro mejor agricultor.

Estaba sentado con las piernas cruzadas a la sombra, con aire de felicidad absoluta.

–Lo hace mucho –dijo Yusuf–. Siempre anda por aquí. Cuando no está recolectando, se sienta entre los árboles.

Malik llevaba un sombrero gris en forma de casquete llamado kufi, de intrincados bordados. A Mokhtar le intrigó su aura y su atuendo y le sacó algunas fotos, al tiempo que se fijaba en que había reunido la cosecha del día en una toalla a sus pies. Tendría unas quinientas cerezas, todas rojas como el rubí.

–Por eso es el mejor –dijo Yusuf.

Por lo visto Malik se encargaba personalmente del grueso de la recolección, con la ayuda de su mujer y algunos familiares. Para ellos no era un trabajo ni una afición ni nada que pudieran delegar en descuidados jornaleros por horas. Era una vocación, algo con lo que disfrutaban y les proporcionaba un orgullo de tipo espiritual.

En la cooperativa, Malik poseía unos cuatrocientos cafetos, más o menos los mismos que cualquier otro campesino. Todos ellos recolectaban su propio café, que luego mezclaban en una masa de cerezas, rojas y verdes, maduras y pasadas. A continuación se vendía a un agente, que normalmente explotaba la desventaja financiera de los campesinos. No se separaban por solares ni variedades. Formaban un único lote que se vendía al precio que ofrecieran los agentes.

Mokhtar se acercó a Malik, sentado bajo el árbol. El hombre no se levantó ni mostró ninguna deferencia en particular. De hecho, no pareció sorprenderle ni ilusionarle lo más mínimo conocer a aquel hombre de Saná y América. Pero cuando Mokhtar le pidió llevarse una muestra de sus cerezas a Saná, aceptó educadamente.

–Después te daremos una buena bolsa –dijo Yusuf.

–Quiero estas –dijo Mokhtar–. Quiero las cerezas de este hombre, separadas de las demás.

Para almorzar, Yusuf los invitó a su casa. No se sabía cómo había ganado el sorteo organizado a la llegada de Mokhtar. La casa de Yusuf era una tradicional vivienda rural yemení: la planta baja era abierta y oscura, estaba pensada para el ganado. La primera planta, como las superiores, estaba dedicada a una rama de la familia. Cada una de las siete plantas se denominaba casa y se destinaba a una familia distinta, o a varias, todas emparentadas. En el hogar de Yusuf convivían cuatro generaciones.

Mokhtar y Loof fueron agasajados con un banquete, pese a la relativa pobreza de la aldea. El pollo era magro y de sabor fuerte. El arroz, abundante, y también hubo pan y *sahawqah*, un plato similar a una salsa que se preparaba con los pimientos picantes que daban fama a la región.

Con la comida, servida con gran ceremonia, les sirvieron café, que según puntualizó Yusuf procedía de los cafetos entre los que acababan de caminar. Pero no era café, no la clase de café que se consumía en el resto del mundo. Aquella bebida se preparaba con la cáscara seca de la cereza del café. Era lo que Mokhtar y la mayoría de los que no eran yemeníes llamaban *qishr*, una especie de té dulce de color caramelo, pero con un dulzor central, regusto de la cereza. Estaba delicioso, pero no era café. Mokhtar no sabía cómo decírselo a Yusuf, y era consciente de que no auguraba nada bueno: si el presidente de la cooperativa no distinguía el café del té, entonces se toparía con más problemas de los que había anticipado.

Después de almorzar se sentaron a mascar qat, y se les sumaron docenas de hombre, la mayoría campesinos, muchos de otras aldeas, interesados por la presencia del yemenoamericano y su amigo de Saná. A todos les intrigaba

Mokhtar, a todos menos a uno. Mokhtar había ido viéndolo a lo largo del día. Era un tipo corpulento ataviado con un abrigo viejo de soldado y lo que parecía un gorro ruso, con las orejeras peludas levantadas. Llevaba al hombro un AK-47 y dos granadas sujetas al pecho. Mokhtar captó su mirada de escepticismo y le preguntó a Yusuf por él.

—Es el General —dijo Yusuf—. No le hagas caso. Cuesta contentarlo.

Había sido general del ejército yemení y, al retirarse, había comprado algo de tierra en el valle de Al Haymah, donde plantaba tanto qat como café; era uno de los principales propietarios de la región. El General no le había quitado ojo a Mokhtar en toda la comida.

Loof no quiso mascar qat. Nunca lo hacía. Mokhtar creyó mejor consumirlo, aunque no tan a menudo como sus anfitriones, pero Loof no cedió. Y además, se trataba de otra manera de disfrutar del qat. En la ciudad el qat se limpiaba, preparaba y presentaba cuidadosamente. Allí se tiraba al suelo como si fueran astillas. Pero Mokhtar cogió unas hojas y se llenó el carrillo, y todos charlaron animadamente bajo los efectos del qat. Una oleada de suave euforia recorrió la sala y Mokhtar aprovechó la situación para hablarles del pasado y el futuro.

Les habló del nacimiento del café, de que primero se había cultivado allí, en Yemen, de que formaba parte esencial de la historia del país, era suyo por derecho natural. La mayoría de los hombres pareció sorprenderse. ¿Ya lo sabían? Mokhtar no estaba seguro. Siguió hablando, explicó que los holandeses habían robado los plántones, los habían plantado en Java y se los habían regalado a los franceses, y estos los habían plantado en Martinica y después los portugueses se los habían robado y los habían plantado en Brasil, y ahora el mercado del café se cuantificaba en setenta mil millones de dólares, todo el mundo parecía sacar tajada del grano... todos menos los yemeníes, que habían iniciado el negocio.

Tal vez fuera el qat, pero captó su atención. Incluso el General atendía,

aunque con aire receloso. La mayoría de sus granos iban a Arabia Saudí, explicó Mokhtar. Los agricultores los vendían prácticamente por nada, algo que tenía que cambiar. Pero primero debían mejorar sus prácticas. Deberían recoger solamente las cerezas que estuvieran rojas, y entonces les mostró el anillo, con la cornalina engastada. Y después se tienen que secar las cerezas en lechos elevados para que el aire circule y las seque de manera homogénea. Luego hay que almacenarlas adecuadamente, en estancias secas y frescas para que no fermenten ni creen moho. Ahora, les explicó, las recolectáis demasiado pronto, y mezcláis las bayas verdes con las amarillas y las rojas y no las secáis correctamente, se almacenan de cualquier modo y se seleccionan sin miramientos, eso, cuando se seleccionan. Los tuestes saudíes eran desastrosos, dijo, y de ese modo se maltrataba la planta durante todo el proceso, se estropeaba el grano.

Continuó, les habló del Monje de Moka, de que necesitaban reivindicar su legado, y de cómo, si mejoraban el proceso, si cosechaban mejor, secaban mejor, almacenaban y transportaban mejor, los precios podrían subir, sus sueldos podrían incrementarse.

—¿Nos ayudarás? —preguntó un hombre, y Mokhtar percibió un vislumbre de expectación en la mirada del General.

«¿Yo? —pensó Mokhtar—. Todavía no.» Respondió con evasivas. Aunque le gustaría, no podía confesarles que abordaba la cuestión no como un simple asesor, no como un representante indeterminado del CQI o la USAID, sino como un potencial comprador, un potencial exportador.

Después del qat, les pidieron a Loof y a él que firmaran en el libro de registros de la aldea. Todos los visitantes firmaban desde hacía siglos: era un libro enorme de páginas amarillentas. Mokhtar firmó con su nombre y debajo escribió: «Con sudor, sangre y trabajo, vuestro café será el mejor del mundo». Le pareció adecuado.

En el trayecto de vuelta, Yusuf estaba emocionado.

–Entonces ¿podrás ayudarnos a conseguir precios mejores?

–No lo sé –dijo Mokhtar.

–Pero si mejoramos los procesos, ¿conseguiremos tarifas mejores?

–No estoy seguro. ¿Podéis mejorarlos?

Llegaron tarde a Saná. La ciudad estaba en silencio y Mokhtar entró en casa de Mohamed y Kenza y dejó las muestras de café debajo de una silla en un rincón, desenrolló la cama y se acostó.

«No puedo hacerlo –pensó–. No tengo la menor oportunidad.»

En algún momento del largo trayecto de vuelta, serpenteando por los cientos de kilómetros de carreteras de doble sentido, mientras se cruzaban con un sinfín de desconocidos armados, convencidos de que en cualquier momento volverían a pararlos en un control, la duda se había apoderado de Mokhtar. Era su primer viaje y ya se había topado con una ladera llena de miembros de una tribu con afán de venganza. Había superado con engaños la visita a una plantación, pero la cosa le venía grande. Era una locura.

Y después estaban los usureros. Iba a enfrentarse cara a cara con los usureros. Usureros de los que no sabía absolutamente nada. Su abuelo era de una tribu poderosa, pero ¿Mokhtar estaba preparado para extirpar del proceso a un puñado de prestamistas sedientos de sangre? Desde luego podían cuestionarse sus escrúpulos: tenían a los campesinos subyugados y no mostraban el menor respeto por la calidad del café que vendían. ¿Qué pasaría si Mokhtar de San Francisco intervenía en el ciclo y los expulsaba?

Y los agricultores eran un desastre. ¡Algunos granos llevaban cinco años almacenados! Los acumulaban como si fueran un bien imperecedero, como si los granos no envejecieran. Y el tema del té... ¿Conocían la diferencia entre el

té de cáscara y el café preparado con el grano? ¿Y de verdad podría mejorar las técnicas de cosecha para que el café valiera más? ¿Y cómo saber si esos granos merecían la pena? Es decir, incluso recolectados debidamente, secados debidamente, tratados debidamente y realizando debidamente el resto del proceso, ¿quién podía predecir si el café era bueno? Tal vez el café que dieran aquellos granos fuera horrible. Un hecho que por muchos ajustes que se aplicaran en la cadena de distribución no podría remediarse.

De nuevo, no sabía nada. Llevaba meses estudiando el café y aprendiendo de los mejores –del Blue Bottle y de Willem Boot– y así había adquirido ciertos conocimientos acerca de la cata y el tostado, pero no sabía nada sobre el cultivo de la planta, la cosecha o la selección. No sabía nada del cultivo real en el mundo real. Loof le daba mil vueltas.

«No», pensó. Era un payaso. Tenía el nombre de la empresa y un logotipo, pero no sabía lo que hacía. Había pedido dinero prestado a Omar para nada. Podía y debía volver a casa. Podía ir a la universidad, estudiar algo. Hasta entonces había tirado de atajos. Con esto no funcionaría la táctica de «Fingirlo hasta conseguirlo».

PUNTO DE PARTIDA

Por otro lado, alguna vez había funcionado.

La rotonda se convirtió en su punto de partida. Durante los tres meses siguientes acudió casi a diario a la rotonda del Panasonic y se subió cada vez a una camioneta distinta, aventurándose en una región diferente, decidido a visitar cada una de las treinta y dos zonas productoras de café de Yemen. Algunas se parecían a Al Haymah: duramente trabajadas y relativamente avanzadas, con productores con los que sabía que podría colaborar. Otras visitas resultaron descorazonadoras. En una ocasión recorrió siete horas en camioneta para descubrir que en la región solo crecían un puñado de cafetos, menos de veinte. Otros campesinos simplemente no le inspiraron confianza.

Y el escepticismo era mutuo. En la mayoría de los lugares que visitó, los agricultores recibieron su llegada con educada desconfianza. Llevaban varias décadas recibiendo las visitas más o menos continuas de las ONG, y de la USAID con mayor asiduidad desde el 11S. En ocasiones progresaban, en otras no. De vez en cuando se construía un depósito de agua; otras veces ese proyecto o cualquier otro se empezaba pero no se terminaba. Las intenciones de los cooperantes y organizadores estaban bien, algunas eran irreprochables, pero el seguimiento carecía de constancia. Tal era el telón de fondo de las visitas de Mokhtar. Llegaba, bien vestido y hablando en árabe clásico, con pasaporte estadounidense, y aunque querían creer que traía respuestas, una

visión y, lo más importante, alguna manera de sacar sus granos al mercado a mejores precios, les costaba creérselo.

Con todo, las costumbres hospitalarias dictaban que lo trataran bien. De manera que le mostraban sus terrazas, lo invitaban a comer a mediodía y a mascar qat por la tarde, y a veces incluso a dormir. ¿Esperaban volver a verlo? No del todo. ¿Esperaban que les cambiara la vida? No.

Mokhtar sabía que podía mejorar los métodos de cultivo de aquellas gentes. Sabía que solo asegurándose de que los recolectores eligieran únicamente las cerezas maduras, las del color de la cornalina, la calidad se incrementaría drásticamente. Que el desmoche aumentaría la producción de las plantas, y que si secaban las bayas en camas elevadas la calidad mejoraría todavía más. Si ensacaban los granos en plástico en lugar de arpillera mantendrían la humedad y mejorarían aún más el sabor. Se trataba de mejoras básicas que podían aplicar a la producción. Sabía que si conseguía un tipo de cerezas mejor recolectadas y tratadas podría procesarlas mejor de lo habitual y, entonces, una vez transformadas en granos, podría seleccionarlas con muchísimo más cuidado del que se había puesto en los últimos cien años. Estaba seguro de que tendría un efecto real.

El reto consistía en seguir vivo hasta la siguiente cosecha. Sus viajes le demostraron que sería difícil. En la primera semana, enfermó de malaria. Estaba en Burá, en el extremo occidental de Yemen, y se despertó con los ojos amarillos. Se había contagiado en Burá o en Al Haymah, pero estaba donde estaba y no podía moverse. Tenía escalofríos. Notaba las extremidades débiles y flácidas. Sus anfitriones le dieron medicamentos, pero estaba convencido de que moriría. Lo llevaron al hospital local, donde pasó dos noches en estado febril.

Después de recuperarse en Saná, volvió a salir, y esta vez, en Bani Ismail, le atacó una diarrea demencial. Se pasó dos días alrededor de la letrina —en el pueblo no tenían retretes—, seguro de que lo siguiente que expulsaría por el recto sería el hígado.

A las pocas semanas, cogió lo que todos, inclusive él mismo, diagnosticaron como la solitaria. Comía todo el día y toda la noche y no había forma de que engordara. Alguien apuntó que su cuerpo estaba recuperándose de la pérdida de peso ocasionada por los brotes de malaria y diarrea. Así que comió todavía más y por lo que fuera siguió adelgazado.

—No te matará —dijo un amigo—. Aprende a convivir con lo que sea.

—Prueba con queroseno —propuso otro.

Por lo visto se trataba de una práctica antigua: bebías queroseno para matar al parásito. Mokhtar decidió aguantar y, transcurrida otra semana, su metabolismo se normalizó. No tenía ni idea de si la solitaria lo había abandonado por voluntad propia o de si alguna vez la había tenido. Dispuso de algunas semanas para disfrutar del normal funcionamiento de su aparato digestivo antes de conocer el dolor incomparable de un cálculo biliar. A causa de él pasó otra noche en el hospital, del que salió consumido.

Estuvo en Yemen tres meses y pasó enfermo cuatro días de cada cinco. Le habían recomendado que tuviera cuidado con el agua, con la fruta, con cualquier cosa que pudiera albergar bacterias: era americano y no estaba acostumbrado a los organismos que vivían en, y que toleraban, los yemeníes. Y aunque sabía que debería rechazar ciertos alimentos de ciertas aldeas —o la mayoría de los alimentos, todos los que no se habían cocinado, toda el agua, todos los zumos, toda la fruta, en todos los pueblos—, no podía permitírselo. Era un invitado, un invitado que necesitaba mostrar respeto, necesitaba enfatizar su herencia yemení y no resaltar su parte afectada y extranjera. De modo que comía lo que le ponían delante y confiaba en la suerte. Tuvo tantas

diarreas que dejó de contarlas. En el fondo era un precio pequeño por disfrutar de la legendaria generosidad yemení.

Siguió viajando. En coche. Por las carreteras surcadas y los estrechos pasos de montaña hasta aldeas nuevas, donde lo recibían siempre hombres que cantaban los *zamil* tradicionales y luego sorteaban a quién le correspondería el honor de acogerlo como anfitrión. Para el almuerzo y el qat disponían montones de cojines y mantas al frente de la sala y acomodaban a Mokhtar cual señor de la guerra mongol. Siempre había refrescos fríos: al llegar Mokhtar, mandaban a los niños a recorrer varios kilómetros a pie para conseguirlos. Y después de la visita a las terrazas y el almuerzo y el qat, tocaban los regalos, siempre había regalos. Si la región era célebre por los mangos, Mokhtar se marchaba con más mangos de los que podría comerse. Si elaboraban miel, se marchaba con miel suficiente para llenar una bañera. Y, por supuesto, de todas partes se marchaba con bayas de café, una muestra de las mejores de la aldea, y al volver a Saná las guardaba en un rincón del salón de Mohamed y Kenza y se echaba a dormir.

Fue a Bait Aaliyah, a dos horas de Saná y a más de dos mil metros por encima del nivel del mar. Gracias a su abundante acuífero, los agricultores trabajaban treinta mil árboles. Fue a Bani Matar, a unas dos horas de Saná y a mil ochocientos metros por encima del nivel del mar. En Bani Ismail vio el café más caro ypreciado de todo Yemen. Los granos eran pequeños y prácticamente redondos y dependían de las precipitaciones. En la cooperativa local fueron amables y estaban bien organizados, pero no tenían claro cuánto café producían. En una cosecha cualquiera llenaban dos camionetas semanales durante unas ocho semanas. No habían hecho cálculos más precisos. En Al Udain vio los granos más bellos de todo Yemen. Pero los viajes no siempre fueron un éxito. De hecho, la mayoría no lo fueron. Un día condujo siete horas hasta Hajjah, que según sus investigaciones era una región cafetera. Cuando

llegó no encontró ningún cafeto. A un campesino con el que se cruzó por el polvoriento camino le sorprendió que Mokhtar hubiera viajado tan lejos para nada.

–El abuelo de mi abuelo cultivaba café –dijo–. Llegas unos cien años tarde.

Cada vez que Mokhtar volvía a Saná, Mohamed y Kenza se percataban de la presencia de otra bolsa nueva y notaban que su salón iba encogiéndose. Pero no le decían nada, convencidos de que lo que les había contado –que estaba preparando un informe sobre el café yemení– era la pura verdad.

Sin embargo, Mokhtar no pudo seguir engañándolos.

–Quiero montar un negocio –les explicó.

–¿Por qué no nos lo habías dicho? –preguntaron.

La respuesta era complicada, repuso. Hamood había insistido en que no divulgara sus planes. Pero también influía la manera en que los yemeníes veían el comercio interior del café. No se lo tomaban en serio. Decir que estabas en el negocio del café era como decir que vendías piruletas. Nadie se ganaba la vida vendiendo café.

–Pero la situación puede cambiar –les dijo.

Les contó dónde había estado y les enseñó las fotos. Los impresionó. Nunca habían visto aquellas zonas de Yemen. Habían viajado a Ibb, claro, pero no a Al Haymah, ni a Burá ni Hajjah ni Bani Hammad.

–¿Por qué no nos has llevado contigo?

A veces se llevaba a su hijo, Nurideen. Con dieciocho años Nurideen era el mayor de los seis hijos que todavía vivían en casa de sus padres. Acababa de terminar los estudios y no tenía nada en perspectiva. Había solicitado un

visado en la embajada estadounidense con la idea de ir a la universidad en el país, pero se lo habían denegado de un modo despectivamente cómico.

—¿Quién te avala? —le preguntaron.

—Mi hermano Akram. Trabaja de conserje en el Museo Judío Contemporáneo de San Francisco.

—¿San Francisco? ¡Es la ciudad más cara del mundo! —replicó el agente, y rechazó la solicitud.

Tras lo cual, Nurideen solicitó y consiguió un visado para vivir y trabajar en Corea del Sur. Voló a Seúl, pero cuando aterrizó, no le dejaron entrar. Tenía toda la documentación en regla, pero lo rechazaron y lo metieron de vuelta en un avión. En su defecto, voló a Malasia, un país que históricamente había sido hospitalario con los yemeníes, y trabajó una temporada en un restaurante donde le pagaban y le trataban mal.

Ahora Mokhtar necesitaba ayuda. Necesitaba a alguien que lo acompañara a las provincias, que le ayudara a catalogar las muestras y a ocuparse del seguimiento de agricultores y recolectores. Nurideen se convirtió en el primer empleado de Mokhtar, aplazada, por supuesto, la cuestión de un salario digno.

Mokhtar continuó visitando áreas tribales, a horas o días de Saná, y siempre cogía la daga y una pistola SIG Sauer. Su chófer llevaba un rifle semiautomático. Cuando iba a distritos más problemáticos o desconocidos, se hacía acompañar por otro hombre con un AK-47 y una granada. Nada extraordinario. En Yemen había veinticinco millones de personas y al menos trece millones de armas: después de Estados Unidos, era el país con más armas per cápita del mundo. Los hombres se paseaban por la calle con sus AK. Los llevaban a las bodas.

Cuando Mokhtar era joven, Hamood le había regalado un revólver, un Colt

.45, que Mokhtar todavía conservaba. Al final terminó comprándose un AK-47 viejo y de vez en cuando cogía prestado el Krinkov 1983 de Hamood. Le gustaba llevarlos en la camioneta por si se veían atrapados en una disputa tribal o alguien intentaba robarle el dinero que llevaba sujeto al interior del cinturón. O por si necesitaban gasolina.

Se rumoreaba que los partidarios del destituido Saleh bombardeaban los oleoductos. Querían sabotear las infraestructuras, convencer al pueblo yemení de que todo iba mejor con Saleh al mando. Y, por tanto, a veces escaseaba la gasolina, los precios se disparaban y las colas se eternizaban. Cuando las colas eran largas los ánimos se caldeaban. Alguien intentaba colarse, se desfundaban las armas, se disparaba al aire.

Mokhtar se acostumbró tanto a las provincias, a regresar a Saná polvoriento y sucio, sin afeitarse y vestido al estilo tribal, que por momentos se le olvidaba el mundo al que pertenecía. Una vez a la semana viajaba a la capital y visitaba el Coffe Corner Café, un establecimiento de lujo frecuentado por yemeníes cosmopolitas y ricos y algunos occidentales, y aprovechaba el wifi para escribir sus informes.

Una mañana entró, sin ducharse y todavía dormido, y se sentó junto a un par de mujeres jóvenes ataviadas con zapatos caros y hiyabs brillantes que lucían un maquillaje sofisticado y sutil. Una de las chicas sacó un portátil y se pusieron a ver *Crónicas vampíricas* sin auriculares. El café entero podía escuchar la serie, sus gritos y aullidos. A las dos chicas no les importaba. No obstante, enseguida concentraron su atención en Mokhtar.

—Míralo —dijo una de ellas—. Qué bárbaro, qué atrasado.

Mokhtar tardó un segundo en darse cuenta de que se refería a él. La chica hablaba en inglés, convencida de que Mokhtar era un campesino que había

entrado por error en aquella cafetería urbana y moderna. Mokhtar llevaba la daga y la pistola y, entre eso y su apariencia desastrada, comprendía que la joven lo hubiera tomado por el miembro de alguna tribu del interior norteño, que tenían fama de hombres rudos y violentos y a menudo eran blanco de las burlas de los urbanitas.

Los hutíes pertenecían a una rama del islam chií llamada zaidismo, que representaba aproximadamente el treinta y cinco por ciento de los musulmanes de Yemen. Antes de 1962, los zaidíes ostentaban el control del norte del país desde hacía mil años y chocaban con frecuencia con sus vecinos por cuestiones territoriales, con los saudíes por el norte y con el gobierno yemení por el sur. En Saná se les consideraba una molestia, paletos sin civilizar con tendencia a causar estragos.

–Él es el problema –continuó la mujer–. Los hombres como él impiden avanzar a todo el país.

Mokhtar tenía trabajo y estaba cansado, pero su orador interior estaba despierto y preparado.

–Disculpe, señora –dijo en inglés–. El problema es usted.

La mujer se quedó boquiabierta. Miró a Mokhtar como si fuera un animal que se las hubiera apañado para aprender a hablar.

–Me insulta –continuó– mientras ve una serie adolescente sin auriculares.

Las mujeres le miraban los labios, tratando de discernir si alguien lo doblaba. No concebían que aquellas palabras, en inglés americano, salieran de la boca de semejante salvaje.

–Me deben respeto, como también se lo deben a este lugar y a quienes estamos aquí, y no deberían juzgar por las apariencias. De hecho, creo que deberían marcharse.

Y se marcharon.

El aspecto tribal tenía sus ventajas. En la siguiente visita de Mokhtar a Al Haymah para hablar con Yusuf y Malik sobre las camas de secado y la próxima cosecha, le despertó un tiroteo en el valle.

Agarró el AK y siguió el sonido hasta un valle donde encontró a un grupo de hombres participando en un concurso de tiro. Entre ellos, el General. Este señaló con la cabeza el AK que colgaba del hombro de Mokhtar.

–¿Sabes usarlo? –preguntó con escepticismo.

–Sí –respondió Mokhtar.

Los hombres apuntaban a una piedra blanca a unos setenta metros de distancia. Nadie había acertado.

–Te toca –dijo el General.

Rafik y Rakan habían enseñado a Mokhtar a disparar calibres 22, pistolas y AK en el 5 Dogs Range de Bakersfield, en la carretera de Richgrove, y Rafik le había explicado la munición que se empleaba para cada arma y la precisión aproximada de cada una. Todos los hombres de esa mañana disparaban modernos AK, potentes y eficientes, pero menos precisos que el AK de Mokhtar, un modelo anterior a 1974. Para las prácticas de tiro, era una herramienta superior.

Mokhtar se adelantó, apuntó, exhaló y disparó.

La piedra salió volando del risco.

Mokhtar retrocedió, recibió las felicitaciones de los hombres y captó en la cara del General algo que le recordó al respeto.

Sabedor de que probablemente no podría repetir el disparo y consciente del valor de un mutis a tiempo, Mokhtar se cargó el fusil al hombro y se marchó.

FUERA DE SANÁ

Mokhtar consultó los vuelos que despegaban de Saná y encontró uno que pasaba por Qatar. Tenía que volver a Estados Unidos. Necesitaba probar las muestras que había recogido –pensaba llevarse a casa veintiuna– y visitar a la familia y ver si podía recaudar unos cientos de miles de dólares para regresar y comprar café en caso de que alguna de las muestras obtuviera una buena valoración.

Pasó cinco días frenéticos terminando de reunir las muestras de un lado a otro del centro y el norte de Yemen. Coincidió con el ramadán y con la toma hutí de la ciudad de Amran, la última defensa por el norte antes de que entraran en Saná.

Mokhtar aguantaba despierto todas las noches hasta las cuatro de la madrugada dándoles vueltas a las muestras y se iba a dormir con la cabeza llena de polvo de café. Por fin, el día antes del vuelo, preparó el equipaje. Empaquetó las muestras que tenía en el piso. La mitad de sus granos estaban en Ibb –los almacenaba con Hubayshi–, pero tendrían que esperar. Maldito país, pensó. Si estuviera en Amsterdam, las mandaría por mensajería esa misma noche, cualquier noche. Podría marcharse y telefonar a Samir y pedirle que se las enviara, o pedirselo a Mohamed o a cualquiera. Pero en Yemen, si querías sacar algo del país en el momento oportuno, tenías que llevártelo contigo.

Compró cinco maletas y comenzó a llenarlas con las veintidós muestras de

las veintiuna plantaciones, todos los cafés de todas las regiones que tenían algo que ofrecer. ¿Qué más? Tenía que conseguir miel. Sus padres querían miel yemení. También querían almendras y pasas yemeníes, así que tenía que pasar por el barrio viejo de Saná. Llamó a su primo Nurideen para que le echara una mano. Nurideen estaba despierto –todo el mundo estaba despierto: era ramadán– y juntos contrataron un taxi y pasaron las primeras horas del día corriendo de un lado a otro de la ciudad reuniendo todo lo que Mokhtar necesitaba. Una docena de regalos para todos los de California: postales, incienso, aloes, rosarios, anillos de plata con cornalinas engastadas, chales de cachemir tejidos a mano.

Cuando los parientes de Mokhtar se enteraron de que volvía a Estados Unidos, un primo le pidió que cuidara de su hija de seis años, Dena, que volaba a California en el mismo avión. Después, Mokhtar pasaría un mal rato tratando de explicar cómo había aceptado tan a la ligera semejante compromiso: acompañar a la hija de un primo, una niña a la que no conocía, de un continente a otro. Pero costaba mucho entrar o salir de Yemen, y era raro que alguien como Mokhtar se marchara y pudiera escoltar a una niña como Dena, que iba a visitar a su familia en Modesto.

De manera que Dena hizo el equipaje, Mokhtar y Nurideen siguieron recorriendo la ciudad insomne a toda velocidad, sintiéndose muy vivos y riéndose de todo mientras comenzaba a despuntar el sol. Entonces giraron una esquina hacia una de las calles más transitadas de Saná y desembocaron de pleno en un tiroteo.

Las ráfagas de metrallera resquebrajaban la mañana. Mokhtar alzó la vista y vio las puntas de los AK asomando por encima de los tejados de los edificios

de las dos aceras. El chófer de su taxi debería haber reculado al instante, pero no se movió.

–¡Atrás, atrás! –bramó Mokhtar.

–¡No tengo marcha atrás! –gritó el taxista–. ¡Bajad y empujad!

Mokhtar y Nurideen bajaron y empujaron el taxi. Se rieron. No pudieron contenerse.

–Ha sido un placer conocerte –dijo Mokhtar.

Calculaba unas probabilidades de supervivencia de sesenta-cuarenta.

Y mientras empujaban el taxi, Mokhtar vio una bombona de propano sujeta al maletero. Algo normal en Yemen, dada la escasez de gasolina: los conductores trucaban los motores para que consumieran propano.

Mokhtar y Nuri se rieron todavía más. Estaban empujando un taxi con una bombona de propano a la vista mientras por encima de sus cabezas tableteaban las metralletas. No podían escapar. Todo su café iba en aquel taxi.

Una hora más tarde, Mokhtar estaba en el aeropuerto, sentado en la sala de espera, pensando en todo esto, en el momento de hacía una hora en que había estado a punto de morir. Miró a su lado y se acordó de que lo acompañaba una niña de seis años, una niña que todavía no le había dirigido la palabra. Su madre la había despedido con un beso en la frente y la recomendación de portarse bien y no dar problemas durante el viaje a América.

Era una niña bonita, con grandes ojos castaños y una maraña de pelo negro. Llevaba una camiseta de Hello Kitty y una mochila de Bob Esponja, y mostraba una curiosa falta de interés por Mokhtar, el hombre que la llevaba de viaje, un viaje que probablemente los mantendría juntos unas veintiséis horas, a través de Qatar, cruzando el Atlántico hasta Filadelfia y luego hasta San Francisco. Dena permanecía impávida ante tamaña empresa: abandonar

Yemen, abandonarlo con Mokhtar, a quien apenas conocía, cruzando desiertos y océanos.

—¿No piensas hablar conmigo? —preguntó Mokhtar.

La niña lo miró, no dijo nada y miró para otro lado. No abrió la boca en todo el trayecto hasta Qatar. En el avión pasaban películas y Mokhtar necesitaba dormir urgentemente. Se despertó cuando aterrizaron en el aeropuerto internacional de Hamad, en Qatar. Les esperaba una escala de diez horas, así que Mokhtar la invitó a almorzar y la niña comió con satisfacción, y al final se durmió sobre los hombros de Mokhtar mientras esperaban el vuelo a Filadelfia. Dena durmió casi toda esa parte del viaje y, cuando no estaba dormida, devoraba la comida plastificada del avión y miraba dibujos animados, durante siete horas.

Cuando aterrizaron en Filadelfia, Mokhtar la cogió de la mano —estaba tan adormilada que se lo permitió— y se dirigieron a aduanas. Había dos colas, una con un joven en la cabina y la otra gestionada por un hombre mayor, y aunque ninguna de las dos era muy larga, una avanzaba más rápido que la otra, de modo que Mokhtar la eligió y al poco saludó al joven. Después se preguntaría si no habría cometido un error. Se trataba de un juego imposible al que él y otros muchos estadounidenses de origen árabe llevaban años intentando jugar: ¿era más probable que la gente más joven en un cargo con autoridad fuera más tolerante, comprensiva, al haberse criado en un mundo más diverso e interconectado? ¿O era más comprensiva la gente mayor, que había visto entrar por los aeropuertos estadounidenses a más viajeros de todo el mundo?

—¡Hola! —saludó Mokhtar al estilo más americano que pudo para demostrar que no tenía acento, que se había criado en Estados Unidos.

No cambió nada. A los dos minutos el joven funcionario de aduanas metió el pasaporte de Mokhtar en un sobre rojo.

–Hágase a un lado –ordenó el funcionario–. No se preocupe. No hay ningún problema.

Mokhtar y Dena fueron conducidos a una sala aparte, y cuando se abrió la puerta vieron un pequeño mar de rostros árabes. Curiosamente, aunque había volado a menudo por el interior del país y había viajado bastante a Yemen, nunca lo habían seleccionado para un segundo filtro, para ninguna entrevista adicional, para nada. La novedad, ver de primera mano esa sala después de oír hablar de ella tantos años, despertó su sentido del absurdo.

«Salam aleikum!», gritó, saludándolos con un amplio ademán. La mayoría le devolvió el saludo: «Aleikum salam». Otros parecían demasiado inquietos, cansados o atontados. Algunos llevaban cinco y seis horas esperando. En aquella sala el tiempo dejaba de tener sentido y algunos de los ocupantes parecían haber agotado la paciencia.

Dena y él se sentaron hasta que un funcionario de rostro afable se acercó a Mokhtar. Según la credencial se llamaba Joel.

–Hola, Mokhtar. ¿Puedo llamarte Mo?

–No –dijo Mokhtar, y no pudo contenerse–: ¿Puedo llamarte Jo?

Joel sonrió con indulgencia, y Mokhtar sonrió, tratando de transmitir que el filtrado era un proceso de naturaleza equivocada y racista, pero que de momento él conservaría el sentido del humor.

Joel parecía lamentar la situación. Aseguró que todo se reducía a una mera formalidad mientras salían de la sala y enfilaban el pasillo hacia la recogida de equipajes, donde Mokhtar tendría que identificar el suyo. Cuando Joel vio cuántas maletas había facturado se sintió intrigado, pero continuó sonriendo,

repetiendo que no había ningún problema, que se trataba de una formalidad, de un trámite normal.

Con la ayuda de otro funcionario, las maletas pasaron a una mesa de acero, donde las abrieron y dejaron a la vista todas las bolsas de plástico llenas de granos de café. Mokhtar sabía que aquello avivaría el interés de Joel y del servicio aduanero en general. Sabía que perderían el vuelo de conexión. Pensó en abogados a los que llamar en la Costa Este.

–¿A qué te dedicas? –preguntó Joel.

Tratando de contener la frustración, Mokhtar respondió que trabajaba en el mundo del café, que era importador y estaba intentando mejorar las condiciones de los productores yemeníes, y que, por cierto, gran parte del trabajo lo realizaba en colaboración con la USAID, estaba ayudando al gobierno estadounidense.

–Mi gobierno –añadió, alzando la voz–. ¡Intento dejarnos en buen lugar en Yemen!

A Joel le interesó, pero el tono de la conversación parecía haber mutado. Le preguntó a Mokhtar sobre el café, sobre cuáles eran los mejores, ¿consideraba mejor el tueste suave o el intenso, y cuál preferían los expertos? Mokhtar se calmó un poco y se extendió con toda la naturalidad que pudo sobre variedades, diferentes tuestes y el efecto de la altitud en el fruto del cafeto, sobre las ventajas relativas del café yemení y cómo Joel debería pedirlo la próxima vez que entrara en una cafetería, y le dijo que pronto podría pedir un café importado por él. Y como la conversación sobre el café parecía ir tan bien, Mokhtar se permitió creer que Dena y él pronto podrían cerrar las maletas y seguir su camino.

Pero primero, dijo Joel, debía pasar el chequeo agrícola. Volvieron a cerrar todas las maletas y enfilaron por otro pasillo hasta otra sala, donde volvieron a depositar el equipaje en otras mesas de acero.

Una mujer uniformada le explicó a Mokhtar que no podía importar todas aquellas muestras verdes sin la documentación y los permisos pertinentes, y Mokhtar perdió el hilo del resto de las cosas que le dijo porque no había pensado en nada de ello mientras empaquetaba los granos. Había sobrevivido a lo que cabría considerar una entrevista racista, pero ahora se enfrentaba a una pregunta muy legítima por parte de una mujer razonable acerca de la legalidad de importar seis maletas de granos verdes, con los que podrían entrar especies invasoras o bacterias desconocidas.

Sin embargo, la mujer no parecía tener claro en qué categoría encajaba el café. Al fin y al cabo, no era una planta viva. Eran granos. Y mientras hablaban, procedió siguiendo el orden habitual de la conversación, igual que había hecho Joel. ¿Eres de Yemen? ¿En Yemen hay café? ¿Zonas fértiles? ¿De verdad crece algo en Yemen? Me encanta el café, dijo la mujer. ¿Este es bueno? ¿Puedo comprarlo en la tienda? ¿Starbucks sirve café yemení?

Por increíble que parezca, tras diez minutos con la inspectora agrícola, Mokhtar estaba cerrando otra vez las maletas con permiso para seguir adelante. Sería por el poder del café o por el poder de su encanto personal, pero echó a andar cogiendo fuerte a Dena de la mano y sintiéndose muy bien por lo ocurrido, casi seguro de que llegarían al vuelo de conexión.

Entonces Joel lo dirigió al final de la cola del control.

–Tienes que pasar otra vez por el control de seguridad.

Pasó el equipaje de mano por el control y subió la mochila de Bob Esponja de Dena a la cinta pensando que estaban en la última etapa y que tampoco era tan molesta. Pero tras los rayos X y los escáneres, volvieron a apartarlos y, mientras recogían muestras de su maleta en busca de polvos explosivos, Mokhtar se giró y vio que cacheaban a Dena.

Les dieron el visto bueno y enfilaron pasillo adelante buscando el vuelo de conexión, pero como habían cruzado por el control agrícola habían terminado

en una zona extraña del aeropuerto, alejada de la puerta de embarque. Los agentes le habían indicado por dónde ir, a la izquierda y luego a la derecha y otra vez a la izquierda, pero Mokhtar terminó perdido y fuera del área de seguridad. La única manera de llegar al embarque pasaba por otro control.

De modo que pasaron otro control. Una vez superado, mientras se apresuraban hacia el embarque con escasos minutos para alcanzar el vuelo, Mokhtar se cruzó con un agente de la Administración de Seguridad y Transporte.

—¿Puedo hacerle unas preguntas?

Las preguntas eran sobre el viaje de Mokhtar a Yemen, su trabajo, su residencia en Estados Unidos. Las preguntas se prolongaron diez minutos, suficientes para que Mokhtar y Dena perdieran el avión.

Llevaban horas en el aeropuerto de Filadelfia. Faltaban seis más para el siguiente vuelo. Mokhtar se dirigió al mostrador de la aerolínea, donde lo atendió una afroamericana que se disculpó por las molestias y emitió billetes nuevos para Dena y para él, en asientos separados.

Mokhtar pidió que los sentaran juntos, y la empleada le respondió que era posible, pero que tendrían que pagar un suplemento.

Mokhtar pagó y la mujer le entregó los nuevos billetes, con un código que indicaba que debían pasar controles extras de seguridad.

—¿Sabe qué? —dijo Mokhtar—. Trabaja usted en una institución racista. Debería saberlo. He pasado cuatro horas de controles y he perdido el vuelo. Por eso estoy sacando billetes nuevos. Y usted me obliga a pasar por otro control porque tengo la piel morena.

Mokhtar estaba lanzado, alzó la voz. La gente de alrededor escuchaba. Continuó —«¿Está sindicada? Trabaja para una organización racista. Este es un

sistema racista»—, hasta que la afroamericana y el agente blanco que tenía al lado empezaron a disculparse y el blanco salió y se agachó al lado de Dena.

—¿Quieres una pegatina? —preguntó el hombre.

—¡No queremos sus pegatinas! —respondió Mokhtar—. Queremos dignidad.

Todos los pasajeros de la puerta de embarque estaban escuchándole. Algunos aplaudieron. Mokhtar estuvo echando chispas hasta que empezó el embarque, y cuando entregó el billete y lo pasaron por la máquina, otra señal alertó a la empleada de que debía llevar a Mokhtar aparte. La mujer miró a su alrededor y dijo: «Pase». Mokhtar cogió a Dena de la mano y salieron volando.

ESTE ES INTERESANTE

«Te has adelgazado.» Es lo primero que le dijeron todos en el Boot. Mokhtar había perdido once kilos. «Te has quedado sin culo», le dijeron.

Mokhtar y Stephen estuvieron diez horas limpiando las muestras yemeníes. Estaban sucias, sin seleccionar, repletas de granos rotos y defectuosos. En cuanto tuvieron algo con lo que trabajar, Stephen tostó cuidadosamente las veintiuna variedades y luego Mokhtar, Stephen y Willem organizaron una cata oficial para determinar si Mokhtar, y por extensión Yemen, tenían alguna esperanza en el mundo del café de especialidad.

Las primeras tandas fueron deprimentes.

–Ingresa cadáver –sentenció Willem un café tras otro.

Estaban en el Boot Coffee de Mill Valley y Mokhtar ponía los cinco sentidos, deseándoles lo mejor a sus granos, con la mente puesta en los agricultores que había conocido, el General y Malik y Yusuf, cuyas esperanzas crecían o menguaban dependiendo de si su café podía obtener mejores precios, una cotización *prémium*.

–Ingresa cadáver –dijo Willem de otro varietal.

Ese día cataron diez variedades y el veredicto de Willem fue el mismo para los diez: no eran viables. Las muestras estaban sucias, terrosas, embarradas, viejas y demasiado fermentadas. Contaminadas y sin ningún mérito.

Mokhtar no se esperaba nada extraordinario. Imaginaba que si tenía algunas muestras que puntuaran por encima de 80 podría empezar a trabajar. Podría

mejorarlas hasta que superaran el 90 con el paso de las estaciones o los años. Pero de momento ninguno de sus cafés había superado el 70 en cata. Un café tan malo no justificaba volver a Yemen. No valdría la pena.

Al día siguiente, Stephen tostó cuidadosamente las once muestras restantes, esforzándose por multiplicar las posibilidades de que algún café alcanzara la respetabilidad. «Ingresa cadáver», repitió Willem.

Cinco de los diez últimos carecían de valor. No compensaban el gasto de traerlos desde Yemen. Mokhtar no sabía si tenía sentido continuar. No se veía capaz de volver a escuchar «Ingresa cadáver».

Entonces Willem hizo un ruido. De sorpresa.

–Este es interesante –dijo.

Pocos días después Mokhtar estaba frente al Royal Grounds Coffee, un gran tostadero e importador regional con sede en el norte de California, y lloraba. Willem, Jodi y otros Q Graders habían puntuado tres muestras de Mokhtar por encima de 90. Dos eran de Al Haymah, una de Ibb. Una era de Malik.

Mokhtar había llevado las muestras a Royal Grounds, que, basándose en las puntuaciones, se ofrecieron a comprar dieciocho toneladas. Mokhtar no tenía dieciocho toneladas de nada, pero en teoría podía conseguirlas. Si es que podía pagarlas.

Una vez más recurrió a Omar. Le habló de las puntuaciones, de la promesa de pedidos importantes por parte de grandes tostadores y minoristas. Omar reunió a un pequeño grupo de inversores, todos ellos estadounidenses de origen árabe que habían prosperado en el sector tecnológico. Juntos prestaron a Mokhtar los fondos necesarios –unos trescientos mil dólares– para comprar café para llenar un contenedor. Pusieron condiciones, por supuesto. El café tenía que ser de la máxima calidad y de algún modo habría que sacarlo de un

país sumamente inestable. No podían prestarle el dinero hasta que Mokhtar demostrara la valía del café y que era capaz de sacarlo de Yemen.

Mokhtar aceptó. No sabía bien qué hacer, pero tampoco tenía otras opciones. Y creía que podría hacerlo, incluso a pesar de que la última vez que había tenido una suma considerable de dinero en una cartera la había perdido en un aparcamiento.

Sus padres estaban orgullosos del trabajo que había realizado en Yemen, pero no querían que volviera. Había regresado once kilos más flaco que cuando se marchó, con la tez pálida y los ojos hundidos. La malaria y la solitaria —o lo que fuera— lo habían destrozado. Les preocupaba su salud, pero sobre todo estaban inquietos porque hacía unas semanas, el 21 de septiembre, los hutíes habían conquistado Saná y cabía la posibilidad de que el país entrara en una guerra civil.

Pero Mokhtar compró su billete. Faltaba poco para la siguiente cosecha y podría comprar café de verdad. Tenía que comprarlo: así lo esperaban los inversores y Royal Grounds. Ya solo era cuestión de terminar el examen de Q Grader para poder regresar a Yemen convertido en el primer Q Grader árabe de la historia. Fácil.

No tanto. Volvió a presentarse al examen. De nuevo lo examinó Jodi y el examen le pareció igual de difícil que el anterior, pero como la otra vez le había ido de un pelo y como, pensaba Mokhtar, ahora estaba en contacto con los orígenes del café e inmerso en una misión alentada por Dios y el destino, aprobó.

En septiembre de 2014, Mokhtar se convirtió en el primer Q Grader árabe de café arábica del mundo y en octubre regresó a Yemen, a Al Haymah. Quería visitar a Malik, al que había visto por primera vez debajo de un cafeto. Su café era el que había puntuado más alto, el que había prolongado el sueño.

Mokhtar se imaginó volando a Nueva York y luego a Londres y Saná, y tras

conducir hasta Al Haymah, por un valle donde no había pasado el tiempo, encontraría a Malik debajo de su árbol y le daría la noticia, le contaría que su café se contaba entre los mejores del mundo.

UN PAÍS SIN GOBIERNO

Niños empuñando AK-47: eso sí que era nuevo. Mokhtar aterrizó en Saná el 27 de octubre de 2014 y se encontró con el mosaico de unidades militares, fuerzas de seguridad y grupos variopintos de rebeldes hutíes y pseudohutíes superpuestos por todo el aeropuerto y las carreteras que conducían a la capital.

¿Cómo había conseguido tomar el país un pequeño grupo de paletos? Mokhtar había residido la mayor parte de su vida en California y este fue el corolario que se le ocurrió: era como si una milicia prácticamente desconocida de la frontera de Oregón arrollara el territorio y conquistara Sacramento, San Francisco y Los Ángeles sin toparse con ninguna resistencia significativa. Un día el presidente Hadi gobernaba Yemen y, al día siguiente, se había dado a la fuga y un grupo rebelde del norte, los hutíes –que antes apenas habían tenido influencia real en la política yemení–, de pronto tomaba el control.

En septiembre los hutíes dominaban gran parte de la capital. Por el camino habían provocado la rendición o ganado la complicidad de la mayoría de las fuerzas militares yemeníes. Como el ejército yemení carecía de una jerarquía de mando vertical, sino que lo controlaban los oficiales, pocos de los cuales podían considerarse leales a Hadi, apenas opuso resistencia al avance hutí. Los hutíes sobornaron a algunos comandantes y los que ya eran leales a Saleh les allanaron el camino. Pasaron a controlar la capital.

Cuando Mokhtar cruzó el aeropuerto vio hutíes por todos lados – fuertemente armados pero vestidos con indumentaria tradicional, con turbante y daga–, todos ellos en una curiosa convivencia con los cuerpos de seguridad oficiales del aeropuerto. Mokhtar se subió a un taxi y a los pocos minutos llegaron a un control dirigido por hutíes. O por individuos vestidos de hutíes. Eran críos, no tendrían más de trece años. Uno aparentaba solo diez.

Dieron el alto al taxista y este paró, y Mokhtar presenció la representación de una extraña pantomima. Los niños fingían ser hombres y soldados, y el taxista fingía que no se daba cuenta de que los soldados eran niños, o que no le importaba. Los niños le pidieron la documentación y el destino y, tras una somera inspección, les permitieron pasar.

Lo más curioso de los hutíes era su amabilidad. Se lo habían contado sus amigos de Yemen antes de que volviera y ahora Mokhtar lo había comprobado en el aeropuerto y volvería a verlo una y otra vez durante sus primeros días en el país. Los hutíes hablaban con deferencia y en general se mostraban más profesionales y considerados que las autoridades habituales, más eficientes y hospitalarios.

El taxi paró en otros controles de camino a la ciudad, algunos a cargo de policías yemeníes y otros de hutíes, y en todos ellos Mokhtar confió en que no registrarán el vehículo, en que no lo cachearán. Llevaba encima diez mil dólares estadounidenses y estaba seguro de que si los descubrían desaparecerían. Sus inversores le habían dejado esa cantidad en efectivo y el resto quedaba sujeto a las condiciones que habían acordado. Por el momento, Mokhtar se alegró de no llevar demasiados billetes encima. Correría la voz y se convertiría en alguien demasiado interesante para hutíes y ladrones. Por el bien de Mokhtar y de su seguridad –así como de su capacidad para hacer negocios en las áreas tribales–, era esencial seguir careciendo de todo interés.

El negocio que esperaba hacer no era tan complicado. Le bastaba con

visitar las regiones productoras cuyos cafés habían puntuado más alto y luego ayudar a garantizar que las próximas cosechas, dentro de un par de meses, se supervisaran correctamente y se recolectaran las cerezas en su punto máximo de madurez cornalina. Y luego debía comprar unos dieciocho mil kilos de cerezas secas, puesto que tendría que llenar un contenedor de barco con café. No tenía fondos para adelantar un pago inicial, y tendría que pedir a los productores que renunciaran a sus compradores habituales a cambio de la esperanza de que un joven de San Francisco de veintiséis años –ya tenía veintiséis años–, no se sabía cómo, obtuviera de unos inversores desconocidos cientos de miles de dólares más adelante.

Luego tendría que transportar las cerezas a Saná, donde se pelarían y seleccionarían. Pero primero tenía que encontrar y alquilar una planta de tratamiento. Y después, si todo lo anterior salía según lo previsto, si podía comprar las cerezas, alquilar o comprar una planta de tratamiento y transportar las cerezas para procesarlas y seleccionarlas, entonces tendría que idear la manera de sacar dieciocho toneladas de café de Yemen, todo ello en plena guerra civil y mientras los hutíes controlaban la mayoría de los puertos.

No era tan complicado.

Mokhtar llegó a casa de Mohamed y Kenza transformado en otro hombre. Sus tíos sabían que contaba con respaldo financiero, al menos en teoría, y que se había convertido en Q Grader, cosa que también sabían de suma importancia en el mundo del café, y por tanto lo recibieron con una deferencia nueva. Ya no era un estudiante y ya no era un joven que afirmaba estar empezando un negocio. Mokhtar estaba en Yemen para comprar café, procesarlo, almacenarlo y venderlo en el mercado internacional. Había vuelto convertido en un Hombre Importante.

Pero seguía durmiendo en el suelo. No había más sitio.

Con Nurideen, Mokhtar habló de los hutíes, del hecho de que Saná estuviera bajo el control de Hadi un día de septiembre y al siguiente en manos de los hutíes mientras la vida en Yemen había seguido su curso más o menos sin interrupciones. Bancos y comercios abrieron el día antes de la invasión y abrieron también al día siguiente. Conversaron sobre el efecto, si es que tenía alguno, del avance hutí en el trabajo de Mokhtar y concluyeron que sería mínimo.

Pero ahora viajaría como exportador estadounidense, llevando encima grandes cantidades de dinero en metálico a áreas rurales controladas por las fuerzas tribales. Había que tomar precauciones. Nurideen y Mokhtar lo estudiaron detenidamente. Necesitaría un chófer, como siempre, pero este tendría que ir armado. En algunas zonas del país necesitaría a otro guardia, y este debería llevar un AK-47. Mokhtar pensaba llevarse su SIG Sauer, con la que de todos modos acostumbraba a viajar siempre por Yemen, y ahora le sumaría unas cuantas granadas. (En Yemen, las granadas eran básicamente para alardear. Los hombres las lucían en el pecho, enganchadas al chaleco, para indicar que estaban dispuestos a llevar cualquier discusión a su conclusión lógica.) Así pues, requerirían un mínimo de tres armas por vehículo durante todo el viaje, y cuando transportasen café necesitarían múltiples camionetas, cada una con una escolta armada.

Al día siguiente de llegar a Yemen, Mokhtar y Nurideen fueron a Al Haymah. Telefonaron a Abu Askr desde la gasolinera, giraron a la derecha y descendieron hacia el valle.

En la Cooperativa Al Amal, Mokhtar bajó de la furgoneta y saludó a todos los campesinos que conocía. Hubo cantos, apretones de manos y abrazos, pero

Mokhtar buscaba a Malik, el hombre que había visto debajo del árbol. Lo encontró en la casa comunal, sentado con otros tres individuos. Mokhtar se inclinó, cogió la cabeza de Malik entre las manos y le besó la frente.

–Tu café es el mejor del mundo –dijo Mokhtar.

Malik sonrió. No dijo nada.

–Gracias –dijo Mokhtar y, vista la reticencia de Malik, sintió la necesidad de extenderse.

Le contó a Malik que había llevado su café a San Francisco. Lo habían limpiado, seleccionado, tostado y catado, y había obtenido la mayor puntuación de todos los cafés yemeníes hasta la fecha.

Malik sonrió y asintió.

–Gracias –repitió Mokhtar, y le dijo que en adelante le compraría todo el café a un precio cinco veces superior del que le habían pagado hasta entonces; que su forma de cultivar y recolectar el café marcaría la pauta para el resto del colectivo; que juntos transformarían el valle de Al Haymah y, con el tiempo, todo el café de Yemen.

Malik asintió y sonrió.

Mokhtar posó una mano cargada de significado sobre su hombro y se alejó. Casi se echó a reír. O Malik era un hombre prodigiosamente estoico y frío, o la noticia no le había sorprendido. Tal vez para Malik solo constataba una obviedad.

Mokhtar pasó el día en la cooperativa. Recorrió las fincas. Habló de desmoches y de la siguiente cosecha. Informó a los agricultores de su título de Q Grader. Ellos lo siguieron entre los árboles, subiendo y bajando por las terrazas y, animados por las noticias sobre el café de Malik, que se habían propagado rápidamente por la cooperativa, se convencieron de que quizá Mokhtar les trajera algún cambio.

No pretendían ofenderle, le confesaron de diversas maneras a lo largo de la

jornada, pero cuando había llegado la primera vez, vestido de americano e incapaz de distinguir un cafeto de un olivo, no les había inspirado mucha confianza.

Mokhtar nunca había ido a Etiopía. Como cualquiera que viajara por la región había pasado por el aeropuerto de Adís Abeba, pero nunca había salido de la ciudad. El viaje fue idea de SMEPS, siglas inglesas de la ONG Servicio de Promoción de Pequeñas Empresas y Microempresas que, con fondos del Banco Mundial, perseguía mejorar las oportunidades económicas de los pequeños negocios en Yemen. El plan consistía en llevar a dieciséis pequeños caficultores yemeníes a visitar plantaciones prósperas en Etiopía. Quizá pudieran inspirarse y llevarse con ellos las mejores prácticas. Mokhtar conocía a Abdo Alghazali, uno de los directores de SMEPS, que lo invitó a acompañarlos. Volaron a Adís Abeba, un vuelo corto por encima del mar Rojo, el 31 de octubre de 2015.

Para la mayoría de los agricultores yemeníes era la primera vez que salían del país, y también la primera visita a Etiopía. Se había elegido una región próxima a Harar como la mejor oportunidad para ver cómo se cultivaba, cosechaba y procesaba café de especialidad a gran escala. Desde Adís Abeba, el trayecto hasta Harar duraba ocho horas y atravesaba un sinfín de pequeñas poblaciones. Las vistas eran magníficas: Etiopía era verde, a lo largo del camino todo estaba verde. El mundo tenía una imagen equivocada de Etiopía, igual que de Yemen. Cuando Occidente pensaba en Etiopía pensaba en pobreza y hambrunas, en bebés escuálidos agonizando en el desierto. Pero la Etiopía que Mokhtar vio era una bulliciosa nación de ciudades, granjas y lagos en el Cuerno de África, con una clase media formada y abundante, una prensa

batalladora y una capital, Adís Abeba, que rivalizaba con Nairobi o Johannesburgo.

Pero no se quedaron en Adís Abeba. Cruzaron la ciudad de camino a Harar, cuna del café. Había sido en las colinas de Harar donde el mítico pastor Kaldi había detectado un brío insomne en los pasos de sus cabras y había probado las bayas de café que había visto comer a los animales. En esa región de Etiopía, el Irgachefe, todavía crecía café en vastas plantaciones de las laderas, bendecidas por una larga estación de lluvias.

Harar, no obstante, era única. Una ciudad antigua, sede de algunas de las mezquitas más viejas del país, una ciudad prácticamente ajena a la arquitectura moderna. Era la ciudad más yemení de toda Etiopía, un lugar que los comerciantes árabes visitaban desde hacía mil años y donde seguían ejerciendo una gran influencia cultural. Harar también era el hogar adoptivo de Arthur Rimbaud. El joven poeta francés, que devendría una influencia clave para los surrealistas, se exilió en una casa destartalada de lo alto de la ciudad. Drogadicto y traficante de armas ocasional, durante un breve período Rimbaud también se dedicó al comercio del café. Murió en Francia en 1891, a los treinta y siete años, mientras planeaba su regreso a África.

La manera etíope de preparar café de especialidad supuso una revelación. Los productores yemeníes por fin pudieron ver aplicados los métodos y estándares que Mokhtar había estado predicándoles. Si no le habían creído antes cuando les había enseñado las fotografías de vastas camas de secado repletas de cerezas de color rojo brillante, ahora las vieron por sí mismos. Podía hacerse.

Y sin necesidad de ingentes sumas de dinero ni tecnología avanzada. Los etíopes recogían las cerezas igual que los yemeníes, a mano, pero con más mimo, y aplicaban métodos más precisos a lo largo de la cadena de

producción. La única faceta de la producción etíope que no guardaba ninguna relación con la yemení era el procesado húmedo. Los etíopes empleaban grandes cantidades de agua para lavar los granos. Los cafetales solían situarse cerca de algún río y los etíopes desviaban el agua para lavar el café y luego reincorporaban los residuos líquidos al mismo curso.

Pero esos residuos no eran potables y, como el agua estaba mezclada con los azúcares del café, modificaba la química de cualquier río, arroyo o capa freática donde penetrara. En un mundo preocupado por el consumo de agua y el acceso cada vez más limitado al agua potable –y su coste creciente–, utilizar tanta para tratar el café no parecía sostenible a largo plazo, ni política ni financieramente.

Algunos caficultores etíopes ya estaban experimentando con el procesado en seco. Mokhtar sabía que en Yemen no tenían otra opción. Allí los productores no conocían otro método y rara vez tendrían acceso a los volúmenes de agua necesarios para el lavado. El procesado en seco había sido el único para el café yemení desde el inicio. Suponía al mismo tiempo la virtud y el defecto de los granos yemeníes. El procesado seco tradicional tenía potencial para capturar sabores inusuales y resaltar los rasgos más atrevidos y osados de un grano. Pero, si no se realizaba con sumo cuidado, el procesado en seco daba una calidad tan irregular que el café, en el mejor de los casos, podía calificarse de comercial.

En Etiopía, Mokhtar vio vastas camas alzadas de secado repletas de cerezas color rubí. Vio parcelas pequeñas con variedades propias, explotaciones que mandaban su café directamente a tostaderos de Europa y Japón. Vio los efectos del comercio directo, donde los tostadores pedían a los productores lo que necesitaban y los productores sabían cómo satisfacer sus necesidades.

Formaban una bonita simbiosis, sin capas de agentes y usureros que invariablemente minaban los beneficios de los productores.

Mokhtar volvió a Yemen con ganas de compartir lo que había visto con Yusuf y la Cooperativa Al Amal. Intentó contactar con ellos durante días sin obtener respuesta. Al final, Yusuf contestó al teléfono.

–Lo siento –dijo–. Ha habido una muerte en el pueblo.

–¿Quién ha muerto? –preguntó Mokhtar.

–Malik. Murió la noche que te fuiste.

Mokhtar no podía entenderlo.

–Era muy mayor –le dijo Yusuf.

Mokhtar fue a Al Haymah a presentar sus respetos. Encontró a la viuda de Malik, llamada Warda, sentada en la planta alta de su casa. La brisa fría que entraba por las ventanas abiertas atravesaba la estancia. Del techo pendían cerezas rojas puestas a secar. Mokhtar le dijo a Warda cuánto lo sentía. Como su marido, Warda era callada, difícil de escrutar. Y como Malik, también era menuda, no mediría más de metro y medio.

–Yo cuidaré de ti –le dijo Mokhtar.

Le contó cuánto significaban para él su marido y su café, y que la apoyaría siempre.

La mujer no parecía tener ni idea de lo que le hablaba. Mokhtar contempló la escena a través de los ojos de Warda: el que había sido su marido durante cincuenta años había fallecido hacía escasos días y ahora un americano, al que nunca había visto, ¿le prometía cuidar de ella?

Mokhtar conoció a su hijo Ahmed, y hablaron del futuro. Pero tenía sus dudas. Su negocio dependía en cierta medida de la capacidad de la plantación de Malik y Warda para continuar produciendo un café de la calidad que había

puntuado tan alto hacía apenas un mes. No parecía probable que la plantación continuara sin Malik.

«El General quiere verte.» Fue el mensaje que le transmitieron a Mokhtar. Se dirigió a pie a la finca del General. Desde el principio, el General había sido el que más había desconfiado de Mokhtar, por sus maneras urbanas y su indumentaria de Rupert, pero el concurso de tiro lo había ablandado un poco.

Los dos hombres se sentaron a mascar qat. Mokhtar le enseñó fotografías de Etiopía, las cerezas rojas y las camas de secado, y el General las examinó con atención. Animado por el qat, el General le habló de sus tiempos en el ejército y le preguntó cómo había aprendido a disparar tan bien. Mokhtar le contó la verdad, que había aprendido en Bakersfield con Rakan y Rafik, y en Ibb con Hamood. Mencionó que Rafik había sido policía en Oakland y el mejor tirador de la academia. De algún modo, durante las semanas siguientes, esta historia evolucionó, viajando y expandiéndose desde el General por toda la aldea, hasta que todo el mundo supo que Mokhtar era el mejor tirador de California y había sido entrenado por un soldado de las Fuerzas Especiales.

El General se comprometió a colaborar con la obra de Mokhtar y prometió construir la primera cama de secado de Al Haymah. Al cabo de unas semanas, ya la había hecho. La versión etíope estaba fabricada con aluminio, pero por lo demás la cama de secado del General parecía idéntica. Era enorme y robusta y con capacidad para diez mil cerezas, el volumen de su cosecha. La había construido con madera local simplemente mirando la foto en el móvil de Mokhtar.

Hubayshi no telefoneaba a Mokhtar a menudo. Normalmente era Mokhtar quien

llamaba.

–Tengo veinte toneladas para ti –dijo Hubayshi–. Las hemos recogido como pediste. Están todas rojas.

Mokhtar se lo tomó con escepticismo. Hubayshi tenía casi ochenta años y llevaba cincuenta mercadeando con café comercial de baja calidad. Mokhtar le había entregado las pautas para cumplir con los requisitos del café de especialidad, pero no confiaba en que el viejo pudiera alcanzarlas... ni siquiera en que lo intentara. Ahora afirmaba tener veinte toneladas de café de especialidad.

Cuando Mokhtar llegó al día siguiente, descubrió que era verdad. El personal de Hubayshi había recolectado las cerezas de color rubí y había mantenido separadas las de cada finca. Habían embolsado y etiquetado los cafés según las directrices de Mokhtar. Había tres fuentes principales: el valle de Huwaar en la provincia de Ibb, el pueblo de Rawaat en la región de Udain, y el café de Wadi Al Jannat, el Valle de Paraíso. En total, veinte toneladas. Mucho más de lo que podría juntar la Cooperativa Al Amal.

Si el café de Hubayshi daba bien en cata y Mokhtar conseguía dinero para comprarlo, tendría suficiente café de especialidad, dieciocho mil kilos, para llenar un contenedor.

Conforme Mokhtar viajaba por el valle de Ibb su séquito iba creciendo. Siempre iba con Nurideen, pero ahora a menudo les acompañaba también Yusuf, de la Cooperativa Al Amal, así como un surtido rotatorio de otros agricultores a los que había convencido para que se sumaran a su movimiento. Y ninguno más comprometido que el General. Adoraba las expediciones a otras plantaciones, y su presencia resultaba particularmente crucial para

convencer a otras aldeas, otras cooperativas, para que adoptaran los métodos de Mokhtar.

Un día, en una pequeña aldea a ciento sesenta kilómetros de Al Haymah, el séquito había visitado las plantaciones y había almorzado, y luego una veintena de aldeanos se sentó a relajarse y mascar qat. Mokhtar, tal vez envalentonado por el qat, estaba exponiendo no solo la forma en que los campesinos podían y debían mejorar sus métodos de cultivo, sino cómo estaban siendo explotados, esclavizados incluso, por los usureros que operaban en la región.

–Se aprovechan de vosotros –rugió–. Vendéis demasiado barato. Vendedme a mí y yo os libraré de esos criminales. Seréis libres y punto. Se acabó vivir en deuda perpetua con los usureros.

Mokhtar acostumbraba a insistir en el tema dondequiera que hablara ante un grupo de campesinos, para conocer así a los hombres importantes de la sala, el jefe de la cooperativa y los ancianos influyentes. Pero en esta ocasión tuvo poca vista. El hombre que estaba sentado a su lado, tocado con kufiya de cuadros y con el chaleco cargado de una amalgama de papeles arrugados y dinero, era un usurero: el usurero que sometía a todos los agricultores locales.

Se levantó y se giró hacia Mokhtar.

–¿Cómo puedes venir aquí y soltarle tantas tonterías a esta gente? –Miró a Mokhtar con los ojos entornados–. ¿Sabes? Hace unos años vino un hombre como tú. Era de Arabia Saudí, y vino prometiendo más o menos lo mismo. No acabó demasiado bien.

Mokhtar captó el mensaje; el hombre amenazaba con matarlo. Llevó lentamente la mano hacia su SIG Sauer, oculta en el sarong. No tenía intención de dispararla, pero pensó que tal vez la necesitaría para salir vivo de la aldea. No conseguía captar el ánimo de la sala. ¿Se habían alineado con el usurero o con él?

Al otro lado de la sala se levantó otro hombre. Mokhtar se puso las gafas para ver quién. Era el General, con la mirada furibunda. Se arrancó una de las granadas de la chaqueta y la levantó por encima de la cabeza mientras cruzaba a zancadas la sala en dirección a Mokhtar y después al usurero. Se situó entre Mokhtar y el prestamista, con la granada rozando la cara temblorosa del hombre.

–Como te metas con Mokhtar –siseó el General–, responderás ante mí.

El usurero sonrió, tenso, y se sentó.

EL DINERO EN LA MANO,
NO EN EL CORAZÓN

Mokhtar estaba comprando café, pero no tenía donde procesarlo.

La única planta de procesado que conocía la dirigía un tal Arafin Zafir. Mokhtar lo había conocido meses atrás y estaba al corriente de su reputación. Zafir era indonesio y hablaba un árabe pésimo, pero les decía a sus compradores de Asia y Europa que era yemení. Había cientos de miles de inmigrantes en Yemen, la mayoría asimilados en mayor o menor medida, pero algo en la manera de comportarse de Zafir inquietaba a Mokhtar. De entrada, procesaba el café en la misma planta en la que fabricaba papel, una situación que impedía que cualquiera de sus cafés pasara de simplemente aceptable. No había manera de eliminar el vago aroma a papel de los granos.

Pero de momento Mokhtar no tenía elección. Abdo Alghazali le había recomendado que no trabajara con Andrew Nicholson, la única otra persona que conocía en Saná con una planta de tratamiento. Sus razones para vetar a Andrew Nicholson –que constaba en el FODA original de Mokhtar no estaban claras, pero Abdo Alghazali era insistente. Llegaría un día en que Mokhtar quizá tuviera su propia planta, pero de momento tenía que elegir el menor de dos males, que era Zafir. Mokhtar fue a Saná con las muestras de las tres fincas de Hubayshi.

En la planta de Zafir tuvo que enfrentarse a Suha, que gestionaba las operaciones cotidianas. Mokhtar le entregó sus muestras y le encargó que las

trillaran y clasificaran. Suha era altiva y a menudo brusca, y mientras hablaba con ella Mokhtar vio a las clasificadoras en sus puestos, una veintena de mujeres sentadas a unas mesas de madera con dos montones de sus granos delante. Las mujeres trabajaban calladas y les prohibían escuchar música, y Mokhtar lamentó su situación, ese día y en todas las visitas de la semana siguiente, cuando regresó en tres ocasiones y se encontró sus muestras sin terminar.

Suha le puso excusas, pero a Mokhtar se le acababa el tiempo. Necesitaba las muestras procesadas para poder tostarlas y catarlas y mandárselas a Willem, que estaba en Etiopía. Pero Suha se retrasaba, y un día, delante de las veinte clasificadoras silentes, Mokhtar perdió la paciencia.

–Si no sabes llevar la planta –gritó–, ¡véndemela!

Mokhtar no tenía ni idea de por qué lo había dicho. No tenía dinero para comprarla. Pero a veces se vestía el disfraz de yemenoamericano rico, consciente de que en una sala como aquella nadie detectaría el engaño. Las clasificadoras alzaron brevemente la vista antes de reanudar el trabajo. Pero en cuanto Suha se marchó, una de las trabajadoras, una treintañera sin velo, se le acercó.

–Si compras la planta, llévame contigo –le pidió en inglés.

Tenía la mirada firme. Mokhtar estaba desconcertado. La presencia de una clasificadora que hablara inglés en una planta de tratamiento de café era inesperada de por sí, pero el descaro de hablarle delante de las otras trabajadoras era notable.

–Lo haré –respondió Mokhtar en inglés–. ¿Cómo te llamas?

–Amal.

–¿Dónde podemos hablar?

Quedaron al día siguiente en una cafetería.

Cuando se encontraron, Amal le explicó las deplorables condiciones de

trabajo en la planta de Zafir. La jornada era larga, el sueldo irrisorio y rara vez se pagaba con puntualidad. No se les permitía hablar, cantar ni poner música. Una de las mujeres había trabajado durante los primeros meses de embarazo, y cuando perdió al bebé y enfermó, la despidieron. Mokhtar pensó en su abuela en Richgrove, en sus historias sobre las injusticias sufridas por los trabajadores del campo en el Central Valley. Hizo suya la indignación de su abuela.

–Si montas una planta de procesado –dijo Amal–, te seguiré. Y conseguiré que el resto de las mujeres vengan conmigo.

Durante los dos días siguientes, las mujeres terminaron de clasificar las muestras y luego Mokhtar las empaquetó apresuradamente para mandárselas a Willem a Adís Abeba. Se dirigió al centro DHL de Saná y se encontró con la clase de costes adicionales que cabía esperar en Yemen. Había pesado repetidamente las muestras y sabía que enviaba a Willem tres muestras, un total de tres kilos. Pero el empleado de DHL dijo que pesaban 4,2 kilos y exigió cien dólares extras.

–Por favor –rogó Mokhtar–. No me hagas esto. Sé que son tres kilos.

El empleado volvió a pesar el paquete y una vez más la pantalla digital marcó 4,2 kilos. Mokhtar miró si el hombre apoyaba las manos en la balanza, pero las tenía a los lados. Había presenciado pequeños fraudes similares docenas de veces en Yemen, pero aquel le impresionó. Supuso que el hombre se las habría apañado para trucar la balanza.

Mokhtar retiró el paquete de la balanza y volvió a depositarlo. Una vez más, pesó 4,2 kilos. Mokhtar sintió curiosidad. Abrió la caja y las tres bolsas. La primera estaba igual. La segunda no había cambiado. Pero cuando abrió la tercera, vio algo negro y brillante. Parecía una pistola SIG Sauer. Su SIG Sauer.

Con las prisas por preparar las muestras, había metido la pistola en una de las bolsas y había estado a punto de mandarla a Etiopía.

Willem cató las muestras y calificó un par de ellas de excelentes. La muestra del valle de Huwaar obtuvo una puntuación de 88,75 y la de Udain puntuó 89,5. No obstante, la del Valle de Paraíso se había pasado de fermentación y se consideró inferior.

Pero no importó. Como había seguido las instrucciones de Mokhtar, ahora Hubayshi tenía diez toneladas de bayas de alta calidad del valle de Huwaar y siete toneladas de Udain. Y Mokhtar sabía que podía comprárselas todas. Le costaría unos doscientos mil dólares comprar las dieciocho toneladas de cerezas secas y, con la ayuda de Willem, no sería difícil sacar beneficios vendiendo el contenedor a minoristas del café de especialidad de Estados Unidos, Europa y Japón. Hubayshi ya tenía camiones y chóferes y sabía cómo mover el café por el país. Bastaba con que Mokhtar pagara por los granos, los procesara y los clasificara.

Pero cuando llamó a los inversores, convencido de que compartirían su entusiasmo ante las altas puntuaciones y el volumen disponible de granos –de manera inmediata, añadió–, no se inmutaron. Les preocupaba la seguridad del país, dijeron. Yemen parecía a punto de estallar.

–¿Y bien? –preguntaba Hubayshi a Mokhtar.

Telefoneaba a diario.

–Esperando los fondos –mentía Mokhtar–. Están al caer.

Cada mañana Mokhtar telefoneaba y suplicaba a los inversores que invirtieran efectivamente en la empresa emergente que intentaba arrancar, y cada día Hubayshi lo telefoneaba a él, queriendo saber si Mokhtar pensaba pagar el café que le había encargado comprar. Hubayshi era educado, pero

Mokhtar sabía que conforme pasaran las semanas podría perder el café, de tonelada en tonelada. Hubayshi tenía que pagar a agricultores y colectivos, de modo que vendió cinco toneladas de Udaini y luego cinco del valle de Huwaar. Mokhtar se desesperaba al ver cómo se le escapaban los granos.

Hubayshi, para demostrarle su buena voluntad, le entregó cinco toneladas de Udaini. Aceptó los diez mil dólares, y el resto del coste –casi cien mil dólares– a crédito. No había ningún problema. Mokhtar estaba seguro de que terminaría consiguiendo que los inversores compraran el café que le habían mandado a comprar, pero de momento tenía que encontrar dónde meter las cinco toneladas de granos.

Mokhtar no disponía de almacén ni planta procesadora. No quería procesar el café en la planta de Zafir, dadas las condiciones laborales. Pero la otra planta que conocía en Saná era Rayyan, la que gestionaba Andrew Nicholson. Nicholson había sido el primer estadounidense que Mokhtar había conocido en el sector cafetero yemení. Pese a la advertencia de Abdo, no tenía otra opción. Hubayshi necesitaba mover el grano y Mokhtar necesitaba un lugar donde procesarlo.

LOS AMERICANOS

Cuando Mokhtar llegó a la planta de Andrew Nicholson, su mano derecha, Ali al Hajry, disparó el fusil al aire. Reinaba un ambiente de celebración. Mokhtar saludó a Ali y a Andrew y, una vez dentro, la sensación imperante era justo la contraria de la que le habían inducido a creer. El personal parecía satisfecho y amistoso. Las clasificadoras cantaban. Mokhtar comprendió prácticamente en el acto que Abdo Alghazali había tratado de mantenerlo alejado de Andrew no porque este careciera de escrúpulos, sino porque sabía que Mokhtar y Andrew se llevarían bien y juntos serían imparables.

Andrew hablaba árabe con acento de Saná. Durante un segundo Mokhtar y Andrew no consiguieron decidir qué idioma emplear, árabe yemení o inglés americano. Optaron por el inglés, y Mokhtar oyó la característica forma de arrastrar las palabras del sudeste de Estados Unidos. Resultaba incongruente, incluso cómico, de boca de un hombre vestido con sarong, barbudo y con una daga yemení de lo más convincente enganchada al cinturón. Andrew parecía tan autóctono como Mokhtar.

Pero había crecido en la Luisiana rural. Había jugado a béisbol y se había casado con su novia del instituto, Jennifer. Estudió ingeniería en la universidad y después trabajó de comercial. Tuvo éxito, pero era una persona inquieta y volvió a estudiar, esta vez enfermería. Unos años después, mientras trabajaba de enfermero en un hospital de Houston, entró en contacto con médicos y otros profesionales del mundo musulmán o de habla árabe y se le despertó la

curiosidad. Fue después del 11S, y quizá en respuesta a la intolerancia que había conocido de niño en Luisiana, se sintió atraído por sus colegas de Egipto y Jordania. En todo caso, quería que supieran que eran bien recibidos.

Al poco Andrew y Jennifer decidieron trasladarse a Yemen para aprender árabe. Tenían veintitantos años y, aunque eran padres primerizos –su primera hija tenía nueve meses cuando se mudaron a Saná–, les pareció una aventura que solo podrían permitirse en esa etapa más libre de sus vidas. Tras dieciocho meses en la capital, habían trabado amistades y hablaban árabe yemení con fluidez. Volvieron a Houston, donde Andrew empezó a trabajar de asesor para empresas que operaban en el mundo árabe.

Uno de los amigos de Andrew, Sean Marshall, tenía una cafetería en Houston y lo introdujo en el café de especialidad de la tercera ola. Un día, charlando del café, de sus orígenes y la situación del mercado, Sean le comentó:

–¿Y si vuelves al Yemen y te traes una muestras? ¿Y si pruebas a exportar café yemení?

Andrew se rio, pero a la mañana siguiente la idea le pareció más plausible. Andrew y Jennifer lo hablaron y, seis meses después, volvieron a Saná. Al principio se quedaron con unos amigos y Andrew viajaba semanalmente a las montañas para visitar cafetales y recabar información. Regresaba a la capital con muestras de café, pero enseguida se dio cuenta de que en Yemen no había nadie que procesara correctamente las bayas. No tenía intención de montar una planta procesadora, pero sin planta no había negocio. De modo que con la colaboración de Sean y otro socio ampliaron el alcance de la operación. Trabajarían con los campesinos, transportarían los granos verdes a Saná, los procesarían y los exportarían. Bautizaron la empresa Rayyan.

La escala de la inversión era alta y el primer año Rayyan no dio beneficios, ni tampoco el segundo. Andrew no encontraba trabajadores fiables, pero puso

a uno, Ali al Hajry, de subdirector de la planta. El resto de las personas que contrató le robaron. Andrew pidió consejo a Ali, y Ali pidió consejo a su madre. La madre de Ali volvió a su pueblo, a unos veinte minutos de Saná, e hizo correr la voz: estaban buscando a trabajadores de fiar, que no robasen. En unas semanas la madre de Ali había provisto de personal a la empresa. Conocía a todos los que trabajaban para su hijo, que trabajaba para el americano. Estaban cubiertos.

Rayyan comenzó a operar durante la Primavera Árabe de 2011, pero el caos callejero apenas perjudicó el éxito inicial de la empresa. La gente quería café yemení y Andrew se vio exportando a Japón, China, Europa y Norteamérica. Los levantamientos les causaron alguna molestia ocasional, pero Rayyan consiguió funcionar sin pausa durante todo el proceso de auge y caída del presidente Hadi y la llegada de los hutíes. Cuando dirigías un negocio de exportación desde Saná podía pasar de todo.

Mokhtar y Andrew acordaron trabajar juntos, como socios en lugar de competidores. Mokhtar buscaría el mejor café del interior mientras que Andrew permanecería cerca de Saná y se concentraría en exportar variedades más asequibles. Rayyan procesaría los granos de Mokhtar, pero Andrew no podía encargarse de la selección. No tenía sitio para el personal.

La planta baja comercial del edificio de Mohamed y Kenza, que hasta hacía poco había sido una tienda de chucherías y refrescos, estaba vacía. A Mokhtar le gustó el local, pero Nurideen tenía sus dudas. La ubicación era práctica, desde luego, pero estaba el problema del niño demoníaco que habían visto la última vez que habían abierto el local.

Había ocurrido unos meses atrás. En pleno día, habían encontrado a un niño de trece años plantado frente a la tienda con un cuchillo en la mano, los ojos

en blanco y hablando de forma incomprensible. Nadie pudo razonar con él, y al final se impuso la opinión de que estaba poseído por un espíritu maligno. Lo llevaron a un exorcista de Saná, que dedujo que efectivamente llevaba un demonio dentro y que dicho demonio se había enamorado del niño. Debido a la contaminación demoníaca, la tienda cerró. Nurideen se lo contó a Mokhtar.

–Te refieres a la tienda de la planta baja, ¿no? –aclaró Mokhtar.

Había entrado cientos de veces en la tienda, donde solía comprar las tarjetas telefónicas. Mokhtar no creía que un demonio hubiera poseído al niño, y desde luego tampoco creía que como consecuencia hubiera contaminado la tienda. Pero la mancha demoníaca había vaciado el negocio y el alquiler resultaba asequible. Así que alquiló el local.

–Pero no se lo digas a las clasificadoras –le advirtió Nurideen.

Los yemeníes eran supersticiosos y, si la historia del niño poseído que rondaba la tienda asustaba a una sola de las clasificadoras, bastaría para que el resto de las trabajadoras se quedaran en la planta libre de demonios de Zafir. De manera que Mokhtar no les dijo nada.

Alquiló el local, y también alquiló las dos tiendas contiguas y derribó los tabiques que las separaban. Creó un espacio de descanso con sofás, mesilla de café y alfombra. Dobló la paga de Amal y el resto de las clasificadoras, y un día de febrero de 2015 dieciséis clasificadoras abandonaron la planta de Zafir para entrar en la de Mokhtar.

Mokhtar lo convirtió en un acontecimiento. Nunca había tenido empleados, pero había aprendido algunas nociones de las empresas californianas progresistas donde trabajaban sus amigos. Sirvió café, zumo y pasteles y reunió a las dieciséis mujeres, pidiéndoles que se sentaran en un corro. Todas llevaban nicab. Mokhtar solo les veía los ojos.

–Quiero conocerlos a todos –dijo, y vio en la mirada de ellas que no era habitual–. Podemos ir en orden y me vais diciendo el nombre de cada una, de dónde sois y, para romper el hielo, qué comida os representa y por qué.

Las mujeres no sabían de lo que hablaba. ¿Por qué habrían de ser una comida? ¿Por qué iba un patrón a querer saber algo así? Le llevó veinte minutos explicar el concepto. Al final, consiguió que una de las mujeres sugiriera que, de ser una comida, sería una manzana verde. Se llamaba Um Riyadh, «madre de Riyadh». Era la mayor del grupo y la más atrevida, más franca que las demás.

–¿Por qué una manzana verde? –preguntó Mokhtar.

–Las manzanas verdes pueden ser dulces y ácidas al mismo tiempo. Y yo también. A veces soy dulce. A veces ácida. Depende del humor.

Las otras mujeres se rieron tímidamente.

–¡Bien, bien! –dijo Mokhtar.

Pero cuando le tocó a la siguiente, también dijo que la representaba una manzana verde. La siguiente mujer dijo lo mismo, que ella también era una manzana verde. Seguían sin entender la idea y preferían copiarse a aventurarse a lo desconocido.

Pero Mokhtar obtuvo los nombres y los lugares de procedencia, y las sorprendió demostrando que los conocía. Suponían que no conocería las regiones más remotas de Yemen, pero después de visitar las treinta y dos zonas cafeteras del país, conocía el territorio como el que más.

Ahlam dijo que era de Utmah.

–He estado en Utmah –dijo Mokhtar–. Tienen unas guayabas increíbles.

Um Riyadh dijo que era de Bani Ismail.

–He estado en Bani Ismail –dijo Mokhtar–. Tenéis unos monitos que rondan por allí en grupos.

Baghdad dijo que era de Al Haymah.

Mokhtar le preguntó si del interior o de las afueras de Al Haymah. Ella no parecía creerse que Mokhtar supiera nada de Al Haymah. Dijo que de la periferia de Al Haymah.

–¿Al Mahyar? –preguntó Mokhtar.

–Más abajo.

–¿Por Bait Alel? ¿Bait al Zabadani?

–Casi.

–¿Al Asaan?

–¡Sí! –exclamó Baghdad.

La sala entera lo ovacionó.

Mokhtar abrió el portátil y les mostró las fotografías de sus viajes por Yemen. Las mujeres se apiñaron alrededor, incrédulas. No tenían ni idea de lo diverso que era su país, de lo bello que era Yemen.

A las pocas horas Mokhtar se había hecho una idea de cómo eran a pesar de que solo les veía los ojos. En la planta de Zafir la zona de las clasificadoras daba al área de procesado y por tanto las mujeres tenían que llevar el nicab todo el día, una situación incómoda y poco práctica, vistas las tareas de selección y la falta de aire acondicionado.

Mokhtar estaba decidido a arreglarlo. No podía gestionar una empresa en un concurrido barrio de Saná con dieciséis mujeres descubiertas a la vista de cualquiera que pasara por la calle: las costumbres yemeníes le frustraban como a cualquiera, pero no podía arriesgar el negocio por preocuparse de la indumentaria tradicional de las mujeres en Yemen. De momento necesitaba transigir. Preparó el espacio de manera que quedara una sala amplia de paredes altas y con una puerta que las mujeres pudieran cerrar desde dentro. Las clasificadoras podrían controlar quién entraba y cuándo lo hacía, y así, cuando estuvieran solas, podrían quitarse los nicabs y vestir y comportarse como gustasen.

Mokhtar pensó en las políticas que le habría gustado cambiar en el Infinity. Les ofreció desayuno y almuerzo gratis. Wifi, transporte de casa al trabajo y del trabajo a casa gratuitos. Les concedió fiesta el Día de los Trabajadores e instaló un equipo de sonido al que conectar los teléfonos móviles.

–Haced lo que os plazca mientras trabajáis –les dijo–. Sois mis favoritas.

Se sentía benévolo y convencido de que, en su pequeño espacio, tal vez podrían acercarse a un modelo empresarial californiano: liberalizado e igualitario.

Pero los primeros días, mientras las formaba, estaban incómodas y, aunque les había instalado el equipo de música, cada vez que Mokhtar pasaba por allí solo escuchaba silencio. Añadió un salón, con sofás y un rincón para rezar. Nada.

A la semana, sin embargo, oyó algo. Mokhtar iba de camino a Rayyan cuando oyó los golpes de un bajo procedentes de la sala de clasificación. Las mujeres habían cerrado la puerta y habían pasado el pestillo por dentro, y Mokhtar se acercó a la puerta, convencido de que conocía la canción. Era «Yeah!» de Usher.

En adelante, todos los días sonaba música en la sala de clasificación. A veces era música tradicional yemení. A veces era Katy Perry (sobre todo les gustaba «Roar»). A menudo las mujeres también cantaban.

–Estáis delante de mi cara –les decía.

Lo había dicho el primer día y lo repetía en cada reunión, cada vez que necesitaba recordarles lo importantes que eran para él. Habían arriesgado mucho siguiéndole y Mokhtar no iba a olvidarlo.

–Estáis delante de mi cara –les decía a diario.

Era una vieja expresión yemení, de difícil traducción. Se la decías a un ser querido, a un amigo, mientras te señalabas la cara. Significaba que nunca

perdías de vista a la persona que tenías delante. Que la tenías siempre presente.

LIBRO IV

Era el 31 de diciembre de 2014, faltaban tres días para el cumpleaños del profeta Mahoma. El país entero lo celebraba. Mokhtar se despertó en casa de su abuelo en Ibb con la idea de ir al gimnasio que había a la vuelta de la esquina. Pero cuando bajó a desayunar, se encontró a su tía con la vista clavada en el televisor. Un suicida había detonado una bomba en Ibb.

Había cuarenta y nueve muertos y setenta heridos. Era el primer ataque de ese tipo en Ibb, una ciudad acostumbrada a vivir alejada de esa clase de violencia. «Ha empezado», pensó Mokhtar. Ese día tenía que ir a Saná, de modo que salió de Ibb en dirección al norte.

Cuando llegó a casa de Mohamed y Kenza, se discutían acaloradamente las implicaciones del asesinato de inocentes en Ibb. Ni siquiera Al Qaeda habría perpetrado semejante ataque en Yemen. Normalmente dirigía su furia contra objetivos occidentales, contra objetivos militares... no contra civiles yemeníes.

A la semana siguiente Mokhtar estaba de nuevo en casa de Mohamed y Kenza. Una mañana después de desayunar decidió hacer ejercicio. El gimnasio más próximo se llamaba Health and Sports Club Arnold, en honor a Schwarzenegger.

Cogió un taxi y, a escasas manzanas del gimnasio, se fijó en una

muchedumbre de hombres entrando a pie en el barrio. La mayoría eran hutíes. El gimnasio, cayó en la cuenta Mokhtar, estaba cerca de la comisaría y ese día reclutaban aspirantes para la academia de policía. Parte del plan de los hutíes consistía en infiltrarse en las filas de la policía.

Mokhtar pagó al taxista y decidió recorrer a pie las manzanas que faltaban hasta el gimnasio Arnold. Quería formarse una idea de lo que ocurría, contemplar la extraña estampa de tantos norteños en el centro de Saná.

Entonces la tierra tembló. Mokhtar lo notó en las rodillas. Pensó que era un terremoto. Palpó el cemento, esperando captar las vibraciones, las réplicas. Oyó gritos. El gemido de las alarmas de los coches. Corrió hacia la comisaría y vio carne ardiendo. El torso de un hombre en el suelo. Una mujer chillaba. La sangre manchaba la calle. Repasó los restos de las docenas de muertos, creyendo reconocer a alguno.

Sobresaltado, recordó que Hathem, el segundo hijo de Mohamed y Kenza, era cadete de la academia. Mokhtar sabía que ese día estaba en casa, no podía contarse entre los muertos, sin embargo veía la cara de Hathem en los restos carbonizados de los otros. Enseguida aparecieron los periodistas. Se pusieron a grabar y fotografiar. Mokhtar guardó el teléfono. No podía seguir mirando aquella carnicería. Y entonces pensó: «Corre».

Corrió. Sabía que a menudo los terroristas detonaban una segunda bomba en cuanto llegaban los equipos de rescate para atender a los heridos por la primera. Así que Mokhtar echó a correr y todos a su alrededor, pensando que habría visto algo, salieron corriendo.

En casa de Mohamed y Kenza no dijo nada. Nurideen intuyó que algo iba mal, pero Mokhtar no quiso cargar a la familia con el peso de lo que había presenciado. Ya verían las imágenes por televisión. Había treinta y ocho muertos, sesenta heridos. Mokhtar no quería preocupar a la familia. Pero en su fuero interno se preguntaba qué estaba pasando en Yemen y le preocupaba que

el país tomara el camino de Irak: una tierra sin ley, de conflictos sectarios, bombas suicidas, secuestros, y donde era imposible llevar una vida tranquila.

Mokhtar siguió trabajando lo mejor que pudo. Todos los días abría la planta de procesado para sus clasificadoras y les ofrecía el desayuno, y charlaban sobre la jornada anterior y la tarea para ese día. Seguía formándolas, observándolas, aconsejándolas.

Después de almorzar se acercaba a la planta de Andrew a mascar qat y hablar de negocios y política. No sabían si lo que estaba ocurriendo en Yemen tendría un efecto significativo en el país o en su trabajo. En principio apuntaba simplemente a la habitual transferencia de poder entre actores igual de incompetentes.

El 7 de enero, dos hermanos, Chérif y Said Kouachi, entraron en las oficinas parisinas de la revista satírica *Charlie Hebdo* y mataron a tiros a once personas. A la salida, dispararon y asesinaron a un policía. Un tercer hombre, Amedy Coulibaly, disparó y mató a un policía en Montrouge, al sur de París, y a cuatro personas más en un supermercado kosher. Los ataques, precipitados porque *Charlie Hebdo* había publicado unas caricaturas del profeta Mahoma, desencadenaron una oleada global de apoyo a la revista y sus redactores, dibujantes y editores fallecidos. El domingo, 11 de enero, más de cuatro millones de personas se manifestaron en Francia por las víctimas y en defensa de la libertad de expresión.

El 14 de enero, la rama yemení de Al Qaeda –Al Qaeda de la Península Árabe– reivindicó la autoría del atentado.

El 18 de enero, los hutíes de Yemen rechazaron la nueva constitución

redactada por un comité formado por representantes de todo el espectro político el país. Al día siguiente, tomaron la televisión pública. Ocuparon todos los edificios gubernamentales de Saná y, como protesta, el presidente Hadi dimitió. Semanas después retiraría su dimisión, pero no importó. Los hutíes controlaban el país.

La familia y amigos de Mokhtar en Estados Unidos estaban preocupados por él, pero Mokhtar no percibió grandes cambios en su cotidianidad. Una noche se había acostado con Hadi en el poder y al día siguiente se había levantado sin presidente. Sin embargo, el aeropuerto seguía abierto y operando vuelos comerciales regulares. Los bancos funcionaban con normalidad. Y los colmados, los gimnasios, las mezquitas. Los taxistas conducían sus taxis. Saná seguía siendo Saná, aunque ahora la gobernaban los hutíes. Las vidas de los obreros yemeníes continuaron sin alteraciones. Mokhtar pasaba las tardes en la planta de Andrew, mascando qat con Ali y riéndose de los yemenoamericanos que huían del país.

–Ahora no tenemos gobierno –dijo Mokhtar.

–Un momento. ¿Yemen tenía gobierno? –preguntó Andrew.

El 10 de febrero de 2015 el Departamento de Estado estadounidense anunció que cerraba la embajada. El personal había sido trasladado fuera de Saná. Al día siguiente la embajada se cerró definitivamente. También la embajada británica cerró y los gobiernos de Gran Bretaña y Estados Unidos conminaron a sus ciudadanos a que abandonaran inmediatamente el país. Pero no existían planes de evacuación para los ciudadanos estadounidenses. Todavía despegaban vuelos comerciales, apuntó el Departamento de Estado, y «el gobierno de Estados Unidos facilita las evacuaciones solo cuando no existen alternativas comerciales seguras».

El ministro de Exteriores francés cerró la embajada a los pocos días. «Dado el reciente desarrollo de los acontecimientos políticos y por razones de seguridad –decía el comunicado oficial–, la Embajada les invita a abandonar temporalmente Yemen lo antes posible, mediante los vuelos comerciales a su disposición. La Embajada permanecerá temporalmente cerrada a partir del viernes, 13 de febrero de 2015, y hasta nuevo aviso.»

No era extraño que las embajadas occidentales cerraran un día o una semana. La embajada estadounidense había cerrado en 2001, 2008 y 2009. Para Mokhtar formaba parte del ritmo de la vida en Yemen. El ambiente se caldeaba, las embajadas cerraban y luego, al cabo de unas semanas, cuando la situación volvía a calmarse, reabrían.

Andrew también se quedó. Prometieron mantenerse al tanto de sus planes respectivos. Hasta que la situación se volviera insostenible –o, más concretamente, hasta que no pudieran seguir trabajando con el café– aguantarían.

Unas horas al día Mokhtar intentaba convencer a sus inversores para que pagaran el café que había prometido comprarle a Hubayshi. Habían pasado dos meses y los inversores no cedían. Y conforme las condiciones en Yemen empeoraban, se aferraban todavía con más fuerza a su dinero.

Mokhtar llamó a Ghassan para pedirle consejo. Llamó a Willem. Y Hubayshi le llamaba a diario. «¿Y mi dinero?»

Para marzo, la mayoría de los yemenoamericanos que conocía se habían marchado. Mokhtar empezó a inquietarse por Andrew. Mokhtar pertenecía a una vasta tribu y podía contar con su protección. Pero Andrew carecía de una herencia similar. Y, en este nuevo período, donde ya no podía confiarse en el orden y las normas, cualquier extranjero podía convertirse en objetivo de

algún secuestro. Jennifer, la mujer de Andrew, estaría a salvo si no salía de casa, pero Andrew era conocido y podían ir a por él.

El 20 de marzo varios terroristas suicidas se inmolaron dentro de dos mezquitas de Saná. Al hacerlo durante la plegaria del viernes, las mezquitas, frecuentadas por chiítas hutíes, estaban llenas. Uno mató a treinta y siete hombres, mujeres y niños, e hirió a más de trescientas personas. Era el peor atentado terrorista perpetrado en suelo yemení y lo reivindicó Estado Islámico.

El 21 de marzo, EI publicó los nombres y las direcciones del centenar de empleados militares estadounidenses destinados en Yemen y alentó a sus acólitos a matarlos. Estos últimos trabajadores fueron evacuados el 25 de marzo y, el mismo día que partieron de Al Anad, al norte de Adén, los hutíes se apresuraron a apoderarse de la estratégica base militar. Los hutíes también tomaron el aeropuerto internacional de Adén y su banco central.

Arabia Saudí, que se había enfrentado a los hutíes en 2009 y 2010, concentró tanques y artillería cerca de la frontera con Yemen. Hacia finales de marzo, los hutíes controlaban nueve de las veintiuna provincias yemeníes, Taiz inclusive, la tercera ciudad del país.

–La cosa pinta mal –dijo Mokhtar.

Andrew y él estaban en la planta, mascando qat por la tarde.

–Es Yemen –dijo Andrew.

No pensaban dejar Yemen para siempre. Pero estaban planeando una salida temporal para asistir a la conferencia de la SCAA, la Asociación Americana del Café de Especialidad, en Seattle. Rayyan había alquilado un stand y, con cientos de importadores y compradores de todo el mundo, Mokhtar y Andrew consideraban la conferencia un paso crucial para su trabajo. Mokhtar compartiría el stand de Andrew y presentaría sus cafés de Udaini y Al Haymah. La conferencia sería su promoción más importante hasta la fecha, la

primera presentación de verdad del progreso que había realizado con las variedades yemeníes.

Salir de Yemen incluso durante los períodos de paz, incluso para los estadounidenses, se había convertido en un calvario. Las anécdotas comenzaron a circular en 2011. Yemenoamericanos que entraban en la embajada estadounidense para algún trámite rutinario y salían sin el pasaporte. Interrogatorios estrafalarios, acusaciones de cambios de nombres, de vivir en ESTADOS UNIDOS bajo identidades falsas. Mokhtar estaba al corriente de los rumores. Eran extraños e irreales, en particular el que hablaba de Mosed Shaye Omar.

Era un conocido de Mokhtar de San Francisco. Un hombre afable de unos sesenta años, que llevaba más de cuarenta viviendo en Estados Unidos. En 1978 se había naturalizado estadounidense. Tenía número de la seguridad social, carnet de conducir californiano, pagaba religiosamente sus impuestos.

Como miles de inmigrantes, había dejado a parte de la familia en su país de origen. En su caso, una hija se había quedado en Yemen con los abuelos paternos. Cuando la niña cumplió doce años, Mosed decidió que estaba preparado para llevársela a vivir con él en San Francisco. En 2012 regresó a Yemen a fin de preparar el papeleo para sacarle un pasaporte a su hija. Presentó la solicitud del pasaporte para su hija en agosto del mismo año, en la embajada estadounidense de Saná.

En diciembre de 2012, lo citó la embajada. Lo llamaron por teléfono y le dijeron que tenían «buenas noticias» a propósito de la solicitud de pasaporte para su hija.

El 23 de enero de 2013 fue a la embajada pensando que iba a recoger el pasaporte de su hija. Cuando llegó, un funcionario del consulado le pidió el

pasaporte. Mosed se lo entregó y el funcionario le pidió que se sentara en la sala de espera.

Al cabo de una hora más o menos, Mosed salió escoltado de la sala de espera. Siguió a un funcionario por el edificio principal hasta uno adyacente. Cruzaron diversas puertas de seguridad, custodiadas por personal militar estadounidense de uniforme. Mosed ya sabía que probablemente aquello se alejaba de cualquier procedimiento habitual. Sabía que no lo acompañaban a recoger el pasaporte de su hija.

Lo condujeron a una salita donde había tres hombres. Uno pertenecía al Servicio de Seguridad Diplomático y otro era el intérprete. El tercero parecía estadounidense, pero no habló en ningún momento del proceso, que Mosed identificó como un interrogatorio.

Mediante el intérprete, el miembro del Servicio de Seguridad Diplomático preguntó a Mosed acerca de sus orígenes, su familia, su nombre. Mosed le dijo que se llamaba Mosed Shaye Omar. Al fin y al cabo, era el nombre que constaba en el pasaporte, un pasaporte expedido y renovado con fecha reciente de 2007 por el Departamento de Estado.

Transcurrida una hora, lo escoltaron fuera de la sala de interrogatorios y de vuelta a la sala de espera donde había empezado. Le indicaron que esperase allí.

Una hora más tarde, lo acompañaron otra vez por puertas de seguridad y corredores, por delante de guardias armados, de vuelta a la sala de interrogatorios. El hombre del Servicio de Seguridad Diplomático volvió a preguntarle su nombre. Mosed insistió en que se llamaba Mosed Shaye Omar, el único nombre que había tenido. El intérprete parecía frustrado con Mosed y empezó a insertar consejos propios en el diálogo. Además de traducir lo que decía el agente del Servicio de Seguridad Diplomático, comenzó a

recomendarle a Mosed que cooperase, que le dijera al agente lo que quería escuchar.

Esta segunda sesión duró otra hora, tras la cual volvieron a conducir a Mosed a la sala de espera general. Le mandaron esperar. Pasaron las horas. Mosed no había tenido acceso a alimento ni agua desde las seis y media de la mañana, una situación difícil en circunstancias normales, pero especialmente ardua en el caso de Mosed. Tenía diabetes y la tensión alta y, mientras esperaba, se sintió desfallecer y se le nubló la vista. No podía telefonar a la familia ni a los amigos, dado que no se permitía la entrada de móviles en el edificio y las instalaciones no contaban con cabinas.

A las cuatro de la tarde estaba tan desesperado por salir que se acercó a un guardia y le dijo que necesitaba marcharse, que haría lo que fuera para que le permitieran volver a su casa y comer. El guardia se lo comunicó a los funcionarios de la embajada y enseguida apareció un oficial consular y lo escoltó de vuelta a la sala de interrogatorios.

Allí le entregaron un papel para que lo firmara. Mosed no leía bien inglés, así que no entendió el significado del documento. El intérprete estaba presente pero no se ofreció a traducirlo. A Mosed le dijeron que firmara si quería salir de la embajada. Firmó el papel con su nombre, Mosed S. Omar, y el intérprete le tomó las huellas.

Después de firmar la declaración, lo devolvieron a la sala de espera y le dijeron que esperase al cónsul, quien le devolvería el pasaporte. Pero no se lo devolvieron. Lo llamaron a la ventanilla y le dijeron que no podían devolverle el pasaporte porque no se llamaba Mosed Shaye Omar. Dicho lo cual, el funcionario cerró la ventanilla y Mosed fue escoltado hasta la puerta por un guardia armado.

Mosed se fue a casa y, como no había comido ni bebido desde hacía doce horas, sufrió una crisis diabética grave y lo condujeron a toda prisa al

hospital. Mientras lo atendían intentó comprender lo que le había pasado en la embajada. No le habían dado ninguna explicación de qué les había llevado a sospechar que no era Mosed Shaye Omar. No le mostraron ninguna prueba. No le dieron día para una vista ni ninguna pista de lo que se suponía que debía hacer sin pasaporte mientras la mayoría de su familia seguía en Estados Unidos, donde él había residido durante cuarenta años.

Al día siguiente, empezó llamando a la embajada, pero no contestaban al teléfono. Descubrió que el correo electrónico era el medio de comunicación preferido por la embajada, así que empezó a escribirles e-mails. Durante los once meses siguientes, escribió a la embajada, pero no recibió respuesta. Finalmente, en diciembre de 2013, casi un año después de que le confiscaran el pasaporte el 23 de enero, recibió un correo electrónico citándolo en la embajada. Acudió el 15 de diciembre y, cuando llegó, le dieron una notificación escrita explicándole que le habían revocado el pasaporte porque «una investigación ha desvelado que no es usted Mosed Shaye Omar, nacido el 1 de febrero de 1951. En realidad usted es Yasin Mohamed Ali Alghazali, nacido el 1 de febrero de 1951. El 23 de enero de 2013 firmó una declaración jurada donde admitía que su verdadera identidad es Yasin Mohamed Ali Alghazali. Dada la falsificación de datos materiales de su solicitud de pasaporte, este le ha sido revocado de acuerdo con la Sección 51.62(a)(2) del Título 22 del Código de Regulaciones Federales de Estados Unidos».

Mokhtar escuchó historias similares durante años. Por tanto, no era posible acudir a la embajada estadounidense en busca de ayuda.

El 25 de marzo, justo después de que las últimas tropas estadounidenses abandonaran Yemen y un día después de que las fuerzas hutíes avanzaran hacia Adén y obligaran al presidente Hadi a huir por mar, Mokhtar indicó a un

taxista la dirección de su agencia de viajes yemení habitual, cuya oficina seguía abierta en Saná, para comprar billetes de avión a Seattle y asistir a la conferencia sobre café.

Pero cuando el taxista se aproximó a la agencia de viajes, Mokhtar vio una multitud de hutíes dolientes. Era el funeral por las víctimas del ataque del 20 de marzo. Rápidamente la muchedumbre ocupó la calzada y rodeó el taxi. Mokhtar sabía que no debería estar allí. El funeral era un objetivo: los terroristas acostumbraban a bombardear los funerales para multiplicar el número de víctimas. Mokhtar bajó del taxi y se abrió paso entre el gentío. Ya compraría el billete más tarde.

Al día siguiente, el presidente Hadi apeló directamente a Arabia Saudí, pidió que lo ayudaran a cambiar el curso del movimiento hutí. Aludiendo a los vínculos de los hutíes con Irán, solicitó la intervención militar saudí. Mokhtar se enteró de la petición de Hadi, pero no le dio importancia. Nadie se la dio. Mokhtar ni siquiera recordaba si los saudíes tenían ejército.

MONTAÑAS EN LLAMAS

A las tres de la madrugada del 26 de marzo Mokhtar se despertó sobresaltado. El edificio temblaba. Estaba en la planta de Rayyan; había trabajado hasta tarde y había decidido quedarse a dormir en la oficina de Andrew. El temblor lo empujó a subir al tejado, donde vio la montaña de Faj Attan en llamas. El fuego antiaéreo de los hutíes rayaba el cielo. Los incendios humeaban por toda la ciudad. Era el fin del mundo.

Mokhtar entró en internet y confirmó que habían sido los saudíes. Aviones F-15 bombardean las posiciones hutíes en Saná. Cada pocos minutos se sucedía un nuevo ataque. El techo se sacudía y llovía polvo.

Mokhtar telefoneó a su madre. «Estoy bien», le dijo. Ella le suplicó que abandonara la capital y se refugiara en Ibb, en casa de Hamood. Mokhtar lo meditó. Sin duda Ibb era un lugar más seguro: no era probable que los saudíes lo bombardearan. Pero ir a cualquier parte en pleno bombardeo no parecía sensato. Mokhtar se encontraba en un barrio residencial de alta densidad de población, y por las noticias que le llegaban se diría que los saudíes solo perseguían arsenales y posiciones militares hutíes. No bombardearían un barrio civil.

Le dijo a su madre que no se preocupara y colgó. Intentó dormir. Contó los ataques aéreos. Cincuenta, sesenta. Perdió la cuenta a los ochenta.

A las cinco de la madrugada oyó la llamada a la oración. Luego, otra. Diversas llamadas resonaban por toda la ciudad. Bajó a la calle, decidido a pasar la última hora de oscuridad en la mezquita. Por el camino, entre las siluetas negras de los edificios, vio las luminosas franjas blancas del fuego antiaéreo.

Dentro de la mezquita se habían reunido algunas docenas de hombres mientras continuaba el bombardeo. La alfombra estaba cubierta del yeso gris del techo. El imán pronunció una larga súplica y los fieles oraron como si vivieran sus últimos minutos. No podía haber tantos objetivos militares en Saná, pensó Mokhtar. Por fuerza tenían que estar atacando a los civiles y, por tanto, estaban en guerra. Cuando el imán rogó a Dios el perdón de los pecados de los presentes, los hombres lloraban a su alrededor y Mokhtar supo que podía morir allí mismo, que en cualquier momento una bomba podía atravesar el tejado.

¿Había tenido una buena vida?, se preguntó Mokhtar. No estaba seguro. Era una vida incompleta. Debería haber comenzado todo el asunto del café mucho antes, pensó. Si hubiera comenzado un año antes, al menos habría hecho algo, habría terminado algo antes de que llovieran las bombas. Ahora moriría en una mezquita. Quizá a la familia le sirviera de consuelo. Cayó otra bomba, esta vez más cerca.

Los hombres a su alrededor dejaron de llorar. Se habían sometido a su destino. Mokhtar también. Como nada dependía de él, perdió el miedo y la preocupación. Notó cómo se quitaba un peso de encima. Moriría, no moriría. No tenía nada que ver con él. Podía salir huyendo de la mezquita y morir. Podía permanecer en la mezquita y morir. Podía ir a casa de Kenza y Mohamed y morir con su familia. Podía ir a Rayyan y morir con su café.

O tal vez no muriera. Mokhtar y el resto de los fieles se quedaron una hora más, hasta que por fin los silencios entre bombas se alargaron y devinieron un

todo. Al alba había terminado todo. Cuando Mokhtar y los demás hombres salieron de la mezquita, había empezado a salir el sol y una inquietante luz rosa bañaba la ciudad, el aire brillaba cargado de polvo.

Mokhtar, con una paz nueva y total, caminó desde la mezquita hasta la planta de procesado, seguro de que nada volvería a asustarlo nunca más. Era como si ya hubiera muerto.

Esa misma mañana, más adelante, regresó a la agencia de viajes. Pidió dos billetes de avión para salir de Saná. Tenía que ir con Andrew a la conferencia de la SCAA. «Pero ¿qué dices? –exclamó la agente–. Si no tenemos aeropuerto.» Los saudíes habían destrozado las pistas y amenazado con derribar cualquier avión que despegara de Saná.

Mokhtar se dirigió a la planta. Mascó qat con Andrew.

–Durante la Primavera Árabe también lo cerraron –dijo Andrew–. Volverán a abrirlo.

Mokhtar consultó la página web del Departamento de Estado, pensando que encontraría información sobre una evacuación organizada de ciudadanos estadounidenses. No encontró nada parecido. El Departamento de Estado sugería a diario a los estadounidenses de origen yemení que debían salir del país por cualquier medio disponible.

Existían precedentes recientes del Departamento de Estado ayudando a evacuar a sus ciudadanos de un país extranjero en guerra. En 2006, el Pentágono y el Departamento de Estado habían ayudado a quince mil estadounidenses a salir de Líbano durante la guerra entre Israel y Hizbulá.

Pero esta vez era diferente. Dada la presencia de Al Qaeda de la Península Arábiga y Estado Islámico, Estados Unidos había decidido que no podía arriesgarse a una evacuación masiva. No disponían de embajada ni personal

sobre el terreno, por tanto carecían de medios fiables para filtrar a todos los posibles pasajeros de un avión o un barco. Consideraban un riesgo excesivo la posibilidad de dar entrada involuntariamente en Estados Unidos a algún terrorista. Decidieron dejar vendidos a su suerte a los ciudadanos estadounidenses de Yemen.

Un comunicado oficial del Departamento de Estados anunció: «En este momento no existen planes para una evacuación de ciudadanos estadounidenses coordinada por el gobierno. Animamos a todos los ciudadanos estadounidenses a que se pongan a salvo en un lugar seguro hasta que puedan marcharse sin correr riesgos. Aquellos que deseen salir del país, deberán hacerlo mediante opciones de transporte comercial cuando estas vuelvan a estar disponibles».

Lo que condujo a la creación de una página web, StuckInYemen.com [AtrapadoEnYemen.com], que documentaba la difícil situación de aquellos que seguían en Yemen. Recibía financiación de los grupos de defensa de los musulmanes estadounidenses como Council on American-Islamic Relations y el Asian Law Caucus. La página creció hasta dar cabida a setecientos estadounidenses que confiaban en que su gobierno les facilitaría una manera de salir de Yemen.

Presionado por los grupos de derechos civiles araboamericanos, otro portavoz del Departamento de Estado, Jeff Rathke, explicó que los estadounidenses que todavía permanecían en Yemen debían apechugar con las consecuencias de sus decisiones. Daba a entender que la culpa era suya por haber hecho oídos sordos a los sucesivos avisos del gobierno estadounidense. «Durante más de quince años el Departamento de Estado ha aconsejado a los ciudadanos estadounidenses que eviten viajar a Yemen y hemos recomendado a aquellos que ya estaban en el país que se marcharan», dijo.

En otra conferencia de prensa del Departamento de Estado, otra portavoz,

Marie Harf, aludió vagamente a las «oportunidades» de escapar de los estadounidenses.

Un periodista le pidió que concretara.

–¿Qué oportunidades? –preguntó—. ¿Escapar a nado?

Mokhtar necesitaba salir inmediatamente. Tenía que asistir a la conferencia de la SCAA en Seattle y tenía que escapar de la escalada de violencia (por ese orden). Acudía a diario a la agencia de viajes por si despegaba algún avión. Pero el aeropuerto seguía destrozado. No había esperanzas de que volviera a reabrirse pronto.

Los bombardeos continuaron, concentrados sobre todo por la noche. Los saudíes llamaban a la campaña Operación Tormenta Decisiva y aseguraban contar con la participación de otros nueve países, casi todos de población mayoritariamente suní. Jordania, Marruecos, Sudán, Kuwait y Baréin habían contribuido con quince cazas cada uno. Los Emiratos Árabes Unidos, con treinta. Senegal, Qatar y Egipto también formaban parte de la coalición. Pero el peso lo llevaba Arabia Saudí, con cien cazas y ciento cincuenta mil soldados movilizados.

El alcance del bombardeo se expandió. Primero abarcó la base aérea militar a las afueras de Saná y depósitos de municiones. Luego las principales carreteras que conectaban la capital con Taiz y Adén. Llegado el sábado, 28 de marzo, habían fallecido un mínimo de treinta y cuatro civiles en los ataques.

Al quinto día, el bombardeo se había normalizado de un modo extraño, al menos en el centro de Saná. Mokhtar fue a casa de Andrew. Tal vez Andrew tuviera opciones, pensó, tal vez tuviera respuestas. Seguro que tenía qat.

Mokhtar se subió a un taxi y pidió que lo llevaran a El Bonia. Cuando se acercaban a casa de Andrew, el motor empezó a echar humo.

–Se ha recalentado –dijo el taxista, y se pararon.

Mokhtar bajó y vio una tienda que vendía collares de flores, la versión yemení del *lei* hawaiano. Mokhtar se rio en silencio, pensando que compraría uno para Andrew y otro para Ali. Una especie de regalo por haber sobrevivido al bombardeo. Compró dos collares y volvió al taxi al tiempo que el chófer cerraba el capó.

Andrew y Ali se rieron al recibir los collares. Andrew se puso el suyo y los tres hombres se sentaron en su piso y se llenaron los carrillos de qat. Mokhtar abrió el portátil en busca de noticias. Nada prometedor. Visitó la página del Departamento de Estado por si ofrecían alguna opción. Ninguna. Pasó la tarde.

A la hora de cenar Ali se ofreció a llevarlo a casa en coche. La ciudad estaba tranquila. Conscientes de que en cuanto anocheciera el bombardeo podría reiniciarse en cualquier momento, los habitantes de Saná se habían acostumbrado a elegir destino antes de que oscureciera. Nadie quería estar en la calle de noche.

El cielo oscureció mientras Mokhtar y Ali todavía estaban cruzando la ciudad. Y Ali propuso desviarse a la planta de procesado. Necesitaba pasar por allí y, además, quedaba de camino a casa de Mokhtar. ¿Le importaba?

Mokhtar no tenía elección. Todos los taxis se habían retirado al caer la noche. Se dirigieron a la planta. Durante el trayecto comenzó el bombardeo. Era la primera noche que las bombas lo pillaban en movimiento y la sensación era nueva. El suelo retumbaba debajo del vehículo. Se oía el débil susurro de lejanos objetivos reducidos a cenizas.

Cuando llegaron a la planta, contemplaron la guerra desde la ventana. El fuego antiaéreo iluminaba el cielo. Mokhtar conectó la cámara del móvil y filmó las estelas elevándose por detrás del monte Faj Attan. Los saudíes

habían bombardeado un depósito de municiones. Una nube naranja de fuegos creció hasta casi los cien metros. Se veían explosiones dentro de la explosión. No distaban más de cuatrocientos metros.

«Hora de dejar Saná», pensó Mokhtar.

Pero no era el momento de dejar la planta de procesado, al menos esa noche. Vista la proximidad del último ataque, Mokhtar no sabía lo que podría ocurrir. Los saudíes ya habían bombardeado casas, mercados, hospitales, pero siempre siguiendo un plan evidente. Ahora parecía plausible que comenzaran a atacar edificios industriales. Podía desencadenarse el caos, el pillaje. Mokhtar pensó en las cinco toneladas de café que había almacenadas en la planta. Si las robaban, acabarían con todo el trabajo de los últimos dieciocho meses.

—¿Sabes qué? —le dijo a Ali—. Me quedo aquí a dormir.

Ali no quería dejarlo solo. «Te llevo a casa», insistió. No tenía sentido permanecer tan cerca de la última explosión, argumentó.

Mokhtar le pidió que se marchara, él se quedaría a vigilar la planta.

Ali se marchó y Mokhtar se acomodó en la oficina. Juntó los cojines del sofá y se improvisó una cama. Las bombas sacudían la ciudad cada diez minutos, pero Mokhtar se acostumbró. Justo antes de medianoche empezó a vencerle el sueño.

El teléfono emitió un pitido. «No lo mires —se dijo—. Intenta dormir.»

Lo miró.

Era un mensaje de Summer Nasser. Mokhtar la conocía por las redes sociales; era una yemenoamericana de Nueva York. También había quedado atrapada en Yemen mientras visitaba a la familia en Adén. Se había enterado de que por la mañana, a las nueve y media, zarparía de Adén un barco griego. Ella pensaba embarcar.

«Te he reservado plaza», le dijo a Mokhtar.

EL BARCO DE SUMMER

Mokhtar se despertó de pronto. Adén estaba a ocho o nueve horas en coche, en dirección sur. Tendría que encontrar un vehículo capaz de aguantar el trayecto. Y un conductor. Tal vez un guardaespaldas. Atravesarían una zona de guerra. Podían toparse con docenas de controles. Tendría que empaquetar muestras de los granos y suficiente dinero para subirse al barco y a un avión con destino a Seattle. Tendría que atravesar de un tirón el corazón de Yemen en plena noche, en plena campaña de bombardeo nocturno ininterrumpido de los saudíes. Era una proposición ridícula.

Pero entonces Mokhtar tuvo una visión no menos absurda de sí mismo en Seattle, conversando con los compradores de café, contándoles la historia del café yemení, recogiendo pedidos, apalabrando toneladas de café, transformando su negocio en realidad. Quería hacerlo. Y no quería que las bombas saudíes decidieran lo que podía o no podía hacer. Rezó el *istikhara*, una oración para consultar a Dios.

«¿Voy por el buen camino?», preguntó a Alá.

Sintió una respuesta: era el camino correcto.

Suficiente. Quería ir, y el mensaje de Summer había llegado justo después de que hubiera visto explotar una montaña cercana: le pareció una confluencia de indicadores significativos. La última vez que había tenido la misma sensación –de un destino que anulaba cualquier posible duda– había sido

cuando había visto aquella estatua de Hills Bros. enfrente del Infinity y había decidido dedicar su vida al café.

Telefonó a Summer.

– Voy.

Llamó a Andrew y le contó lo de Summer y el barco griego.

Andrew estaba medio dormido.

–No vayas –le dijo a Mokhtar–. Adén está en zona de guerra real. Es un campo de batalla.

Mokhtar no se amilanó. Andrew llamó a Ali.

–¿Puedes intentar que Mokhtar entre en razón?

Ali llamó a Mokhtar, pero no hubo forma de disuadirlo. Al final Andrew y Ali dejaron de intentar detenerlo, pero se negaron a que viajara solo.

Mokhtar llamó al chófer de su familia, Samir. Le pidió que lo acompañara, prometió pagarle bien. Samir estaba aterrado.

–No –dijo Samir–. Y tú tampoco deberías ir.

Mokhtar colgó. No tenía opciones.

Entretanto, Ali telefonó a un par de amigos, Sadeq y Ahmed. Vivían en el barrio de la planta de Andrew y habían echado una mano la noche anterior, cuando Andrew había trasladado los granos a su casa. Aceptaron viajar a Adén por una módica suma. Sadeq dijo que cogería prestada la camioneta que solía conducir durante el día. No era suya, pero la empresa para la que trabajaba no se enteraría. Mokhtar negoció el precio por el vehículo, la conducción nocturna de Ahmed y la compañía de Sadeq.

Mokhtar empezó a preparar el equipaje. ¿Qué necesitaba? Corrió a casa de Kenza y Mohamed y metió dos camisas limpias y un par de pantalones en la mochila, con el teléfono y el portátil. Añadió una muda de calcetines y

calzoncillos. Se ajustó a la cintura cuatro mil dólares estadounidenses y el Colt .45 al cinturón.

Ahora, los granos. Pidió prestada una Samsonite dura y bajó a la sala de clasificación. Agarró una bolsa de granos de Al Haymah. De la viuda de Warda. Del General. De Hubayshi. ¿Qué más? Vio las caras de los campesinos. ¿Cómo podía abandonar el trabajo de ninguno de ellos? Reunió un surtido del norte y el sur, de seis plantaciones distintas. Lo que se llevara tendría que representar al café yemení en Seattle. Una muestra de sus mejores granos: los mejores que se habían cultivado en Yemen en los últimos ochenta años, una muestra accidental pero no obstante representativa del primer país donde se cultivó café y la manifestación de quinientos años de tradición.

Mokhtar cerró la maleta e intentó levantarla. Pesaba demasiado y la cremallera no cerraba. Tenía que aligerarla. ¿Qué segmento de la historia yemení podía eliminarse? De haber tenido tiempo de hacerlo correctamente, de llenar seis maletas, tal como había planeado, de elegir cuidadosamente las muestras y luego subirse a un avión en Saná como el empresario que imaginaba ser, no estaría mirando una maleta a medianoche, obligado a elegir qué regiones de Yemen no tendrían representación cuando volviera a presentar al mundo el café del país. Sacó una docena de muestras y cerró la maleta. La bajó y esperó a que llegara el transporte.

Sadeq apareció en un enorme camión de plataforma de dieciséis ruedas. Lo bastante grande para transportar un coche. Y blanco. Cualquier esperanza de pasar desapercibidos en plena noche se evaporó. Irían anunciándose a cualquiera que estuviera en la carretera o bombardeando desde el cielo. Un luminoso camión blanco surcando la noche yemení en mitad de la campaña más intensa de bombardeos de la nueva guerra.

—Vale —dijo Mokhtar—. Vamos.

Justo pasaba de la medianoche. Tardarían nueve horas en llegar a Adén.

LA CARRETERA A ADÉN

Salieron de la ciudad entre las sacudidas de un nuevo ataque.

–No pasará nada –dijo Sadeq.

Mokhtar lo miró. Con las prisas de los preparativos no se había parado a pensar que apenas conocía a aquellos dos hombres, Sadeq y Ahmed. No sabía nada de ellos salvo que eran amigos de Ali. Los dos eran más o menos de su edad. Sadeq tenía el pelo negro y enmarañado y vestía la indumentaria tradicional, más acorde con las tribus del norte que con un capitalino. Ahmed, con el pelo corto y la barba acicalada, vestía pantalones y polo. Mokhtar viajaría nueve horas con ellos para subirse a un barco del que no sabía nada. Ni siquiera sabía adónde se dirigía el barco griego.

Salieron de la ciudad sin incidentes, pero conscientes de que pronto los pararían en algún control hutí. Los hutíes vigilaban los movimientos de personas y de cualquier posible oposición, de armamento, de todo.

La carretera de dos carriles se alejaba serpenteando de la ciudad. Circulaban a unos ciento treinta kilómetros por hora, demasiado rápido para coger las curvas. En el primer control, Ahmed aminoró al ver al trío de soldados. Mokhtar esperaba que los parasen, los interrogaran, los registraran. Pero los soldados echaron un vistazo al camión, a la rejilla delantera o la matrícula –Mokhtar no sabría decirlo–, y los dejaron pasar.

El segundo control fue distinto. Los soldados, vestidos con una mezcla de indumentaria del ejército regular y de los hutíes, mandaron parar a Ahmed.

–¿Adónde vais? –preguntaron.

Ahmed les dijo la verdad, que Mokhtar estaba intentando salir del país por el puerto de Adén, que transportaban una pequeña muestra de café yemení. Los soldados quisieron verla. Mokhtar se apeó y abrió la maleta. Sabía que parecía raro, y admitió ante los soldados que emplear un enorme camión de plataforma para transportar una única maleta negra resultaba sospechoso. Se rio. Los hutíes no compartieron su alegría.

Mokhtar abrió el paquete, mostró los granos a los soldados y al poco se oyó explicando la historia del café en Yemen, su intención de restablecer el prestigio mundial de los granos yemeníes. Siguió extendiéndose como hacía siempre. A los soldados no les interesaba la historia del café yemení.

–Adelante –dijeron.

Ahmed arrancó.

Cada veinte minutos se topaban con un nuevo control. A veces los paraban y entonces explicaban su cargamento y destino. A veces abrían la maleta y mostraban el café. Otras veces los dejaban pasar sin más. Mokhtar no terminaba de captar el funcionamiento, si es que seguía algún sistema. Cada vez le extrañaba más cuando no los paraban. Cada vez que esto ocurría, Mokhtar detectó una serie de acontecimientos concretos. Cuando no los paraban, los soldados miraban la matrícula o algo en el frontal del camión, asentían y les dejaban pasar. Mokhtar no le veía la lógica, pero avanzaban a un ritmo aceptable y no tenía motivos para quejarse. A ese paso llegarían a Adén a las ocho de la mañana. Esperaba percances, obstáculos imprevistos, pero por el momento iban muy bien de tiempo.

Hacia la una y media, los pararon en un control. Explicaron adónde se dirigían.

–¿Pasáis por Yarim? –preguntó el soldado.

Ahmed y Mokhtar respondieron que sí. Yarim era una pequeña población entre Saná e Ibb. Apenas una mancha en el mapa, pero Mokhtar la conocía bien: paraba allí a menudo cuando viajaba al norte o al sur.

–Tendréis problemas –dijo el soldado.

–¿A qué te refieres? –preguntó Sadeq.

–No crucéis Yarim –advirtió el soldado, y los dejó pasar.

Pero no tenían más opciones. La carretera pasaba por en medio de Yarim. No le dieron mayor importancia. Quizá pecaron de exceso de confianza. Los controles hutíes no habían presentado dificultades. Se sentían invencibles y no habían visto pruebas del bombardeo saudí desde que habían salido de Saná.

Siguieron dirección a Yarim.

Yarim estaba a unos treinta kilómetros del control de carretera donde el soldado les había transmitido su críptica advertencia, pero a ocho kilómetros de la ciudad, en la carretera a oscuras, empezaron a cruzarse con civiles que huían hacia el norte, algunos caminando, otros corriendo. Eran las dos de la madrugada.

–¿Qué diablos pasa? –preguntó Ahmed.

El tráfico se ralentizó y terminó parado a las afueras de la ciudad. Miles de personas escapaban por la carretera. Los coches que se dirigían al norte avanzaban lentamente. Los coches que se dirigían al sur, en dirección a Adén, no avanzaban.

Un hombre salió corriendo de la ciudad chillando. Señaló al camión de Sadeq.

–¡Arderéis! ¡Arderéis! –gritó.

Mokhtar se bajó. Hacía un calor inusual y de la ciudad llegaba un olor acre:

algo se quemaba. Le preguntó a otro hombre, que se alejaba caminando de la ciudad, qué pasaba.

—Los saudíes acaban de bombardear la ciudad —dijo—. Querían destrozarnos un petrolero. Le han dado a un camión de yogures. Han matado a más de diez personas... niños, bebés.

Pero había ocurrido hacía solo unos minutos. ¿Cómo había podido saber el soldado hutí lo que iba a suceder?

Por delante, el resplandor naranja de múltiples incendios perfilaba los edificios del centro urbano.

—Tenemos que dar la vuelta —dijo Sadeq.

Salieron de la carretera principal y encontraron un camino de tierra que circunvalaba la ciudad. Los faros del camión iluminaban las sombras veloces de gente a la carrera. Yarim era un caldero.

—¿Nos quedamos? ¿Ayudamos? —preguntó Mokhtar a Sadeq y Ahmed.

Quedarse no serviría de nada. No podían ayudar. No eran tiradores ni médicos. ¿Y las probabilidades de que el camión se convirtiera en objetivo? Los bombardeos habían apuntado a petroleros pero habían volado un camión de yogures. Tenían que seguir avanzando, alejarse de la ciudad, de los civiles.

Pero el camión se atascó.

Mokhtar y Sadeq se apearon. No veían el camino, ni siquiera los neumáticos. Mokhtar utilizó la linterna del móvil para iluminar el problema. Las ruedas giraban en quince centímetros de barro. No podían empujar un camión de seis toneladas. Intentaron calzarlo con rocas, en vano. Miraron alrededor en busca de ayuda, pero la escena era caótica. Nadie ayudaría a un camión. A los pocos minutos estaban los tres hundidos en el barro hasta las pantorrillas y el camión no se había movido un ápice. Necesitaban un remolcador.

Sadeq paró una motocicleta y en cuestión de segundos se montó y se

marchó. No les había dicho a Mokhtar y Ahmed lo que pretendía. Mokhtar se quedó plantado en la oscuridad. Mirando al cielo negro, a las estrellas minúsculas y brillantes. Habían conducido durante dos horas de una ciudad en llamas a otra ciudad en llamas.

Cuarenta minutos más tarde, aparecieron dos faros. Era una camioneta. Sadeq bajó al camino. En Yarim, en plena huida de un bombardeo saudí, se las había apañado para encontrar una grúa. El conductor arrancó el camión del barro. Diez minutos después le habían pagado y reemprendido la marcha. Borearon Yarim a toda velocidad y se reincorporaron a la carretera. Mokhtar miró el teléfono. Eran casi las tres de la madrugada.

Se le estaba agotando la batería del móvil. Sabía que no llegaría a Adén a tiempo. Y si acababan de bombardear Yarim, podían encontrarse más ciudades bombardeadas por el camino. La próxima vez quizá no tuvieran la suerte de llegar después del bombardeo. Ahora su plan le parecía insensato. En el camión, les ofreció a Sadeq y Ahmed la opción de abandonar el viaje.

–Podemos dar media vuelta –dijo Mokhtar–. No ha sido buena idea. Los saudíes bombardean camiones. Podríamos haber sido nosotros.

–Pero no lo hemos sido –repuso Sadeq–. Piénsalo. Dios nos ha protegido. En ese momento, les pareció lógico.

Continuaron al sur, hacia Adén.

BIENVENIDOS A ADÉN

Amanecía cuando entraron en Adén. Cuando se aproximaban al centro de la ciudad, diez hombres pararon el camión y lo rodearon. Mokhtar supuso que pertenecerían al comité popular. En 2011, se formaron comités populares en varias zonas de Yemen para defender el territorio de los hutíes y Al Qaeda. En general, los comités populares eran grupos de hombres de la zona que durante épocas de crisis hacían causa común, al estilo de las milicias, y ejercían de soldados a tiempo parcial.

Estos iban armados, pero de paisano. Uno apuntó al camión.

–Fuera.

Mokhtar se giró hacia Ahmed y Sadeq.

–Dejadme hablar a mí.

Bajaron del camión. Los hombres se reunieron a su alrededor y los cachearon uno a uno. Registraron el vehículo y encontraron la pistola de Mokhtar. La noticia del hallazgo del Colt .45 entusiasmó al grupo y el revólver desapareció rápidamente.

Mokhtar explicó que intentaba embarcar en Adén, que los dos hombres que lo acompañaban eran chóferes. Enseñó el pasaporte, dando por sentado que hablaba con miembros de un comité popular y que preferirían a un estadounidense. En principio, Estados Unidos era su aliado.

Pero la situación ya se había descontrolado. Mientras Mokhtar hablaba, los

milicianos habían escuchado el acento de Sadeq y se habían fijado en su indumentaria.

–Ese es hutí –dijo uno de los milicianos.

Al volverse, Mokhtar descubrió que le habían vendado los ojos a Sadeq y le apuntaban con un fusil a la espalda. Tenía que convencer a aquellos hombres, que habían luchado contra los hutíes, que habían perdido a amigos y familiares por culpa de los hutíes, de que Sadeq no era hutí. Pero se diría que Sadeq había puesto todo de su parte para parecerlo.

–*Itq'h allah, itq'h allah* –les dijo Mokhtar.

Es decir: «Temed a Dios, temed a Dios». Significaba: «Calma. Pensad lo que hacéis. Dios os observa y juzgará vuestros actos».

–Viene conmigo. Es solo un chófer. No es hutí –dijo Mokhtar, aunque en realidad no sabía quién o qué era Sadeq.

¿Por qué había aceptado Sadeq realizar aquel viaje? ¿Acaso no tenía cierto sentido que fuera hutí? ¿Estaba aprovechándose de Mokhtar para entrar en Adén?

–Contigo no va la cosa –le dijo a Mokhtar uno de los milicianos–. Tú puedes irte. Pero esos dos se vienen con nosotros.

Mokhtar sabía que no podía abandonar a Ahmed y Sadeq. Los milicianos matarían a Sadeq. Puede que también a Ahmed. Mokhtar les dijo que tendrían que llevarlo adondequiera que planearan llevarse a sus compañeros.

–Está bien –respondieron.

Le quitaron la venda de los ojos a Ahmed y le permitieron conducir, con un miembro del comité popular sentado en la cabina al lado de Mokhtar y Sadeq, y dirigiendo a Ahmed.

Recorrieron las estrechas calles de Adén hasta lo que parecía un colegio transformado en sede de un comité popular. Dos docenas de hombres

pululaban por la calle frente al edificio. Se veían más en las ventanas. La mayoría con un AK-47.

Sacaron a Mokhtar, Sadeq y Ahmed del camión. Mientras bajaban, Mokhtar le aconsejó a Sadeq que no hablara.

–Déjame hablar a mí –le susurró.

Los condujeron a una estancia de la planta baja. La sala estaba vacía salvo por una cama improvisada contra la pared y una hilera de sillas de cara a la cama. Los mandaron sentarse en la cama y les dieron agua fresca. En Yemen siempre se imponía la hospitalidad, incluso con los prisioneros.

El líder era un cuarentón vestido con polo, pantalones chinos y sandalias. Le pidió el pasaporte a Mokhtar. Este, sentado en la cama, se lo entregó. El líder estaba de pie frente a la hilera de sillas, ocupadas por otros tres miembros del comité popular. Hojeó el pasaporte con sumo interés.

–¿Cuándo estuviste en Dubái? –preguntó.

Mokhtar no tenía claro si era una prueba –al fin y al cabo, el sello indicaba claramente la fecha de entrada– o si sencillamente el hombre ignoraba el funcionamiento de tales sellos. Hizo memoria.

–Fui a una conferencia sobre cafés de especialidad.

–¿Cuándo estuviste en Etiopía?

Mokhtar hizo memoria. Había sido el año pasado. Acertó la fecha y el hombre continuó.

–¿Cuándo estuviste en París?

–No me acuerdo. En marzo, creo –calculó Mokhtar.

–¿Viajaste al extranjero y no lo recuerdas?

Mokhtar comprendió que aquel hombre consideraba su pasaporte de un exotismo imposible. Para él Mokhtar era un yemení que además era estadounidense, viajaba libremente a Etiopía, París, Dubái, y sin embargo no recordaba los detalles.

–Escucha –dijo Mokhtar–. No recuerdo todas las fechas. Estoy nervioso. – Le explicó al hombre del polo que intentaba tomar un barco en el puerto del mar Rojo, que no se había preparado para un examen sobre las fechas de los sellos del pasaporte–. Simplemente me dedico al café. Mira en la maleta: solo contiene muestras de café. Intento ayudar a la gente, a los campesinos.

Hablaba rápido y con cierta confianza por la atención, la paciencia de los milicianos. Tenía que vivir, tenía que mantener con vida a sus compañeros. Tenía que seguir hablando.

–Yo andaba a mis asuntos, como todos vosotros, cuando llegaron esos malditos hutíes a joderlo todo.

Vio cómo cambiaba la expresión de sus captores. Relajaron la postura. Consciente de la oportunidad, Mokhtar hizo algo que le sorprendió. Se levantó de la cama y caminó hasta el extremo opuesto de la habitación, donde estaban sentados los interrogadores, y se sentó con ellos, de cara a Ahmed y Sadeq.

–Estáis intentado defender vuestra ciudad, vuestros hogares –prosiguió–, y los malditos hutíes lo invaden todo. No tienen ningún derecho.

Siguió hablando mientras miraba a Ahmed y Sadeq, como si se hubiera separado simbólicamente de ellos y se hubiera pasado al bando del comité popular.

–No deberíamos haber venido a Adén. Sabía que era peligroso. Pero quería estar con mi prometida, Summer. Solo quería irme a casa.

Durante todo el discurso no perdió el contacto visual con Ahmed y Sadeq para asegurarse de que no le interrumpieran ni lo contradijeran. Su plan, de momento, funcionaba. Explicando su negocio e inventándose una novia se había humanizado. Ahora tenía que hacer lo propio con Ahmed y Sadeq.

–Y esos dos han tenido la amabilidad de ayudarme. Sé que parecen sospechosos. Ese tiene pinta de paleta –dijo, señalando a Sadeq–. Pero es

porque no se enteran de nada. Son solo unos tipos que trabajan para mí en la procesadora de café y que han aceptado llevarme al puerto.

Casi era cierto.

–Estamos de vuestra parte –añadió Mokhtar.

Dicho lo cual, la tensión se disipó. Mokhtar supo que no morirían.

Los acompañaron afuera y solo entonces vio Mokhtar que en el frontal del camión, del vehículo que habían conducido durante nueve horas de noche, una pegatina proclamaba DIOS ES GRANDE. MUERTE A AMÉRICA. Era el eslogan de los hutíes, reproducido con los colores de Irán. Normal que hubieran franqueado todos los controles de carretera hutíes.

No sabía si sus captores también lo habían visto. Debía suponer que sí. No le quedaba más remedio que señalarlo. Lo hizo, y se rio.

–¿Veis? –dijo–. Ni siquiera sabíamos que llevábamos eso. No me extraña lo fácil que hemos pasado los controles.

Los miembros de comité popular se rieron, pero con una incomodidad nueva. Mokhtar había errado el cálculo. No habían visto la pegatina. Ahora se acumulaban demasiados elementos sospechosos contra Mokhtar y sus compañeros: la ropa de Sadeq, el pasaporte estadounidense de Mokhtar y un enorme camión vacío con tres individuos conduciendo de noche para entrar en Adén cuando el resto del mundo intentaba escapar. Y la pegatina. Mokhtar supo que debía cargar las tintas.

–Que Dios os bendiga a todos –dijo, encaminándose al camión–. Os deseo una gran victoria. De verdad. ¡Y creo que lo conseguiréis! Seguro que sí. Apuesto a que aplastaréis a esa escoria de los hutíes.

Se puso a estrecharles las manos, a darles palmaditas en la espalda. Sonrió, rio, trató de parecer un dignatario estadounidense pasando revista a las tropas

durante una visita. Les dio las gracias repetidamente y, por lo que fuera, coló. Eran libres. Hacía veinte minutos les apuntaban en el pecho y la cabeza con fusiles AK-47. Ahora eran amigos y tenían libertad para marcharse. La única pega era que el comité popular había requisado el Colt .45 de Mokhtar.

«Déjalo estar», se dijo.

Se subieron al camión y, justo en ese momento, asomó un todoterreno negro por la rotonda. Una mujer mayor con nicab se bajó de un salto y saludó a Mokhtar con marcado acento de Brooklyn.

–¡Aquí estás! –rugió.

Era la madre de Summer. Se alegró de ver a Mokhtar, de encontrarlo sano y salvo. No dejaba de mover las manos, de gesticular. Mokhtar supuso que Summer viajaría en el todoterreno, de modo que se acercó a una de las ventanillas abiertas de la parte de atrás y vio a una joven, también con nicab.

–Perdón por lo ocurrido –se disculpó Mokhtar.

–No soy Summer –dijo la mujer.

–Estoy aquí –dijo otra voz.

Mokhtar fue al otro lado del coche, hasta otro par de ojos que lo miraban desde el interior de un nicab.

–Soy yo –dijo Summer.

Le explicó que mientras lo esperaban el barco griego había zarpado. Pero suponía que habría más barcos, más ocasiones.

Mokhtar relató una versión rápida de su cautiverio y liberación. Mientras lo contaba explicó que el comité popular le había requisado el Colt .45, y esto, más que ningún otro detalle de la historia, atrajo la atención de la madre de Summer.

–¿Se han quedado tu pistola? –preguntó. Estaba indignada. Empleaba el

mismo tono que si unos chavales de Brooklyn le hubieran robado la pelota a su hijo en el parque—. Tienes que recuperarla.

Se aproximaba una nube de polvo. Un Montero blanco paró y del interior bajó un hombre.

—¿Qué está pasando aquí?

Alto y bien vestido, parecía alguien importante.

La madre de Summer se hizo cargo de la situación. Le explicó al recién llegado que el comité popular había robado a Mokhtar, que lo habían retenido y le habían requisado la pistola. En Estados Unidos Mokhtar era muy importante. Era un hombre adinerado que daba empleo a ochenta mil personas. Y era el prometido de su hija.

Mokhtar solo podía seguirle la corriente. No podía contradecirla. Pidió ayuda a Summer con la mirada. ¿Podría hacer que su madre rebajara un poco el tono? Los ojos de Summer le respondieron: «No te metas».

El recién llegado también se llamaba Mokhtar y compartía la indignación de la madre de Summer. Prometió solucionar el entuerto. Recuperaría la pistola de Mokhtar.

Un chasquido rasgó el cielo.

—Francotiradores —dijo el otro Mokhtar.

Señaló hacia los tejados de alrededor. Desde algún punto de los edificios de cinco y seis plantas, los francotiradores habían disparado a los soldados del comité popular.

—Pongámonos a cubierto —dijo Otro Mokhtar—. Tengo un hotel. Seguidme. Telefonaremos desde el hotel. Recuperaré tu pistola.

El coche de Summer volvía a casa, al hogar familiar en Adén. Summer prometió llamarlo después. Mokhtar volvió a disculparse y los tres vehículos salieron de la rotonda, con Mokhtar, Ahmed y Sadeq detrás del coche de Otro Mokhtar. Ahmed y Sadeq miraron a Mokhtar. Habían tenido ocasión de

marcharse, pero ahora regresaban al centro de Adén para recuperar una pistola. No parecía muy sensato.

OTRO MOKHTAR

Mientras seguían a Otro Mokhtar por Adén, Mokhtar también comenzó a dudar del plan. ¿De verdad necesitaba el revólver? Se lo había regalado su abuelo, razón de sobra para que mereciera recuperarse. Pero, por otro lado, estaban en una ciudad a punto de caer en manos de los hutíes. ¿De cuántas horas disponían antes de que la rodearan?

–Deberíamos volver –dijo Mokhtar.

–¿Volver a Saná? –preguntó Sadeq–. Entonces sí que necesitamos la pistola.

Mokhtar lo pensó. Veinte controles de camino al norte. Podrían necesitar un arma. Y Otro Mokhtar había prometido justicia rápida.

Siguieron a Otro Mokhtar hasta el hotel. Las calles estaban desiertas cuando entraron en el vestíbulo. Dentro, salvo por los cuatro guardias armados con AK-47, el hotel resultaba acogedor, incluso lujoso. El vestíbulo era amplio y estaba limpio, y cruzaron los relucientes suelos de mármol conscientes de la extrañeza de aquel esplendor relativo en mitad de lo que sin duda sería pronto una zona de guerra. (Al día siguiente, de hecho, un mortero impactaría contra el hotel.)

Sadeq se desplomó en uno de los mullidos sofás de cuero negro y concentró la atención en una película egipcia que pasaban en una gran pantalla de televisión. Otro Mokhtar desapareció tras el mostrador y regresó con una llave.

–Venid, daos una ducha y relajaos –dijo.

Mientras, aseguró, haría algunas llamadas para arreglar el asunto de la pistola.

Mokhtar, Sadeq y Ahmed subieron en un ascensor con un discreto hilo musical hasta la habitación 303.

Abrieron la puerta de una estancia limpia con dos camas.

–Voy a ducharme –anunció Sadeq.

Ahmed se duchó después, como si estuvieran de vacaciones y preparándose para salir de noche. Mokhtar estaba demasiado tenso para ducharse, para cambiarse. Se sentó en la cama, miró por la ventana, paseó por la habitación. «¿De verdad había zarpado el barco griego?», se preguntó. Summer no le había parecido preocupada. Zarparían más barcos, le había prometido.

Lo sobresaltó una llamada a la puerta. Mokhtar abrió y se topó con un camarero que traía galletas y zumo de mango.

–De parte de Mokhtar –dijo el camarero.

Era lo único que habían ingerido desde que habían salido de Saná hacía once horas. Fue un gesto reconfortante, incluso tranquilizador. Después de devorar el tentempié, de pronto Mokhtar se sintió agotado y bajó la guardia. Sabía que no era aconsejable echar una siesta en aquellas circunstancias, pero se tumbó en la cama y se durmió en cuestión de segundos.

Se despertó pasados cuarenta y cinco minutos. Preguntó a Ahmed y Sadeq si tenían noticias de Otro Mokhtar. No. Reanimado por la siesta, Mokhtar decidió que se marcharían de Adén. «Ya me mandarán la pistola», pensó. Llamó a Otro Mokhtar y le explicó que se iban.

–No, no –dijo Otro Mokhtar–. Conseguiré el arma. Dame una hora. Comed algo y llamadme después.

Semanas y meses después, a Mokhtar le costaba explicar por qué le había parecido buena idea salir a buscar un lugar donde almorzar en una ciudad que estaba siendo atacada. Pero subieron al camión y condujeron por la ciudad en busca de un restaurante, y, al no encontrar ninguno, pararon a preguntarle a un hombre parado en la acera dónde podían comer.

Preguntó Sadeq, lo cual fue un error, puesto que el hombre oyó el acento de Sadeq y cambió de actitud al instante.

–¿Eres hutí? –preguntó.

Mokhtar intentó rectificar la situación empleando su mejor árabe clásico. Convenció al hombre de que no formaban parte de las células durmientes que habían precipitado a Adén a un abismo paranoico. Dieron media vuelta y regresaron al hotel. Llamó de nuevo a Otro Mokhtar.

–¿Ya tienes el revólver? –preguntó.

Otro Mokhtar no lo tenía. La situación era caótica, dijo. Los comités populares no formaban un cuerpo organizado con un flujo eficiente de la información. No había conseguido una respuesta clara de nadie.

–Pero te lo mandaré –aseguró–. Te prometo que conseguiré el revólver y te lo mandaré a Saná.

Mokhtar aceptó, renunciando por completo al revólver. Le preguntó a Otro Mokhtar la mejor manera de salir de la ciudad. ¿Los ayudaría o al menos les garantizaría que los dejaran salir? Mencionó al hombre receloso de la acera. Y, por supuesto, la bienvenida armada a su llegada.

–No hay ningún problema –dijo Otro Mokhtar–. Tienes mi número de teléfono. Basta con que les digas que me conoces. No os pasará nada.

UNA MUERTE RÁPIDA DE UN CORTE LIMPIO

No habían conseguido llegar a tiempo al barco griego, si es que alguna vez había existido un barco griego. Y ahora tenían que dar media vuelta y conducir otras nueve horas rumbo al norte mientras los hutíes avanzaban hacia el sur. Pero al menos tenían una vía segura para salir de Adén. Otro Mokhtar les había especificado la ruta que a su parecer evitaría la mayoría de los controles. Llegarían a la carretera en unos minutos. Fuera de Adén, los hutíes controlaban los caminos y la pegatina del guardabarros les garantizaría tener vía libre hasta Saná.

Condujeron tres manzanas desde el hotel y se toparon con el primer control. Pararon, Mokhtar se asomó para explicar la situación y los dejaron pasar. «Fácil», pensó. Se recostó en el asiento y pensó en Ibb. Pararían en Ibb y comerían bien y descansarían. Su tía les prepararía un banquete. Sadeq y Ahmed se lo merecían.

Ahmed volvió a parar. Otro control. Una multitud de hombres, todos con AK-47, se congregó alrededor del camión.

–¿Adónde cojones vais? –preguntó uno.

Habló Mokhtar. Explicó lo del café, Summer, el barco griego, Otro Mokhtar.

Los hombres reaccionaron con escepticismo. Sadeq miró a Mokhtar, preocupado.

Al final un hombre se adelantó. Llevaba camiseta sin mangas, pantalones cortos y sandalias. «Está bien», dijo. Rondaba los treinta años, era más joven

que la mayoría de los miembros del comité popular que lo rodeaban, pero parecía tener una gran ascendencia sobre ellos. Miró directamente a Mokhtar, y experimentaron algo parecido a la confianza.

–Tienes una cara amable –dijo Camiseta Sin Mangas–. Aura de buena persona. Dejadlos pasar.

Los hombres se apartaron del camión y Ahmed pisó el acelerador.

No tenían tiempo para pensar en lo que acababa de ocurrir. Los controles no seguían ningún patrón. Lo que sucedía en cada uno era distinto y absolutamente subjetivo. Una multitud podía convencerse de cualquier cosa: de que Mokhtar y sus compañeros eran hutíes, de que eran aliados, de que eran peligrosos o de que no. Cada situación se presentaba fluida, sustancialmente volátil. Adén estaba sitiada y en tales circunstancias nadie lamentaría la muerte de un hombre.

Ahmed siguió conduciendo. Bastaba con que alcanzaran la costa y estarían a salvo. Los pararon en otro control, pero tras una breve conversación les dejaron pasar. Otro bloqueo, otro control. Algunas veces Mokhtar se asomaba para mencionar a Otro Mokhtar, pero ninguno de los hombres con los que habló parecía saber quién era. No obstante, pasaron cinco controles y por fin atisbaron el mar azul a lo lejos.

–Ya casi estamos –dijo Mokhtar.

El cielo estaba despejado, era un día soleado y luminoso. Mokhtar se imaginaba el cordero, la ternera, el festín que les ofrecería su tía. Les mostraría a Sadeq y Ahmed las vistas desde el balcón de la sexta planta de Hamood: se veía todo Ibb, ciento cincuenta kilómetros en todas direcciones. Se quedarían hasta estar descansados. Dormirían durante días.

–Mierda –dijo Sadeq–. Mirad.

Otro control, este en la carretera de la costa a Al Bura'aiqah, una playa

preciosa famosa por su arena fina y blanca. Ahmed aminoró y frenó. Quince hombres rodearon el camión.

–Fuera –ordenó uno.

Tenía treinta y pico años, iba afeitado, con cortavientos y pantalones de montañero. Un pañuelo negro le cruzaba la frente. Mokhtar no pudo evitar pensar en Karate Kid.

Ahmed bajó con las manos en alto. Sadeq lo siguió. Mokhtar se arrastró por la cabina y salió al sol cegador.

Karate Kid preguntó adónde se dirigían y Mokhtar se lo explicó. Le mostró el pasaporte americano. Karate Kid parecía impresionado. Discutió con otros hombres y, con calma, se giró y dijo:

–No os preocupéis. Estáis a mis órdenes.

Mokhtar sonrió para sí. ¿De dónde había sacado Karate Kid una frase semejante? «Estáis a mis órdenes.» Todos esos hombres que jugaban a soldados... se tomaban demasiado en serio. Karate Kid le apoyó una mano en el hombro.

–Contigo no hay problema –dijo con expresión grave–. Eres americano. No tienes que preocuparte. Pero estos dos... Te recomiendo que los dejes.

–No puedo –dijo Mokhtar.

–Tenemos que llevarlos a comisaría para interrogarlos. Espera aquí.

–¿Volverán luego?

–Sí –dijo Karate Kid.

Algo en la actitud ordenada de los hombres de ese control, algo en las formas educadas y serias de Karate Kid, relajó a Mokhtar, Sadeq y Ahmed. Karate Kid aseguró tranquilamente que llevarían a Sadeq y Ahmed a comisaría, sus socios les vendaron los ojos tranquilamente y luego les metieron también tranquilamente en la parte de atrás de una Hilux blanca. Mokhtar, hipnotizado por la naturaleza rutinaria del asunto, por la eficiencia y

naturalidad con que todos actuaban y consideraban la situación un simple trámite burocrático, nada preocupante, hizo lo que le mandaban, que era relajarse, sería solo una hora, no había ningún problema.

Mokhtar se alejó de la carretera hacia la playa de arenas blancas y se sentó. Un pequeño grupo de miembros del comité popular se sentó con él y contemplaron juntos el golfo de Adén. Tres buques de guerra estadounidenses fondeaban a la vista de todos, a escasas millas de donde estaban. Mokhtar pensó en que habría sido mucho más sencillo si el gobierno estadounidense simplemente hubiera evacuado a sus ciudadanos. «Pero si tienen aquí los barcos. Dios mío.»

De todos modos, la playa era bonita. Estaba vacía, era toda para Mokhtar y sus guardianes. Mokhtar se descalzó y hundió los pies en la fina arena blanca con la textura de la ceniza. La peinó con los dedos y levantó la cara hacia el sol. Los soldados le preguntaron por su trabajo y terminó enseñándoles fotos con el móvil –de Al Haymah, de Burá, de Hajjah, de Bani Matar, de Ibb, de Utman–, todas sus fotografías de las terrazas de las montañas, de las maravillas de la agricultura a gran altitud.

–¿Esto es Yemen? –preguntó uno de los soldados más jóvenes.

Nunca había salido de Adén. No tenía ni idea de que en Yemen hubiera paisajes así.

Mokhtar respondió que sí, que aquello era Yemen, que en el país había muchas otras cosas aparte de Adén y Saná. Los hombres fueron apiñándose a su alrededor mientras pasaba los dedos por la pantalla, de izquierda a derecha, mostrándoles las camas de secado, las cerezas maduras, las hojas verdes brillantes, los rostros bronceados de los campesinos y de sus hijos.

Otro, más joven que el anterior, preguntó lo mismo:

–¿De verdad que es Yemen?

El estruendo de un vehículo acercándose los despertó del ensueño. Una Hilux blanca viró bruscamente en la carretera y un hombretón saltó de la caja de la camioneta. Inmediatamente apuntó a Mokhtar.

–¡Ven aquí! –bramó.

Vestía chándal y cazadora de cuero. Otros cinco hombres, la mayoría armados, se quedaron en la caja de la camioneta.

El ambiente cambió tan brusca y radicalmente que Mokhtar se levantó de un salto y echó a correr hacia el hombre de la carretera y se olvidó las sandalias en la playa.

–Tú te vienes con nosotros. En la camioneta –dijo el de la chaqueta de cuero.

Mokhtar no vio sitio en la caja, de modo que se encaminó al asiento del pasajero de la cabina. Todo había transcurrido tan amistosamente hasta entonces que ocupar el asiento del acompañante, entre sus nuevos amigos, le pareció de lo más lógico y hospitalario.

–¡No! –gritó el de cuero–. ¡Detrás!

Mokhtar se dirigió a la caja de la camioneta. Otro hombre lo agarró y empezó a atarle las manos a la espalda. Con algo suave, parecía un trozo de tela arrancado de una camisa. Mokhtar quiso recuperar las sandalias, pero era demasiado tarde. Lo que fuera que ocurriera lo encararía descalzo.

A continuación le vendaron los ojos. No pusieron cuidado, de modo que seguía viendo por debajo de la tela con el ojo derecho: una rendija del suelo que tenía delante.

Lo ayudaron a subir a la camioneta, donde se sentó en el hueco de la rueda

y, a los pocos segundos, volvieron a arrancar. El viento se aceleró, cada vez era más denso. Se dirigían a la ciudad.

–Puto hutí –gritó por encima del viento el hombre de cuero, que iba sentado en la caja con Mokhtar.

–No soy hutí –dijo Mokhtar.

Intentó mantener la calma, hablar con su mejor árabe clásico. Sabía que estarían pendientes del menor deje norteño.

–Vamos a matarte –dijo el de cuero.

Una vez más, Mokhtar intentó mantener la calma y la cabeza fría, proyectar aire de neutralidad, de ser alguien que pasaba por ahí, un ciudadano civilizado del mundo atrapado en una guerra que no era la suya.

–¿De verdad quieres cargar con esto sobre tu conciencia?

–Mi conciencia carga ya con montones de muertos –replicó el de cuero–. Hoy ya he matado a dos de los tuyos.

Entonces Mokhtar creyó que podría morir. Todos los miembros de los comités populares habían sido hombres y adolescentes normales, directores de banco de mediana edad forzados a tomar las armas para defender Adén. Pero ese era un matón, un oportunista, quizá un loco. Creyera o no que Mokhtar era hutí, podía terminar matándolo.

La camioneta dio varios giros drásticos por la ciudad. Mokhtar olía el diésel, intuía las sombras de los edificios altos, imaginaba cómo moriría. ¿Le dispararían? Imaginó la quemadura del plomo atravesándole el cráneo. Se acordó de su tío Rafik, el poli de Oakland, contándole que había un punto entre las cejas y el puente de la nariz: si disparabas una bala en ese punto, decía, era igual que apagar un interruptor. Indoloro. Se acabó.

Mokhtar no quería que le pegaran un tiro. Decidió que prefería que le rajaran el cuello. Todos los hombres de la camioneta llevaban machete. Pensó en pedirle al hombre de cuero que le concediera esa gracia: una muerte rápida

de un tajo limpio. Así era como los musulmanes sacrificaban a los animales para garantizar que la carne fuera halal. Era una muerte rápida y humana para los mamíferos. Vio su funeral. Se imaginó al alcalde de San Francisco haciéndole el panegírico. Pensó que tal vez el presidente Obama dijera alguna cosa. Como mínimo transmitiría algún mensaje. «Mokhtar Alkhanshali murió haciendo lo que más le gustaba.» ¿Era la forma correcta de morir? Pensó en sus padres, en sus hermanos. Pensó en Willem, Jodi, Marlee, Stephen. Quizá su muerte los inspirase. Sería un mártir. ¿Un mártir del café? Había llevado una buena vida. Al menos durante unos años, había llevado una buena vida. Pensó en Treasure Island. En el Infinity. La escultura del bebedor de café. No, la suya no era una historia tan buena. No le importaría demasiado a nadie. Una historia sin final.

Pensó en su abuela y su tienda de Richgrove. Vio a Hamood y a su tía, preparando el festín en Ibb. «¿Quién se comería toda esa comida?», se preguntó.

Moriría muy joven. Le impactó darse cuenta. Veinticinco años eran muy pocos. Pensó en Miriam. Justin. Jeremy. Giuliano. Seguirían viviendo, con el peso del amigo muerto.

La camioneta aceleró por la ciudad. Mokhtar supuso que no le perjudicaría intentar algo. Les contaría a aquellos hombres su historia. No tenía nada más.

–¿Quieres escuchar mi historia? –le preguntó al hombre de cuero.

El de cuero se mofó.

–¿Estás seguro de haberla memorizado bien?

–*Inshalá*, sí –contestó Mokhtar.

Los de la camioneta se rieron.

Mokhtar comenzó tejiendo la historia de los trabajadores del café de Al Haymah y Burá, cómo los estaba organizando, intentando mejorar sus métodos para demostrar que el café yemení podía codearse con los mejores del mundo.

Todo el planeta bebe café, pero el café nació aquí, dijo. Deberíamos enorgullecernos. El mundo debería saberlo. Tenemos la oportunidad de volver a cultivar un gran café, de mostrarle al mundo que tenemos más cosas aparte de guerras civiles, drones y qat.

Cuando terminó, nadie dijo nada. Mokhtar no estaba seguro de si el hombre de cuero, o cualquiera de los otros, le había escuchado. Y ahora el viento ululaba y circulaban ruidosamente por una carretera maltrecha, acelerando, hasta frenar en seco.

UNAMANO AMABLE

La camioneta se paró y se ladeó a derecha e izquierda según fueron bajando los ocupantes. Alguien, una mano amable, lo sujetó por la axila.

–Con cuidado –dijo la voz masculina. Una voz amistosa, tan amable como la mano que lo ayudaba–. Baja.

Mokhtar bajó de la camioneta.

–Por aquí –indicó la voz amable.

Mokhtar comprendió que no estaba muerto y que quizá no moriría. Esa voz nueva... ¿quién era esa voz nueva y amable? ¿Cabía la posibilidad de que ese hombre lo guiara amablemente hacia su muerte? ¿Dónde estaba el hombre de cuero?

–Sube los escalones –dijo la voz amable.

Mokhtar subió un tramo de escaleras y lo condujeron por un pasillo y una puerta. Incluso con los ojos vendados, captó el cambio de luz. El aire era denso y húmedo, cargado de sudor humano, del olor a hombres sucios, a orines y heces.

Le retiraron la venda y miró alrededor. Estaba en un cuarto pequeño repleto de hombres mugrientos. A su espalda se cerró una puerta de rejas de acero. Estaba en una celda de la comisaría.

Vio a Ahmed, que se le acercó corriendo.

–¿Y Sadeq? –preguntó Mokhtar, pero entonces vio que Sadeq también estaba allí, justo detrás de Ahmed.

–He estado todo el tiempo contigo –dijo Sadeq.

También lo habían trasladado en la camioneta.

Mokhtar se palpó por encima del cinturón. El dinero seguía allí. Nadie lo había cacheado. De haberlo hecho, seguro que habrían encontrado el dinero. Todavía llevaba cuatro mil dólares sujetos a la barriga.

En la celda había otra decena de prisioneros, todos harapientos. Uno dormía en el suelo de cemento, cubierto de desechos humanos. Habían defecado por todas partes. Mokhtar no podía respirar. El hedor lo ahogaba, le lloraban los ojos.

–¿Dónde estamos? –le susurró a Ahmed.

–En la cárcel.

En lo alto de la pared se abría una ventana enrejada.

La mayoría de los hombres parecían ausentes. Podrían haber pasado por pacientes de una institución pesadillesca para enfermos mentales. Mokhtar se acordó de los hombres que había visto por las calles del Tenderloin. En un rincón, un hombre se levantó el sarong y se acuclilló. Un charco de orina creció a su alrededor y el riachuelo corrió hacia los pies descalzos de Mokhtar. Este retrocedió y casi choca con otro prisionero. Le preguntó cuánto tiempo llevaba allí. Vista su apariencia desastrada, supondría que le diría que varios meses, pero el hombre respondió: «Cuatro días».

«¿Así estaremos dentro de cuatro días? –pensó Mokhtar–. ¿Hace cuatro días estos prisioneros eran hombres normales?» «No», pensó. Tenían la ropa hecha jirones, musitaban solos. Los comités populares, concluyó, los habían trasladado allí para quitarlos de en medio durante la batalla. No cabía ninguna otra explicación. Habían arrestado a los locos de la ciudad –a cualquiera que viviera en la calle– y los habían encerrado para protegerlos.

–¡Voy a follarme a tu abuela! –aulló una voz cascada.

Era un hombre mayor, descalzo y babeante, que siguió gritando exabruptos

similares durante una hora.

Mokhtar encontró un hueco en la pared del fondo y se apoyó. Ahmed se acercó.

–No aguanto esto –dijo. Tenía la mirada desesperada.

–Tranquilízate –dijo Mokhtar–. No podemos hacer nada. Al menos aquí estamos a salvo.

Pero Ahmed quería salir.

–¡Voy a follarme a tu abuela! –aulló de nuevo el viejo.

Mokhtar se acercó a la puerta de la celda.

Oyó a dos guardias hablando del puerto de Moka. Uno de los guardias tenía familia en Yibuti y, por lo visto, todavía circulaban embarcaciones de una costa a otra, transportando cebollas y ganado de Moka a la ciudad de Yibuti.

–Me follaré a tu madre. ¡Y a tu hermana!

–¡Guardia! –rugió Ahmed. El loco gritaba, pero Ahmed gritó más fuerte. Estaba perdiendo los nervios–. ¡Guardia! ¡Guardia! ¡Por favor! ¡Por favor!

Un prisionero relativamente limpio se acercó a Mokhtar.

–¿Has conocido a Ammar? –preguntó. Describió al hombre de cuero–. Tienes suerte de estar vivo. –Señaló a un rincón a oscuras–. Ahí mismo ha decapitado a dos.

Mokhtar no quiso mirar. No sabía si creerse a aquel hombre, que parecía el más cuerdo de la celda.

–¡Guardia! –bramó de nuevo Ahmed.

Mokhtar y Sadeq intentaron calmarlo en vano. Ahmed no aguantaba más.

–¡Guardia! ¡Guardia! ¡Guardia! –vociferó.

–Tranquilízate –le dijo Mokhtar–. Acércate a la ventana. Que te dé un poco el aire.

Ahmed siguió chillando.

–¡Guardia! ¡Guardia!

–¡Idiota! ¡Conseguirás que nos maten! –siseó Sadeq.

Por fin un guardia joven acudió a la puerta. Ahmed corrió hacia él, alargó las manos entre los barrotes para agarrarle las rodillas. Intentó besárselas. En Yemen era un gesto tradicional de súplica.

Otro oficial, un hombre mayor de largas barbas, apareció detrás del guardia. Vestía sarong y polo. Parecía un hombre de cierta importancia a nivel local, el oficial de mayor rango que habían visto desde que los habían llevado a comisaría.

Mokhtar se dirigió a él. Semejante barba indicaba sin lugar a dudas que se trataba de un hombre religioso; tal vez apreciara la formación que Mokhtar había recibido de joven.

–Señor –dijo Mokhtar–. Creo que se ha cometido un error. Nosotros no deberíamos estar aquí. Soy un estudioso. He pasado un año en una madrasa.

Mokhtar había odiado el año que pasó en la madrasa, pero ahora confiaba en sacarle provecho.

–¿De dónde eres? –preguntó el hombre.

–De Ibb –dijo Mokhtar–. He estudiado con vuestros eruditos.

Había despertado la atención del viejo. Mokhtar recitó versos coránicos en árabe clásico. Eligió versos que aludían a la clemencia, la hospitalidad, el trato a los prisioneros.

El barbudo se giró hacia el guardia.

–Estos hombres no deberían estar aquí. Abre la puerta.

Ahmed se puso en pie. Sadeq se acercó a la puerta. El guardia la abrió y el barbudo los condujo arriba, seguidos por otro guardia, hasta una oficina pequeña. Contenía un escritorio y poco más.

Se abrió la puerta y apareció un rostro conocido. Mokhtar tardó un poco en recordar dónde se había cruzado con aquel hombre. Entonces se acordó. Era el joven en pantalones cortos y camiseta sin mangas que le había dicho que le

gustaba su cara. Ahora, al ver a Mokhtar encarcelado, Camiseta Sin Mangas se uso furioso.

–¿Qué está pasando aquí? –exigió saber.

El barbudo se encogió de hombros. Costaba interpretar la dinámica entre ellos. El barbudo le sacaba como mínimo quince años, pero se diría que Camiseta Sin Mangas ostentaba mayor rango. Camiseta Sin Mangas rugió y se paseó enérgicamente, echando humo por el trato dado a Mokhtar y sus amigos.

–¡Es increíble! –chilló—. Pero ¿qué hacen aquí estos hombres? ¿Quién lo ha permitido?

Mokhtar observó a Camiseta Sin Mangas con atención. La teatralidad de su enfado le recordó a una versión de aficionados del número del poli bueno y el poli malo. Camiseta Sin Mangas daba puñetazos a la mesa, daba puñetazos a la pared.

Entró otro oficial. Afeitado y canoso. En un día normal quizá fuera el jefe de policía. Pero ahora vestía de paisano, como el resto de los miembros del comité popular. Les aseguró a Mokhtar, Ahmed y Sadeq que había sido todo un error. Ammar, el hombre de cuero, era un inútil, dijo, ya podían marcharse.

El barbudo se acercó a Mokhtar.

–Mi mujer también es de Ibb –dijo—. Lamento lo ocurrido.

Se llamaba Abdul Wasr. Le dio a Mokhtar su número de teléfono y le prometió ayuda si la necesitaban. Enseguida acabaron riéndose de los sinsentidos que les había deparado el día, de la locura de todo aquello. Mokhtar les explicó su trabajo con el café y ellos se reconocieron impresionados. Llegó la hora de irse.

Y, como de su anterior cautiverio, Mokhtar salió con un sentimiento de alegre camaradería hacia sus carceleros. Mientras abandonaban la comisaría de policía, Mokhtar iba contándoles cuánto podría ayudar a su causa en el frente de las relaciones públicas. Traduciría los comunicados al inglés. Les

ayudaría a abrir una cuenta en Twitter, a darse de alta en Facebook... podría gestionarles las redes sociales. Era de San Francisco, dijo, conocía a gente de todo tipo en Silicon Valley. Mientras tanto, Ahmed estaba arrodillado delante del jefe de policía, besándole las rodillas.

SEIS HOMBRES ARMADOS
ALOS PIES DE LA CAMA

Pero el camión seguía en la playa donde los habían detenido. Así que Camiseta Sin Mangas los condujo de vuelta a la costa, donde encontraron el camión intacto, con la Samsonite atada todavía a la caja.

–Está anocheciendo –dijo Camiseta Sin Mangas.

De noche las carreteras de los alrededores de Adén eran peligrosas, explicó. Les sugirió que se quedaran a dormir y partieran por la mañana. Sabía de un refugio seguro.

Mokhtar tuvo la sensación de que se equivocaban, de que deberían marcharse mientras pudieran, pero la tarde había dejado paso al anoecer y Camiseta Sin Mangas, tan teatral en sus objeciones al cautiverio del trío de Mokhtar, conservaba algo en la mirada que delataba que todavía no se fiaba completamente de ellos. Irse apresuradamente levantaría más sospechas todavía.

Se subieron al camión y siguieron a Camiseta Sin Mangas hasta el hotel Al Ghadeer y aparcaron delante, en una calle por lo demás desprovista de vida.

Camiseta Sin Mangas se bajó del todoterreno y los condujo al vestíbulo. Conocía al propietario, un cuarentón flaco y con bigote.

–Cuídame a estos chicos –dijo–. Son amigos.

Era un hotel barato y lúgubre. Se despidieron de Camiseta Sin Mangas y se encaminaron a las escaleras.

–Un momento –dijo Camiseta Sin Mangas. Los tres se giraron–. Id con cuidado esta noche. Rondan por ahí tíos como el que os detuvo antes. – Mokhtar sabía que se refería a Ammar–. Salen de noche a buscar follón. No creo que vengan, pero estad alerta.

Mokhtar, Sadeq y Ahmed estaban exhaustos y emocionalmente destrozados. Se derrumbaron en las camas y, poco a poco, Ahmed fue recuperando la compostura que había perdido en la celda. Tumbado en la cama, mirando a la pared, Mokhtar iba inquietándose por momentos. No deberían haberse quedado en Adén.

Sin embargo, Sadeq se comportaba como si estuvieran de vacaciones. Quería cambiar a una habitación con mejores vistas.

–¿Lo dices en serio? –preguntó Mokhtar.

–El hotel está vacío –respondió Sadeq–. Apuesto a que quedan habitaciones vacías que dan al océano. Podríamos tener cada uno la nuestra.

Mokhtar le dijo que lo olvidara. Sadeq, enfurruñado, fue a darse una ducha.

–¿Estás bien? –le preguntó Mokhtar a Ahmed.

–Estoy bien –dijo Ahmed–. Pero estaba seguro de que íbamos a morir en esa celda.

Sadeq salió del baño. Llevaba unos calzoncillos de camuflaje.

–¿Estás loco? ¡Quítate eso! –chilló Mokhtar.

No era probable que el comité popular viera los calzoncillos de Sadeq, pero cualquier prenda militar los relacionaría con los hutíes. No podían arriesgarse. Sadeq se quitó los calzoncillos y Mokhtar los escondió detrás del ropero.

Mokhtar dudaba de Sadeq. ¿De verdad era un durmiente hutí? No quería preguntarlo.

Encendió la televisión. En las noticias pasaban imágenes de los hutíes ganando terreno por todo el país. Estaban congregándose a unos kilómetros de Adén. Ahmed suspiró fuerte. Mokhtar se durmió mientras los disparos tableteaban desde el televisor.

Abrió los ojos y vio una hilera de sombras. Eran las dos de la madrugada y había seis hombres en la habitación. Todos con la cara oculta tras una kufiya. Todos armados con AK-47, con el dedo en el gatillo.

Mokhtar dedujo que la mayoría eran jóvenes. Sin pensar, saludó:

–*Masa al jair!*

«¡Buenas noches!» Como si estuvieran celebrando una fiesta. De inmediato, la sensación de amenaza menguó. Mokhtar tuvo la impresión de que los hombres que tenía justo enfrente sonreían. Vio que se les arrugaban los ojos por encima del pañuelo.

–¿Cómo que «Buenas noches»? –dijo uno de ellos.

Parecía el líder.

Mokhtar volvió a hablar sin pensar.

–¿Qué quieres que diga? «¿Buenos días?»

Ahmed y Sadeq lo miraron con una mezcla de asombro y pavor. Esa lengua iba a matarlos a todos. Pero Mokhtar estaba convencido de que lo que hacía funcionaba. Los había sacado de varios aprietos con su labia y esta vez no sería diferente. Ya había arrancado sonrisas a un par de enmascarados. Los AK eran mala señal, pero el resto de los indicadores prometían.

Los pañuelos eran buena señal. Los pañuelos significaban que los hombres suponían que alguno de los prisioneros o todos ellos –Mokhtar y sus amigos– eran hutíes, y que si se dejaban ver la cara y luego los liberaban, los hutíes tal vez tomaran represalias contra sus captores o sus familias. Mokhtar sabía que

el verdadero peligro se corría cuando a un grupo así no le importaba que les vieras las caras. Entonces, estabas muerto.

El líder les preguntó qué estaban haciendo en Adén. Mokhtar explicó que intentaban llegar al puerto, para embarcarse en un navío griego a punto de zarpar. En árabe «griego» se dice *yunani*, y Mokhtar, con las prisas, lo dijo de forma que sonó igual que *irani*, es decir, dijo que buscaban una embarcación iraní. Los enmascarados se tensaron. Irán apoyaba a la insurgencia hutí.

–Un barco ¿qué? –preguntó el líder.

–*Yunani, yunani* –dijo Mokhtar. «Griego, griego.»

Explicó que era estadounidense, tratante de café, un hombre de negocios que intentaba salir de Yemen con sus muestras.

–¿Estás orgulloso de ser americano? –preguntó el líder.

Entonces Mokhtar se preocupó. ¿Quiénes eran esos tipos? Parecían de un comité popular, pero podrían pertenecer a Al Qaeda. En Yemen se forjaban alianzas peculiares, como la perturbadora coincidencia entre los comités populares y Al Qaeda de la Península Arábiga.

–Dame el portátil –dijo el líder.

Entregarle el portátil era muy mala idea. Le vino un destello de Michael Li de la época en que vendía Honda. «Controla la conversación.»

–Vale, te lo presto –dijo Mokhtar–, pero lo necesito de vuelta a las siete de la mañana.

Le soltó estas palabras a un grupo de hombres enmascarados y armados con AK-47. Insistió en que le devolvieran el ordenador portátil dentro de cinco horas, como si a las siete tuviera una conferencia que no pudiera perderse. Curiosamente, el otro aceptó.

–Vale –respondió el líder–. Y también los teléfonos.

Mokhtar, Ahmed y Sadeq les entregaron los móviles. Los hombres los cogieron y abandonaron la habitación.

Ahmed se levantó y cerró la puerta.

—¿Qué ha sido eso? ¿Les has dicho que necesitas el portátil antes de las siete? ¿Quieres que nos maten?

A oscuras, Ahmed, Sadeq y Mokhtar especularon sobre quiénes eran aquellos hombres. Se plantearon la posibilidad de escapar, pero solo había una salida, vigilada por el último grupo o por el comité popular del principio.

—Vamos a dormir —dijo Mokhtar.

Estaba cansado y tenía la extraña sensación de que dormiría y a las siete de la mañana llamarían a la puerta y uno de los pistoleros le devolvería el portátil.

En cambio, llegaron a las cinco de la madrugada. Mokhtar notó que le tocaban el hombro. Abrió los ojos y vio el portátil y a un enmascarado que se lo devolvía. Le pidió que lo dejara en el suelo. El hombre obedeció y Mokhtar volvió a dormirse.

Por la mañana se despertó con el sol y abrió el portátil. Funcionaba y todo parecía igual, salvo por el fondo de pantalla cambiado. Antes tenía una imagen de un pueblo de las montañas de Haraz; ahora, una fotografía de un folleto para un encuentro sobre el café celebrado en Oakland. No parecía que hubieran tocado nada más. La única explicación que se le ocurrió fue que los hombres del comité popular no supieran usar un Mac. Mokhtar no conocía a nadie en Yemen que supiera. Habían estado toqueteando el ordenador el tiempo suficiente para una sola cosa: cambiar el fondo de pantalla.

Bajó. El vestíbulo estaba a oscuras. Una persiana bloqueaba la salida. Estaban encerrados. El hombre del mostrador de recepción dormía en una silla.

Mokhtar llamó a Abdul Wasr, el barbudo que los había ayudado a salir de

comisaría, desde el teléfono de recepción. Mokhtar suponía que estaba al corriente de la situación.

–Tenemos que irnos –dijo Mokhtar–. ¿Dónde están nuestros móviles?

Abdul sonó inquieto.

–¿Estás solo?

Mokhtar le aseguró que estaba solo.

–Sospechamos de tu amigo Sadeq. Han encontrado algunos nombres preocupantes en su teléfono. Anoche se os querían llevar a todos, pero los convencí para que os dejaran.

Abdul le pidió que esperase en el hotel. Llegó en cuestión de minutos e informó a Mokhtar de que le devolverían el móvil enseguida, pero en el de Sadeq habían encontrado los números de altos cargos hutíes y de colaboradores dentro del ejército yemení. El comité popular pensaba llevarse a Sadeq para interrogarlo. Mokhtar dio por sentado que lo torturarían.

Mokhtar volvió a la habitación y se lo explicó a Sadeq.

Sadeq no se alteró.

–El teléfono es de mi primo. Yo no conozco a ningún general hutí.

Mokhtar le preguntó por qué su primo tenía los nombres de generales del ejército yemení y hutí en el móvil. Sadeq respondió que su primo tenía un camión de reparto y clientes de todo tipo: hoteles y escuelas, algunas bases militares.

Mokhtar le creyó. Sadeq no era un revolucionario. Habían entrado en un hotel en plena zona de guerra y Sadeq había pedido una habitación con vistas al océano.

Mokhtar bajó y se lo explicó a Abdul.

–Sadeq no puede ser del ejército hutí. Tú le has visto, ¿no?

Abdul permitió a Mokhtar usar su teléfono. Mokhtar telefoneó a Ali, en Saná.

–Estás vivo –dijo Ali–. Bien. Andrew ya ha hablado con la chica. Con Summer.

–¿Summer?

Ali se explicó y Mokhtar ató cabos. La noche anterior los hombres del comité popular le habían requisado el teléfono y Andrew había llamado mientras lo revisaban. Como no sabían usar un iPhone, habían intentado cortar la llamada, pero habían contestado sin darse cuenta y habían dejado el teléfono conectado.

Andrew pudo escuchar dos horas de conversaciones entre los integrantes del comité popular. Lo que había escuchado era alarmante; Mokhtar y sus amigos corrían grave peligro. Andrew y Ali habían pasado la noche haciendo llamadas. Encontraron el nombre de Summer, la llamaron, y Summer fue haciendo llamadas hasta que descubrió quién retenía a Mokhtar y dónde.

–Ahora todo irá bien –le dijo Ali a Mokhtar–. Tenemos a un montón de gente negociando. Nos aseguraremos de que estéis a salvo. La familia de Summer conoce a todo Adén.

Mokhtar regresó a la habitación con nuevos ánimos. Se duchó, intentó limpiarse bien los pies: el día antes había estado descalzo en una celda mugrienta. Parecía que hubiera pasado mucho tiempo. A solas por primera vez en todo un día, mientras el agua caía alrededor, Mokhtar repasó las opciones. Sadeq era sospechoso de ser un agente hutí infiltrado en Adén, presumiblemente para informar de las posiciones y capacidades enemigas a sus superiores. Los comités populares que defendían Adén tenían razones para desconfiar de cualquiera que estuviera en la ciudad, sobre todo de un hutí que había visto uno de sus bastiones: la comisaría.

Mokhtar no sabía qué hacer ni qué creer. Si Sadeq era hutí, ¿podía seguir

defendiéndole? ¿Había llegado el momento de distanciarse de Sadeq? ¿Y Ahmed? ¿Era cómplice?

Sadeq se había quedado con la única toalla de la habitación, de modo que Mokhtar se secó con la cortina de la ducha. Cuando salió del cuarto de baño, vio a Otro Mokhtar. Acompañado por seis hombres armados.

–Venimos a sacaros de aquí.

Summer había telefoneado a Otro Mokhtar.

–Tenéis que salir ahora mismo de la ciudad.

No estaba claro por qué ese hombre arriesgaba tanto por Mokhtar, Ahmed y Sadeq. Pero Mokhtar no podía cuestionárselo ahora. Casi eran libres. Entonces Mokhtar abrió la boca y dijo algo que al momento a todos les pareció absurdo.

–Las muestras. Están en la Samsonite negra. No puedo marcharme sin las muestras.

Otro Mokhtar torció el gesto.

–¿Tus qué?

Mokhtar le contó la historia de los granos de café, de la conferencia de Seattle.

–Son mi vida –dijo Mokhtar.

–Quédate aquí –dijo Otro Mokhtar.

Salió con los seis hombres armados.

–¿En serio? –dijo Ahmed–. Tenemos ocasión de marcharnos, ¿y nos quedamos por el café?

Pasó una hora. Dos.

Mokhtar, Sadeq y Ahmed vieron la guerra en televisión. Ninguno conocía suficiente la geografía de Adén, pero por las crónicas se diría que estaban

rodeados de combates. Al oír mencionar a los hutíes en las noticias, Mokhtar tuvo una idea.

Miró a Sadeq.

–Tenemos que arreglarte.

Mokhtar llevaba una camisa de sobra y se la prestó. Sadeq se la puso. La transformación fue considerable, pero no estaba completa. Mokhtar le dio las gafas y lo peinó con aspecto metódico.

–Es increíble –dijo Ahmed, mirando a Mokhtar–. Se parece a ti.

Sadeq parecía un empresario global: pulcra camisa de vestir azul, gafas, peinado con raya al lado. Al instante Mokhtar se convenció de que la amenaza había desaparecido. ¿Por qué no lo había hecho en Saná, antes de salir? Demasiadas de sus mejores ideas se le ocurrían cuando ya no servían para nada.

La llamada a la puerta retumbó por toda la habitación.

Era Otro Mokhtar.

–Tengo la maleta. Vamos.

Fuera, Mokhtar vio el camión con la maleta detrás.

–Yo tengo que quedarme en el hotel –dijo Otro Mokhtar–, pero os acompañará un amigo. –Les presentó a un tal Ramsi–. Si alguien os pregunta quiénes sois, formáis parte de una empresa de tratamiento de aguas de Adén y os estáis marchando.

Ahmed arrancó el camión. Mokhtar le dio las gracias a Otro Mokhtar. Le debía la vida a ese hombre al que no volvería a ver. Ahmed aceleró.

Se encontraron con tres controles antes de salir de Adén y Ramsi consiguió que les dejaran pasar. Se despidieron de Ramsi a unos quince kilómetros de Adén. A partir de ahí, las carreteras estaban despejadas. Condujeron sin problemas las nueve horas de vuelta a Saná y llegaron esa misma noche.

EL PUERTO DE MOKA

Sentado en el piso de Mohamed y Kenza, Mokhtar sopesó sus opciones. En la prisión del comité popular, había escuchado al guardia hablar de los cargueros que transportaban ganado y personas entre Moka y Yibuti. En internet descubrió que el puerto de Moka seguía más o menos operativo. Los saudíes lo habían bombardeado repetidamente y, cuando no estaba siendo bombardeado, se lo disputaban las fuerzas gubernamentales y los hutíes, pero los barcos zarpaban con regularidad.

Llamó a Andrew.

—¿Quieres tomar un barco desde Moka? —preguntó este.

—Vamos a Yibuti y allí cogemos un avión a Adís Abeba —respondió Mokhtar.

Esta vez Andrew estuvo de acuerdo. El viaje a Adén no le había convencido, porque Adén era una zona de enfrentamientos y porque albergaba la esperanza de que se le presentara otra solución más práctica: quizá reabrieran el aeropuerto, por ejemplo. Pero no había sido así y faltaba cada vez menos para la conferencia de la SCAA. Tenía que asistir.

Mokhtar telefoneó a la embajada estadounidense de Yibuti sin esperar nada, pero contestó alguien. Mokhtar le preguntó si, en el caso hipotético de que consiguiera cruzar el mar Rojo con otro estadounidense y llegar a Yibuti en barco, la embajada los recibiría y les ayudaría a volver a América.

La representante de la embajada, una mujer simpática cuyo pragmatismo

envalentonó a Mokhtar, aseguró que sí.

–¿No nos meterán en un campo de refugiados? –preguntó Mokhtar.

–No, no –dijo la mujer–. Si llegan hasta aquí, haremos lo posible por ayudarles.

Mokhtar y Andrew decidieron marcharse el viernes, después de la *yuma*. Suponían que el día santo del islam habría menos violencia.

Ahmed aceptó acompañarlo otra vez, solo dos días después de escapar con vida de Adén por los pelos. Para Mokhtar fue una cura de humildad. Apenas hacía una semana que se conocían y ahora Ahmed volvía a arriesgar su vida... ¿por qué? ¿Por Mokhtar, Andrew y el café?

–Todo irá bien –le dijo Mokhtar.

A través de sus amistades en Saná, había contactado con un hombre llamado Mahmoud que conocía los movimientos de los barcos que zarpaban de Moka. Mahmoud se comprometió a ocuparse de las gestiones necesarias para embarcarlos y sacarlos de Moka.

–No hay ningún problema –dijo Mahmoud.

Por la mañana Ahmed se presentó en casa de Mokhtar al volante de una camioneta. Mokhtar arrojó las maletas a la caja. Cruzaron la ciudad para recoger a Ali y Andrew. Andrew bajó vestido para las plegarias del viernes, oliendo a colonia y con cinco maletas cargadas de café en grano y una cesta con las magdalenas de Jennifer. Arrancaron, y Andrew les enseñó un vídeo de su hija Rayyan en el móvil: le había puesto el nombre de su planta procesadora de café. Tenía dos años y, en el vídeo, hablaba de fresas.

–¿Por qué has tenido que enseñármelo? –dijo Mokhtar.

No quería pensar en la hija de Andrew mientras conducían en dirección a Moka. Quería ir pensando en asuntos prosaicos. Seattle. Granos de café.

«Adiós, Saná», pensó Mokhtar. Estaba seguro de que la ciudad seguiría en su sitio cuando regresara —no tenía ni idea de cuándo—, pero también cabía la posibilidad de que volvieran a alterarla radicalmente. No había ninguna garantía de lo que harían los saudíes, de lo que harían los hutíes. Yemen podía convertirse en Siria.

Pusieron rumbo al oeste, atravesando las montañas de Haraz. La carretera era estrecha y serpenteante, y los condujo a tres mil metros por encima del nivel del mar. Los controles se sucedían cada quince o treinta kilómetros, pero con Ahmed al mando los hutíes les franqueaban el paso.

Llegaron a Hudaida y cogieron la autopista norte-sur. No encontraron oposición alguna en las cuatro horas de carretera. La autopista transcurría a treinta kilómetros de la costa y cruzaba una gran meseta. Casi todo el trayecto era de cuatro carriles, con controles escasos y eficientes. Llegaron a Moka a última hora de la tarde.

Mokhtar había leído sobre Moka y le había puesto su nombre a su empresa, y hacía años que le cautivaba su historia. Pero era la primera vez que la veía. La vía de entrada a la ciudad estaba plagada de baches y rodeada de viviendas en ruinas, muchas abandonadas. En otro tiempo su legendario puerto había sido el más importante del mundo, pero ahora solo quedaban unos quince mil habitantes empobrecidos. La ciudad vivía momentos difíciles.

Solo había un hotel abierto en todo Moka. Cuando Mokhtar, Andrew y Ali entraron, se toparon con una escena caótica. Todos los que querían marcharse de Yemen por Moka estaban allí: etíopes, eritreos, somalíes. En recepción, el encargado cobraba por una habitación cinco veces más de lo que costaría un día normal. Pero no había más opciones. Pagaron lo que les pedían y subieron a su cuarto.

Mokhtar llamó a Mahmoud, que aseguró que les conseguiría pasajes para el día siguiente. Al cabo de una hora se presentó en el hotel y confirmó que podrían embarcarse en un carguero somalí que normalmente transportaba ganado a Moka, pero que últimamente se dedicaba a sacar a personas de Yemen. Al día siguiente, dijo –o quizá el domingo, se corrigió–, tendrían plazas para Mokhtar y Andrew. La travesía a Yibuti duraría entre quince y veinte horas.

Andrew estaba preocupado. Nada garantizaba que zarparan al día siguiente. Tampoco había ninguna certeza sobre cuándo llegarían. Los cálculos para su programa previsto eran pesimistas. Si no zarpaban al día siguiente, sábado, no podrían salir de Yibuti el domingo, lo cual significaba que no podrían tomar el vuelo que despegaba de Adís Abeba a las diez de la noche y que no llegarían a Estados Unidos a tiempo para tostar el café. Para que fuera bueno tenían que tostarlo y dejarlo reposar, y si no era bueno, nada de lo que estaban haciendo tenía sentido.

–Pues nos vamos mañana –zanjó Mokhtar.

Cenaron en el hotel y se retiraron temprano. Mientras mascaban qat en la habitación, oyeron el rugido de los autobuses diésel aparcando. Vieron apearse a docenas de somalíes. Mokhtar supuso que también embarcarían al día siguiente. Toda la ciudad parecía desesperada por marcharse.

–Mañana podríamos visitar la mezquita de Al Shadhili –propuso Mokhtar.

Llevaba todo el día dándole vueltas. Era el hogar espiritual del Monje de Moka original, el jeque Ali Ibn Omar Alqurashi al Shadhili, el hombre que había hervido el café, que había levantado el comercio del café.

Andrew miró a Mokhtar como si se hubiera vuelto loco.

–Mañana no vamos a ir a ninguna mezquita. No estamos de vacaciones. Mañana nos largamos.

Se despertaron al amanecer y llamaron a Mahmoud.

–Tenemos un problema –dijo Mahmoud, y Mokhtar adivinó el resto.

En Yemen nada era sencillo. Si alguien te decía que podía hacer que embarcaras, no era más que el comienzo de una conversación. Nunca resultaba tan fácil como comprar el pasaje y subirte al barco. Mahmoud le estaba contando que no había combustible y por tanto el barco no zarparía el sábado.

–¿Y cuándo zarpará? –preguntó Mokhtar.

–No sabría decirte –dijo Mahmoud.

Mokhtar le preguntó por las alternativas. Mahmoud mencionó la posibilidad de alquilar lo que llamó una Viper. Con la lancha el viaje a Yibuti se reduciría a cinco o seis horas. Mokhtar se imaginó una lancha motora, de las que utilizaban los narcotraficantes caribeños.

–Veré qué se puede hacer –dijo Mahmoud.

Mokhtar sabía qué significaba eso. Tenía tiempo.

Su guía era Adel Fadh, juez local e historiador. De mediana edad, bajo y gentil, acompañó a Mokhtar a la mezquita, una humilde estructura en proceso de restauración. Pasearon bajo los andamios mientras la luz matinal se colaba por los ventanales. La mezquita, construida en honor al jeque Ali Ibn Omar Alqurashi al Shadhili, conservaba una gran vibración espiritual. Al Shadhili, monje sufi, había ido a Harar, se había casado con una etíope y había llevado a Yemen el caféto, una planta todavía silvestre, que aún no se había cultivado. Allí, en Moka, inventó el oscuro brebaje que ahora denominamos café. El acervo popular atribuía a Al Shadhili el ascenso de Moka al centro del comercio cafetero. Había sido él quien había enseñado el café a los comerciantes que viajaban a Moka y quien ensalzó sus propiedades medicinales.

La mezquita tenía más de quinientos años y se había reparado en múltiples ocasiones, le explicó Adel Fadh. Pero ahora apenas tenían dinero para conservarla. Debido a la pobreza de la ciudad y a la guerra en el país, Adel temía por el futuro de la mezquita y de Moka.

–Podemos devolverle al puerto toda su grandeza –dijo Mokhtar.

Si pudiera salir con vida de Yemen y regresar algún día, él se encargaría de conseguirlo, dijo. No tenía ni idea de cómo lo haría, pero se sentía obligado a transmitir al juez alguna esperanza.

Adel, un hombre ingenuo, le escuchaba con atención y Mokhtar se dio cuenta de que también los trabajadores de la mezquita estaban atentos. Habló sobre el comercio moderno del café, el auge del café de especialidad, la inminente supremacía del café yemení, de cómo Moka volvería a prosperar.

Sonó el teléfono. Era Mahmoud. Había encontrado embarcación.

En el hotel, resultó que Mahmoud no había encontrado embarcación. Condujeron por toda la ciudad preguntando a todo el que se encontraban por la posibilidad de alquilar una barca de pesca, una Zodiac, lo que fuera.

Al final Mahmoud telefoneó. Había encontrado un barco y un capitán dispuesto a gobernarlo. Ali los llevó a la playa. El capitán era joven, de unos treinta años, y el barco minúsculo, de unos catorce pies de eslora, un simple esquife de casco plano, nada de lanchas Viper. Resultó que lo que intentaba decir Mahmoud era *fiber boat*, barca de fibra, no *viper boat*. La nave de su huida era una cosita de nada, baja y estrecha, con un único y solitario motor Yamaha. Un atún podría volcarla.

–En ese trasto vamos a acabar empapados –señaló Andrew.

Volvieron a subirse a la camioneta para ir en busca de lonas impermeables. Tendrían que envolver las maletas y colocarlas al fondo del barco para que el

café no se mojara. Acordaron que Ahmed se quedaría allí para sellar los pasaportes de Mokhtar y Andrew en la Autoridad Portuaria.

Se separaron. Ali los condujo de vuelta a la ciudad, donde Mokhtar y Andrew encontraron una tienda que vendía lonas impermeables. Compraron tres y regresaron a la playa. Pero la camioneta necesitaba repostar, de modo que pararon a echar gasolina. Mientras estaban sentados en la camioneta oyeron ráfagas de disparos provenientes del litoral, a menos de kilómetro y medio.

–Llama a Ahmed –dijo Mokhtar.

Andrew llamó. El teléfono de Ahmed sonó dentro de la camioneta. Se lo había olvidado. Vieron el Ford Taurus de Mahmoud. Entró derrapando en el aparcamiento y Mahmoud se bajó de un salto. Había habido un tiroteo en la Autoridad Portuaria. Ahmed y él estaban esperando a que les sellaran los pasaportes cuando los hutíes habían abierto fuego contra la policía del puerto. O la policía del puerto había abierto fuego contra los hutíes. Se desató el caos. Mahmoud y Ahmed se habían separado.

Mokhtar y Andrew se quedaron paralizados. Tenían que encontrar a Ahmed, pero acercarse a la costa parecía un suicidio. Y de todos modos, Ahmed ya no estaría allí. Habría huido.

–El hotel –dijo Mokhtar.

En la camioneta guardaron silencio mientras Ali recorría a toda velocidad las amplias calles de Moka. Mokhtar tenía una intensa sensación de que Ahmed estaba muerto. No podía haber tenido tanta suerte otra vez. Había sobrevivido a todo el desastre de Adén, pero otra crisis ya sería demasiado.

Andrew vio la cara de Mokhtar.

–No te preocupes. Ahmed está bien.

Aparcaron frente al hotel y bajaron.

Ahmed estaba en el vestíbulo, ileso.

–Hey –saludó.

Mokhtar lo abrazó.

Ahmed se echó a reír.

–Estoy bien. No ha sido nada.

Mokhtar se apartó y lo miró. Hacía unos minutos estaba convencido de que Ahmed había muerto. Y ahora estaba vivo y tenía sus pasaportes. Cuando empezó el tiroteo, se los había escondido en la camisa y se había escabullido del edificio hasta el aparcamiento, donde corrió entre el fuego cruzado hasta que vio pasar una motocicleta. La paró, se montó de un salto y le dio la dirección del hotel al motorista.

Ahora estaba entregando los pasaportes a Mokhtar y Andrew como si acabara de cumplir con un procedimiento rutinario. Los había sellado antes de que estallara el tiroteo.

–Es mejor que os vayáis –dijo Ahmed.

Volvieron a la camioneta de Ali y se dirigieron a otra zona de la playa. El esquife que habían alquilado estaba alejado del lugar del conflicto. En la playa se toparon con un par de policías de adscripción incierta; podían apoyar a los hutíes o al gobierno, no estaba claro. Mokhtar les entregó la mordida en mano: ya podían irse de Moka.

Cuando examinaron más de cerca el esquife, Andrew y Mokhtar se echaron a reír. Andrew se había criado junto a un lago en Luisiana y el esquife era más pequeño que los botes con los que salía a pescar. ¿De verdad sería capaz de cruzar el mar Rojo? El hombre que habían contratado al timón parecía confiado en que sí. Aseguraba que lo había cruzado muchas veces.

No tenían motor extra. Solo había un remo. No había chalecos salvavidas. No sabían si se topaban con algún barco saudí. O si los aviones saudíes

atacarían cualquier nave que zarpara del puerto. O si la marina estadounidense rondaba la zona y los tomaría por terroristas y los volaría en mil pedazos. También cabía la posibilidad –probablemente la mayor de todas– de que el capitán los vendiera a unos piratas somalíes.

–Hora de partir –dijo Mokhtar.

Envolvieron las maletas con las lonas y las colocaron en el fondo del barco. En total transportaban cien kilos de café verde. Mientras el capitán preparaba el motor, Mokhtar, Andrew, Ali y Ahmed hicieron planes para cualquier eventualidad.

Mokhtar y Andrew llamarían a Ali y Ahmed cuando arribaran al puerto de Yibuti, o en el plazo de veinticuatro horas. Hasta ese momento, Ali y Ahmed permanecerían en Moka. Si Mokhtar y Andrew no llamaban dentro del plazo previsto significaría que algo iba mal, que probablemente los habían vendido a los piratas. En tal caso, Ali y Ahmed quedaban autorizados a secuestrar a parientes del capitán. Según la costumbre yemení.

En la playa, todas estas cuestiones se debatieron con una mezcla de seriedad y humor negro. Las maletas cubrían el suelo del barco y todo estaba listo para zarpar. Pero durante todo ese rato, mientras preparaban la embarcación y discutían posibles eventualidades, dos niños pequeños de la zona, un niño y una niña, habían estado rondándoles. No era raro, siempre había críos interesados por los barcos que zarpaban, pero estos dos saltaron a bordo.

–¿Y estos niños? –preguntó Mokhtar al capitán.

Eran los hijos de un amigo suyo, dijo el capitán. Los llevaba a Yibuti con su padre. Mokhtar y Andrew debatieron si la presencia de dos niños añadía peligro al viaje o lo contrario.

–Vámonos –dijo Andrew.

Se despidieron de Ali y Ahmed. Ali, que los había tranquilizado

explicándoles las posibles represalias colaterales si les sucedía cualquier cosa, ahora parecía titubear.

–¿O sea que os marcháis? –preguntó.

–Tenemos que llegar a Seattle –dijo Andrew.

–Llamad desde el barco –pidió Ali.

Ayudaron al capitán a empujar el esquiife hasta el agua. El capitán se subió y ocupó su puesto junto al motor fueraborda.

–¿Sabes qué? Es la primera vez que subo a un barco –dijo Mokhtar.

–¿Nunca habías subido a un barco así? –preguntó Andrew.

–Nunca había subido a ningún barco.

Mokhtar había crecido en San Francisco, rodeado de agua: océanos y bahías y ríos, estuarios y lagos. Había pasado años en Yemen, un país con casi dos mil kilómetros de costa. Había cursado secundaria en Treasure Island, una isla de verdad. Pero nunca se había subido a un barco. Siempre había querido hacerlo, pero los ferris y los yates y los veleros que había visto en su juventud parecían parte de un mundo inalcanzable.

Su primera experiencia a bordo de una embarcación sería en un pequeño esquiife que zarpaba de Yemen en medio de una guerra civil.

Subió y se alejaron de la costa. Transportaban el primer café que zarpaba del puerto de Moka desde hacía ochenta años.

BIENVENIDOS A YIBUTI

Las olas los arrojaban al suelo. Se recuperaban y se reían y se abrazaban. El barco, tan pequeño y rígido, convertía cada ola en una calamidad. A los pocos minutos estaban empapados. También los niños. Iban abrazados en el centro del barco y no dijeron nada durante tres horas.

Cuando la costa desapareció a sus espaldas, Andrew sacó una bolsa de qat de la mochila.

—¿En serio? —preguntó Mokhtar.

Andrew sonrió. El qat los calmaría. El qat haría que les pareciera una travesía rutinaria. Mascaron, y el qat los condujo a un estado satisfecho y filosófico, incluso mientras el agua y el viento les exigían que se chillaran por encima del ruido para hablar. Transcurrida la primera hora, el mar se calmó y el qat subió. Y como lucía el sol y con cada nueva milla crecía su confianza en el capitán, se relajaron hasta la complacencia. Mokhtar y Andrew, acurrucados en el centro del barco, sentados sobre las muestras, se enzarzaron en una ridícula sarta de conversaciones filosóficas de las que solo se mantienen mascando qat, y tal vez únicamente en el mar, puestos de qat, entre una zona de guerra y una costa ignota.

Hablaron de Dios, y Mokhtar se oyó decir «Si crees que solo hay un camino para llegar a Dios, estás limitando a Dios», y pensó que se trataba de un comentario tan profundo que quizá cambiara sus vidas para siempre. También abordaron cuestiones prácticas, su trabajo con el café, sus plantaciones, sus

productores y sus planes. Como estaban convencidos de que cruzarían el mar Rojo sanos y salvos, y sabían que había cientos de personas que querían salir de Yemen pero no podían, idearon un plan en el que, si llegaban a Yibuti en condiciones, fletarían un barco para unos doscientos cincuenta pasajeros y transbordarían a yemeníes y estadounidenses y a quienquiera que quisiera por el mar Rojo, harían el trabajo que el Departamento de Estado no podía o no quería hacer. Lo llamarían Operación Moka Árabe. Estaban absolutamente seguros de que se llevaría a cabo.

Navegaron rumbo sur-sudoeste hasta que alcanzaron Bab el Mandeb, el estrecho donde el mar forma un cuello de botella entre el norte de Yibuti y el sur de Yemen. El golfo fue picándose y el viento arreciando. Pasaron una hora preguntándose cuánto podían mojarse y la cantidad de agua que podía soportar el barco, las probabilidades de que las muestras absorbieran al menos un poco de mar.

Pero enseguida avistaron la costa yibutiana, gris y desolada. Durante las siguientes horas navegaron pegados a la costa mientras iba anocheciendo. Se cruzaron con algún pescador, atisbaron las luces lejanas de algún avión. El cielo se oscureció y surcaron las aguas negras. El primer puerto yibutiano que vieron fue Obock, una pequeña población en el extremo oriental de la costa y, de ningún modo, el destino donde pensaban desembarcar. En Obock no había embajada estadounidense y apenas servicios. No querían detenerse allí.

Pero el capitán sí.

–Será solo un momento –dijo.

Tenía que dejar a los niños. Obock era el punto de entrada de los refugiados yemeníes, explicó. Naciones Unidas había instalado un campo de refugiados cerca de allí. Su intención era dejar a los niños y continuar el viaje.

Pero no sonaba bien. Los sentidos del Tenderloin de Mokhtar estaban en máxima alerta. Había pasado cinco horas sintiéndose cada vez más complacido y satisfecho con el capitán, y ahora ocurría lo que ocurría. Esto, un repentino cambio de planes, justo el tipo de cosa que más temían. Pero la actitud del capitán era tan desenfadada que terminaron aviniéndose a entrar en los muelles. Mokhtar confiaba en un desembarque rápido: los niños se bajarían y el barco zarparía de nuevo.

No esperaba toparse con uniformes. Pero vio a dos uniformados en el muelle y el capitán les lanzó un cabo.

–¿Qué haces? –preguntó Mokhtar al capitán.

–Solo voy a dejar a los niños. No te preocupes.

Los uniformados ordenaron desembarcar a Mokhtar y Andrew.

–¿Quiénes son estos tíos? –murmuró Andrew.

Mokhtar no tenía la menor idea. ¿Guardia costera? ¿Policía local? Vestían de camuflaje azul y llevaban rifles alemanes G3.

–¿De dónde venís? –preguntó uno de los agentes.

–Yemen –respondió el capitán.

–¿Y esos dos? –preguntó, señalando a Mokhtar y Andrew.

El capitán le explicó que eran americanos que hacían una breve escala de camino a la capital, donde los esperaban en la embajada.

Lo cual despertó el interés de los uniformados.

–No os parecéis a los que han pasado antes –dijo uno de ellos.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Mokhtar.

–Los americanos que han pasado antes que vosotros. Ha pasado personal del gobierno americano a recogerlos. ¿Cómo es que no ha venido nadie a recibiros?

–Es porque vamos a la capital –dijo Mokhtar–. No teníamos previsto parar en Obock.

–Acompañadnos –dijo uno de los guardias–. El gobernador querrá conoceros.

Las posibilidades más lúgubres pasaron por la cabeza de Mokhtar. Cárceles secretas. Detenciones ilegales. Podría tratarse de un centro de detención clandestino de la CIA. Desde el 11S, Yibuti había sido un socio destacado del contraterrorismo estadounidense. Era la pista de despegue de la flota de drones que bombardeaba regularmente Yemen, y desde hacía años en Yibuti se detenía, interrogaba y torturaba a sospechosos de terrorismo. Mokhtar agradeció la presencia de Andrew, un estadounidense blanco. No harían desaparecer a un hombre como Andrew.

El capitán había apagado el motor, los niños estaban en el muelle y los yibutianos uniformados recibían a Mokhtar y Andrew con amplias sonrisas.

Mokhtar miró a Andrew. La situación no traería nada bueno. Pero visto que parecía más peligroso rechazar la hospitalidad del gobernador que aceptarla, Mokhtar y Andrew se dejaron ayudar a desembarcar y enseguida bajaron también las maletas, que abrieron e inspeccionaron.

Maletas repletas de bolsitas de plástico. Parecía droga. Mokhtar y Andrew tuvieron que explicar las muestras, el trabajo con el café, su programa, la necesidad de regresar al barco y seguir viaje, la conferencia de Seattle.

Pero ya no parecía probable que llegaran a tiempo. Los habían detenido. Sin hostilidades. De un modo que no resultaba particularmente amenazador, al menos por el momento. Recordaba más a las detenciones irracionales y desorganizadas habituales en los aeropuertos estadounidenses, el tipo de detención que nacía de la sensación de los agentes de enfrentarse a algo que superaba su comprensión inmediata, algo demasiado inusual para permitirlo sin más.

Mokhtar y Andrew terminaron en la parte de atrás de un todoterreno camino, según les habían dicho, de casa del gobernador.

–¿Crees que es ahí adonde nos llevan? –susurró Andrew.

–No lo sé –dijo Mokhtar mientras pensaba que, en el fondo, era una idea brillante de los yibutianos decirles que los llevaban a casa del gobernador: la expectativa de recibir semejantes honores perseguía que se relajaran.

¿Y dónde se había metido el capitán del barco? Había desaparecido. Los niños no estaban. Lo cual subrayaba la posibilidad de que el capitán hubiera apalabrado su venta o traspaso. ¡Los niños eran para confundir! La cabeza de Mokhtar bullía de funestas posibilidades.

El todoterreno paró enfrente de lo que parecía una casa. No una prisión. Los agentes abrieron las portezuelas y condujeron a Mokhtar y Andrew a la puerta principal, donde salió a recibirlos un yibutiano sonriente vestido con pantalones chinos y camisa con botones en la solapa del cuello.

–Hola, hola –saludó, luego se volvió hacia un asistente–. ¿Agua? ¿Podemos ofrecerles un vaso de agua? –preguntó, haciéndolos pasar.

Aceptaron una botella de agua del tiempo. En Obock estarían a unos cuarenta y tres grados y la humedad era sofocante. El gobernador los acompañó a su despacho, una espaciosa habitación forrada de madera con vistas al mar.

Les preguntó por el viaje y por sus planes, y Mokhtar y Andrew respondieron que tenían planeado ir directos a la capital y desde allí coger el primer vuelo a Adís Abeba.

–¡Uy, ya no llegáis! –dijo alegremente el gobernador.

Eran las ocho y en barco se tardaban varias horas, añadió. Además, tenían mucho que aclarar. El gobernador tendría que hablar con la embajada estadounidense en la capital para informar de todo, de la llegada imprevista de dos americanos vestidos de yemeníes.

–Pasad aquí la noche –dijo el gobernador–. Tenemos un hotel para turistas precioso. Os quedáis.

No les dieron otra opción. Esa noche, como mínimo, serían los reos de pago de las autoridades yibutianas locales. Era la segunda vez en una semana que Mokhtar se veía forzado a costearse su propia detención. El gobernador les dijo que las autoridades de la embajada estadounidense tendrían que aprobar su liberación, o tendrían que venir a por ellos. A continuación, se despidió hasta el día siguiente.

Mokhtar sabía que la capital, donde estaba la embajada, distaba seis horas en coche. Nadie de la embajada recorrería seis horas hasta Obock. Y de todos modos nada de lo que les decían tenía sentido, porque bastaba con que subieran de nuevo al barco y navegaran dos horas para llegar a la capital.

Los guardias escoltaron a Mokhtar y Andrew hasta el hotel, un conjunto de cabañas de adobe sobre un acantilado. Esperaron con ellos mientras se registraban. Una vez que hubieron pagado, en dólares estadounidenses, los guardias se marcharon.

Las habitaciones eran espartanas. Cada una contenía un catre, una mesita auxiliar y un ventilador de techo. No estaban vigiladas. Si querían desafiar a las autoridades yibutianas podían intentar salir del complejo hotelero, encontrar la carretera y tratar de llegar en autoestop hasta la capital. O podían arriesgarse por el frente marítimo. Localizar al capitán. Escabullirse por mar.

No era posible. Había demasiadas cosas que no sabían. Y era probable que los guardias de camuflaje azul siguieran en la costa. Y la ciudad estaba a oscuras y desierta. No circulaban coches, no había gente en la calle. Era una ciudad desolada de ambiente siniestro. En sitios así, la gente desaparecía.

Andrew intentó llamar por móvil y descubrió que tenía cobertura. Telefonó

a Jennifer y les contó dónde estaban. Ella buscó el número de la embajada estadounidense en Yibuti. Andrew llamó a la embajada y, con su deje sureño más delicioso, le contó a la mujer lo ocurrido. Ella prometió que, una vez que estuvieran en la capital, la embajada los hospedaría y les garantizaría una salida segura.

No les quedaba otra más que esperar hasta la mañana.

Durante el desayuno se reunió una extraña mezcla de gente en el minúsculo restaurante del hotel. Un grupo de variopintos oficiales de ejércitos norteafricanos. Una familia italiana: los padres, quizá cooperantes, cuchicheaban mientras los niños veían dibujos animados en un iPad. Lo más raro era la mesa de monjas, parloteando animadamente y, por lo visto, contentísimas de estar en Yibuti, donde la temperatura había alcanzado los cuarenta y seis grados. Mokhtar y Andrew comieron en un silencio abotargado.

Después de desayunar fueron en taxi al despacho del gobernador, donde los guardias les dijeron que podían coger el transbordador que unía Obock con la capital.

—¿A qué hora sale? —preguntó Mokhtar.

No estaban seguros. A menudo salía a las doce y media, dijeron. Pero el horario no era de fiar. De hecho, añadieron, era posible que no saliera ningún ferry en todo el día.

Andrew se puso nervioso y le recordó a Mokhtar su programa. Tenían que volver y tenían que tostar el café en grano, que luego debía reposar. Andrew interpretó al americano exigente mientras Mokhtar adoptaba un tono más conciliador. Cuando esto no funcionó, intercambiaron los papeles y lo intentaron de nuevo. Al final se evidenció que los agentes no podían consentir que dos americanos regresaran en una barca pesquera cualquiera y llegaran a

la capital de cualquier modo. Les harían preguntas; ¿y si les contaban a los funcionarios de la embajada lo que había sucedido en Obock?

Sus captores estaban preocupados. No habían autorizado la entrada de los dos americanos –no tenían poder para ello, dado que Obock no era un puerto de entrada oficial–, pero al mismo tiempo tampoco podían devolverlos al agua sin más.

El problema estaba en el medio de transporte: no iban a permitir que Mokhtar y Andrew regresaran en barco, el que fuera. De manera que estos les ofrecieron una alternativa: podían alquilar una camioneta y un chófer y llegar a la capital por carretera. Los agentes aceptaron esta alternativa y, al poco, habían conseguido un todoterreno y contratado a un chófer, cargaron las muestras y arrancaron.

Estaban a cuarenta y nueve grados, que con la humedad parecían el doble. El trayecto duró seis horas y les acompañó otro hombre en el vehículo: un funcionario yibutiano de bajo rango que había insistido en viajar con ellos, sin duda porque esperaba un soborno en cuanto llegaran a la capital.

Recorrieron paisajes mayormente deshabitados, agostados por la sequía y el calor persistente. Bordearon la costa yibutiana, acortando de vez en cuando por el interior, entre lechos resecos y valles de un rojo herrumbroso. Mokhtar y Andrew discutieron todo el rato, en inglés, las diversas eventualidades y posibilidades. Necesitaban que los llevaran a la embajada estadounidense y, si lo conseguían, el oficial que se les había pegado sin invitación y su soborno dejarían de ser un problema.

Pero primero tenían que llegar. Durante todo el trayecto se preguntaron si sería tan sencillo como dejar que el todoterreno los condujera a la capital. ¿Qué impedía al funcionario yibutiano proponer un desvío, una parada hasta

que se solventara el tema del soborno? Por el camino había controles de carretera. El gobierno yibutiano intentaba vigilar la creciente oleada de refugiados que llegaban de Yemen. Los dos primeros controles fueron fáciles y rápidos. En el tercero, interrogaron al funcionario y al chófer, y Andrew y Mokhtar tuvieron que enseñar el pasaporte. Al final los dejaron pasar. A última hora de la tarde llegaron por fin a Yibuti capital, una ciudad polvorienta de 529.000 habitantes oprimidos por el mismo calor sofocante que aplastaba al resto del país.

Mokhtar y Andrew supusieron que los conducirían a la embajada estadounidense, pero en cambio los llevaron a la comisaría de policía, donde un joven agente vestido de paisano –parecía más un modelo que un policía– interrogó a Mokhtar y Andrew por separado a propósito de las razones para viajar a Yibuti y la manera en que habían llegado. Mientras Mokhtar hacía su declaración, Andrew telefoneó a la embajada estadounidense y habló con la mujer que lo había atendido la noche anterior. Carol. Esta dijo que mandaría a alguien a buscarlos.

Cumplimentadas las declaraciones, el poli estiloso les dio permiso para marcharse. El funcionario de Obock se mostró en desacuerdo. Seguía esperando en el vestíbulo. Exigía doscientos cientos dólares, pero no terminaba de definir el concepto de la tarifa. Era por sus servicios de guía hasta la capital, dijo. Cuando Mokhtar y Andrew no aceptaron, dijo que se trataba de la tasa por gestionar la entrada en Obock. No coló, de modo que amenazó con arrestarlos en comisaría.

–¿No podrías ayudarnos? –le pidió Mokhtar al poli estiloso.

El poli estiloso intervino y echó al funcionario.

–Casi lo siento por él –dijo Mokhtar.

Llegó el enviado de la embajada. Era una estadounidense de Washington, D.C., de origen yibutiano y tan simpática y competente que Mokhtar y Andrew

estuvieron a punto de abrazarla. Con todo, Mokhtar consideró más oportuno dejar hablar al de Luisiana, así que guardó silencio, pensando que cabía la remota posibilidad de que lo detuvieran y lo mandaran a Guantánamo.

En cambio, Carol los llevó a la agencia de viajes y encontraron un vuelo para el día siguiente que los transportaría a Estados Unidos a tiempo para la conferencia de la SCAA. Despegaba de Yibuti capital a las tres de la madrugada.

Cuando llegaron al aeropuerto, los funcionarios de aduanas se mostraron desconcertados. Mokhtar y Andrew no habían sacado visados para entrar en Yibuti y nunca les habían sellado los pasaportes. Sin el sello de entrada, los funcionarios no podían sellarles la salida. En un insólito momento de pragmatismo en plena noche, los funcionarios decidieron dejarlos subir al avión sin más. Sin sellos. Era como si nunca hubieran estado en Yibuti.

LIBRO V

REGRESO AL INFINITY

El regreso de Mokhtar a Estados Unidos fue un circo. En San Francisco, las cámaras de televisión estaban esperándole en el aeropuerto. Concedió algunas entrevistas a noticiarios locales, NPR y Al Yazira. Pasó la noche en casa, con su anonadada y agradecida familia, y al día siguiente voló a Seattle, donde la conferencia de la Asociación Americana del Café de Especialidad resultó un éxito espectacular. Mokhtar pronunció un discurso clave, que el público aplaudió puesto en pie, y compartió con Andrew un estand donde presentaron el café yemení al mundo de los cafés de especialidad. Después de la conferencia, Mokhtar iba en un taxi de camino al aeropuerto cuando oyó su voz por la radio. Era la entrevista que había dado a la BBC.

–Ese tío está loco –dijo el taxista, sin darse cuenta de que llevaba al loco en el asiento de atrás.

Cuando Mokhtar y Andrew habían alquilado la barca, no habían sido conscientes de cómo se vería aquello desde casa. Habían zarpado de Moka entre múltiples tiroteos en un esquife alquilado y habían cruzado el mar Rojo... porque no querían perderse una feria comercial.

La mitad de sus amigos de Bay Area creyeron, al menos durante unas horas, que había muerto. El día que Mokhtar escapó, otro yemenoamericano de la zona, Jamal al Labani, había fallecido en un ataque con morteros. Antes de que se publicara su nombre, habían circulado informaciones fragmentadas y los amigos de Mokhtar se habían temido lo peor.

Después de la conferencia, Mokhtar se reunió en San Francisco con Miriam, Justin y Giuliano, que le comentaron lo entero que parecía para acabar de escapar de una guerra. Lo reclamaban de la comunidad araboamericana, de los grupos de defensa de los musulmanes estadounidenses, del mundo del café. Pero con el tiempo todo pasó y volvió al trabajo. Fue al Blue Bottle. James Freeman estaba al tanto de sus aventuras, y ahora estaba catando las muestras de Al Haymah. Puntuaron por encima de 90.

–¿Cuánto café de este puedes conseguir? –preguntó Freeman.

–Un contenedor. Dieciocho mil kilos –dijo Mokhtar.

Freeman se quedó un rato en silencio.

–Puede que no baste –dijo por fin.

Quería comprarlo todo.

Los cálculos eran absurdos. Si Mokhtar vendía un contenedor de café yemení a minoristas de especialidad, el margen de beneficio sería significativo. Sus productores obtendrían el treinta por ciento más que antes.

Pero necesitaba capital. Mucho más.

Le preguntó a Ibrahim si se le ocurría algo. Ibrahim hizo varias listas. Habían acudido a todos sus conocidos de la comunidad yemenoamericana. Tenían que buscar en otra parte.

Un día Mokhtar estaba contándole todo esto a Miriam en Mission. Miriam sencillamente se alegraba de verlo con vida; a fin de cuentas, había sido ella quien lo había encaminado hacia el café, y después Mokhtar había ido a Yemen y había estado a punto de morir. Ahora necesitaba dinero para comprar más café, presumiblemente para seguir yendo a Yemen y jugarse la vida.

Estaban en Ritual Coffee Roasters, una cafetería de la calle Valencia, conversando del tema, de Yemen y sus problemas y sus cafés, cuando despertaron el interés de la mujer de la mesa de al lado. Era alta, rubia, delgada. Se llamaba Stephanie.

–Deberías venir a mi trabajo –dijo la mujer.

Mokhtar no sabía a cuento de qué tenía que ir a su trabajo. Stephanie le explicó que trabajaba en una empresa de capital de riesgo llamada Founding Fathers. Sonaba interesante.

Mokhtar llamó a Ibrahim.

–Founding Fathers. Mucho nombre para un capital de riesgo –comentó Ibrahim.

Pero cuando buscaron en internet, no encontraron ninguna empresa de capitales de riesgo llamada Founding Fathers. Buscaron a Stephanie en Facebook.

–Santo Dios –dijo Ibrahim–. Stephanie trabaja en Founders Fund.

Mokhtar no sabía lo que era.

–¿Eso es bueno? –preguntó.

Ibrahim le informó. Founders Fund había invertido en los inicios de Facebook, Airbnb y Lyft. Manejaban miles de millones. Su visto bueno podía hacer realidad la idea más vaga. Le dijeron a Stephanie que estarían encantados de ir a verla a su trabajo.

Por otro lado, pensaron, el fundador de Founders era Peter Thiel, conocido porque recientemente había participado en la convención nacional del Partido Republicano para manifestar su devoción por Donald J. Trump.

–Todavía no podemos preocuparnos por eso –concluyó Mokhtar.

Founders estaba lleno de progresistas, incluida una de sus socias, a la que Stephanie creía que debían conocer. Se llamaba Cyan Banister. La investigaron. Era una célebre inversora de proximidad que había apostado en sus inicios por SpaceX y Uber. También era intergénero.

–Podemos ir –dijo Mokhtar.

En cierto modo la política de Banister contrarrestaba la de Thiel. Aunque, por otro lado, Thiel también era gay. Todo resultaba muy confuso.

Las oficinas de Founders estaban en el Presidio, una antigua base militar de la costa septentrional de San Francisco, en un edificio rehabilitado por George Lucas. En el vestíbulo te recibía una réplica a tamaño real de Darth Vader.

–Dice James Freeman que vuestro café sabe al canto de los ángeles –les dijo Cyan.

Se mostró muy amable e interesada, y además se había informado previamente. Sabía que el café de calidad podía dar dinero y la fe del Blue Bottle en Mokhtar le inspiraba confianza. Pero, añadió, Founders Fund no podía liderar la inversión. No se ponían al frente en las fases iniciales.

–Ya tenemos inversor de referencia –aseguró Ibrahim.

Lo cual no era estrictamente cierto, pero Ibrahim creía que, si conseguían el compromiso de Founders Fund, podrían aprovecharlo para atraer la financiación de otra sociedad de capital de riesgo, Endure Capital, con sede en Dubái y dirigida por un amigo suyo, un egipcio llamado Tarek Fahim.

Ese día salieron del Presidio con un plan improbable que, a los pocos meses, habían cumplido. Gracias a la promesa de Founders, atrajeron a Endure. Gracias al compromiso de Endure, atrajeron fondos de otra firma, 500 Startups. De repente eran una empresa más que real. Podían pagar el café para transportarlo a Estados Unidos. Podían pagar a los productores. Y podían pagarse a sí mismos.

Mokhtar tuvo una idea nueva. Ahora quizá pudiera permitirse un apartamento. De momento seguía durmiendo en el suelo de casa de sus padres en Alameda – habían vuelto a mudarse– y a escasos centímetros de Wallead, cuyos ronquidos constituían una afrenta al decoro y eran enemigos del sueño.

Mokhtar tenía un amigo que tenía una amiga llamada Homera, agente inmobiliaria, así que consultó en internet sus ofertas de alquileres. Se echó a reír. Supo al instante que no podría permitirse alquilar un apartamento de una habitación en San Francisco. Pero, por pura curiosidad, revisó las listas de Homera y se detuvo al ver un alquiler en el Infinity. Las fotografías impresionaban. Vistas de la bahía, de todo el centro, Berkeley, Oakland, el Bay Bridge, Angel Island, Marin. En todo el tiempo que había trabajado en el Infinity nunca había entrado en ninguna vivienda. Alguna vez había entregado paquetes, ayudado a los vecinos a transportar algo desde el ascensor a su apartamento o viceversa, les había subido comida para llevar a la puerta, pero nunca lo habían invitado a entrar.

El precio era absurdo. No podía permitirse nada de aquello. Pero, ya puesto, miró en Craigslist. De nuevo vio ofertas en el Infinity, ahora de alguien que buscaba compañero para un piso de dos habitaciones. Pensando que un piso compartido en el último momento sería una ganga subarrendada, Mokhtar mandó un correo a la dirección indicada explicando que trabajaba en el sector del café y le interesaba la habitación.

Respondió alguien llamado Shagun. Mokhtar buscó el nombre en Facebook y descubrió que era una mujer. Una americana de origen indio muy atractiva que estudiaba medicina. Sabía que no podrían convivir, no podría cohabitar con ninguna mujer con la que no estuviera casado –a sus padres les daría un síncope–, pero conocerla y ver el piso no tenía nada de malo.

Por primera vez desde que dejara el Infinity, regresó. Se vistió su disfraz de Rupert y procuró llegar cinco minutos tarde. No quería esperar en el vestíbulo por si había algún conocido trabajando en la recepción. Shagun no tenía necesidad de saber que había sido portero.

Cuando apareció, resultó demasiado guapa para pensar en vivir con ella, así que cualquier idea que le rondara a Mokhtar de desafiar las tradiciones

yemeníes se esfumó. En el vestíbulo también había otro vecino, un hombre blanco mayor, gerente financiero, llamado Jim Stauffer. Mokhtar le había abierto la puerta al señor Stauffer cientos de veces, había recibido y entregado sus paquetes. Sus miradas se cruzaron, y Mokhtar supuso que Stauffer se acercaría, le preguntaría por qué había vuelto, qué hacía por allí, y Mokhtar se resignó a ser descubierto.

Pero el señor Stauffer ladeó la cabeza, como un miope que dudara de lo que veía, dio media vuelta y siguió su camino. O no recordaba el nombre de Mokhtar o ni siquiera le había reconocido.

De manera que Mokhtar estaba a solas con Shagun en el ascensor, subiendo por el Infinity hasta el piso de la planta veintitrés. Shagun le hablaba de la facultad de medicina, de que buscaba un compañero de piso trabajador, limpio, que no supusiera una distracción... No lo dijo con todas las palabras, pero Mokhtar lo entendió. Había abierto las puertas para profesionales así. Lo pillaba.

Dentro, el piso era exactamente igual que en las fotografías que lo publicitaban. Luz por doquier. Azul por doquier. La ciudad y todo su cristal: estaba todo dentro del apartamento. Bastaba entrar en él para experimentar un reajuste drástico del sentido del equilibrio. Era como subirse al ala de un avión.

Se sentaron, y entonces Shagun le planteó con tacto las preguntas que Mokhtar supuso que la intrigaban desde que se habían estrechado la mano en el vestíbulo. ¿Cómo puede un joven de tu edad que trabaja en el sector del café permitirse un piso como este? ¿Eres el heredero de alguna fortuna bareiní?

Mokhtar le habló de Yemen, de cómo había esquivado las bombas y a los

huties para sacar café del país. De sus productores, de cómo, Dios mediante, en pocos meses fletaría un contenedor repleto del mejor café del mundo en dirección a Oakland. Y de que quería estar en el Infinity, contemplando la bahía a sus pies, cuando el barco arribara.

–Y además antes trabajaba aquí –dijo Mokhtar.

–¿En la oficina de ventas?

Shagun no se creyó que hubiera sido el portero. Mokhtar recitó los nombres de media docena de Embajadores de Vestíbulo, algunos de los cuales tal vez ella hubiera conocido, y al final Shagun simplemente tuvo que fiarse de su palabra. Mokhtar sabía que no podía vivir con ella, ni con ninguna mujer soltera, pero se le había despertado un ansia interior. Tenía que vivir en el Infinity para demostrar que podía hacerlo.

A las dos semanas encontró otro listado de pisos, otro subarriendo en el Infinity B. Por lo visto, un tipo llamado Matt vivía con un tipo llamado Jeff, propietario de una empresa de análisis de datos de Berkeley. Matt había tenido que mudarse a Ohio por trabajo, pero conservaba el apartamento y alquilaba su habitación. Su arrendatario más reciente había sido un estudiante de empresariales ruso que se iba.

El precio de una habitación era más de lo que Mokhtar se hubiera gastado nunca en nada en Estados Unidos. Pero tuvo una visión. En la visión aparecía él, Mokhtar Alkhanshali, viviendo en la planta treinta o dondequiera que vivieran Jeff y Matt, y estaba de pie en un balcón con todos sus seres queridos, viendo entrar su café en el puerto.

Mokhtar telefoneó a Matt, y Matt pensó que Mokhtar parecía un sucesor digno del oligarca ruso. Bastaba con que Mokhtar conociera a Jeff, que era quien tenía la última palabra. Mokhtar cruzó el vestíbulo, sin reconocer a

nadie de la recepción, y subió al ascensor. En la planta treinta y tres, Jeff abrió la puerta. Era un cuarentón blanco y alto, y le ofreció una copa de vino. Mokhtar la rechazó. Jeff se sirvió una y charlaron sobre el ruso, sobre sus respectivos horarios de trabajo, y todo el rato Jeff parecía querer preguntar lo mismo que Shagun. ¿Eres un príncipe saudí o algo así? Cuando Mokhtar le dijo que se dedicaba al café, Jeff dio por sentado que era barista. En un momento dado Mokhtar se fijó en un molinillo manual de alta gama que había en la encimera, y buscó la manera de colar el Blue Bottle en la conversación. Y ya no hubo más que hablar. Jeff iba a diario al Blue Bottle. Ofreció la habitación a Mokhtar y este, desafiando toda responsabilidad financiera, la aceptó.

Stephen se ofreció a ayudarlo con la mudanza, pero no había mucho que trasladar. Mokhtar solo tenía una maleta y dos bolsas de basura. Aparcaron a la vuelta de la esquina y transportaron las pertenencias de Mokhtar al vestíbulo de la Torre B del Infinity.

Un joven, Jonathan, se ocupaba ese día de la recepción. Estaba sonando el teléfono y en el vestíbulo había mucho ajetreo. Se suponía que Jonathan debía darle a Mokhtar la llave que Jeff había dejado para él, pero no la encontraba. Mokhtar y Stephen esperaron en los sofás de cuero del vestíbulo.

—¿Estás bien? —preguntó Stephen.

—Sí. ¿Por? —dijo Mokhtar.

—Te levantas todo el rato a abrirle la puerta a la gente.

Mokhtar se había levantado media docena de veces. No podía evitarlo.

—Perdón —se disculpó—. Es la costumbre.

—Ya no trabajas aquí.

—Lo sé. Lo sé.

A la semana siguiente Mokhtar cruzaba el Bay Bridge en coche, camino de San Francisco. La ciudad brillaba como una lámpara de araña. Su padre viajaba en el asiento de delante, su madre iba detrás. Acababan de cenar fuera, invitados por Mokhtar.

–¿Os acordáis del Infinity, donde trabajaba?

Se acordaban.

–Esta noche hay jornada de puertas abiertas –dijo Mokhtar–. ¿Queréis pasar a verlo?

Sus padres tenían dos hijos que habían trabajado en el Infinity, así que ver el interior de las torres tenía cierto interés. Pero eran las ocho de la noche de un día laborable. ¿Por qué iban a organizar una jornada de puertas abiertas a esas horas?

En el vestíbulo no había más visitantes. Ni carteles que anunciaran las puertas abiertas. Mokhtar confiaba en que sus padres lo creyeran solo un poquito más. En el ascensor, apretó el botón de la planta treinta y tres. Había acordado con Jeff que se marchara antes de que llegaran. Como siempre, la ciudad cobraba vida en cada ventana, las luces de candelabro del centro urbano se reflejaban en los suelos pulidos del piso.

–Aquí no hay nadie –dijo la madre de Mokhtar.

Mokhtar la acompañó al balcón y respiraron el aire de la bahía, del cielo a semejante altura, pero su padre se había quedado junto a la puerta.

–Tiene miedo a las alturas –dijo su madre–. ¿No lo sabías?

Mokhtar no lo sabía. Nunca habían vivido más arriba de una tercera planta, en el viejo piso del Tenderloin.

Mokhtar volvió a entrar con su madre, y para entonces su padre ya había visto las fotografías. Mokhtar había colocado retratos enmarcados de sus padres en la mesilla del café.

–¿Qué hacen ahí esas fotos? –preguntó la madre.

–Mamá, papá, sentaos –dijo Mokhtar.

Se sentaron.

–Ahora las cosas me van muy bien. Trabajo duro y la empresa funciona. Quiero que estéis orgullosos de mí y quiero ayudaros.

Les habló de su café, de los pedidos, del cargamento que venía en camino.

–Eso está muy bien, Mokhtar –dijo su madre–. Pero sigo sin comprender qué hacen aquí nuestras fotos.

–Mamá, es porque vivo aquí.

CAFÉ EN EL AGUA

Las condiciones en Yemen seguían deteriorándose. Prácticamente no salían mercancías del país. La actividad portuaria se concentraba en importar bienes esenciales. Escaseaban los medicamentos y la inmensa mayoría del país sufría desabastecimiento de alimentos. Naciones Unidas consideraba que Yemen estaba al borde de la hambruna. Nadie priorizaba la exportación de café a tostadores de especialidad internacionales.

Pero Mokhtar mantuvo a sus productores cosechando. La viuda Warda, el General y el resto de los agricultores de Al Haymah continuaron trabajando – la guerra apenas había afectado a su región– y siguieron mandando las cerezas rojas al almacén de Mokhtar en Saná. Sus clasificadoras siguieron yendo a trabajar a diario. A raíz de los bombardeos aéreos, la energía eléctrica que conseguían procedía de sus propios generadores diésel.

Mokhtar llamaba todas las mañanas a las cuatro, hora de California. Hablaba con Andrew y Ali para comprobar que todos estuvieran a salvo, y se ocupaba de las cuestiones financieras y logísticas. Surgían problemas por todas partes. Un día una clasificadora no pudo presentarse porque una bomba saudí voló la carretera por la que iba al trabajo. El marido de otra había recibido presiones para que luchara en el bando de los hutíes, y la familia tuvo que huir.

Después estaba el tema de las bolsas GrainPro. Que Mokhtar las necesitara era buena noticia. Significaba que tenían suficiente café verde para llenar un

contenedor. Pero para transportarlo por mar no bastaba con meter los granos en los tradicionales sacos de arpillera. Si Mokhtar quería transmitir el mensaje de que su café sería distinto y superior, tenía que empezar por el empaquetado, por asegurarse de que el café llegara sin olor a mar, sin oler a la bodega del barco y al resto del cargamento, presente o pasado.

Las bolsas GrainPro eran las habituales en la industria: gruesas bolsas de plástico que mantenían la humedad e impedían la entrada de elementos externos. En Estados Unidos, casi en cualquier lugar del mundo, para conseguir las bastaría una llamada telefónica y una visita de UPS. Pero conseguir bolsas GrainPro en Yemen, en plena guerra, escapaba a lo racionalmente posible.

Mokhtar se las apañó para mandar mil doscientas a Etiopía. Tardaron dos semanas en llegar. Pero en Etiopía no había nadie que pudiera llevarlas a Yemen. Llamó a Yibuti y encontró un carguero que seguía cubriendo la ruta entre Yibuti capital y Moka. Aquello llevó otras seis semanas. En total, las bolsas tardaron dos meses en llegar a Saná. Una vez allí, el café clasificado se empaquetó en bolsas cuidadosamente etiquetadas. Se sellaron y se transportaron al puerto de Adén, listas para ser embarcadas rumbo a Oakland.

En ocasiones costaba creer que todas estas actividades fueran esenciales. En Yemen estaba muriendo gente. El país se desmoronaba y Mokhtar, en su rascacielos de San Francisco, se levantaba cada mañana a las cuatro para telefonar a Saná y preguntar por su café. Por cuándo podría zarpar de Yemen el contenedor.

Pero había mucho dinero en juego. Dinero de Omar. Dinero de los inversores. Dinero de Hubayshi. También tenía que pensar en la fe depositada por todos sus productores, tenía que pensar en sus recolectores y

procesadoras. Y ahora además tenía al personal de San Francisco. Mokhtar había contratado a su viejo amigo Ibrahim Ahmed Ibrahim como director financiero. (La mujer de Ibrahim, Salwa, lo apoyaba cuanto podía, habida cuenta de que tenían un bebé de quince meses y de que su marido acababa de renunciar a un empleo bien remunerado en Intuit para colaborar con Mokhtar, cuya experiencia más relevante era vender camisas y Hondas.) Mokhtar se había traído del Boot a Jodi y Marlee como directoras de control de calidad, y a su viejo amigo Jeremy de asistente ejecutivo.

Nada de lo cual podría mantenerse a menos que el café saliera del puerto. Stephen y Mokhtar hablaban una docena de veces al día desde sus respectivos apartamentos. Habían estado trabajando con una empresa de transporte, Atlas, cuyo propietario, Craig Holt, se había tomado un interés personal en la misión de Mokhtar. Llevaba meses peleando por sacar el café de Yemen. Un día, a finales de diciembre, Holt informó de que embarcarían el contenedor de Mokhtar en Nochevieja.

El 1 de enero de 2016, el café surcaba las aguas. El barco se llamaba *MSC Rebecca*.

EL LUCIANA

En Yeda, transfirieron el contenedor de Mokhtar del *MSC Rebecca* a un barco mayor, el *MSC Luciana*, y el *Luciana* zarpó de Yeda vía Singapur rumbo a Long Beach. La travesía duró casi dos meses. Por fin, a finales de febrero, Holt comunicó a Mokhtar que el café había llegado a Estados Unidos y estaba en las aduanas de Long Beach. Calculaba que como pronto llegaría a Oakland el sábado 25 de febrero.

Mokhtar llamó a sus padres, Stephen e Ibrahim, y mandó un mensaje a Miriam y Ghassan, Giuliano y Justin. Mandó mensajes a todo el mundo. «Venid a ver cómo entra mi café en el puerto», les dijo. Planeaba celebrar una fiesta en el balcón del Infinity, con todos reunidos, todos sus seres queridos, para ver llegar el barco. Necesitaba sidra. Champán sin alcohol. Refrescos, queso, galletitas, salsas. Tenía que hacer la compra.

Por otro lado, nada garantizaba que el café llegara el sábado. No había forma de adivinar cuánto tendría que esperar un barco, cuánto tiempo llevaría revisar un contenedor, sobre todo uno proveniente de Yemen.

El jueves Mokhtar se acostó y se despertó para telefonar a Yemen. Mantenía la misma rutina, llamaba a las tres o las cuatro de la madrugada, que era por la tarde en Yemen, para hablar con Ali y Nurideen. La llamada de esa madrugada estuvo cargada de problemas. Las conversaciones de paz no iban a ninguna parte. La planta de procesado no tenía electricidad y a las mujeres las inquietaba perder el empleo. Mokhtar también estaba preocupado. Faltaban

meses para la siguiente cosecha y sus trabajadoras no tenían nada que hacer. Sus inversores le apremiaban para que las despidiera; no tenía sentido pagar a tantas clasificadoras cuando no había granos que clasificar.

Pero si las despedía, no conseguirían otro empleo, no en mitad de una guerra, ¿y cómo iba Mokhtar a encontrar y formar a otro equipo de clasificadoras para la siguiente cosecha? De modo que las conservó —a Baghdad, Samera, Raqih, Shams, Alham y Alham (había dos Alham)—, las mantuvo pagando su sueldo. Ellas se lo agradecieron, sobre todo porque la mayoría de sus maridos estaban en el paro en Saná, una ciudad asediada por el conflicto bélico.

El viernes Mokhtar se levantó tarde y con la cabeza llena de malos presagios, con la sensación ineludible de que todo iba a salir mal. De que retendrían el contenedor. De que los granos llegarían estropeados. De que lo enterrarían las deudas.

Stephen estaba en una boda en Florida, pero seguía de cerca las últimas informaciones sobre el *Luciana*. Mokhtar le envió un mensaje para comprobar por tercera vez la situación del barco. ¿Todavía estaba previsto que llegara al día siguiente?

Segundos después, Stephen le telefoneó.

—Llega ahora.

—¿Que llega qué? —preguntó Mokhtar.

Se sentó en la cama.

—El barco —dijo Stephen—. Dentro de dos horas estará en Oakland.

Stephen podía seguir el avance del barco por el móvil. El *MSC Luciana* remontaba la costa sin pausa.

—No puede ser. ¿Estás seguro? —preguntó Mokhtar.

Stephen colgó para hablar con Atlas. En Atlas le dijeron que la última información disponible afirmaba que el barco arribaría esa noche a las diez. Pero la aplicación de seguimiento del móvil de Stephen mostraba al barco acelerando por la costa del Pacífico, aproximándose al Golden Gate.

Mokhtar se levantó de la cama. Se puso a dar vueltas frenéticas por el piso. No sabía qué hacer. El barco se encontraba cerca. Estaba previsto que llegara a las dos y ya era mediodía.

Llamó a su madre y saltó el contestador. Su padre estaba conduciendo el autobús. Llamó a Miriam, que estaba en la península, a una hora de distancia.

Ibrahim tenía varias reuniones en San Francisco para concretar los detalles de su último día de trabajo en Intuit. La única persona con la que pudo hablar, y que podía llegar a tiempo al Infinity, era el tipo que estaba escribiendo un libro sobre todo este asunto. No era lo que Mokhtar había imaginado.

Mokhtar contemplaba en el móvil el pequeño icono que representaba al *MSC Luciana* remontando la costa, píxel a píxel. Pasó Monterey. Pasó Pacífica. Mokhtar salió al balcón, convencido de que avistaría el barco. Nada. Todavía no había pasado por el Golden Gate.

Llamaron al timbre. Había llegado el escritor, y los dos nos quedamos de pie, recuperando el resuello, riéndonos de la situación, de que estuviera ocurriendo de verdad. Pero no había sidra ni champán sin alcohol. No estaban los amigos íntimos ni la familia. Solo nosotros dos, y el barco estaba cerquísima.

Mokhtar consultó la aplicación del móvil.

–Mira. Está cruzando por debajo del Golden Gate –dijo.

Ahí estaba, la versión de videojuego del barco, una flechita roja en la pequeña pantalla. Una y otra vez Mokhtar levantaba la vista del teléfono hacia

el norte, al otro lado de la ciudad, como si pudiera ver el barco a través de las colinas y los edificios que tapaban la vista a la bahía.

Comprendimos entonces dónde lo veríamos primero. Solo había dos edificios, parte del número 1 de Market Plaza, dispuestos en diagonal justo dos manzanas al norte de las Torres Infinity. Estaban separados por un pequeño hueco que dejaba ver una franja estrecha del azul cobalto de la bahía, por donde pasaría el *Luciana*.

El sol brillaba alto y claro. Hacía un día increíblemente luminoso. Había algunos veleros, un ferry o dos, nada más. Ningún barco. Ningún petrolero. Cuando entre esas torres apareciera un barco, sería el *Luciana*. No había nada parecido en el agua.

Abajo, veíamos toda Treasure Island y sus edificios blancos y bajos.

–Pasará justo por delante de donde vivíamos antes –comentó Mokhtar.

Volvió a mirar el móvil. La flecha roja del *Luciana* pasó por delante del Fisherman's Wharf y empezó a rodear North Beach y el Embarcadero. El *Luciana* de verdad asomaría en cualquier momento.

Y ahí estaba. Entre las torres, el morro negro del barco.

–Dios mío –dijo Mokhtar.

El *Luciana*. Lo ponía en la proa. Venía cargado de contenedores azules y blancos, amarillos y verdes.

Mokhtar giró la cámara y empezó a narrar la escena.

–Hoy es 26 de febrero. Entre esos dos edificios, ahí mismo, ese barco transporta dieciocho mil kilogramos del mejor café del mundo. Procedente de Yemen.

El barco estaba pasando por Treasure Island y el edificio Ferry, con la bandera estadounidense ondeando en la torre, rodeada de gaviotas. Unos dos, tres o cuatro remolcadores lo guiaban por la bahía. El teléfono de Mokhtar sonó. Era Ibrahim. Había salido temprano del trabajo y estaba en camino.

–Ven ahora mismo –le dijo Mokhtar–. Deja el coche en doble fila. Rápido.

Minutos después Ibrahim estaba en el balcón. Mokhtar y él se abrazaron. El *Luciana* seguía sorteando Treasure Island. Mokhtar llamó a Stephen. Este contestó. Su cara sonriente, roja del sol californiano, llenó la pantalla. De fondo se veían algunas palmeras.

–¿Lo ves? –preguntó Mokhtar–. ¡Es el *Luciana*! ¡Ahí mismo!

Stephen giró el teléfono para mostrarles a la joven que estaba a su lado.

–Os presento a Leigh. Se casa mañana.

–Felicidades, Leigh –dijo Mokhtar–. Te deseo lo mejor en la vida. Será maravillosa.

Todo parecía maravilloso.

–Uf, tío. Ojalá estuviera ahí –dijo Stephen.

–Estás. ¡Estás aquí!

Mokhtar enfocó el barco con la cámara de su móvil para mostrárselo a Stephen. Luego colgaron. Tenía más gente a la que llamar. Miriam. Llamó a Miriam y le enseñó el *Luciana* navegando a ritmo constante.

–¿Recuerdas el mensaje que me enviaste? –preguntó Mokhtar.

«¿Alguna vez miras al otro lado de la calle?»

Miriam lo recordaba.

–Pero ahora no puedo conectar el FaceTime –dijo Miriam–. Voy en chándal.

Mokhtar llamó a su madre. Se acercó al borde del balcón, el barco asomando por encima de su hombro, con el agua y Treasure Island detrás.

–Te quiero –le dijo a su madre, y le dio un beso al teléfono.

Y poco después el barco se perdió de vista.

LOS PORTEROS SE UNEN Y ABREN LA AZOTEA

–Deberíamos subir a la azotea –dijo Mokhtar–. Desde allí se ve todo.

Mokhtar nos condujo a Ibrahim y a mí a la entrada, donde un joven Embajador de Vestíbulo llamado Nick estaba plantado tras el mostrador de recepción. Cuando aparecimos corriendo hacia él, abrió los ojos como si pensara que íbamos a arrollarlo. Pero Mokhtar conocía a Nick. Mokhtar lo había invitado a cenar a su piso. Nick era de Oakland y llevaba siete meses trabajando en el Infinity. Para él la portería era una escala provisional en su camino para conseguir el empleo deseado en el mundo de las finanzas.

Ahora Mokhtar le estaba pidiendo que rompiera una norma muy clara que prohibía dejar que alguien, residente o no, subiera a la azotea. La azotea del Infinity no era recreativa. Era un tejado industrial, lleno de motores de aires acondicionados y cables. Sin las barandillas adecuadas, sin nada para poder acoger a nadie.

Por otro lado, se trataba de Mokhtar. Y el barco, estaba explicando Mokhtar, solo llegaría una vez y...

–Vale –dijo Nick–. Está bien.

Nos acompañó al ascensor y hasta la planta treinta y cinco. Se acercó a una puerta anodina y la abrió con una llave maestra, sin parar de suspirar en ningún momento. Subimos dos tramos de escaleras más y abrió otra puerta.

Estábamos en la azotea. Mareante y deslumbrante. Con vistas panorámicas.

Mokhtar le prometió a Nick que sería solo un minuto, que no se lo diría a nadie.

Nick parecía preocupado. No solo había dejado subir a la azotea, que no estaba acondicionada para visitas, a un residente y a dos visitantes, sino que había abandonado su puesto en la portería.

–Tengo que volver –dijo, y desapareció en el interior del edificio.

Todavía se veía el barco. Seguía avanzando hacia el puerto de Oakland. Desde el tejado, entre la maquinaria que mantenía el Infinity a la temperatura apropiada durante todo el año, veíamos el Bay Bridge entero, los coches minúsculos, los camiones pequeñitos. Veíamos los petroleros esperando en South Bay, veíamos todo San Francisco, toda Treasure Island.

Mokhtar no podía parar de reír. Luego lloró un poco. Después volvió a reírse. Ibrahim también se reía. Venía de su última reunión para Intuit y estaba en la azotea del Infinity, contemplando cómo su café llegaba a puerto.

–Mirad –dijo Mokhtar, y señaló abajo–. Se ve el patio. El del monje.

Ibrahim y yo miramos y vimos, treinta y siete pisos más abajo, la esquina del antiguo patio del Hills Bros., pero no el monje. Y también el *Luciana* desapareció. Se había ocultado detrás de la Torre D del Infinity, la más oriental, cinco plantas más alta que la Infinity B, por lo que impedía ver el astillero.

–Tenemos que cambiar de torre –dijo Mokhtar.

Ibrahim y yo insistimos en que no importaba, ya habíamos visto el barco, no había motivos para bajar y volver a subir a otra azotea para verlo un poco más.

–No cuesta nada –dijo Mokhtar, y nos condujo hasta el ascensor y treinta y cinco plantas más abajo hasta el vestíbulo, donde le dimos las gracias a Nick y le pedimos que nos dejara salir a la azotea de la Torre D.

–Pedídselo a Ana –dijo Nick, más inquieto que antes–. Trabaja en la D.

Mokhtar conocía a Ana. Su nombre completo era Borana Haxhija y era como una hermana. Sus padres habían escapado de Albania, y habían llegado a Estados Unidos más o menos por la misma época que los padres de Mokhtar habían llegado de Yemen. Los Haxhija también se habían instalado en el Tenderloin, a escasas manzanas de donde los Alkhanshali vivían entre dos tiendas de pornografía. Ana había estudiado en el instituto Galileo y ahora compaginaba dos empleos mientras terminaba la carrera en la San Francisco State. Cuando Mokhtar entró corriendo en la portería y la vio, supo que les daría permiso.

—¿Podemos subir a la azotea?

Ana no preguntó por qué. Sencillamente le entregó la llave.

Subimos en ascensor a la planta cuarenta y dos y a pie las escaleras hasta el tejado, donde la vista se perdía sin obstáculos en ochenta kilómetros a la redonda. Vimos el *Luciana* girando hacia el puerto de Oakland. Y abajo vimos el patio, en su totalidad, y al monje alzando la taza al cielo.

EPÍLOGO

El 9 de junio de 2016 se puso a la venta por primera vez el café Port of Mokha en las cafeterías Blue Bottle de todo Estados Unidos. Era el café más caro que habían vendido hasta la fecha. Acompañado de una galleta de cardamomo preparada según una receta de la madre de Mokhtar, la taza costaba dieciséis dólares.

Willem y Jodi y Marlee –todo el Boot– lo celebró. Tadesse Meskela lo felicitó mediante un mensaje desde Adís Abeba. Mokhtar recibió felicitaciones de Camilo Sánchez desde Nueva York y Graciano Cruz desde Panamá. Tuvo noticias de sus productores de Yemen. «Dondequiera que vayas, iremos contigo», le dijeron. Para entonces Mokhtar había pagado bodas, funerales, tratamientos médicos y matrículas universitarias.

Ya había corrido la voz por todo Yemen del trabajo de Mokhtar. Agricultores de todas partes llevaban su café a Port of Mokha, en Saná, con la esperanza de participar del comercio directo y mejorar el pago que recibían por sus cosechas. En la primavera de 2017, los agricultores de Al Haymah habían sustituido diecisiete mil plantas de qat por cafetos.

En julio de 2017 podía conseguirse café Port of Mokha (a precios más asequibles, además) en Norteamérica, Japón, París y Brasil. El café del primer contenedor se agotó en los cuatro continentes en cuarenta y cinco días. El segundo cargamento de Port of Mokha, transportado por avión desde Yemen a Jordania y de allí a San Francisco, llegó el 5 de enero de 2017. Se agotó en treinta y dos días.

En febrero de 2017, la *Coffee Review* otorgó al Port of Mokha de la

microplantación de Al Haymah 97 puntos, la puntuación más alta concedida por la publicación en sus veintiún años de historia.

Andrew Nicholson regresó a Yemen en un barco de ganado un mes después de la conferencia de Seattle. Al final mandó a la familia de vuelta a Estados Unidos, pero él siguió viajando a Yemen para dirigir Rayyan hasta que lo secuestró un grupo rebelde en Saná. Lo retuvieron un mes y, tras su liberación, se reunió, ileso, con su familia en Estados Unidos. Rayyan sigue trabajando y exportando café por todo el mundo.

Mokhtar se mudó del Infinity en 2016. El apartamento era demasiado majestuoso y demasiado solitario. Solo lo había querido para ver entrar el café en Oakland. Que es a donde se mudó después del Infinity, no muy lejos de la estación de Fruitval. Es allí donde se encuentra el laboratorio de Port of Mokha y donde se almacenan, catan y tuestan sus cafés.

Debido a los problemas en Yemen, el abuelo de Mokhtar, Hamood, tuvo que regresar a Estados Unidos e instalarse con unos parientes del Central Valley californiano. Mokhtar fue un día a visitarlo. Mientras se aproximaba a la casa, vio a su abuelo sentado fuera a solas, con la cabeza apoyada en el bastón. Mokhtar se acercó, le besó las rodillas, las manos y la frente. Era el Aíd y, como dicta la costumbre, Mokhtar le había llevado un regalo. Un sobre repleto de billetes de cien dólares.

—¿De dónde lo has sacado?—preguntó Hamood.

—Esto es de parte del chico que vale menos que un burro—dijo Mokhtar, y sonrió.

Mokhtar nunca había visto llorar a su abuelo. Se sentó a su lado y lo abrazó.

Se quedó el resto del día con la familia, y por la noche volvió a Oakland en coche. Dormiría unas horas antes de que lo llamaran de Yemen.

AGRADECIMIENTOS

Este libro ha contado con la generosidad de un sinfín de personas que se han prestado a compartir sus recuerdos y experiencias y con ello han ayudado a que sea lo más concienzudo y riguroso posible. Gracias a: Miriam Zouzounis, Jeremy Stern, Giuliano Sarinelli, Benish Sarinelli, Justin Chen, Ibrahim Abram Ibrahim, Andrew Nicholson, Ghassan Toukan, Summer Nasser, Willem Boot, Catherine Cadloni, Jodi Wieser, Marlee Benefield, Stephen Ezell, James Freeman, Wallead Alkhanshali, Faisal Alkhanshali y Bushra Alkhanshali, Nasrina Bargzaie, Zahra Billoo, Temesgen Woldezion, Shaimaa al Mukhtar, Maytha Alhassan, Marwa Helal y Aben Ezer. Daniel Gumbiner ha sido indispensable para que el libro llegara a buen término; sus atentas lecturas e incansable dedicación han sido inestimables. Em-J Staples ha aportado su apoyo incondicional, investigación y palabras de aliento durante más de veintiocho meses. Mi más profunda gratitud a Peter Salisbury, estudioso del Yemen, y a Meghan O'Sullivan, exfuncionaria del Departamento de Estado de ESTADOS UNIDOS, que se sentó conmigo en 2015 para hablar sobre la situación de Yemen en relación con Arabia Saudí, Irán y los intereses de Estados Unidos y sus aliados. Fatima Abo Alasrar, perspicaz periodista yemenoamericana, me ha facilitado un agudo análisis y telón de fondo de la situación, así como el poeta y académico Steven C. Caton, profesor de Harvard. Gracias al Asian Law Caucus de San Francisco. Gracias al Council on American-Islamic Relations. Gracias a nuestros amigos y guías en Yemen, Yibuti y Etiopía. Gracias a Jay y Kristen Ruskey. Por sus atentas lecturas del libro y sus diversas ayudas, gracias a Tish Scola, Paul Scola, Amanda Uhle, Inder Comar,

Ebby Amir, Becky Wilson y Kevin Feeney. Tom Jenks hizo un trabajo magnífico reduciendo el libro a un peso de pelea; gracias, señor. Jennifer Jackson ha sido mi editora en Knopf desde hace ya casi dieciséis años y es imposible exagerar mi gratitud por nuestra larga y feliz relación; recibir baños de su entusiasmo durante tantos años hace que uno se sienta fuerte y afortunado. Sonny Mehta ha apoyado el trabajo que Jenny y yo hemos realizado durante todo este tiempo y su benevolencia lo ha hecho todo posible. Gracias a todo Knopf, en especial a Andy, Paul y Zakiya. Andrew Wylie ha sido un paladín y amigo fiel durante casi veinte años; me considero afortunado de ser su cliente y beneficiarme de sus inquebrantables cuidados y atenciones, así como de los de su personal.

Las siguientes obras, todas extraordinarias, han sido cruciales para entender la historia del café y el negocio cafetero: *Uncommon Grounds: The History of Coffee and How It Transformed Our World*, de Mark Pendergrast; *The Joy of Coffee*, de Corby Kummer; *Coffee: A Dark History*, de Antony Wild; *Javatrekker: Dispatches from the World of Fair Trade Coffee*, de Dean Cycon; *From These Hands: A Journey Along the Coffee Trail*, de Steve McCurry; *The Devil's Cup: A History of the World According to Coffee*, de Stewart Lee Allen. Willem Boot y Camilo Sánchez han redactado un trabajo esencial, una visión general del comercio cafetero en Yemen titulada *Rediscovering Coffee in Yemen: Updating the Coffee Value Chain and a Marketing Strategy to Re-Position Yemen in the International Coffee Markets*. Los siguientes libros sobre Yemen me han sido de enorme ayuda: *Yemen Chronicle: An Anthropology of War and Meditation*, de Steven C. Caton; *The Merchant Houses of Mocha: Trade and Architecture in an Indian Ocean Port*, de Nancy Um; *Tribes and Politics in Yemen: A History of the Houthi Conflict*, de Marieke Brandt; *Yemen: The Unknown Arabia*, de Tim Mackintosh-Smith; *The Last Refuge: Yemen, al-Qaeda, and America's War in*

Arabia, de Gregory D. Johnsen. Para una excelente introducción al barrio del Tenderloin de San Francisco, consúltese *The Tenderloin*, de Randy Shaw. El documental titulado *Black Gold: Wake Up and Smell the Coffe (Oro negro)*, dirigido por Marc Francis y Nick Francis, da una visión concisa y absorbente del comercio del café. *The Fight for Yemen*, un documental producido por PBS y Frontline y dirigido por Safa Al Ahmad, es un resumen convincente y revelador del auge de los hutíes.

Para una bibliografía más detallada y una lista de las fuentes, véase www.daveegggers.net/monkofmokha.

Este libro no habría sido posible sin la visión y el entusiasmo de Wajahat Ali. Gracias, amigo.

Este libro no habría sido posible sin la sinceridad y el valor infinitos de Mokhtar Alkhanshali. Gracias, hermano.

Nada habría sido posible sin VV. Gracias, amor mío.

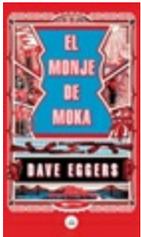
THE MOKHA FOUNDATION

El autor y Mokhtar Alkhanshali han destinado la recaudación del presente libro a la creación de The Mokha Foundation, que invierte directamente en mejorar la vida en Yemen de modos diversos, como apoyar a los campesinos y sus familias, conservar los recursos naturales y combatir la crisis de los refugiados en primera línea. Para sumarte al empeño, visita www.themokhafoundation.com

826 VALENCIA EN EL TENDERLOIN

826 Valencia, un centro de escritura y tutoría con sede en San Francisco, ha abierto una sucursal en la esquina de Golden Gate con Leavenworth, en el corazón del distrito del Tenderloin. El centro 826 del Tenderloin, situado detrás de King Carl's Emporium, una tienda que vende equipamiento de exploración marina para humanos y peces, ofrece talleres gratuitos de escritura y toda una serie de servicios a los jóvenes del barrio y del resto de la ciudad. Es un lugar seguro y acogedor. Para más información, consulta www.826valencia.org.

El autor de El Círculo vuelve con la increíble historia verdadera de Mokhtar Alkhanshali, un joven norteamericano de origen yemení que regresó a su país para recuperar el cultivo ancestral del café y se vio atrapado en una guerra civil.



Mokhtar Alkhanshali, hijo de inmigrantes yemeníes, ha crecido en el barrio más conflictivo de San Francisco y a sus veinticuatro años es incapaz de pagarse la universidad. Mientras trabaja de portero en un bloque de pisos de lujo, descubre que el café, al igual que él, tiene su origen en Yemen, por lo que decide investigar la historia y la producción de esta antiquísima bebida viajando al país de sus antepasados. En las montañas más remotas del Yemen este joven norteamericano visita a los caficultores y los escasos cafetales para encontrar las mejores bayas y exportarlas a Estados Unidos, pero la guerra civil estalla y las puertas del país se cierran convirtiendo su regreso en una aventura extremadamente arriesgada.

Dave Eggers firma esta inspiradora historia real sobre un valiente emprendedor que soñó con resucitar el arte ancestral del café en su país. A través de una exhaustiva investigación, Eggers nos invita a ser conscientes de lo que significa ser musulmán en Occidente y rompe una lanza a favor de la necesidad de tender puentes entre culturas. El monje de Moka es un relato de superación, una crónica bélica pero también un recorrido por la historia y el origen de esta popular bebida, así como por el cultivo, la recolección y el procesado del café de alta calidad.

La crítica ha dicho...

«Son muchos los méritos de Eggers [...] contar una historia de gran alcance social sin perder de vista la microhistoria del individuo [...] demuestra que la no ficción a veces puede contar esa vida privada mejor que las novelas.»

Edmundo Paz Soldán, *El País*

«Extraordinario. Ofrece esperanza en la era Trump.»

Tim Adams, *The Guardian*

«Esta alentadora historia de un hombre que esquivó enormes obstáculos para iniciar su propia empresa de café es el tipo de relato que mejor se le da al gran Dave Eggers: la historia real de alguien que lleva las de perder, contada en un estilo vivaz y accesible.»

Michael Lindgren, *The Washington Post*

«Un relato maravilloso, lleno de intriga y valentía [...]. Una historia de aventuras fascinante y triunfal.»

Paul Constant, *Los Angeles Times*

«Trata de la capacidad humana de soñar aquí, allí y en todas partes.»

Gabriel Thompson, *San Francisco Chronicle*

Además de ser uno de los autores más destacados de la reciente literatura norteamericana, Dave Eggers (Boston, 1970) ha lanzado su propio sello editorial y es fundador y editor de las revistas *McSweeney's* y *The Believer*, que en poco tiempo se han convertido en objetos de culto literario. Asimismo, es cofundador de 826 Valencia, un centro de voluntariado que ayuda a niños y adolescentes con programas extraescolares y clases de escritura. Todo esto hizo que en 2005 la revista *Time* lo incluyera en su lista de las cien personas más influyentes de Estados Unidos. En 2007 fue galardonado con el premio Heinz, en reconocimiento tanto a sus logros literarios como a su labor humanitaria.

En Literatura Random House hemos publicado *Ahora sabréis lo que es correr* (2004), *Guardianes de la intimidad* (2005), *Qué es el qué* (2008, finalista del premio del National Book Critics Circle), *Los monstruos* (2009), sus memorias *Una historia conmovedora, asombrosa y genial* (2010), *Zeitoun* (2010), *Un holograma para el rey* (2013) y *El Círculo* (2014), las dos últimas adaptadas a la gran pantalla.

Título original: *The Monk of Mokha*

Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2018, Dave Eggers

Reservados todos los derechos

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Cruz Rodríguez Juiz, por la traducción

Adaptación de la portada original de Hamish Hamilton Book: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de portada: © Shawn Harris

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-4459-3

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Saul Bellow,*Herzog*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2008, traducción de Vicente Campos, pp. 268-269.

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El monje de Moka

Prólogo

Nota a propósito del libro

El monje de Moka

LIBRO I

1. La cartera
2. Portero del Infinity
3. El niño que robaba libros
4. Sabio consejo de Ghassan Toukan (primera parte)
5. Yemen
6. Rupert, arribista
7. Rupert vende Hondas
8. Agonistas en Richgrove
9. El botón

LIBRO II

10. La estatua
11. El plan (primera parte)

12. Sabio consejo de Ghassan Toukan (segunda parte)
13. Pretensiones pasadas
14. Lo esencial
15. El mercado y las tres olas
16. El plan (segunda parte)
17. Robarles el café a los holandeses
18. Los aprendices
19. Aprobar el Q

LIBRO III

20. Hamood y Hubayshi
21. Un sueño con distinto disfraz
22. Punto de partida
23. Fuera de Saná
24. Este es interesante
25. Un país sin gobierno
26. El dinero en la mano, no en el corazón
27. Los americanos

LIBRO IV

28. Bedlam
29. Montañas en llamas
30. El barco de Summer

31. La carretera a Adén
32. Bienvenidos a Adén
33. Otro Mokhtar
34. Una muerte rápida de un corte limpio
35. Una mano amable
36. Seis hombres armados a los pies de la cama
37. El puerto de Moka
38. Bienvenidos a Yibuti

LIBRO V

39. Regreso al Infinity
40. Café en el agua
41. El Luciana
42. Los porteros se unen y abren la azotea

Epílogo

Agradecimientos

The Mokha Foundation / 826 Valencia en el Tenderloin

Sobre este libro

Sobre Dave Eggers

Créditos

Nota